SIEMPRE LA VERDAD

Saga Blackbird · Libro 4



EMILY LOCKWOOD

Siempre la verdad

(Saga Blackbird 4)

Emily Lockwood

Copyright © 2026 Emily Lockwood
Todos los derechos reservados

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

Puedes encontrarme en:

Amazon

Twitter

Facebook

Instagram

Email: e.lockwoodspain@gmail.com.

Contenido

Otros libros de Emily Lockwood
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56

57
58
59
60
61
62
63
64
Epílogo
Si esta historia te ha emocionado…
Espera a descubrir el siguiente libro de la saga:
Tu opinión importa:
Disfruta de otros libros de Emily Lockwood:

1

Sloane

Hace mucho calor para estar solo a principios de primavera, y los más de treinta grados de este mediodía caen a plomo sobre la carretera que conduce a la base aérea Atlantique 27. El asfalto se ondula como un espejismo, reverbera ante mis ojos, y los pinos de las Landas desfilan marciales a ambos lados de la carretera, anticipando el lugar al que me dirijo.

A lo lejos aparece una verja metálica flanqueada por dos torres bajas de vigilancia y una garita encalada junto a la que una enorme barrera blanca y roja y un cartel descomunal con la palabra STOP bien marcada en negro me indican que estoy llegando a mi destino. El aparcamiento para visitantes está a unos cincuenta metros de la garita, de donde veo salir a un soldado en cuanto apago el motor.

Me ajusto la mochila al hombro, me quito las gafas de sol y sigo a pie. Un jeep militar pasa a mi lado, levantando una polvareda que me hace toser.

El soldado de la garita está plantado en mitad del camino. Avanzo hasta situarme a un metro de él y lo veo levantar la mano. Pensaba detenerme sin necesidad de que alzara la mano, pero me aguanto las ganas de hacer un gesto y decir algo que pueda sonar impertinente. También me aguanto la necesidad de recolocarle la gorra, que lleva torcida sobre la cabeza.

—Identificación —me pide.

Visto de cerca, el soldado no tendrá más de veinte años, por lo que deduzco que su pose excesivamente rígida y su ceño fruncido intentan sustituir la experiencia y la seguridad que le faltan.

Le entrego la acreditación, nuevecita y brillante.

Llegué a Francia desde Estados Unidos hace un año con intención de quedarme un par de meses. Acababa de terminar mis estudios de periodismo y me surgió la posibilidad de formarme en un periódico francés. Esta oferta cubría un doble objetivo. Por un lado, ampliar horizontes, conocer mundo y construir un buen currículo. Por otro lado, demostrarle a todo el mundo, empezando por mi padre, que soy perfectamente capaz de valerme por mí misma. Así que no lo dudé, como tampoco lo hice cuando el director me ofreció un contrato indefinido al terminar mi periodo de prácticas. Esta era mi primera «misión» fuera de la redacción, y estaba decidida a ganarme el puesto de reportera costara lo que costara, aunque para eso hubiera tenido que hacer unas cuantas llamadas y pedir un par de favores. Sé que mi padre me lo recordará hasta el día que se muera, así que solo espero que merezca la pena. Si no, no podré regresar nunca a casa.

El soldado entra en la garita con mi acreditación en la mano y levanta el teléfono.

—Sloane Miller, señor —dice a quien haya contestado—. Periodista, tiene pase —añade. Escucha un momento y luego cuelga. Sale, me devuelve el carné de prensa y se gira sin mirarme—. Puede pasar —dice simplemente.

—¿No puedo entrar con el coche? —pregunto. El edificio central de la base está bastante lejos de allí y hace un calor insoportable.

—No —responde tajante. Luego acciona la barrera, que se levanta con un leve zumbido, y entro.

Estoy dentro. Siento un retorcijón en el estómago, pero lucho para que no se me note. Me pongo las gafas de sol, guardo la credencial y comienzo a andar.

Apenas he avanzado medio centenar de metros cuando un militar se detiene a un lado del camino y me espera. Alto, con el uniforme impecable y las manos a la espalda. El sol le marca la mandíbula y resalta el color oscuro de su cabello, que lleva cubierto en parte por la gorra. Su mirada gris, oscurecida por la visera, se clava en mí con una intensidad que no se molesta en disimular.

—Señorita Miller —me saluda con voz grave cuando llego a su altura—. Soy el capitán Mathieu Beaumont. Tengo órdenes de acompañarla durante su estancia en la base Atlantique 27 y facilitarle lo que necesite para su reportaje.

Me quito las gafas de sol y lo observo detenidamente antes de alargar la mano.

—¿Acompañarme o vigilarme?

Su apretón es firme y calculado.

—Es el protocolo —responde sin sonreír. Parece que no le ha hecho gracia mi broma.

—Me encantan los protocolos —se me escapa, y vuelvo a ponerme las gafas.

Avanzamos por el sendero de gravilla. A nuestro alrededor se extiende una ordenada hilera de hangares de chapa y construcciones de hormigón. Aquí y allá, grupos de soldados aparecen y desaparecen en los edificios. Casi todos llevan el uniforme reglamentario, aunque he visto a varias personas vestidas de civil.

Recuerdo cuánto me ha costado elegir la ropa que ponerme esta mañana. ¿Cómo se viste una para pasar unos días en una base militar? Al final, he optado por unos vaqueros azul oscuro, unas botas sin tacón que me están cociendo los pies y una chaqueta caqui que pensé que me ayudaría a pasar desapercibida, pero que llevo hecha un gurruño en la mochila. He elegido una camiseta color crema de manga corta con un estampado de helechos verdes, me he recogido el pelo en una coleta, aunque algunos mechones se rebelan con el viento cálido, y me he calado una gorra verde como los helechos de mi camiseta.

—Ha venido usted muy marcial —me suelta el capitán, como si hubiera leído mis pensamientos. No descarto que el ejército haya desarrollado alguna tecnología para espiar las mentes, quién sabe. No espera respuesta—. Le han asignado alojamiento en el pabellón de visitantes —añade de inmediato—. Mañana podrá empezar con las entrevistas.

—Perfecto. ¿Alguna restricción?

—Las habituales. —Por fin, gira la cabeza hacia mí. Me fijo en sus ojos, de pupilas grises y pestañas largas y negrísimas—. No se aleje de las zonas permitidas. No entre en áreas restringidas. Y, sobre todo, no haga preguntas incómodas. Son veteranos.

—Soy periodista —replico—. Las preguntas incómodas forman parte del trabajo.

Un destello mínimo, casi imperceptible, se dibuja en la comisura de su boca. ¿Una sonrisa? Luego vuelve a la rigidez.

—No se preocupe, yo la acompañaré en todo momento —me deja claro—. Si saca los pies del tiesto, se lo haré saber.

Pasamos junto a la cantina, donde un grupo de soldados charla en un par de mesas colocadas a la sombra. Al vernos, se ponen en pie y saludan marciales. El capitán Beaumont les devuelve el saludo y ellos vuelven a sentarse. Retoman la conversación con una facilidad asombrosa. El mundo militar es fascinante.

—El comandante Barnes quiere saludarla —me dice a continuación—. Sígame.

Como si pudiera hacer otra cosa…

Lo sigo, y mientras lo hago, me fijo en que tiene unos hombros anchísimos, el uniforme le marca los bíceps y puedo adivinar unas piernas poderosas debajo de esos pantalones azules que le quedan tan bien y se le ajustan al trasero como un guante. Es muy alto, calculo que supera el metro ochenta, y el poco pelo que sobresale del gorro militar es tan negro como sus pestañas.

Me muerdo el carrillo por dentro para apartar de mí esos pensamientos. Normalmente no pienso este tipo de cosas, pero llevo tanto tiempo en el dique seco que creo que estoy empezando a oxidarme.

Llegamos a un edificio de dos plantas, abre la puerta y se hace a un lado para dejarme pasar. Cuando paso a su lado percibo un ligero olor a perfume masculino. Cuero, madera y un fondo cálido muy agradable.

Espero al otro lado y vuelvo a seguirle escaleras arriba y, después, hasta la puerta de un despacho al fondo del pasillo. Cruzo los dedos para que el comandante Barnes no me deje en evidencia ante quien va a ser mi guía. Pinto una sonrisa radiante en mi boca y entro con la mano extendida.

—Bienvenida, señorita Miller —me saluda el comandante, que me espera de pie delante de su escritorio. Me aprieta la mano bastante más de lo necesario y durante unos interminables segundos. Cuando la recupero, me duelen los dedos, pero no dejo de sonreír—. Espero que su estancia entre nosotros sea agradable.

—Estoy segura de que lo será, muchas gracias —le respondo.

—¿Qué la ha llevado a interesarse por nuestros veteranos? —me pregunta a continuación. Ufff…

—Bueno —empiezo—, estoy segura de que sus recuerdos y sus vivencias serán la base de un estupendo reportaje.

—Usted lo debe de saber mejor que nadie —dice a continuación. Mierda, ahí va—, al fin y al cabo, su padre es una leyenda de la aviación no solo estadounidense, sino mundial.

Se me congela la sonrisa en la cara. Lo último que quiero es que el nombre de mi padre condicione la forma en la que me tratan. Miro de reojo al capitán Beaumont, que no ha movido un músculo.

El comandante pilla mi mirada, porque añade:

—El general Beaumont en persona, buen amigo del general Miller, me telefoneó para pedirme que la acogiéramos. Tiene usted unos padrinos insuperables, señorita.

¿General Beaumont? Si no recuerdo mal, mi escolta se ha presentado como capitán Beaumont. No puede ser casualidad…

El comandante Barnes y yo charlamos durante un par de minutos más, hasta que la cortesía se hace incómoda y nos despedimos.

En cuanto salgo, esta vez delante del capitán, me detengo y lo obligo a pararse detrás de mí.

—¿Beaumont? —le pregunto.

—Mi padre y el suyo son buenos amigos desde hace muchos años —responde—. Mi padre me ha pedido que me ocupe de usted, y así se lo ha hecho saber al comandante Barnes. No me han dejado opción, de hecho, así que le agradeceré que me ponga las cosas fáciles. Tengo muchas cosas que hacer, no me sobra el tiempo para ocuparme de una periodista caprichosa y entrometida.

—¿Caprichosa y entrometida? —casi grito—. Pero ¿quién te has creído que eres?

Él sonríe una fracción de segundo antes de echar a andar de nuevo.

—Veo que no se acuerda de mí. Mejor así. Vamos —añade sin mirarme—, la acompañaré a su habitación —ordena.

No entiendo nada, pero estoy cabreada al máximo. Y, desde luego, no me acuerdo de él en absoluto. ¿Debería?

Mi habitación es una caja de paredes blancas, con una cama estrecha y un colchón de menos de un palmo de grosor, una mesa metálica y una ventana desde la que se ve el perfil iluminado de un hangar enorme en el que doy por hecho que guardarán parte de los aviones de la base. El cuarto arde, hace tanto calor aquí dentro que empiezo a sudar en cuanto cierro la puerta. Abro la ventana, pero el aire que entra no mejora la situación. Voy a morir cocida.

Dejo la mochila sobre la cama, saco el portátil y llamo a Rubi por FaceTime. Su cara aparece en la pantalla casi al instante. Me río cuando la veo. Cada mañana llega a la redacción con un moño perfectamente hecho, pero a medida que avanza el día, se va deshaciendo hasta que su cabeza parece un ovillo de lana color caoba. En ese momento, el moño es apenas un recuerdo. Me saluda con la taza de café en la mano y sonríe.

—¿Qué tal te han recibido? —me pregunta.

—Con los brazos abiertos —bromeo—. Ya sabes lo que les gustan los periodistas a los militares.

—Lo mismo que a los políticos, los banqueros, los empresarios, los jueces… Vamos —se ríe—, que no nos quiere nadie.

—Tranquila, yo te quiero —le digo sin dejar de reír.

—Y aparte del amor, ¿qué me cuentas? —pregunta.

—Poca cosa. Me ha recibido un militar alto, guapo y un poco estúpido que debe acompañarme porque su padre es amigo del mío y se lo ha pedido personalmente. O mejor, se lo ha ordenado, así que ya puedes imaginar que le caigo mal de entrada.

—¿Alto y guapo? —recalca Rubi.

—Y estúpido —le recuerdo—. ¿Eso es todo lo que has oído de lo que te he dicho?

—«Un poco» estúpido —me corrige, utilizando mis propias palabras e ignorando el resto—, como la mayoría del género masculino.

—Eso no te lo voy a discutir.

Nos echamos a reír y charlamos un par de minutos más sobre las últimas novedades en la redacción.

—¿Cuándo empezarás con lo tuyo? —me pregunta después.

—En cuanto pueda, hoy mismo si tengo ocasión.

—Suerte, querida —añade a modo de despedida—, y ojo con los militares guapos, ya sabes lo que dicen de la atracción por los uniformes.

—Tranquila, tengo el corazón guardado bajo llave y estoy curada de espanto con lo de los uniformes, no me ponen nada. He crecido en una base poco mejor que esta…

—¡Ay, el amor! —suspira, melodramática.

Cortamos la comunicación después de enviarnos mil besos, cierro el portátil y dejo que el silencio me rodee.

Tengo que pensar qué hacer con mi escolta de ojos grises, porque quieran o no, voy a conseguir mi reportaje, y no tiene nada que ver con los veteranos de guerra.

2

Mathieu

Ya me lo habían advertido cuando presenté el informe sobre lo que había ocurrido durante la misión extraoficial en la que me metí el pasado invierno para ayudar a mi amigo Daniel Reed. Aunque Dani había utilizado otro nombre para referirse a mí en el reportaje y en el libro que le siguió, mi superior inmediato, el comandante Barnes, sabía que estaba hablando de mí.

Estuve semanas bajo el escrutinio constante y exhaustivo de la cúpula del ejército del aire. Respondí interrogatorios, rellené formularios, declaré una y otra vez, hasta que se convencieron de que no soy un traidor ni un peligro para la patria y que lo único que hice fue ayudar a un amigo y a su novia, cuyas vidas corrían peligro.

De hecho, la imagen del ejército francés había salido bastante bien parada de todo el asunto, ya que la opinión pública aplaudió que participara en una misión de este tipo. No ocurrió lo mismo con los políticos, y los miembros de la Asamblea pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron de lo que había sucedido, y eso que no lo sabían todo. Nadie conocía todos los detalles, excepto Sophie, Daniel y yo, y así sería para siempre.

Ahora, casi dos meses después de todo aquello, sigo encerrado en la base, sin derecho a permisos y sin opción a volar hasta nuevo aviso, así que me dedico a arreglar los aviones y a mantener un perfil bajo mientras la cúpula militar encuentra otra cosa de la que preocuparse y me dejan volver a mi trabajo de verdad.

Escoltar a una periodista que quiere hacer un reportaje sobre nuestros veteranos es otro peldaño en la escalera de castigos y humillaciones que tengo que asumir si quiero seguir en el ejército.

Lo que más me molesta, sin embargo, es que mi propio padre, que jamás me llama por teléfono, haya utilizado su cargo y su autoridad para endosarme a la niñata norteamericana que quiere jugar a ser periodista. Y por si yo le ponía alguna pega o decidía desobedecerle por primera vez en mi vida, seguidamente telefoneó al comandante Barnes, que un minuto después me llamó a su despacho y me leyó la cartilla.

Voy a ser el niñero de una periodista durante los días que ella decida quedarse.

—No la pierda de vista —me ordena—. A donde vaya, usted va con ella.

Parpadeo una vez. Me lo imaginaba, pero escucharlo no lo hace más agradable.

El teniente Valois, ayudante de campo del comandante Barnes, me tiende una carpeta con un solo folio en su interior. Valois levanta un segundo las cejas, como si intentara transmitirme su solidaridad, pero está atado al escritorio de Barnes y poco puede hacer.

Abro la carpeta y leo el escueto informe, que incluye una fotografía. Guapa, rubia, de ojos claros y labios carnosos.

—Sloane Miller —leo. Ha cambiado mucho desde la primera y última vez que la vi.

—Los de arriba han autorizado el permiso —sigue Barnes, ajeno a mis pensamientos—. Pero ya sabe cómo funciona esto: no podemos dejar que deambule sola. Hay zonas restringidas, material sensible, protocolos…

Asiento. Es el mismo discurso de siempre. Barnes se está esforzando para que esta visita parezca «normal». Al fin y al cabo, no es la primera vez que un civil viene «a observar», pero sí la primera que yo tengo que acompañarlo. Soy capitán, ese no debería ser mi trabajo.

Miro a Barnes y comprendo que está esperando una réplica, una protesta o una excusa, así que me trago el mal humor y asiento con fuerza.

—¿Y qué quiere exactamente que haga? —pregunto a continuación.

—Enséñele lo que pueda ver y se lo explica para que lo entienda. No quiero verla donde no debe, ¿entendido? —Barnes clava la mirada en mí—. Pero no la incomode, ya sabe quién es su padre. Simplemente, asegúrese de que no se meta en problemas y de que no nos meta en problemas a nosotros.

Dentro de la carpeta hay un itinerario provisional —módulo médico, cantina, sala de reintegración—, y una lista de lugares a evitar, como los hangares en los que reparamos los aviones, los almacenes y las dependencias de los oficiales.

—¿Alguna instrucción especial? —pregunto.

—Utilice el sentido común. Si pregunta demasiado sobre logística, derívela a intendencia. Si quiere entrar donde no debe, dígale que no, pero siempre cordial y educado.

Asiento otra vez. He hecho cosas más molestas. E infinitamente más peligrosas.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Ayúdela a que haga un buen reportaje sobre los veteranos.

Me giro hacia la puerta.

—Beaumont —me llama Barnes antes de que salga—. Esfuércese por ser agradable, ¿de acuerdo? No me gustaría cabrear al general Miller.

—Ni a mí, señor.

Valois me acompaña hasta la puerta y me sonríe brevemente. Es un hombre extraño, todo lo contrario de lo que uno espera de un militar. Tiene la voz suave, se mueve despacio y con cuidado y nadie lo ha visto nunca enfadado. Lleva diez años a las órdenes directas de Barnes, creo que eso ya es mérito suficiente para merecer el respeto de todo el mundo.

—No será para tanto —susurra mientras salgo.

Le sonrío un segundo y me marcho con la carpeta bajo el brazo. La sensación es clara: me acababan de convertir en el canguro de una periodista que, además, es hija de un general laureado, una leyenda en el mundo de la aviación.

No me gustan los periodistas. El único que conozco es mi amigo Daniel Reed y es un auténtico tocapelotas. De hecho, todo el lío en el que estoy metido, y que casi nos cuesta la vida a los tres, empezó porque él estaba siguiendo una noticia. Espero que esta norteamericana sea más tranquila, aunque nada de lo que viene del otro lado del océano suele ser tranquilo.

Lo último que necesito es entretener a una periodista, pero me temo que no puedo negarme.

Como me ordenaron, la espero en la entrada y la acompaño a su alojamiento después de pasar por el despacho de Barnes. Parece sorprendida cuando el comandante menciona a mi padre, pero creo que le he dejado claras las normas: nada de tonterías.

La dejo para que se acomode y quedo en recogerla a las cuatro para enseñarle las instalaciones, como me ha ordenado el comandante. Apenas son las dos, así que tengo un rato para dedicarme a mis cosas.

Tengo medio cuerpo metido en las entrañas de un Rafale cuando Eli aparece cargando una llave inglesa del tamaño de su brazo.

—¿Estás intentando suicidarte o solo haces el mantenimiento como si te fuera la vida en ello? —me suelta desde el ala.

—Estoy intentando que este cabrón deje de sonar como si fuera a partirse en dos en pleno vuelo —gruño, con medio torso aún dentro del panel de acceso—. ¿Puedes pasarme el calibrador?

Coge lo que le pido y me lo entrega. Luego, se coloca a mi lado y seguimos trabajando en silencio. El sol de mediodía cae sobre el hangar y el metal caliente convierte cada tornillo en un brasero. Apesta a queroseno, pero me gusta. A todos nos gusta, de hecho.

—Jamie dice que las chicas han dicho que sí —dice Eli al cabo de un rato—. A las nueve en punto, en el bar The Rail. Me ha pedido que te diga que no vengas de uniforme, hueles a combustible a kilómetros de distancia.

—No prometo nada. —Saco el calibrador con cuidado—. Es mi aroma natural.

—Claro, las mujeres adoran a los tipos que huelen a taller.

Le lanzo una mirada rápida por encima del hombro y él sonríe como un niño que sabe que no van a castigarlo.

—¿Hay alguna en particular que te interese esta vez? —pregunta.

—Todavía no he visto la alineación. Me conformo con una que no me hable de chakras ni de su exnovio militar.

—Pides mucho —dice antes de soltar una carcajada contagiosa.

Me limpio las manos con un trapo y me incorporo para estirar la espalda. Debería asearme un poco, la periodista me espera a las cuatro, dentro de solo veinte minutos.

—Nos vemos luego —me despido de Eli.

Él me guiña un ojo y ocupa mi lugar bajo el Rafale.

Cuando me dirijo a mi alojamiento, la veo venir pegada a la sombra de los edificios. Me detengo junto a la valla y espero. Quiero saber por qué no está en su habitación.

3

Sloane

El calor sigue siendo pegajoso incluso a primera hora de la tarde. Es ese tipo de calor se adhiere a la piel como una segunda capa invisible, densa y sofocante. A las dos de la tarde apenas queda nadie en las calles de la base. Los soldados deben de estar trabajando o descansando. En todo, caso, la única loca que se atreve a salir al sol, soy yo.

Todo me parece más lento cuando hace calor. Pienso más despacio, camino más despacio y me cuesta más hablar. La crema hidratante que me he puesto después de ducharme se me está escurriendo por los brazos y por las piernas. Me dan ganas de volver adentro y esperar hasta las cuatro, cuando vendrá a buscarme el capitán Beaumont, pero, en lugar de eso, camino con decisión hacia el módulo médico. Tengo una hora de respiro antes de volver a convertirme en la periodista obediente y sonriente que todos esperan. Tiempo suficiente para ver a Nora, mi amiga desde el instituto, que ahora viste bata blanca por fuera y ropa militar por dentro.

El aire acondicionado me golpea al entrar, una ráfaga salvadora que trae consigo ese olor tan propio de los consultorios médicos.

—¿Vienes a que te revise el corazón o solo el juicio? —pregunta Nora desde el fondo de la sala, sin apartar la vista del tobillo que está vendando.

—Ambas cosas pueden estar comprometidas —respondo, dejándome caer en una silla de plástico desde la que recibo de pleno la caricia del aire acondicionado.

—Dime que todavía no te has metido en líos.

—Tranquila, de momento solo estoy tanteando el terreno —respondo con una enorme sonrisa—. Además, solo llevo una hora aquí, ¡dame tiempo!

Ella termina el vendaje, le da un par de palmadas al soldado para que se marche y luego me alcanza una botella de agua fría. En su cara veo una media sonrisa que reconozco. Aunque ha pasado toda una vida desde el instituto, veo en ella a la Nora con la compartí mi adolescencia.

—Todavía me parece raro verte aquí con bata blanca —le digo, girando la botella en la mano—. La última vez que te vi con algo parecido fue en aquel curso de primeros auxilios que hicimos en el instituto.

—Y tú no parabas de marearte cada vez que veías sangre —me recuerda, riendo por lo bajo—. Supongo que hemos cambiado las dos.

—En algunas cosas, sí —admito—. Otras siguen igual. Te echo de menos tanto como cuando tu familia decidió volver a Francia.

Nora se acerca a mí y me da el abrazo que llevo tanto rato esperando.

Luego se sienta a mi lado y me palmea la pierna.

—Eso te ha quedado muy militar —bromeo.

—¡Es lo que hay! —responde muerta de la risa. Cuando se calma, vuelve a mirarme más seria y de nuevo veo a la militar que, en el fondo, siempre ha llevado dentro. Al fin y al cabo, las dos somos hijas de pilotos y hemos crecido en una base—. Dime, ¿quién se encarga de ti aquí? Si necesitas algo…

—Un tal capitán Beaumont será mi niñero. Mi padre es amigo del suyo y se lo ha pedido como favor personal —le cuento con el ceño fruncido.

Nora asiente.

—Es un buen tipo —responde—. Serio, profesional… Y cuando quiere, hasta divertido. Y, no voy a negarlo, muy guapo.

—No me he fijado —respondo rápido, dando un trago de agua—. Y desde luego, no he tenido tiempo de comprobar lo demás.

—Ya lo tendrás. —Su sonrisa se amplía, pero no insiste.

Suspiro, dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos un instante.

—Es un soldado más. No te ofendas —digo a toda prisa—, pero los tipos de uniforme se creen irresistibles y suelen comportarse como si lo supieran todo de todo el mundo o pudieran adivinarlo sola con una mirada. Paso de militares, de verdad. Estoy más que harta de este mundo. Y además —añado—, solo estaré en la base unos días y tengo un reportaje que escribir.

—Sobre los veteranos, lo sé.

—Eso es, sobre los veteranos. —La miro a los ojos mientras lo digo. Necesito que me crea—. Estoy aquí por una historia, Nora —continúo para subrayar mis palabras—. No puedo distraerme con el primer capitán guapo que se cruce en mi camino.

—Yo no he dicho que te distraigas. Solo digo que, si te va a acompañar, al menos intenta que sea un rato agradable.

Me pongo de pie y apuro el agua de un trago largo. Siento cómo la frescura desciende por mi garganta y me parece lo más agradable que me ha pasado en días.

—Gracias por la consulta improvisada —me despido mientras la abrazo de nuevo.

—La segunda sesión incluye vino —responde, recogiendo las vendas y el material que ha utilizado con el soldado sin perder la sonrisa—. Te avisaré cuando tenga un día libre y lo pasamos juntas, ¿de acuerdo?

—Me encantará —le aseguro.

Salgo del módulo con la cabeza un poco más despejada y respiro hondo. El aire afuera sigue siendo caliente. Parpadeo varias veces para acostumbrarme de nuevo a la claridad y camino en dirección a mi habitación.

Y entonces, lo veo.

Está apoyado con aparente despreocupación contra una valla metálica, a la sombra de una estructura a medio montar. Lleva un buzo de trabajo bajo el que puedo ver una camiseta caqui. Le brilla la cara por el sudor y tiene las manos machadas de grasa, pero sonríe con la misma seguridad que si fuera vestido de Armani.

—¿Perdida, periodista? —pregunta.

—Tengo una amiga en esta base —respondo, y me maldigo a mí misma al instante por contarle algo que no me ha preguntado—. La doctora Nora Saintpierre.

El soldadito levanta mucho las cejas. Lo he sorprendido. Me mira unos segundos en silencio y luego sonríe de medio lado.

—¿Te apetece un café? —me pregunta.

Ahora soy yo la que sube mucho las cejas. ¿Un café? Y luego, ¿qué? ¿Una copa? ¿Un polvo rápido? Tanta prepotencia me da ganas de vomitar. Y además, me está tuteando, así, de buenas a primeras.

—No, gracias —respondo cortante—. Tengo cosas que hacer.

Para mi sorpresa, no insiste.

—Entonces, te recojo a las cuatro, como habíamos convenido —dice. Luego, da media vuelta y camina deprisa hacia el hangar más cercano, donde entra y desaparece de mi vista.

Vaya con el soldadito, ya ha lanzado la primera flecha. Es un cazador nato. Tendré que tener cuidado.

4

Mathieu

La encuentro frente al módulo de operaciones con la cámara colgada al cuello. No veo un cuaderno por ningún sitio, pero bueno, esto es solo una primera toma de contacto. La forma en la que sostiene el objetivo, como si fuera una extensión natural de sus manos, me dice que ya está trabajando. Se mueve despacio, sin prisa, observándolo todo con el ceño fruncido y sin apenas pronunciar palabra. De vez en cuando la veo estirar el cuello para intentar ver más allá de donde estamos.

El sol pega fuerte sobre el asfalto. El aire vibra, denso y pegajoso, mientras ajusto mi paso al suyo. A nuestro alrededor, el polvo se levanta con cada todoterreno que pasa. Al instante nos alcanza una vaharada de humo que huele a caucho quemado y a queroseno. El aroma de la base.

Lleva la misma ropa con la que ha llegado y ha vuelto a calarse la gorra que apenas contiene los mechones rebeldes de pelo rubio que se le escapan con el viento. Intenta pasar desapercibida, pero no puede. Hay algo en ella que destaca aunque no lo pretenda.

Pasamos por la zona de mantenimiento. El zumbido de una turbina en pruebas hace vibrar el suelo. Las herramientas golpean el metal y un coro de voces llena el aire con sus órdenes técnicas.

—Aquí están los Rafale —le explico, señalando el hangar principal —. Son los cazas de la base. Lo siento —digo cuando la veo levantar la cámara—, no puedes hacer ninguna foto de los aviones sin autorización expresa.

Ella no responde. De hecho, hace como que no me ha oído, enfoca y dispara hacia el hangar con rapidez.

No digo nada porque desde donde estamos no puede verse ni el morro de un solo aparato, pero no me ha hecho gracia semejante desobediencia. ¿Me está retando?

—¿Te interesa la parte técnica? —pregunto sin detenerme.

—Me interesa todo —contesta.

—Sobre todo, lo que te han prohibido expresamente, ¿me equivoco?

La veo sonreír un segundo.

—No, no te equivocas, capitán. Soy periodista, no lo puedo remediar.

—Una periodista enchufada —mascullo entre dientes.

Creo que no puede oírme, pero se detiene un segundo y me mira con el ceño fruncido. No dice nada, así que le dedico una sonrisa y sigo adelante.

—¿Vamos? —le digo—, me gustaría terminar cuanto antes.

Seguimos hacia la zona logística, unos enormes almacenes de chapa y hormigón alineados como inmensas cajas grises. En la entrada de uno de ellos, varios soldados descargan material de los camiones.

—Estos son los depósitos de suministro y maquinaria —le explico de carrerilla, sin ninguna emoción ni interés—. Todo lo que mantiene la base en marcha pasa por aquí.

Ella levanta la cámara otra vez. No pregunta nada ni pide permiso, y hace varias fotos rápidas. Los soldados la miran con cierta incomodidad, y sé que solo el hecho de que yo la acompañe impide que protesten.

—Sabes que no podrás publicar esas fotos, ¿verdad? —le digo.

—Tranquilo, solo son para mi documentación.

Doblamos hacia un sendero de grava que conecta con una explanada de entrenamiento. Varios soldados corren en uniforme ligero, sudados, mientras un suboficial grita órdenes.

—Aquí entrenan las unidades en rotación —le digo—. Aunque supongo que esto lo conocerás de sobra, ¿me equivoco?

En lugar de responder, ella dispara tres fotos sin siquiera esperar a tener el mejor ángulo. Parece que las imágenes le importan menos que el simple hecho de tenerlas. O quizá, lo que intenta simplemente es provocarme, porque después de cada ráfaga con la cámara, me mira fijamente y sonríe de medio lado. Está jugando con fuego, y no es consciente de que se puede quemar. Y arder hasta quedar convertida en cenizas.

—¿Voy a tener que ir siempre con escolta? —pregunta de pronto, sin dejar de caminar.

—El comandante no quiere que te metas en un lío, ni que nos metas a nosotros —le respondo.

Ella esboza una sonrisa mínima, un destello fugaz que desaparece tan rápido como llega.

Nos dirigimos a la cantina. Es una construcción baja con un porche en el que se han instalado media docena de mesas rodeadas de sillas de plástico. Dentro, el aire es espeso, pero más fresco que fuera. Algunos soldados comen en silencio, otros juegan a las cartas y un par de grupos charlar animadamente.

Pido dos botellas de agua fría y le paso una. Esta vez sí, me sostiene la mirada cuando la coge.

—Gracias.

—De nada.

Ella abre la botella con un gesto rápido, da un sorbo y se la lleva a la frente para refrescarse. Cierra los ojos, abre la boca mientras lo hace y gime de placer durante un segundo. No puedo evitar pensar en cuánto me gustaría arrancarle un gemido como ese.

Me giro hacia la ventana para dejar de mirarla y alejar ese pensamiento tan inapropiado de mi cabeza.

—¿De verdad te interesa el programa de reintegración? —le pregunto directamente. Me molestaría mucho que me estuviera

tomando el pelo y solo se tratara, como sospecho, del capricho de una norteamericana aburrida en busca de emociones.

Bebe otro trago antes de contestar.

—Me interesan las historias reales, por eso estoy aquí —responde mirándome a los ojos—. Las que se ven, y las que no se ven.

La frase flota entre nosotros. No insisto ni le pido explicaciones, no es el momento.

Afuera, el calor sigue cayendo sobre la base como un mazo, implacable. Ella se dedica a secar la condensación de la botella con los dedos, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Y quizá lo tenga.

Pero yo no.

—No puedo permitir que sigas haciendo fotos de lugares que te han prohibido expresamente fotografiar —le digo con la mayor tranquilidad posible—. Si quieres tu reportaje, vas a tener que comportarte y seguir las reglas. Esto es el ejército, por si no te habías dado cuenta, y aquí les gustan poco los versos libres.

Ella no responde. Me mira fijamente un largo rato, luego apura el botellín y se marcha. Fin de la conversación.

La veo alejarse en dirección a su alojamiento. No se gira, aunque tampoco espero que lo haga.

El pabellón queda atrás mientras me encamino hacia el aparcamiento. La tarde se desliza rápido hacia la noche. Y yo necesito otra cosa: ruido, gente, música y una mujer que me haga olvidar a ese demonio americano.

The Rail está lleno cuando llego. Rock de los noventa, un coro de risas y mucha cerveza. Eli me recibe con un golpe en la espalda mientras Jamie levanta la mano desde la barra. En la mesa hay tres chicas que ya tienen sus jarras. Le he hecho caso y me he cambiado de ropa. Nada especial, unos tejanos azules y una camiseta negra.

—¡Beaumont, pensé que te ibas a rajar! —grita Eli por encima de la música.

—Sabes que nunca me rajo. He tenido que atender a la visita —le cuento mientras me siento. Al instante, mi amigo levanta la mano y pide una ronda de cervezas.

La conversación fluye rápido entre bromas, anécdotas y risas. Las chicas parecen simpáticas y son bastante guapas. La rubia de vestido corto —creo que se llama Claire, aunque no estoy seguro— no tarda en inclinarse hacia mí. Huele a un perfume dulce, se ríe de todo lo que digo y me toca el brazo con aparente naturalidad cada vez que tiene ocasión.

No hago nada por apartarme. Al contrario. Me dejo llevar.

Las jarras vacías se acumulan sobre la mesa y la música cambia a un ritmo más lento. Claire tira de mi mano hacia la pista y yo la sigo. Bailamos, o algo parecido. Siento su cuerpo pegado al mío y su aliento en mi oído. Me dejo arrastrar.

De vuelta a la mesa, Jamie aplaude, Eli se burla y yo me río y bebo otro trago.

Es más de medianoche cuando decidimos que ya es hora de marcharnos.

En la calle, el aire es fresco y respiro profundamente. Claire tropieza un poco al reírse y yo la sujeto de la cintura. Me mira con los ojos brillantes y el pintalabios medio borrado. Lo que falta estará en los vasos de cerveza.

—¿Me llevas? —susurra, aunque no parece una pregunta.

Asiento y nos dirigimos a mi coche. Apenas cerramos la puerta, se lanza sobre mí. Su boca sabe a alcohol. Nos besamos con la urgencia torpe de los borrachos. Siento sus manos en mi pelo y yo me lanzo a por sus pechos. Ella no se opone, así que sigo.

El mundo se queda fuera, reducido al vaho de los cristales. Hasta que, de pronto, suena el teléfono.

5

Sloane

Desde el mismo momento en el que empujo la puerta, sé que me estoy metiendo en problemas. Pero también sé —como siempre lo sé— que si quiero respuestas, tengo que cruzar ciertos límites. Me fijé en ese hangar durante la visita guiada con el capitán Beaumont. Está claro que es un almacén logístico, a juzgar por todo el material que guardan en largas hileras de un lado al otro de la nave. No he visto guardias en la puerta ni en el interior, aunque tengo que reconocer que sí he visto claramente un cartel de acceso restringido. Por supuesto, decidí ignorarlo.

Espero a que sea noche cerrada y salgo de mi habitación. No me cruzo con nadie y no oigo nada extraño, aparte del zumbido de los generadores y algún motor lejano. Ni siquiera me llegan voces de la cantina, que supongo cerrada a esas horas.

Avanzo hacia el hangar evitando las zonas más iluminadas. Cuando llego, empujo la puerta con cuidado. Bingo, no está cerrada con llave ni candado. La empujo lo justo para permitirme pasar y vuelvo a cerrarla a mi espalda. El corazón me late tan deprisa que me duele el pecho.

El interior apenas está iluminado, así que utilizo la linterna de mi móvil para ver dónde pongo los pies y qué tengo delante. Veo la hilera de estanterías con infinidad de cajas apiladas, perfectamente etiquetadas y colocadas con cuidado. Al fondo, distingo unos bultos más grandes cubiertos por lonas grises. Uno de esos bultos tiene la forma de un vehículo.

Camino despacio mientras ilumino las etiquetas de las enormes cajas. La mayoría son metálicas, aunque veo también varias de plástico e incluso un par de madera.

Cojo la cámara que llevo colgada al cuello y empiezo a hacer fotografías de las etiquetas de las cajas. Luego hago una panorámica del pasillo y sigo avanzando, haciendo fotos de todo lo que tengo delante.

En ese momento, las luces del hangar se encienden y escucho un estruendo de pasos que avanzan a la carrera. Me detengo y me giro justo a tiempo de ver a cuatro soldados que corren hacia mí con las armas listas. Suelto la cámara y levanto las manos.

—¡Alto! ¡No se mueva! —grita uno de ellos.

A pesar de la luz, los fusiles llevan activada una potente linterna que me ciega. Vuelven a gritarme que no me mueva cuando me llevo una mano a la cara para protegerme los ojos.

—¡Soy periodista! —exclamo lo más deprisa que puedo. No quiero que me disparen—. Tengo acreditación y permiso para estar aquí —añado.

—No en esta zona —responde un soldado joven con la mandíbula tensa.

Los otros tres me rodean y me quitan todo lo que llevo: la cámara, el móvil, el cuaderno y hasta el bolígrafo. Luego me piden la acreditación, pero ni siquiera la miran cuando consigo mostrársela.

—Avisen al capitán Beaumont —les pido. He intentado fingir seguridad en mí misma, pero lo cierto es que estoy muerta de miedo —. Él puede confirmar quién soy y validar mi acreditación.

No me responden. Los tres soldados que se han quedado con mis cosas se colocan detrás de mí y me indican con un gesto que siga al que abre la marcha. Salimos al exterior y me escoltan hasta un edificio de dos alturas. Son las dependencias oficiales, donde están los despachos y los archivos, me imagino. Hay luz en varias ventanas, a pesar de la hora.

Me conducen hasta una sala no demasiado grande y me indican que me siente en la silla que hay frente a una mesa desnuda. Hace mucho calor ahí dentro.

—¿Pueden abrir un poco la ventana? —le pido al soldado que ha entrado conmigo y que permanece pegado a la pared. No responde ni me mira, así que me levanto para abrirla yo misma.

—No lo haga —me dice de pronto.

Obediente, me vuelvo a sentar mientras el sudor empieza a empaparme las axilas.

Espero un buen rato.

Cuando por fin se abre la puerta, no me sorprende ver al capitán Beaumont. Al fin y al cabo, se supone que es el responsable de lo que yo hago. Comprendo entonces que es muy posible que él también tenga problemas por lo que he hecho. Vaya, eso no me hace demasiada gracia.

No lleva el uniforme, sino un pantalón vaquero y una camiseta oscura. Deduzco que no estaba en la base y lo han llamado a donde fuera que estuviera. Doble motivo para estar de mal humor si le he fastidiado el plan.

Entra con pasos firmes, cargados de tensión, y con el ceño fruncido. Sus ojos grises están especialmente oscuros, y creo que, si pudiera, me fulminaría con ellos. No le culpo, pero yo solo hago mi trabajo.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —escupe con voz cortante. Se ha quedado de pie al lado de mi silla, lo que me obliga a echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo—. Hay un cartel enorme en la puerta de ese hangar que prohíbe la entrada a personal no autorizado, y tú no estás autorizada en absoluto.

Cruzo los brazos, aunque siento el corazón golpearme en las costillas.

—No hacía nada malo —me defiendo. Y no es mentira, al menos desde mi punto de vista—. Solo estaba dando una vuelta, viendo qué hay por ahí.

—¿En un hangar restringido? —insiste.

Me encojo de hombros.

—Las zonas restringidas lo están por algo —continúa un poco más calmado—. ¿Sabes la que habrías liado si hubieras tocado lo que no debías?

—No he tocado nada.

—¿Y qué importa? A ojos de cualquiera, te colaste en una zona prohibida. Eso basta para que te revoquen la acreditación y te echen de aquí. ¿Eso quieres?

No respondo, pero bajo la cabeza.

Él se frota la cara con una mano y luego, por fin, se sienta. Apoya los brazos sobre la mesa y veo sus enormes bíceps bien marcados. Tiene la piel tostada por el sol, el pelo oscuro y una sombra de barba que le oscurece las mejillas. Sus ojos vuelven a ser grises una vez que ha desaparecido la furia inicial.

Le hace una señal al soldado que sigue junto a la puerta para que salga. El joven obedece y cierra la puerta. ¿Qué pretende? Quizá debería preocuparme, pero no lo hago. Mathieu Beaumont me resulta extrañamente confiable.

Me mira fijamente a los ojos y yo aguanto casi sin respirar, a la espera de lo que sea que vaya a decir. Mi futuro inmediato está en sus manos.

—El comandante Barnes ya ha llamado a mi padre, que no tardará en hablar con el tuyo. Si lo que pretendías era joderme la vida, bingo, lo has conseguido en tiempo récord.

—No quiero joderte la vida —me defiendo, aunque tengo que reconocer que no me apetece nada recibir una reprimenda de mi padre, y sé que llegará.

En ese momento, mi móvil vibra sobre la mesa. La palabra «Papá» ocupa la parte superior de la pantalla. Hablando del rey de Roma.

Miro a Beaumont y lo veo cerrar los ojos, exasperado. Dejo que el móvil suene hasta que se cortan las llamadas y luego lo pongo en modo avión.

—No podrás evitarlo eternamente —me dice.

—Puedo intentarlo —replico

Él suspira sonoramente y me mira con el ceño fruncido. Hasta así de cabreado está guapo. Luego, se acerca al borde de la mesa. Entonces, un olor a alcohol me alcanza.

—¿Estás borracho? —le pregunto.

—Para nada —replica.

—Hueles a cerveza.

—Estaba con mis amigos cuando me han llamado para que te salvara el culo.

Tiene una mancha de carmín en el cuello. Amigos, dice…

—No te necesito —bufo.

Él sonríe de medio lado y me mira fijamente.

—Ya lo veo… —se burla.

—Estoy harta, me marcho —digo mientras me levanto.

—Pediré a un soldado que te acompañe hasta tu coche.

Lo miro fijamente durante varios segundos.

—Me voy a mi dormitorio, no me marcho de la base, ¿qué te has creído? Tengo un trabajo que hacer.

Beaumont se pone de pie y apoya las manos sobre la mesa.

—Dime —dice por fin—, ¿qué estás buscando en realidad?

Ni siquiera pestañea mientras espera mi respuesta. Mi cerebro funciona a toda velocidad, decidiendo qué decir y qué no, si me conviene quedarme o salir corriendo.

Respiro hondo. Miro sus manos sobre la mesa, fuertes, con dedos largos y las uñas pulcramente cortadas. Sigue haciendo mucho calor allí, un calor pegajoso que hace que cada segundo me parezca una hora. Sin embargo, él no parece notarlo, porque no veo ni una gota de sudor en su cara, mientras que la mía seguro que estará brillante y colorada.

Él me mira, cada vez menos paciente. Apenas parpadea. El silencio se prolonga hasta hacerse verdaderamente incómodo, pero

no estoy dispuesta a llenarlo con una confesión. Siento su mirada clavada en mí. Luego se endereza, se pasa una mano por la nuca y asiente apenas.

—Voy a sacarte de esta —me dice—, pero es la última vez. La próxima, no te ayudaré. Si eres capaz de meterte en líos tú sola, también tendrás que serlo para salir de ellos. Aunque siempre puedes llamar a tu papá, ¿no?

Siento que ardo por dentro, pero no respondo a la provocación. Sé que eso es lo que quiere, que me lance a su yugular y después, me marche. No lo voy a hacer, no me iré hasta que consiga lo que he venido a buscar.

Cuando se cansa de esperar una contestación, recoge la bolsa con mis cosas y me la entrega sin añadir nada más. Caminamos juntos hasta el módulo en el que me alojo y me abre la puerta. Me mira una última vez y, sin decir nada, cierra la puerta y me quedo sola.

Creo que acabo de vivir el momento más incómodo de toda mi vida.

6

Mathieu

Apenas acaba de amanecer cuando Barnes me llama por teléfono.

—Comandante —saludo.

—Capitán —responde—, quiero un resumen de la situación con la señorita Miller.

Buena cuestión. ¿Qué pasa con la señorita Miller? Desde luego, yo no tengo ni idea.

—No sé qué decirle, señor. Ella asegura que no estaba haciendo nada malo, que salió a pasear al aire libre, vio la puerta del almacén abierta y entró. Se asustó mucho cuando llegaron los soldados —miento—, no creo que vuelva a hacer algo parecido —miento de nuevo.

Estoy convencido de que esa mujer oculta algo. Eso, o es una caprichosa inconsciente y malcriada, no sé cuál de las dos opciones me convence más.

—No podemos echarla —continúa el comandante—, pero el general Beaumont me ha asegurado que el general Miller la llamará para recordarle cómo funcionan las cosas en una base militar.

Una vez más, mi padre al rescate.

Mierda.

—Todo está controlado —respondo, como si fuera verdad.

—Eso espero, capitán. Desde ahora, no se separe de la periodista, ¿de acuerdo? Máxima prioridad. Que haga su trabajo y se marche cuando antes, pero contenta. No queremos que se queje ante su padre, ¿verdad?

—En absoluto, señor.

—Bien. Eso es todo.

Barnes cuelga sin despedirse y, justo en ese momento, mi padre decide llamarme.

Estoy tentado de no contestar, pero sé que no merece la pena. Insistirá hasta que consiga lo que quiere, como siempre.

—Hola —saludo.

—Hijo, no quiero entretenerte, sé que estás ocupado —dice, directo al grano, como siempre—. ¿Qué tal con la señorita Miller? —pregunta a continuación.

—Podría ir mejor, desde luego. Podía no haber venido a esta base, o no haberme tocado a mí hacerle de niñera.

—Te lo pedí como un favor personal, y veo que estás siendo incapaz de cumplir —me escupe con el tono gélido que suele reservar para mí.

—Es ella la que no sabe comportarse, general, no yo.

—Vamos, hijo. Solo es una mujer, no puedo creer que no seas capaz de controlarla. Hazlo bien, ¿de acuerdo? —dice, y sé que en su cabeza dan vueltas las veces en las que, en su opinión, no he estado a la altura—. Te lo vuelvo a pedir como algo personal. Miller es un buen amigo y está muy pendiente de su hija. Y es alguien muy importante, te interesa quedar bien con él, puede ayudarte mucho en tu carrera.

Mi padre, que nunca ha movido un dedo por mí para que no lo acusen de favorecer a su propio hijo, me recomienda que me acerque al fuego que más calienta, vaya paradoja.

—El comandante Barnes me ha ordenado que la ayude en su trabajo y eso estoy haciendo. No puedo estar pendiente de ella las veinticuatro horas.

—Claro que puedes —replica mi padre—, y eso es justo lo que te estoy pidiendo que hagas.

—¿Es una orden? —pregunto.

—Tómatelo como quieras, pero no me dejes en mal lugar.

Me duele el estómago cuando mi padre cuelga el teléfono. Son las siete de la mañana y ya he empezado a alimentar la úlcera que esta situación me está provocando.

Me visto con ropa de deporte y salgo del módulo residencial. Necesito quemar toda la bilis que estoy produciendo y que me arde en la garganta.

Me calo la gorra y empiezo a trotar en dirección al portón de salida. Mientras acelero, voy dejando los problemas atrás. Me saco de la cabeza la voz de mi padre y sus palabras. Luego, dejo a un lado al comandante Barnes y los castigos a los que lleva semanas sometiéndome. Elimino de mi cabeza las horas en tierra y sueño con volver a volar. Corro cada vez más deprisa, con zancadas más largas y decididas. Sé hacia dónde voy, siempre hago el mismo recorrido en dirección a los riscos. Desde allí, corro por el borde del acantilado mientras escucho el océano abajo, estrellándose una y otra vez contra las rocas.

Estoy a punto de abandonar el camino principal para entrar en el bosque de pinos cuando veo una figura que corre hacia mí. Es una mujer vestida con unos pantalones cortos negros y una camiseta de tirantes azul cielo. Lleva el pelo recogido y una gorra le cubre la cara, pero sé quién es.

Dudo durante un segundo, no sé si girar y seguir corriendo o esperar. Ese instante de indecisión es todo lo que ella necesita para llegar hasta donde estoy.

Sloane Miller avanza con zancadas largas y rápidas. Me detengo a un lado del camino y observo su piel bronceada, sus piernas interminables, los músculos estilizados. Cuando se acerca, veo el rubor de sus mejillas y el sudor que la cubre. Ella me alcanza, levanta una mano a modo de saludo y sigue corriendo. Me giro para seguir mirándola. El pelo rubio, que lleva recogido en una coleta, se mueve de un lado a otro al ritmo de sus zancadas. Lleva la camiseta pegada a la espalda por el sudor y el culo… Joder, qué culo.

—No seas gilipollas —me digo a mí mismo.

Retomo la marcha y me adentro en el camino hacia los riscos, pero mi cabeza ha vuelto a llenarse de problemas, los que sé que esa mujer me va a provocar.

Sloane responde al primer tono cuando la llamo, un par de horas después. Le doy las indicaciones necesarias y no las cuestiona. Bien. No sé cuánto durará esta docilidad, pero ahora mismo no necesito pelearme con esa mujer. Ya tuve bastante anoche, cuando prácticamente tuve que echar de mi coche a la chica con la que estaba a punto de llegar a la segunda base. No le hizo ninguna gracia, y dudo que tenga otra oportunidad. En fin…

Aparece en la puerta de su pabellón cinco minutos después. Lleva un pantalón negro ajustado y un jersey fino del mismo naranja azul que en ese momento viste el cielo. Lleva el pelo suelto y todavía húmedo, de un rubio intenso, y sus ojos azules de muñeca me miran sin apenas pestañear. Sonríe. Me está ofreciendo una tregua. Dudo un instante, pero por fin la acepto. Le devuelvo la sonrisa y comienzo a andar.

—Vamos —le digo—. ¿Qué llevas en la mochila? —le pregunto a continuación.

—La cámara, mi cuaderno y una grabadora —responde—. Buenos días, por cierto.

—Buenos días —respondo sin dejar de andar—. ¿Has hablado con tu padre? —le lanzo sin poder evitarlo.

—No, ¿y tú con el tuyo? —me devuelve.

No respondo, no merece la pena. Estoy seguro de que miente.

Llegamos al parking y desbloqueo el jeep que utilizo cuando estoy trabajando. Abro la puerta del copiloto y espero hasta que sube y se acomoda. Ni siquiera me mira cuando lo hace, pero pone su culo a un palmo de mi mano.

Me reprendo a mí mismo por lo inconveniente de ese pensamiento, doy la vuelta, me siento al volante y arranco el motor.

Dejamos atrás la verja de la base y tomo el camino lateral, un sendero polvoriento y reseco que pronto se convierte en una carretera estrecha rodeada de pinos torcidos por el viento. Entonces, el olor cambia. Atrás queda el del queroseno y el aceite de motor, y poco a poco se impone el aroma de la tierra húmeda, la resina y, al fondo, el mar.

A pesar de la aparente cordialidad inicial, veo que está tensa, pero no tengo ganas de tranquilizarla. Ella solita se ha metido en un buen lío y, lo que es peor, me ha metido a mí de rebote, así que decido dejar que se macere en su culpabilidad un rato.

Detengo el coche junto a una vieja caseta de vigilancia abandonada. La fachada tiene la pintura desconchada y las ventanas están rotas. A su lado, un sendero se abre paso entre la vegetación. Bajo del coche, lo rodeo y abro su puerta.

—Vamos —le ordeno.

—¿A dónde? —pregunta con la voz seca.

Me apoyo en el capó y la miro un segundo.

—Pienso mejor mientras camino.

No replica. Baja y me sigue.

El bosque nos acoge con un murmullo de insectos y ramas agitadas por la brisa. Camino por delante con paso firme y sin girarme. Oigo sus pisadas detrás, muy cerca. No hablamos durante un buen rato, hasta que llegamos a un promontorio con una pequeña explanada de hierba que termina abruptamente ante un precipicio. Al fondo, el océano Atlántico golpea las playas de las Landas con rítmica precisión.

Avanzo hasta el borde y me quedo allí de pie. Ella me mira, duda un momento y, por fin, se quita la mochila, la deja en el suelo y se coloca a mi lado.

Huele a sal y a yodo, y las gaviotas se agitan sobre la cresta de las olas antes de lanzarse de cabeza al agua y volver a salir con la comida en el pico. Cerca de la orilla se distinguen unos cuantos

surfistas, y en la playa, una estrecha extensión de arena en esa zona, apenas una decena de personas pasean por la orilla. Es demasiado pronto para los niños y los turistas.

Por fin, me giro hacia Sloane y la miro a los ojos un largo minuto.

—¿Qué buscas? —le pregunto después.

Ella frunce el ceño y me mira, confundida.

—¿A qué te refieres? —me devuelve. Hablar con ella es como jugar al tenis, y estoy empezando a cansarme. Tengo muchas cosas más interesantes e importantes que hacer…

—Me refiero a qué haces aquí en realidad, en esta base

—Voy a hacer un reportaje sobre los veteranos… —empieza.

—Y una mierda —la corto. Ella abre muchos los ojos, de un azul que podría mimetizarse con el del cielo—. ¿Qué buscas de verdad? —Ella no responde, y yo empiezo a perder la paciencia—. No soy idiota, ¿sabes? Seguí tu mirada y la del objetivo de tu cámara cuando te enseñé la base. Te detenías junto a los hangares de suministros, cerca de los convoyes… Lugares que no tienen nada que ver con los veteranos, soldados por los que, por cierto, todavía no has preguntado. ¿No quieres saber cuándo te reunirás con ellos, quién se ha ofrecido a hablar contigo? ¿No tienes ni un poco de curiosidad? Y eso, por no mencionar que anoche te cazaron en el hangar de logística. No cuela. Te he sacado una vez del lío, pero no volverá a pasar. Eres una enchufada, una niña mimada que está aquí por ser hija de quien eres —le lanzo como un dardo venenoso—, pero te has equivocado conmigo, no soy uno de los soldaditos a los que estás acostumbrada a manejar y no voy a bailarte el agua, ¿de acuerdo? Así que dime, ¿qué haces aquí?

Ella me mira un largo minuto. Sus ojos echan fuego y respira rápidamente. Su pecho sube y baja deprisa, tiene la mandíbula tensa y los puños apretados. Vaya, vaya, parece que la niñita de papá se ha cabreado.

Pero en lugar de explotar y largarse como espero que haga, regula su respiración, relaja los hombros y abre los puños. Luego,

me mira divertida, sonríe un instante y comienza a caminar en dirección al coche.

—Casi, soldadito —me dice cuando me da la espalda—. ¿Cuándo veré a los veteranos? —añade. Se detiene un momento, se vuelve hacia mí y extiende un brazo. Levanta la barbilla, sonríe y me muestra el dedo corazón de la mano.

Joder.

Joder, joder, joder.

7

Sloane

¿En serio me ha llamado enchufada y niña mimada? ¿Precisamente él, un militar hijo de militar, se atreve a llamarme enchufada? Quizá debería indagar un poco sobre la trayectoria del capitán Beaumont, seguro que no me cuesta encontrar las veces que su padre le ha dado un empujoncito a su carrera.

Le pedí a mi padre que no intercediera por mí, que no llamara a nadie, que el director de mi periódico y yo misma éramos capaces de conseguir un pase para hacer el reportaje, tanto el oficial como el que de verdad me ha traído aquí. Pero claro, mi padre no puede evitar meterse en todo y controlarlo todo y a todos, así que llamó a su buen amigo francés, que llamó a su subordinado y me colaron por la puerta grande y más rápido, eso tengo que admitirlo.

Lo malo era que ahora tenía que lidiar con el ego de un capitán que no quería ayudarme, cosa que entendía, y que seguramente intentaría entorpecer mi investigación, algo que no iba a consentirle de ninguna manera.

Le espero junto al coche. No tarda demasiado en volver. Ni siquiera me mira. Rodea el jeep, desbloquea las puertas, sube y enciende el motor. Cuando arranca, apenas acabo de cerrar la puerta y ni siquiera me he puesto el cinturón de seguridad.

Veo sus grandes manos asiendo con fuerza el volante, y los músculos de los brazos, tensos como cables, se dibujan debajo de la camisa del uniforme. Huele a jabón y a una colonia fresca.

El tono de mi teléfono móvil me devuelve a la realidad. Lo saco de la mochila y veo el nombre que brilla en la pantalla. Colin. Mierda. Cuelgo y lo vuelvo a meter en la mochila. Sin embargo, Colin

es tenaz e insistente y vuelve a llamar. Ignoro la musiquilla, aunque soy consciente de cómo Beaumont me mira de reojo. Por fin, se detiene en el arcén, pone punto muerto y echa el freno de mano.

—Saldré para que puedas hablar con privacidad —me dice, y sale del coche.

—No hace falta, de verdad —me apresuro a decirle. Porque de verdad no tengo intención de hablar ni un segundo con Colin—. No es importante.

—¿Colin no es importante?

Abro mucho los ojos. No me puedo creer que haya sido capaz de ver el nombre en la pantalla. ¡Solo lo he tenido en la mano un segundo!

—No es… —balbuceo—, no quiero…

Por fin, frunzo el ceño y cojo el teléfono, que vuelve a sonar. Por supuesto, es Colin. Corto la llamada una vez más y bloqueo el número.

—Ya está —digo—, ¿nos vamos?

—Eres cruel —se burla.

—Y tú, un metomentodo entrometido. Déjame en paz —le exijo.

Lo veo sonreír un momento, pero hace lo que le pido y vuelve al coche.

Hago el resto del trayecto con la cara vuelta hacia la ventanilla. No es que el paisaje me atraiga especialmente, pero no quiero darle la oportunidad de que disfrute de mi cabreo.

Colin es imbécil, punto. He salido con él un total de tres veces, y cada cita fue peor que la anterior, un completo desastre. Colin es un compañero de la redacción con el que Rubi se empeñó que hacía buena pareja. Cedí y acepté una cita. Me llevó a cenar a una hamburguesería llena de adolescentes gritones, se comió mis patatas y no dejó de hacer chistes malos y bastante machistas. Lo pillé varias veces mirándome las tetas, e intentó besarme cuando el taxi me dejó en la puerta de casa.

Al día siguiente me negué a aceptar otra cita, y entonces él empezó a jugar la carta del perrito abandonado. Me miraba con cara de pena, le lloraba a Rubi, me escribía notas, me mandaba flores… Una auténtica maniobra de acoso y derribo que, como hija de militar, debería haberlo visto venir. Pero no lo vi, y acepté quedar con él de nuevo.

Esta vez elegí yo el restaurante, un italiano monísimo con muy buena comida. Colin no dejó de quejarse durante toda la cena por el precio de las cosas, hasta que le dije que no se preocupara, que yo pagaría la cuenta completa. Entonces empezó a hablar de trabajo, a criticar a los compañeros e incluso a hablar mal de la propia Rubi, su valedora y principal defensora.

Harta, pagué la cuenta y, en cuanto salimos, levanté la mano para pedir un taxi. No sé cómo lo hizo, pero se coló dentro antes de que consiguiera cerrar la puerta, y se abalanzó sobre mí a la primera de cambio. Lo empujé y él se rio.

—Vamos —me dijo—, sé que lo estás deseando, como todas. No seas estrecha…

Lo empujé una vez más con fuerza y le pedí al taxista que parara. Cuando el coche se detuvo, salí, esperé hasta que estuvo frente a mí y le di un tremendo puñetazo en toda la cara. Luego subí de nuevo al coche, cerré la puerta y le pedí al chófer que arrancara.

—Bien hecho, señorita —me dijo el hombre—, estaba a punto de sacudirle yo mismo, pero he visto que no necesitaba mi ayuda.

Lo dejamos vociferando sobre la acera, sangrando por la nariz y sin abrigo. Al día siguiente lo puse sobre su silla, junto con una nota en la que le pedía que no se acercara a mí nunca más si quería conservar todos los dientes.

Desde entonces han pasado dos semanas, pero desde hace tres días, Colin ha vuelto a la carga, llamándome y enviándome mensajes para que le dé otra oportunidad. Mi paciencia tiene un límite, y él lo ha rebasado con creces.

Miro hacia el capitán, que conduce concentrado en la carretera.

—¿Los coches militares no tienen música? —pregunto. El silencio me está taladrando el cerebro.

No contesta, pero alarga la mano y pulsa uno de los botones del salpicadero. Al instante, el jeep se llena de rock suave. Reconozco las notas de uno de los temas más famosos de Aya Nakamura, una cantante muy de moda.

Tarareo en voz baja una de sus canciones más famosas hasta que miro hacia Beaumont y lo veo con una sonrisa de oreja a oreja. Me callo y frunzo el ceño. ¿Qué estará pensando?

—No pares, por favor —me dice.

—No soy tu mono de feria —replico.

La sonrisa se evapora de su boca.

—No me río de ti —me aclara muy serio—, a mí también me gusta mucho esa canción. Pero tú mandas, nada de monos ni de ferias.

Alarga la mano, pulsa el botón y la música desaparece.

Fin de la tregua, si es que alguna vez había empezado.

8

Mathieu

Nunca, nadie, en toda mi vida, me había sacado de quicio tanto, tantas veces y tan rápido como esa periodista. Cualquier cosa, incluso una simple canción, le sirve para lanzarme un dardo envenenado y enfadarse como la niña mimada y caprichosa que es.

Estoy más que harto, pero no me queda más remedio que acompañarla. Eso sí, que no espere que le facilite el trabajo. Soy su guía y su chófer, nada más. Al enemigo, ni agua, literalmente.

Hace un calor terrible cuando aparco junto al edificio que acoge al centro de apoyo a veteranos del Ejército del Aire. Estamos a medio camino entre la base y el pueblo, en un secarral sin apenas edificaciones, aparte de una cafetería cerrada por vacaciones y unos cuantos adosados con las ventanas bajadas para evitar que entre el sol.

Cuando se baja del coche, saco una botella de agua de la guantera, la abro y le doy un largo trago.

Sloane me mira. Está sudando y se está poniendo roja del sol. Debería haber traído gorra, pero no lo ha hecho. No es mi problema.

—¿Tienes otra botella? —me pregunta.

Le doy otro trago hasta que me la termino y tiro el botellín vacío a la papelera.

—No —respondo.

Luego abro la puerta del edificio y espero a que pase. Me dedica una mirada furiosa cuando pasa a mi lado. Intento no sonreír, pero solo lo consigo a medias.

—Idiota —dice en voz baja.

—Niñata —le respondo en un susurro.

Ella extiende la mano hacia atrás y me muestra su dedo corazón. Le encanta mandarme a la mierda, pero todavía no he dicho mi última palabra. A estas alturas, me importa poco lo que diga mi padre, el suyo o incluso el comandante Barnes.

El centro de apoyo a veteranos es un edificio de una sola planta, con la pintura desgastada y unos viejos ventiladores en el techo que suenan como helicópteros viejos.

Una mujer de mediana edad, vestida con uniforme de diario y el pelo rojo recogido en un moño desordenado, nos sale a recibir.

—Capitán Beaumont —me saluda—, un placer verlo de nuevo por aquí.

—Gracias, teniente Montblanc. Le presento a la señorita Miller, periodista del… —Me doy cuenta de que no sé en qué periódico trabaja. Ella da un paso al frente y le tiende la mano a la teniente, que se la estrecha complacida.

—Llámeme Sloane —dice—. Trabajo en el *Paris News* —añade con una sonrisa radiante que no sabía que era capaz de ofrecer.

—Si tengo que llamarte Sloane, yo seré Patricia y tendremos que tutearnos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —acepta ella sin dejar de sonreír—, encantada.

¿Encantada? Yo conozco a la teniente desde hace cuatro años y nunca me ha dicho su nombre de pila ni me ha ofrecido tutearla.

—¿Puedo ofrecerte algo, Sloane? —pregunta Montblanc.

—Me vendría bien un poco de agua —dice—, hace un calor terrible ahí fuera.

—Tienes media hora con ellos —le advierto antes de que se aleje detrás de la teniente—. No te pases con ellos, son veteranos.

—Lo sé —responde ella sin dejar de caminar.

La sigo hasta el salón en el que la espera un grupo de hombres y mujeres de todas las edades. Algunos charlan de pie y otros permanecen sentados, en las butacas o en una silla de ruedas. La

observo mientras se acerca a ellos y se presenta a cada uno con una voz baja y pausada.

Sloane ocupa la silla que Montblanc le indica y saca su cuaderno. Los veteranos se acercan y la miran con curiosidad. No son muchos, apenas una decena. Les pregunta por sus rutinas, por sus recuerdos del servicio, por las terapias que reciben. No habla de batallas, de traumas ni de pérdidas, y escucha sus historias mirándolos directamente a los ojos, prestándoles toda su atención.

Lo que veo me desconcierta un poco, porque no finge.

Lo veo en sus ojos cuando uno de los veteranos le habla de su perro de servicio. Lo veo cuando otro, en silla de ruedas, le enseña una carta de su nieta. Sloane sonríe con respeto, toma notas con cuidado y en ningún momento da la sensación de que se sienta incómoda.

Yo me quedo en un rincón, con los brazos cruzados, observando.

Me gusta lo que veo, pero algo sigue sin encajar en ella.

Les pide permiso para hacerles unas fotos y todos acceden encantados. Posan en la sala, en el gimnasio, junto a los fisioterapeutas y en la biblioteca, y cuando terminan, se despiden con besos y abrazos que parecen interminables.

Incluso la teniente Montblanc la besa en las dos mejillas antes de acompañarnos hasta la salida. El sol ya pega con fuerza, y el interior del Jeep es un horno incandescente, pero no se queja. Dedica todo el camino de vuelta a repasar sus notas. A veces escribe alguna frase, dibuja flechas y subraya palabras sueltas. Cuando termina, guarda el cuaderno en la guantera y pierde la mirada por la ventanilla.

—Has estado bien —le digo mientras esperamos a que nos abran la verja de entrada.

Ella me mira y levanta mucho las cejas.

—¿Se te ha escapado un cumplido? —pregunta.

—Eso parece —reconozco—, pero no te acostumbres.

Sonrío un poco, lo justo para no parecer grosero.

—Tranquilo —responde—, sé distinguir un espejismo de la realidad.

Guau. Me acaba de noquear.

No puedo evitar soltar una carcajada que parece sorprenderla, porque me mira con el ceño fruncido, aunque veo que poco a poco ella también sonríe.

—¿Firmamos la paz? —le ofrezco cuando me calmo. Es lo menos que puedo hacer.

Ella me mira un buen rato.

—Deja que me lo piense —me dice por fin—. De momento, hablaría a tu favor que me llevaras a un sitio en el que pueda comer algo que no sepa a cartón. No hace falta que te quedes —añade rápidamente—, solo que me lleves.

—Yo también tengo hambre —digo—. Vamos, yo invito.

9

Sloane

Cuando veo la pinta que tiene el bar al que me ha llevado me arrepiento de haberle pedido que me llevara a comer algo. Aunque en parte es culpa mía, porque no le he preguntado a dónde vamos.

Deja el jeep en una aparcamiento de gravilla a las afueras del pueblo y camina unos pasos por delante de mí. Yo lo sigo porque, de momento, no tengo una alternativa mejor, pero cada metro que nos alejamos de la zona más transitada aumenta mi desconfianza. En serio, ¿a dónde me lleva? No es que tenga miedo, pero me fastidia que no me cuente nada. No me gusta que me arrastren sin preguntar, ni siquiera cuando tengo hambre.

El barrio cambia de aspecto poco a poco. Las fachadas están más gastadas, las aceras menos cuidadas y apenas pasan coches. Aquí no hay turistas ni locales que pretendan impresionar a nadie. Cuando se detiene frente al bar que al parecer es nuestro destino, tardo un segundo en procesarlo.

El local es estrecho, con un rótulo antiguo ligeramente torcido y las ventanas empañadas por el vapor del interior. No hay luces llamativas ni el menú colgado en una pizarra junto a la puerta. Solo veo una placa metálica vieja y la clara sensación de que nadie ha intentado modernizar este sitio en décadas. Quizá ni siquiera lo hayan limpiado…

—Es aquí —dice, empujando la puerta—. Te va a encantar.

Lo miro, incrédula.

—¿Esto es una broma?

—No —responde—. Tienes hambre, ¿no? Pues aquí te van a dar de comer.

Dentro huele a mantequilla caliente, a vino tinto y a algo que lleva horas cociéndose a fuego lento. El suelo es de baldosas oscuras y gastadas, y las mesas de madera están llenas de marcas circulares de vasos apoyados sin cuidado a lo largo de los años. Nada combina, soy incapaz de distinguir un estilo decorativo claro, pero he de reconocer que el conjunto no resulta desagradable. Ah, y el interior está más limpio de lo que esperaba. Detrás de la barra, un hombre mayor que está secando copas con un trapo levanta la vista al vernos. A Mathieu le basta un gesto para que él le devuelva una sonrisa. Aquí lo conocen.

Nos sentamos junto a la pared. Desde allí veo la cocina abierta, pequeña y caótica, pero viva. Una mujer remueve una olla enorme sin prisas, y otra se afana sobre lo que sea que tiene en la mesa. No hay música, solo el rumor de las conversaciones del resto de los clientes. Cuento al menos quince personas, además de nosotros. Hay hombres trajeados, mujeres elegantes, obreros con el mono de trabajo y un grupo de estudiantes que han colocado un portátil en el centro de la mesa y discuten sobre lo que ven en la pantalla mientras comen. De fondo, el sonido reconfortante de los platos, las cucharas y los tenedores.

El camarero no trae ninguna carta cuando viene a nuestra mesa.

—Hoy hay *œufs mayonnaise*, *rillettes*, *steak-frites*, *saucisse au couteau*… y *pot-au-feu*, si no te importa esperar —recita.

—Dos *pot-au-feu* —dice Mathieu sin mirarme—. Y vino de la casa.

Abro la boca para protestar, pero me detengo. Lo observo con atención.

—No me gusta que decidan por mí —le digo. Juro que intento no sonar agria.

—Te prometo que no te vas a arrepentir de haberme dejado elegir —responde.

—No sabes lo que me gusta.

—Eso ya lo veremos —dice, y sonríe con picardía.

¿Quién se ha creído que es?

El camarero regresa con una jarra de vino tinto. Beaumont la coge y sirve dos copas. Lo pruebo con cautela, esperando algo áspero o mediocre, pero no lo es. Es sencillo, honesto y entra con facilidad.

—Está bien —admito, sin entusiasmo excesivo.

Él no responde, pero levanta su copa hacia mí y se la lleva a los labios. Bebe sin dejar de mirarme con esos ojos grises inescrutables. Me está poniendo nerviosa…

—Has estado bien con los veteranos —me dice de nuevo.

—En serio, ¿qué esperabas? —le pregunto.

Él deja la copa sobre la mesa y junto las manos bajo la barbilla.

—No lo sé —reconoce por fin—. Quizá pensé que ibas a ser más… superficial —añade.

—¿Superficial? —exclamo. La pareja de la mesa de al lado me miran sorprendidos—. No me conoces —le digo, bajando la voz—. No me conoces el absoluto.

—Tampoco tú a mí, pero no pierdes la ocasión de atacarme —se defiende.

Empiezo a pensar que esto ha sido una mala idea. ¿Qué hago comiendo con un tipo que me odia por el único motivo de ser la hija de mi padre? Yo no quería que nadie me tutelara, y mucho menos el hijo de un amigo del general Miller.

—Voy a dejar claras unas cuantas cosas, ¿de acuerdo? Uno —empiezo—, le pedí expresamente a mi padre que no utilizara su nombre ni pidiera ningún favor. Le conté el proyecto de reportaje como una hija se lo contaría a su padre, no como una periodista en busca de un… enchufe —añado, recordando cómo me ha llamado hace no mucho—. Dos —sigo—: soy una buena periodista. Muy buena, de hecho, y me he ganado el puesto en la redacción por mis propios méritos. Tres: no te voy a consentir que me trates como lo estás haciendo hasta ahora. No necesito que me acompañes, y si el comandante insiste, será mejor que designe a otra persona, y fin del problema. Cuatro…

—Vale —me para.

—¿Qué vale? —pregunto. Me arden las mejillas, estoy acelerada y me quedan un par de cosas que decirle.

—Tienes razón, me he pasado —dice.

—¿Tengo razón? —No me lo puedo creer…

—No me gustó que me pidieran que te acompañara —reconoce —, y mucho menos la intromisión de mi padre. Y luego, cuando te colaste en el hangar…

—Te fastidié la cita —digo.

—Sé que me ocultas algo, que nos lo ocultas a todos —sigue, sin responder a mi provocación.

Me mira fijamente, con el ceño fruncido y las pupilas grises clavadas en mí. Sé que está buscando alguna fisura. Le dedico mi mejor cara de póker.

—No oculto nada —respondo sin hacer un solo gesto. Conozco de memoria todas las señales que delatan a un mentiroso.

—Lo haces, lo sé.

Luego me mira un largo rato. Puedo oír el mecanismo de su cerebro girar a toda velocidad. Tengo que cambiar de tema.

—No estoy segura, pero tú y yo nos hemos visto antes, ¿verdad?

Él levanta las cejas, sorprendido por el giro de la conversación, y parece que se relaja un poco. Sus enormes hombros bajas un par de centímetros y respira más calmado.

—Una sola vez, hace mil años —contesta.

—Lo sabía —exclamo—. Ayer, mi padre me recordó la visita que nos hicisteis en nuestra casa de verano.

—Así que sí has hablado con tu padre… —me suelta con una mueca burlona.

Mierda, vaya metedura de pata.

—He hablado con él, ¿y?

—Nada, nada. Y dime, ¿qué recuerdas de aquel día? —me pregunta.

—Prácticamente nada —reconozco—. Calculo que ese verano yo tendría unos trece años.

—Es posible, sí. Yo tenía quince.

—Uf, sí, hace mil años —coincido. En ese momento, una imagen acude a mi mente—. Salimos a navegar, ¿verdad? Mi padre nos dejó la barca.

—Así es. Mi hermano Paul y yo remamos hasta el centro del lago —me dice.

Oh, dios. En ese momento, lo recuerdo.

—Hacía calor… —digo, mientras suplico para que el camarero traiga la comida y así no tener que seguir hablando.

—Paul y yo nos lanzamos al agua, momento que tú aprovechaste para encender el motor de la barca y alejarte hacia la orilla. Nos dejaste allí tirados, sin preguntar si sabíamos nadar o no.

—No me acuerdo de eso…

—Yo sí. Tuve que cargar con mi hermano durante los últimos metros, estaba agotado. Podíamos habernos ahogado.

—Pero no lo hicisteis, ¿no? Aquí estás.

Lo veo sonreír, pero solo son sus labios los que se curvan hacia arriba, no hay sonrisa en sus ojos.

—¿No te vas a disculpar? —dice.

—¿Yo? ¿Ahora? No, para nada.

Estoy alucinando. ¿A qué viene esto?

Beaumont amplía su sonrisa.

—No has cambiado mucho —dice con voz grave—. Sigues siendo una niñata maleducada.

No llegué a probar la comida. En ese momento, me levanté de la mesa y me marché.

10

Sloane

Vuelvo a la base andando.

El sol cae con una crudeza casi obscena y el asfalto devuelve el calor como una bofetada constante. Estoy furiosa, ardo por dentro. Me habría gustado darle un puñetazo a ese imbécil, pero he preferido mandarlo a la mierda y alejarme de él. Voy a pedir al comandante Barnes que me asigne otro acompañante. Cualquiera será mejor que ese engreído rencoroso.

Aquello fue una chiquillada, ¡tenía trece años! ¿Y me tengo que disculpar por algo que ocurrió hace mil años? No estuvo bien, pero hay que aprender a pasar página.

Oigo el jeep antes de verlo.

El motor se aproxima por detrás, reduce la velocidad y se acompasa a mi paso durante unos segundos. No me giro. No lo necesito. Por fin, me alcanza y se coloca a mi altura.

—Sloane —me llama.

No contesto.

Sigo caminando, con la espalda recta y la vista fija al frente. El vehículo avanza despacio, paralelo a mí.

—Sube —me ofrece.

El silencio es mi respuesta.

Me mantengo impertérrita. Ni siquiera niego con la cabeza. Tampoco acelero el paso. Simplemente, continúo como si no lo hubiera oído. Como si no existiera.

Durante unos segundos interminables, el coche sigue a mi lado. Siento su presencia casi como un peso en la piel. Sé que me observa

desde el asiento del conductor, esperando algo. Una señal. Un gesto. Una mínima concesión.

No se la doy.

Finalmente, acelera y me adelanta, levantando una pequeña nube de polvo que me envuelve un instante antes de disiparse.

Camino hasta la base con la mandíbula apretada y los hombros tensos, concentrándome en el ritmo de mis pasos, en la regularidad casi hipnótica del movimiento. Sigo enfadada, aunque la furia se va diluyendo poco a poco.

El soldado de la entrada me deja entrar sin problemas y me dirijo a mi alojamiento, que está casi al otro lado de la base. Cuando llego, entro y cierro la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria, aunque no haya nadie para recibir el portazo.

Dejo el bolso en la silla, me quito las gafas y me paso una mano por el pelo antes de sentarme frente al escritorio. Estoy tan nerviosa y cabreada, tan llena de adrenalina, que ni siquiera noto el cansancio ni el calor. Enciendo el portátil y abro los archivos que dejé preparados por la mañana. Fotografías, notas, contratos escaneados, cifras…

Respiro profundamente un par de veces, sacudo los brazos, muevo el cuello despacio y empiezo a trabajar.

Trabajo porque siempre ha sido mi forma de no pensar. De no sentir. El trabajo es mi refugio.

Me concentro con una disciplina casi feroz. Subrayo fechas, cruzo datos, marco nombres que se repiten, cotejo la numeración de los pedidos. Me pierdo en los números hasta que el mundo exterior se vuelve difuso, hasta que el recuerdo de su voz, de su mirada en el bar, de su irónico desplante, deja de dolerme justo debajo del esternón.

Un golpe suave en la puerta me saca de la concentración.

No levanto la vista.

Sé quién es.

El segundo golpe es un poco más firme, pero sigue siendo contenido. Vaya, parece que la fiera se ha calmado.

—Sloane —dice desde el otro lado de la puerta—. Sé que estás ahí.

Sigo mirando la pantalla. El cursor parpadea, imperturbable.

—Abre —añade—. Solo… necesito decirte algo.

Cruzo los brazos y apoyo la espalda en la silla. Cierro los ojos un segundo.

No me muevo.

—He sido un imbécil —continúa tras un suspiro que puedo oír con toda claridad—. No era mi intención molestarte ni hacerte sentir mal. A veces no mido mis palabras, y debería hacerlo.

Aprieto los labios.

—No tienes que abrir —dice, más bajo—. Solo quería que supieras que lo siento. De verdad.

Hay una pausa larga tan larga que pienso que se ha marchado, pero no.

—No estoy enfadado por lo que ocurrió aquel verano —añade finalmente—, ya no lo estoy, al menos. Fue una chiquillada, y todos hemos cambiado mucho desde entonces. Si te he hecho sentir incómoda, no era eso lo que pretendía.

Me levanto despacio y camino hasta quedarme frente a la puerta. Apoyo la mano en la madera durante un segundo. Noto un leve temblor en los dedos.

No abro.

No contesto.

Al otro lado, el silencio se prolonga unos instantes más. Luego, oigo sus pasos alejándose por el pasillo, firmes. Se ha rendido.

Bien.

Solo entonces, vuelvo a respirar con normalidad.

Regreso al escritorio y me siento de nuevo frente al portátil. Intento retomar el trabajo, pero no consigo concentrarme. No he

ganado esta pequeña batalla, pero tampoco la he perdido. He marcado una distancia necesaria, me digo, aunque no sé si lo he hecho por orgullo o por miedo.

¿De verdad soy una niñata malcriada?

No me siento orgullosa de lo que hice siendo una cría. Discutía a diario con mi padre y me esforzaba mucho por llevarle la contraria y hacerlo enfadar. Supongo que el incidente de la barca fue una más de mis rabietas. Pero no me voy a disculpar. Hacerlo supondría ceder terreno ante él, y no voy a hacerlo ni hoy, ni nunca.

No soy una malcriada, he trabajado duro para conseguir lo que tengo, para ser lo que soy, y no voy a tolerar que un soldadito rencoroso y envarado me haga dudar de mí misma. Lograré la información que busco y publicaré un reportaje que dará la vuelta al mundo.

Pese a quien pese, incluido el capitán Beaumont.

11

Mathieu

No debería haber ido detrás de ella.

Ni siquiera se ha dignado en abrir la puerta y mandarme a la mierda. Se ha limitado a ignorarme, y eso es peor que el desprecio manifiesto. Sé que está dentro, me lo ha confirmado el guardia de la zona, así que no tiene excusa.

Bueno, al menos, yo tengo la conciencia tranquila.

Me paso una mano por la nuca y respiro hondo. He pedido disculpas y he sido sincero cuando lo he hecho. Mientras me disculpaba no era un militar, ni su acompañante asignado, sino simplemente un hombre que sabe que se ha pasado, que no ha actuado correctamente. Pero ella no ha abierto.

Bien.

Eso significa que sigue enfadada. Y también, que no se va a ir.

Vuelvo a mi habitación para darme una ducha rápida. Me cambio de camisa y me quedo un segundo frente al espejo. El reflejo me devuelve a un capitán correcto, tranquilo, incluso frío. Nadie diría que tengo la cabeza hecha un caos por culpa de una periodista que se niega a abrirme la puerta. Esa cabezota está consiguiendo que me sienta mal conmigo mismo, cuando la verdad es que ella es, y ha sido siempre, una niñata caprichosa.

Una hora más tarde me informan de que Sloane ha salido de su alojamiento y no ha regresado. Pido su posición y el soldado de guardia la localiza a través de las cámaras de seguridad.

Salgo a toda prisa. ¿A qué está jugando? Puede que solo quiera dar un paseo, pero en este momento la temperatura supera los treinta grados.

La localizo pocos minutos después. Se ha vestido con ropa militar y se ha recogido la melena rubia en una coleta que cubre con una gorra negra, pero no hay duda de que es ella. Lleva la cámara al cuello y el móvil en la mano, y mira fijamente la puerta entornada del hangar 3, el almacén al que llegan todos nuestros suministros. Allí no hay nada que pueda interesarle, al menos, no si lo que me ha contado es cierto.

Me acerco sigiloso por su espalda. Está tan concentrada en lo que tiene delante que no se percata de mi presencia. Por un momento, me divierto al verme como el gato a punto de atrapar al ratón.

Cuando estoy a un metro de distancia de su espalda, me detengo y disfruto de la sensación. Al fin y al cabo, soy un soldado, me gustan los juegos de estrategia, aunque con esta mujer tan poco preparada apenas tiene emoción.

—Buenas tardes —saludo en voz alta.

Sloane da un respingo y suelta el móvil del susto, que cae al suelo, a mis pies. Me agacho y lo recojo, pero no se lo devuelvo.

—¿Te has perdido? —le pregunto a continuación.

—No, yo… —balbucea. Está colorada hasta la raíz del pelo—. Mi teléfono, por favor.

Extiende la mano y yo dejo el móvil sobre la palma sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —quiero saber.

Ella frunce el ceño un instante mientras idea una excusa.

—Estaba dando una vuelta, nada más —responde.

—Claro, un paseo con este calor, muy adecuado.

—¿Está prohibido pasear? —me desafía—. Tengo mucha mala leche que quemar gracias a ti —lanza a continuación. Vaya, la niña sabe disparar.

—No voy a discutir contigo —digo, apoyándome en la pared del hangar al que no ha llegado a entrar—. No hoy.

Me mira directamente. Ahora, sus ojos tienen el azul del acero afilado, y veo en ellos una determinación que no había visto antes.

—No tengo nada que hablar contigo, capitán.

—Sí lo tienes —respondo—. Porque, te guste o no, sigues bajo mi responsabilidad.

Aprieta la mandíbula.

—Eso puede cambiar.

—Tú verás —le digo, y me encojo de hombros—. El resto de los militares que trabajan aquí no tienen un padre que conoce al tuyo, te aseguro que no iban a ser tan amables contigo. —Doy un paso hasta situarme a un palmo de ella. Puedo ver las gotas de sudor que perlan su frente, sus pestañas rubias, los mechones de pelo que escapan de la gorra que los oculta—. No puedes moverte libremente por la base sin acompañamiento militar —le recuerdo muy serio.

Da un paso atrás para recuperar su espacio personal y evitar mi invasión.

—¿Perdona? —exclama.

—Lo que has oído.

—Eso no estaba en el acuerdo.

—Por supuesto que estaba —le rebato—. Y además, el acuerdo cambia cuando la situación cambia —sigo con calma—. Puedes ir a tu dormitorio, a la cantina y a la enfermería si lo necesitas. Y nada más. Para cualquier otra cosa, me necesitas a mí.

Su risa es breve y seca.

—¿Esto es un castigo?

—No —digo sin dudar—. Es el protocolo.

—¿O una forma muy elegante de controlarme?

La miro a los ojos.

—Si quisiera controlarte, lo haría de otra manera.

Silencio.

Puedo ver cómo trabaja su cabeza, cómo evalúa opciones, salidas, atajos. Es buena. Muy buena. Y lo sabe. Así que subo la apuesta.

—Quiero saber qué haces exactamente aquí —digo en voz baja.

—Te lo he dicho… —empieza.

—Sin mentiras, Miller. Y no me refiero aquí, ahora, sino en la base. ¿A qué has venido? Si no me dices la verdad ahora mismo, ni tu padre ni el mío podrán hacer nada, porque te denunciaré ante el comandante y en menos de media hora te pondrá de patitas en la calle. Todo tiene un límite, y tú lo has cruzado sobradamente, así que se terminó. ¿Qué haces aquí? —repito.

Veo cómo baja los hombros y agacha la cabeza. Durante unos segundos, no puedo verle la cara, oculta tras la visera de la gorra. Estoy seguro de que su cabeza funciona a mil por hora en estos momentos, así que decido darle un empujoncito.

—Yo no soy el enemigo, Miller —le digo—. La decisión es sencilla: si no me dices la verdad, me ocuparé de que no pases ni una noche más en la base. Si me cuentas qué haces aquí, quizá incluso pueda ayudarte.

—Me echarás —protesta.

—Si me lo cuentas, al menos tendrás una oportunidad de quedarte. Si te callas, te vas.

—No confío en ti —dice.

Asiento.

—No te lo pido. Solo te pido que seas práctica.

—Eres un cabrón —masculla.

No me inmuto. Le sostengo la mirada hasta que la veo rendirse. Entonces, respiro profundamente y me acerco de nuevo a ella.

—Salgamos de la base —le ofrezco—. Hablaremos a solas, en privado, ¿de acuerdo?

12

Mathieu

Le hago un gesto al soldado para que suba la barrera y cruzo con el jeep. A mi lado, Sloane no habla.

Conduzco despacio, sin necesidad de mirar el retrovisor, dejando que la carretera se abra ante nosotros. Sé exactamente dónde quiero ir.

Las ventanillas están bajadas. El aire entra cargado de sal y de calor, distinto al que se queda atrapado entre los muros de la base. Aquí huele a pino, a arena, al océano cercano. Sloane sigue callada a mi lado. Creo que está intentando decidir qué contarme y qué no. Espero que, por una vez, decida ser sincera. Lo contrario nos devolvería a la casilla de salida y esta vez la relación estaría rota para siempre.

La carretera empieza a subir poco a poco. El asfalto se estrecha, se vuelve más irregular, y el paisaje cambia con cada curva. No la miro, pero soy consciente de cada uno de sus movimientos, de cómo respira, de cómo parece ordenar algo dentro de sí.

—No he venido aquí por lo que te dije —dice de pronto.

No aparto la vista del camino.

—Lo sé.

Siento su sorpresa sin necesidad de verla.

—¿Desde cuándo?

—Desde el primer día —respondo—. ¿Los veteranos? Hay centros mucho más interesantes que el nuestro para abordar ese tema. No es creíble —sentencio.

Asiente en silencio. No intenta justificarse, y eso confirma lo que ya sabía.

Tomo un desvío de tierra que apenas se distingue desde la carretera principal. El jeep protesta un poco al cambiar de superficie, pero seguimos avanzando hasta que el terreno se abre y llegamos a un claro elevado. Entonces, apago el motor y el silencio cae de golpe, profundo, solo interrumpido por el viento.

Bajamos del coche y avanzamos unos metros.

Frente a nosotros, el mar se extiende abajo, inmenso, de un azul oscuro que refleja la luz con destellos irregulares. Las olas rompen contra las rocas con una cadencia hipnótica. Desde aquí arriba, todo parece más pequeño, más lejano. Incluso los problemas.

Sloane se acerca al borde con cautela. Yo me coloco a su lado, respetando la distancia justa.

—Ahora sí —le digo—. Cuéntamelo.

La veo respirar hondo antes de empezar.

Me mira un segundo, y luego gira de nuevo la cara y pierde la mirada en el océano. Se ha quitado la gorra y el viento juega con su pelo, que se levanta revoltoso alrededor de su cabeza. Por fin, suspira y se vuelve hacia mí. Yo hago lo mismo para quedar frente a frente. El aire entre nosotros se tensa, pero espero en silencio hasta que se decide a hablar.

—Nos han llegado rumores a la redacción de que aquí sucede algo no del todo legal —dice al fin en voz baja, pero firme.

—Si no es del todo legal, es completamente ilegal —la corto—. ¿De qué estás hablando?

Baja la vista y tarda en responder. Está poniendo a prueba mi paciencia…

—Me llegó un soplo —dice al fin—. Un tipo que se hace llamar Stokes me envió documentación sobre material militar que se compra desde la base, se envía por parte de los proveedores, pero nunca es recibido en su destino final. Me aseguró que falsificaban los códigos de envío, se duplicaban los registros y, al final, el material

desaparece. Y el dinero, claro. Me dijo que al principio pensó que se trataba de pequeños errores, pero que había terminado por descubrir ciertos patrones. Yo tiré del hilo que me puso en la mano, y el hilo me trajo hasta aquí.

Me sostiene la mirada sin parpadear.

—¿Qué tipo de material? —pregunto.

—Equipo básico, en principio. Ropa, botas, raciones, piezas de mantenimiento. Nada que llame la atención por sí solo, pero en grandes cantidades. Suficiente para hacer dinero —añade.

Cruzo los brazos y me remuevo inquieto. Por un momento, solo se escucha el viento entre los árboles y las olas a lo lejos.

—¿Y crees que alguien de la base está detrás?

—No encuentro otra explicación —responde—. Yo misma he comprobado que es imposible colarse en los almacenes sin que te detecten, así que no imagino cómo pueden sacar material sin ser vistos. Se me ocurre que quizá no sacan los envíos, sino que, simplemente, no llegan, los interceptan en algún punto del camino. Tiene que haber alguien detrás de todo esto. Uno de los tuyos —añade, con los ojos clavados en mí.

No puede ser… Me niego a creer que algo así pueda estar pasando no solo en mi base, sino en el ejército del aire francés. Sin embargo…

—Cada día entran y salen varios camiones de material… —pienso en voz alta.

—Y entre tanto movimiento, es fácil perder de vista lo que entra y lo que sale —termina ella.

La observo en silencio. Tiene la mandíbula tensa, pero los ojos arden con una determinación magnética.

—¿Estás sola en esto? —quiero saber.

Sloane asiente.

—Mi editor lo sabe, por supuesto. Y una persona más en el periódico. Pero aquí, solo estoy yo.

—¿Y tu informante?

—No sé quién es, y no se ha vuelto a poner en contacto conmigo desde hace semanas —responde.

Me paso una mano por la cara. El enfado se diluye y siento un cansancio extremo. Me siento… derrotado, y eso no me gusta. Porque empiezo a creerla.

—¿Tienes pruebas?

—Solo indicios —reconoce—. Pero si las consigo… O mejor dicho, cuando las consiga, voy a contarlo. Cueste lo que cueste —añade. Su mirada es un reto claro. Me está advirtiendo que no trate de impedirlo.

La miro de frente. No hay soberbia en sus palabras.

Respiro hondo. Sé que si le doy la espalda, lo hará igual. Lo intentará por otra vía y se meterá en un hangar o en un almacén. Echarla de la base tampoco es una opción. Y, para qué nos vamos a engañar, si de verdad está sucediendo lo que dice, yo también quiero saber quién está detrás y denunciarlo.

—Te ayudaré —digo por fin, con la voz más firme de lo que siento —. A partir de ahora, te acompañaré donde vayas dentro de la base. No te equivoques —la corto cuando intenta protestar—, no quiero controlarte. Quiero saber qué está pasando de verdad —aclaro.

Arquea las cejas, sorprendida.

—¿Por qué? —pregunta en un susurro.

—Porque si hay una manzana podrida en la base, quiero sacarla del canasto cuanto antes.

Me sostiene la mirada largo rato. No sonríe ni me da las gracias, pero algo cambia en su expresión, que ahora es más suave, aunque sigue seria y a la defensiva. Sé que sigue sin confiar en mí, pero estamos empatados. Yo no confío en ella en absoluto.

Lo que tengo claro es que acabo de cruzar una línea muy, muy peligrosa.

13

Sloane

Volvemos a la base en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. No me pregunta nada más y yo tampoco digo nada. Nos despedimos frente al módulo de alojamientos y entro en mi habitación.

Cierro la puerta con cuidado, como si hubiera algo que ocultar, aunque no lo haya. O sí. No acabo de decidir si habérselo contado al capitán Beaumont me supone una carga añadida o un alivio.

El calor en la habitación es insoportable. Abro la ventana, pero apenas entra aire y la cierro de nuevo. Además, quiero hablar con Rubi y no me puedo arriesgar a que me escuchen desde fuera. Me dejo caer sobre la cama estrecha, saco el portátil de la mochila y contacto con mi compañera y amiga por FaceTime.

Tarda menos de diez segundos en contestar. Aparece en pantalla con su moño deshecho —otra vez— y una lata de Coca-Cola en la mano. Lo de esta mujer con la cafeína es puro vicio.

—Vaya cara traes —es lo primero que dice.

—Gracias. Qué bienvenida tan cariñosa.

—No hay más que verte, querida. ¿Qué demonios te pasa? ¿Te tratan mal los soldaditos?

Me froto los ojos con una mano, como si pudiera borrar la tensión acumulada durante las últimas horas. No voy a contarle la agria discusión con el soldadito, no merece la pena.

—Ayer me colé en un hangar hasta arriba de material —le digo por fin.

Rubi deja la lata de refresco en la mesa con un golpe seco.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—La puerta no estaba cerrada con llave, no había nadie… —me encojo de hombros—. Tenía que hacerlo.

—Un día te van a disparar por eso.

—De hecho, eso fue lo que estuvo a punto de pasar. No había cerrojo en la puerta, pero sí decenas de cámaras que me delataron desde el primer segundo. Cuatro soldados se abalanzaron sobre mí con los rifles preparados.

—¡Vaya susto, nena! —exclama Rubi—. ¿Te detuvieron?

—No. No exactamente. Me sacaron del hangar escoltada por soldados armados y avisaron al capitán Beaumont, que me echó la bronca del siglo. Mi padre y el suyo no tardaron ni media hora en meterse por medio, pero gracias a eso no van a echarme, al menos de momento. Eso sí, me lo quitaron todo, la cámara, el cuaderno… y cuando me lo han devuelto, habían borrado las fotos que había hecho en el interior del hangar y varias de las que había tomado el día anterior.

—Joder.

—Hay más —le digo. La veo abrir los ojos como una niña mientras le da un trago a su Coca-Cola.

—Esto se pone interesante…

—¡Ya lo creo! —Se me escapa una carcajada nerviosa, pero recupero la seriedad enseguida—. Hoy he estado con los veteranos y después, hemos ido a comer a un pueblo.

—¿Con los veteranos? —pregunta.

—No, los dos solos.

—¡Toma! —exclama.

—Y hemos tenido la bronca del siglo.

—¡Sloane! —exclama mi amiga.

—¡Lo sé! Pero me llamó niñata malcriada por algo que pasó cuando yo tenía trece años y él, quince.

—¿Os conocíais?

—Eso parece…

—¿Qué le hiciste? —pregunta Rubi.

Suspiro profundamente y recuerdo aquel día. Lo que hice estuvo muy mal…

—Fuimos hasta el centro del lago con la barca, y cuando su hermano y él estaban en el agua, encendí el motor y volví a la orilla. Los dejé allí y tuvieron que volver a nado.

—Podían haberse ahogado…

—Eso dijo él, pero no pasó, ¿no?

—No me extraña que esté cabreado.

—¿Te estás poniendo de su parte? —protesto.

—Yo siempre estaré en tu equipo, no te preocupes —me promete —. Vale, y ahora, ¿qué? —continúa.

—Ahora, lo sabe todo —confieso por fin.

—¿A qué te refieres?

—No me ha quedado más remedio que contarle el verdadero objetivo de mi estancia en la base. No tenía opción. Si no se lo digo, puede echarme por colarme en el hangar, y si se lo digo, puede hacerlo por espiar al ejército. Así que se lo he dicho.

—¿¿En serio?? ¡Te van a echar hoy mismo!

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No me delatará. He tenido que contárselo —repito—, no se había creído la historia de los veteranos.

La veo contener la respiración. Sostiene la lata en alto, a la espera.

—Le he dicho lo del soplo, y que mis investigaciones previas me han traído hasta su base.

—¿Y qué ha hecho?

—Me ha dicho que… que me va a acompañar.

—¿Y tú le crees?

—No lo sé —reconozco—, pero no tengo más remedio que aceptar si quiero seguir investigando. Hemos quedado en vernos más tarde.

Nos quedamos en silencio un momento. Rubi se acomoda el moño con un gesto nervioso, cosa rara en ella.

—Escucha, Sloane —dice por fin—. No puedes confiar en alguien así de buenas a primeras. Es un soldado, y tú estás investigando al ejército.

—Vi en sus ojos que era sincero —le rebato.

—Claro, en sus ojos. ¡Ja! ¿Está bueno?

—¡Rubi!

—¡Responde!

—No me he fijado —miento.

—Y una mierda. ¿Está bueno? —repite.

—Sí, está bueno —admito al fin—. Es alto, moreno, está súper cachas y tiene unos impresionantes ojos grises.

—Para no haberte fijado, recuerdas muchos detalles.

—Vete a la mierda —bromeo.

—Y como está bueno, has decidido que es sincero —sigue ella.

—No —le rebato—. He decidido que es sincero porque él también está interesado en mi investigación. Dice que si hay algo podrido, quiere arrancarlo de raíz. Por eso va a ayudarme.

—Nos ha salido íntegro, el soldadito... Mira —continúa—, haz lo que quieras con él, pero no olvides lo que eres. Una periodista, y de las buenas. Y si quieres seguir ahí dentro sin levantar sospechas, tienes que cubrir tu maldita tapadera.

—¿Quieres que siga entrevistando a veteranos y haciendo fotos de señores que sonríen mientras me enseñan sus medallas?

—Exacto. Cumple con tu coartada. Habla con ellos, consigue testimonios que puedas usar después. Y no olvides pedir una entrevista con el comandante de la base. Si no lo haces, van a empezar a pensar que no te interesa el reportaje.

Apoyo la cabeza en la pared detrás de la cama.

—Dios, odio cuando tienes razón —suspiro.

—Por eso me llamas —dice con una sonrisa ladeada—. Para que te fastidie.

Nos quedamos un momento en silencio. Ella me mira como si pudiera adivinar lo que no digo, y lo dice por mí.

—Tienes miedo.

Cierro los ojos un momento.

—No es exactamente miedo… Más bien diría que estoy preocupada, aunque no sé por qué exactamente. Me preocupa el peligro, claro, pero también fallar…

—A mí me preocupa que confíes en quien no debes. Eres una experta en eso…

—No me lo recuerdes —suplico—, aunque lo de Colin fue culpa tuya, ¿recuerdas?

—Uf, qué pesado… En fin, piensa una cosa: si estás preocupada, es porque te importa. Y si te importa, vale la pena hacerlo.

Respiro hondo y sonrío a la cámara.

—Una vez más, tienes razón —admito.

—Lo sé —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Entonces —continúa ya con tono más ligero—, ¿qué vas a hacer?

—Lo que has dicho. Veteranos, Barnes, fotos…. Y a la vez, seguiré tirando del hilo.

—Bien. Y prométeme que si la cosa se complica, saldrás de allí por patas.

—Prometido —digo, aunque no estoy segura de poder o querer cumplirlo.

Rubi me mira con esa mezcla de cinismo y cariño que solo ella maneja con tanta naturalidad.

—Ten cuidado, Sloane. Solo es una historia, tú vales más.

La pantalla se apaga después de despedirnos y el silencio vuelve a llenar la habitación.

Apoyo la frente contra mis rodillas y cierro los ojos un instante.

Sí, tengo miedo. Pero también tengo claro que ya no hay marcha atrás. Esta tarde, a las ocho, nos encontraremos para empezar a investigar.

Juntos.

14

Mathieu

No tenía que haberlo hecho. Ni por ella, ni por mí. Pero aquí estoy, con las llaves del almacén en el bolsillo y una excusa a medio inventar en la cabeza por si alguien nos pilla donde no debemos.

Sloane sale de su habitación puntual como un reloj. Me dedica una sonrisa nerviosa y me pregunta a dónde vamos, pero no le contesto, porque en ese momento todavía estoy intentando decidir si todo esto es una buena idea o si, por el contrario, estoy cometiendo el error que acabará con mi carrera y dinamitará mis relaciones familiares para siempre.

Sloane me mira, a la espera, así que allá vamos. Lo que tenga que ser, que sea.

La calle que lleva al hangar 3 está casi desierto. Son las ocho de la tarde, la cantina está a reventar de gente y las oficinas, vacías. Algún soldado cruza en dirección a los barracones y otros caminan despreocupados, charlando de sus cosas. Nadie repara en nosotros. O si lo hacen, deciden ignorarnos.

Sloane camina un paso por detrás, en silencio. Sus botas golpean el suelo de cemento. Tiene las piernas largas y esbeltas, así que no le cuesta seguirme el paso. Lleva las manos en los bolsillos de la chaqueta caqui y la cámara colgada en bandolera sobre el pecho, lista para usar en cualquier momento. Parece despreocupada, pero su mirada disecciona todo lo que la rodea. Le he pedido que lleve la credencial de prensa bien visible y me ha hecho caso por primera vez desde que llegó. Espero que esto sea la tónica a partir de ahora.

—¿Es seguro entrar? —me pregunta—. A mí me pillaron en dos minutos.

—No es seguro cien por cien —reconozco—, pero vamos a acceder por el lateral, lejos de las cámaras, que están colocadas en la entrada y en la zona de descarga y registro. El resto del hangar es un enorme punto ciego.

Llegamos a la pequeña puerta metálica del hangar 3. Utilizo mi llave para desbloquear la puerta y entramos con el mayor sigilo posible, aunque las bisagras conspiran contra nosotros lanzando un chirrido demasiado agudo en mi opinión. Cierro con cuidado y me detengo para escuchar. Nada. Respiro hondo y le hago un gesto a Sloane para que me siga hacia el interior. El aire de dentro es más frío, y puedo ver partículas de polvo flotando en el haz de luz de la linterna.

—No tenemos mucho tiempo —le recuerdo—. Si alguien entra, no digas nada, déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?

Asiente con la cabeza y avanzamos por el primer pasillo. La veo caminar delante de mí sin ningún temor, como si estuviera acostumbrada a colarse en sitios donde no la esperan. Se agacha frente a una de las estanterías, saca un cuaderno y un bolígrafo y empieza a revisar con una rapidez sorprendente las cajas allí apiladas mientras anota los números de lote y las fechas que aparecen en las etiquetas.

Yo me quedo apoyado en una columna de cemento con los brazos cruzados, vigilando. No puedo evitar estudiarla de arriba abajo. Lleva una camiseta color arena bajo la chaqueta, unos pantalones marrones y unas botas de senderismo. Se ha recogido el pelo en una coleta, aunque varios mechones sueltos se han escapado y se mueven con una cadencia hipnotizante al mismo ritmo que su cabeza, que va de una caja a otra, del cuaderno a la siguiente estantería. No lleva maquillaje. No lo necesita.

—¿Siempre eres así de metódica cuando trabajas? —le pregunto. La verdad es que tanto silencio me está poniendo nervioso, algo que, desde luego, nunca me había pasado.

—Solo cuando busco lo que alguien intenta ocultar —responde sin mirarme.

—Eso es muy paranoico —digo—, suena a teoría de la conspiración. ¿Y yo? —añado sin pensarlo—. ¿Crees que yo oculto algo?

Levanta la vista un segundo, me mira y vuelve a sus cosas.

—No lo sé todavía —reconoce—, pero no pongo la mano en el fuego por nadie, tampoco por ti.

No puedo evitar reírme. Me está provocando, pero no tengo ganas de entrar al trapo. La verdad la pondrá en su sitio por sí sola, porque estoy seguro de que no va a encontrar nada.

—¿Qué estás buscando exactamente? —le pregunto.

—Errores —responde sin dudar ni un instante—. Registros duplicados, pedidos que se repiten con pocos días de diferencia, entregas que existen en papel, pero no en físico. O que se repiten dos veces.

Sigo mirándola mientras pasa las páginas de su cuaderno, deslizándolas con cuidado, tomando notas meticulosas. A veces anota una cifra, o una fecha, y otras, varias líneas con descripciones. Sus ojos vuelan de una caja a la otra, lee las etiquetas a toda velocidad y escribe lo que sea en su libreta. Está tan concentrada que creo que ni siquiera se acuerda de que estoy ahí.

—¿Estás segura de que tu informante señaló esta base? —le pregunto al rato. Me incomoda tanto silencio y el hecho de que ella esté buscando la forma de inculpar al ejército en un delito.

—Absolutamente —responde, tajante—. No estaría aquí si tuviera alguna duda.

—Tampoco dudas de que lo que te ha dicho sea verdad —añado —, y ni siquiera sabes quién es. Puede estar tomándote el pelo, ¿lo has pensado?

Ella me mira un segundo y frunce el ceño.

—Por supuesto que lo he pensado, y tengo dudas. Por eso estoy aquí en lugar de haber publicado la información en cuanto recibimos el soplo. Yo nunca haría algo así —me asegura muy seria—. Para mí, es imprescindible cotejar la información antes de hacerla pública,

sobre todo, cuando las acusaciones son tan graves como en este caso.

Sus ojos azules despiden un brillo al que los míos acuden como polillas a la luz. Son impactantes, y me quedo mirándolos como un idiota en lugar de contestar, así que ella decide ignorarme y seguir a lo suyo. Hace bien, no tenemos toda la noche.

—Creo que ocurre en más bases, ¿sabes? —dice poco después, sin mirarme—. Mi fuente me ha prometido ponerme en contacto con informantes de otros sitios en los que gente de dentro se está lucrando con los envíos. Y no todos son del ejército del Aire, por cierto, pero todos siguen el mismo patrón.

Supongo que piensa que eso me consuela, pero no es así en absoluto. Doy por hecho que la corrupción existe, no soy ningún pardillo, pero pensar que está sucediendo aquí, en mi propia casa, me duele especialmente.

La observo en silencio. Ella sigue revisando las estanterías como si nada de lo que dice fuera especialmente peligroso. Pero lo es. Y mucho.

El tiempo avanza despacio. Ella continúa con su inspección mientras yo mantengo el haz de luz de la linterna por debajo del nivel de las estanterías para no llamar la atención. Mis ojos se clavan en ella sin que pueda evitarlo. La forma en la que se inclina hacia los paquetes, la rapidez con la que lee, su concentración absoluta.

—Tenemos que irnos —digo por fin.

Me sorprende que ella no proteste. Al contrario, se pone de pie, se sacude el polvo de los pantalones y guarda el cuaderno. Luego, me mira y espera.

Llegamos a la puerta, apago la linterna y escucho. No se oye nada. Abro con cuidado, lo justo para que nuestros cuerpos se deslicen por el hueco. Cuando Sloane pasa a mi lado me llega el aroma de su perfume. Creo que son narcisos. Salgo, cierro la puerta y le indico que me siga. Cuando llegamos al edificio en el que se aloja, me mira muy seria, pero no veo la furia que me ha dedicado hace un rato.

—Gracias —me dice.

—No me las des —le respondo. La miro un segundo en silencio y luego digo—: Lo he hecho para demostrarte que te equivocas. Dime, ¿has encontrado algo?

Me mira un largo minuto sin apenas pestañear

—Nada que quiera contarte —me dice por fin.

No puedo evitar fruncir el ceño.

—Estamos en el mismo equipo, ¿recuerdas?

—Yo no estoy tan segura —responde—. ¿Cómo sé que no me estás vigilando para controlar lo que descubro?

—¿Acaso no has oído lo que te he dicho antes? —le devuelvo en voz demasiado alta—. Si hay un solo corrupto en la base, lo quiero fuera.

—Claro —dice en voz baja—. Hasta mañana —añade, y entra en el módulo civil sin mirar atrás.

Me quedo mirando la puerta con los puños apretados. Nadie en todo el mundo es capaz de sacarme de quicio tantas veces en un mismo día y tan deprisa.

Qué ganas tengo de perderla de vista…

Vuelvo sobre mis pasos y entro de nuevo en el hangar del que acabamos de salir. Me dirijo directamente a la zona en la que hemos estado.

Acciono la linterna y empiezo a leer las etiquetas una tras otra. Pasan diez minutos más. Luego veinte. Vuelvo a las estanterías que ya había revisado en busca de lo que ella ha descrito: patrones, repeticiones, códigos demasiado parecidos. El tipo de cosas que solo se detectan si sabes dónde mirar.

Me cuesta casi dos horas, pero doy con algo.

Un mismo número de lote, repetido en dos semanas distintas, con cantidades diferentes. Compruebo con el iPad que cuelga al principio de la línea de estanterías que se trata de material médico. La entrega está aprobada con una firma registrada, pero no hay

registro de entrada física. Solo existe en papel. Reviso arriba y abajo los lotes, y el que estoy buscando brilla por su ausencia.

Hago una foto con el móvil al albarán y al lugar en el que debería estar la caja con el material y compruebo que lo dejo todo como estaba. Apago la linterna y vuelvo a salir del hangar, esta vez con un nudo en el estómago.

Sloane no ha encontrado nada. Yo, sí.

Y, joder, eso significa que vamos a tener problemas.

15

Sloane

Aparentar que estás tranquila es agotador. Durante todo el tiempo que pasé dentro del hangar tuve que hacer un esfuerzo titánico para disimular mi estado de nervios y mi excitación. Por primera vez desde que había llegado a la base, podía llevar a cabo una verdadera investigación de campo. Anoté y fotografié todo lo que pude, y después permanecí despierta hasta la madrugada cotejando números, nombres y fechas. Ahora tengo que ordenar toda la información y buscar coincidencias o, por el contrario, discordancias, pero necesito descansar.

Me quedé dormida sobre las tres de la madrugada, agotada y con la cabeza llena de números y nombres. Sé que tengo mucho trabajo por delante, pero estoy contenta.

El sonido del móvil se cuela en mi cerebro demasiado pronto. Es el tintineo que anuncia la llegada de un mensaje. Lo busco a tientas en la mesita de noche y abro un ojo para ver quién me molesta a esas horas de la mañana.

Cómo no, Beaumont.

Son las ocho y cuarto, ¿es que este hombre no descansa? Estoy tentada de ignorar el mensaje y seguir durmiendo, pero la curiosidad puede más que el cansancio.

«El comandante Barnes quiere verte ahora».

Me quedo mirando la pantalla un par de segundos de más y luego tecleo despacio.

«¿Por qué?»

La respuesta no tarda.

«Le pediste una entrevista para el reportaje, ¿recuerdas? Pues es ahora».

Claro. Mi coartada. Rubi ha insistido en que no abandone el tema de los veteranos si no quiero que sospechen.

«Necesito quince minutos», le pido. Y un café, pienso a continuación, pero eso tendrá que esperar.

Me levanto de un salto y entro en el baño. En cinco minutos me he duchado, me he recogido el pelo mojado en un moño y me he lavado los dientes. Me visto en tiempo récord, cojo la mochila con el portátil, la cámara de fotos y mi cuaderno, me cuelgo la acreditación del cuello y salgo de la habitación. Quince minutos exactos.

Beaumont me espera en la calle. Lleva el uniforme de diario, impecable y reluciente. Me mira sin sonreír y comienza a andar.

—Buenos días —saluda sin girarse. Yo tengo que esforzarme por seguirle el paso, pero no le voy a dar el gusto de quejarme—. A Barnes no le gusta esperar.

—Habría estado bien que me avisara antes —protesto.

—Esto es el ejército, ¿recuerdas? Se obedece y punto.

Miro al cielo y me muerdo la lengua para no decir nada inconveniente. No quiero romper la extraña tregua que hemos firmado. Apenas he comenzado a investigar, queda mucho que hacer y lo necesito como aliado. Estoy segura de que Beaumont puede ser un enemigo temible, pero no tiene ni idea de cómo puedo ser yo a las malas.

Caminamos juntos hacia el edificio administrativo, sin hablar ni mirarnos. Mantiene una distancia exacta, casi quirúrgica. No me pregunta nada. Yo tampoco. La base parece extrañamente silenciosa, como si todos los sonidos se hubieran amortiguado para no interferir en algo importante.

Nos detenemos frente a la puerta del despacho del comandante Barnes y se hace a un lado.

—Yo no voy a entrar —dice.

—Ya lo suponía.

Me observa un instante, como si valorara decir algo más.

—No te dejes arrinconar —añade en voz baja.

—No es mi primera entrevista difícil.

No sonríe, pero asiente.

El despacho del comandante Barnes es exactamente como esperaba. Amplio, pulcro, frío. Demasiado ordenado. No hay una sola foto personal, ni un objeto que no tenga una función clara. Diplomas, mapas enmarcados, una bandera perfectamente colocada. Todo habla de organización y control.

Barnes me recibe de pie, tras su escritorio.

—Señorita Miller. Gracias por venir tan rápido.

—Gracias a usted por recibirme, comandante.

Su apretón de manos es firme, medido. Me indica una silla y se sienta después, sin perder la marcialidad.

—Me han hablado de lo que está haciendo —empieza—. Los veteranos con los que se ha reunido están muy contentos con las entrevistas. Les gusta su enfoque, me han dicho que es muy cercano.

—Me alegra que le haya parecido adecuado.

—Lo es —afirma—. A menudo se habla del ejército en términos abstractos, pero olvidamos que está compuesto por personas.

—Precisamente por eso me interesa ese ángulo —respondo. Luego saco la grabadora, la coloco sobre la mesa, bajo la mirada atenta y condescendiente de Barnes, y me dispongo a comenzar la entrevista—. ¿Cómo valora usted el proceso de reintegración de los veteranos a la vida civil?

Barnes se reclina ligeramente en la silla.

—Es una prioridad —responde—. Nuestros pilares son la formación, el acompañamiento psicológico y la orientación laboral. No siempre es fácil, pero hacemos todo lo posible para que puedan

reincorporarse a la vida civil de la mejor manera posible. Además, saben que siempre pueden contar con nosotros, nuestra mano siempre está tendida.

—Algunos de los veteranos con los que he hablado mencionan que la transición puede resultar brusca —comento—, especialmente para quienes han pasado muchos años en activo.

—Es normal —dice—. El ejército ofrece una estructura clara y una organización férrea. Cuando desaparece, algunos se sienten perdidos.

—¿Y qué ocurre con los que no encajan en los programas estándar? —pregunto—. Los que no quieren dar charlas ni abrir un negocio, pero tampoco saben cómo reinsertarse.

Barnes me observa con más atención ahora.

—Siempre hay casos complejos —admite—. Para eso están los equipos de apoyo. Como le he dicho, nuestra mano siempre está tendida. No dejamos a nadie atrás.

La frase es perfecta, y Barnes lo sabe. Supongo que estaba esperando el momento de soltarla. Le ha quedado muy yanqui, y supongo que lo sabe. Quizá cuenta con que yo tenga un corazón lleno de barras y estrellas… Uf, demasiado para mí.

—He notado —continúo, sin reaccionar a sus palabras— que muchos veteranos mantienen un vínculo muy fuerte con la base, incluso después de retirarse. ¿Lo fomentan ustedes?

—Fomentamos la continuidad —responde—. El sentimiento de pertenencia es importante. Reduce la sensación de abandono.

—¿Y nunca genera dependencia? —pregunto con suavidad—. ¿Nunca dificulta el corte necesario con la vida militar?

Barnes sonríe levemente.

—Todo vínculo tiene dos caras, señorita Miller. Pero creemos que el balance es positivo.

Asiento, tomo nota y dejo pasar un par de segundos.

—Hablando de continuidad —digo—, ¿cómo se gestiona el apoyo material a los veteranos? Equipamiento, suministros, logística…

Me la estoy jugando, pero no puedo evitarlo, es ahora o nunca.

Barnes no se altera.

—Mediante los canales habituales e igual que con el resto del material que necesitamos y gestionamos —contesta imperturbable —. Contamos con proveedores homologados que deben pasar una serie de férreos controles internos y auditorías periódicas.

—¿Empresas civiles?

—Algunas —admite—. Externalizar ciertos servicios es eficiente.

Suficiente por ahora, no quiero que Barnes se mosquee o se cierre en banda.

—No ha sido fácil conseguir el permiso para hacer este reportaje —continúo, cambiando de tema—. Da la sensación de que la prensa les resulta incómoda.

—Depende de la intención —responde—. La transparencia es importante, pero también lo es la seguridad.

—Por supuesto.

—Usted está aquí como invitada —añade—. Esperamos que su estancia sea productiva… y tranquila.

Bueno, yo no utilizaría esa palabra para definir mi estancia…

—Lo está siendo, gracias —le digo con una sonrisa—, y muy instructiva e interesante, además.

Barnes consulta su reloj y me dedica una escueta sonrisa. La entrevista se acerca a su fin. Se levanta, dando por cerrado el encuentro, y yo hago lo mismo.

—Agradezco su tiempo, comandante —le digo mientras recojo—. ¿Estaría dispuesto a posar para mí? —pregunto a continuación.

—Claro, pero no ahora —accede—. Me esperan para una reunión que no puedo aplazar. Estamos en contacto y concretamos una fecha, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

—Ha sido un placer, señorita Miller. Por favor, salude a su padre de mi parte. Nos encantaría que él también visitara la base, es un

militar muy admirado por todos nosotros —añade mientras me acompaña hasta la puerta. Me estrecha la mano y añade—: Si necesita algo, el capitán Beaumont está a su servicio en todo momento.

—Lo sé, muchas gracias.

Beaumont me espera al fondo del pasillo, apoyado en la pared. Me mira en silencio mientras me acerco.

—¿Cómo ha ido? —pregunta cuando llego a su lado.

—Bien, supongo.

Me encojo de hombros y él frunce el ceño. Este hombre nunca está contento.

Caminamos juntos hacia el exterior.

—Tengo algo que enseñarte —dice en voz baja cuando comprueba que no hay nadie cerca—. Pero no aquí.

—¿Has encontrado algo?

—Sí.

No pregunto nada más. No hace falta.

—¿Has almorzado? —me pregunta a continuación. Como respuesta, mi estómago ruge y se retuerce—. Vamos, yo invito.

—No hace falta…

—Por favor, no empieces —me corta—. Solo es un almuerzo, no voy a llevarte al Ritz.

Levanto las cejas y asiento en silencio. Tengo más hambre que ganas de discutir, así que lo sigo hacia el jeep y subo sin decir una palabra más. Ahora le toca hablar a él.

16

Mathieu

Subimos al coche y el aire acondicionado nos envuelve como un soplo de misericordia. Conduzco en silencio los primeros minutos mientras sintonizo algo de música en la radio. Me detengo cuando encuentro una emisora con rock suave de los noventa, el tipo de canciones que nunca pasan de moda y que siempre parecen estar hablando de uno mismo. En ese momento, Bon Jovi clama «es mi vida, es ahora o nunca».

Miro por la ventanilla. La luz de la mañana tiñe los pinos de un dorado casi líquido.

—Entonces, ¿ha ido bien? —le pregunto de nuevo, más calmado. Reconozco que estaba muy nervioso mientras ella permanecía en el despacho de Barnes.

—Ya te he dicho que sí —responde, cortante—. ¿Qué te preocupa? —pregunta a continuación.

Suspiro. Me ha pillado.

—No estaba seguro de que pudieras mantenerte dentro de tu papel y no empezaras a preguntar sobre… lo otro —concluyo.

—¿Por quién me tomas? Sé muy bien cómo hacer mi trabajo.

—De acuerdo, muy bien —digo para intentar calmarla—. No me negarás que tienes un carácter bastante explosivo, así que mi preocupación está más que justificada, ¿no te parece?

—Pero ¿qué dices? —explota.

Levanto las cejas y sonrío de medio lado. Ella suelta un bufido y gira la cara hacia la ventanilla. No dice nada en todo el camino,

menos mal que Axel Rose y Joe Cocker se encargan de amenizar la ruta.

Aparco frente a un restaurante pequeño y discreto, con una terraza a medio llenar. Nada especial. Precisamente por eso.

—¿Otra sorpresa gastronómica? —pregunta al bajar del coche. Sigue de mal humor.

—Prometo que aquí no te insultará nadie —respondo.

No sonríe, pero me sigue.

Nos sentamos en una mesa exterior, bajo una sombrilla descolorida. Pedimos lo primero que hay en la carta, sin apenas prestar atención. Después, ella me observa con detenimiento, como si estuviera midiendo cada uno de mis movimientos.

Bien. Eso es justo lo que esperaba.

—No te he traído aquí para comer —empiezo, apoyando los antebrazos en la mesa—. Bueno, sí, pero no solo para eso.

—Me lo imaginaba —responde—. ¿Qué pasa?

Respiro hondo. No hay marcha atrás.

—Volví al hangar anoche —confieso.

Sus cejas se arquean apenas un milímetro.

—¿Después de que me fuera?

—Después de que te fueras.

No aparta la mirada.

—¿Y?

—Encontré algo. Supongo que hay que saber buscar…

Saco el móvil, lo dejo sobre la mesa y lo giro para que pueda ver la pantalla. He abierto la fotografía del albarán y la de la estantería vacía. No digo nada más. Dejo que sea ella quien lo procese y saque sus propias conclusiones.

Sloane se inclina hacia delante. Su expresión cambia de inmediato: la periodista sustituye a la mujer. Sus ojos recorren los números, la fecha, la firma digital.

—Esto es material médico —dice en voz baja.

—Sí.

—Y aquí debería haber una caja —añade, señalando la foto de la estantería.

—Debería.

Levanta la vista lentamente.

—¿Está aprobado?

—Con firma válida, es un registro limpio. Sobre el papel, todo es perfecto.

Se recuesta en la silla y cruza los brazos. No parece satisfecha. Parece… inquieta.

—Entonces, no era una hipótesis —murmura—. Es real.

—Lo es.

El camarero aparece con los cafés y nos interrumpe justo cuando empieza a ponerse serio de verdad. La verdad es que agradezco el paréntesis. Bebemos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—No he informado a nadie —sigo cuando volvemos a estar solos —. Ni a Barnes, ni a intendencia. A nadie.

Me mira de golpe.

—¿Por qué?

—Porque si lo hago, el material puede desaparecer del sistema antes de que podamos seguir el rastro. O quizá pondría sobre aviso a quien esté detrás de esto. Y porque —añado— si no aporto pruebas contundentes, el primer sospechoso sería yo.

Eso la hace callar.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —pregunta al fin—. Estás ocultando información deliberadamente.

—Lo sé.

—Eso es… muy grave, Mathieu.

Asiento despacio, consciente de que es la primera vez que me llama por mi nombre de pila. Ya no soy Beaumont, ni el capitán. Solo soy Mathieu.

—Por eso te lo estoy contando —reconozco.

El silencio se instala entre nosotros mientras el restaurante sigue su vida normal: ruido de platos y cubiertos, conversaciones, una risa al fondo. Aquí, nadie sabe que, a pocos kilómetros, algo se está pudriendo.

—No sé si puedo confiar en ti —dice de pronto.

No levanta la voz. No es un ataque. Es peor: está diciendo la verdad.

Siento cómo algo se me tensa en el pecho.

—¿Perdona?

—Te lo digo sin rodeos —continúa—. Me estás enseñando justo lo suficiente. Sigues decidiendo qué veo y qué no. Y eres un capitán del ejército. No es personal, es… lógico que desconfíe.

Aprieto la mandíbula.

—Te acabo de decir que he ocultado un hallazgo que podría costarme la carrera —replico—. ¿Qué más necesitas?

—Necesito saber que no me estás usando para medir hasta dónde puedes llegar sin mancharte las manos.

Eso sí duele.

—No tienes ni idea de lo que estoy arriesgando —digo, más brusco de lo que pretendía.

—Por eso mismo —responde—. Porque empiezo a verlo… y no sé si eso me tranquiliza o me asusta.

Me inclino hacia delante y bajo aún más la voz.

—No te lo he contado para manipularte. Te lo he contado porque, si sigo adelante, necesito que sepas que no estoy jugando.

Sus labios se entreabren levemente. Me sostiene la mirada.

—Estás cruzando una línea muy peligrosa —dice despacio.

—Ya la crucé anoche —respondo—, cuando volví al hangar.

Se queda callada. Me observa como si estuviera recalculando todo lo que cree saber de mí.

Y entonces lo veo. Ese momento exacto en el que algo encaja en su cabeza.

—Estás arriesgando tu carrera de verdad —dice en voz baja, casi para sí misma.

No lo niego.

—Y no solo eso —añade—. Si alguien se entera de que has ocultado pruebas… no te van a proteger. Ni tu padre. Ni Barnes. Nadie.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

La miro fijamente.

—Ya te lo dije ayer. Porque si esto es verdad, no pienso mirar hacia otro lado. Creo que incluso mi padre aplaudiría mi postura.

Me observa en silencio. Hay algo distinto ahora en su expresión. No es confianza, pero ya no es una desconfianza total.

El camarero trae la comida, pero apenas la tocamos.

—No vamos a informar a nadie —dice por fin—. Todavía no.

—¿Todavía?

—Necesitamos más pruebas. Algo que no pueda enterrarse ni negarse, pruebas irrefutables.

—Estoy de acuerdo.

Asiente despacio.

—Pero si descubro que me estás ocultando algo importante…

—No lo haré —la interrumpo—. Te lo prometo.

Me mira de nuevo larga, intensamente.

—No prometas cosas que pueden destruirte.

—No prometo —respondo—. Estoy eligiendo bando.

Durante un segundo, el aire entre nosotros se vuelve denso. Su rodilla roza la mía bajo la mesa. No se aparta. Yo tampoco.

Es un contacto mínimo. Involuntario. Pero ninguno de los dos lo ignora.

—Esto no va a acabar bien —dice en voz baja.

—Probablemente no.

—Y aun así, sigues aquí.

—Y tú también.

Nos miramos un instante más. No hay sonrisa. No hay acercamiento. Solo la certeza incómoda de que ya estamos demasiado metidos en esto.

Ella aparta la pierna despacio y coge el tenedor.

—Come —dice—. Vamos a necesitar energía.

La observo mientras prueba el primer bocado. Por primera vez desde que la conozco, no parece estar evaluándome ni tampoco enfadada o preparándose para enfrentarse a mí.

Y sé que, aunque todavía no confíe del todo en mí, ya no puede volver atrás.

Ni yo tampoco.

17

Mathieu

A las ocho en punto de la mañana golpeo la puerta de su habitación con dos toques cortos con los nudillos. Me he puesto el uniforme ligero, recién planchado, y las botas limpias. Estoy tenso, y no me gusta la sensación. Respiro profundamente mientras espero frente a su puerta.

—Hoy seguiremos con la agenda prevista —le digo cuando abre. Sueno como un capitán hablándole a la tropa, pero no he podido evitarlo.

Frunce el ceño.

—¿Lo previsto?

—Según la agenda que aprobó el comandante, hoy tengo que llevarte a hablar con otro grupo de veteranos, ¿lo has olvidado? —Ella levanta los ojos al cielo y luego asiente—. Y mientras tú haces tu trabajo, yo haré el mío —añado en voz más baja.

—¿Tu trabajo?

Cruzo los brazos y la miro muy serio.

—Quiero revisar los listados y cotejarlos con las entregas correspondientes. Necesitamos más pruebas, comprobar que lo que encontré ayer no es un caso aislado. No pienso soltar la liebre sin estar completamente seguro, y espero que tú hagas lo mismo, que no publiques ni una palabra sin estar completamente segura y sin decírmelo antes.

Ella baja la mirada un instante, como si evaluara mis palabras, y luego vuelve a asentir despacio.

—De acuerdo. Dame diez minutos —me pide a continuación.

—Tómate treinta —le digo—. Te recojo en media hora.

Aprovecho el tiempo para actualizar el trabajo que tengo pendiente. Hacer de niñero de la periodista no me exime de todo lo demás, así que tengo un montón de papeles sobre la mesa que tampoco hoy voy a tener tiempo de revisar. Doy salida a los más urgentes, me tomo un café de la máquina y vuelvo al coche.

Sloane me espera delante del edificio. Me saluda con una sonrisa rápida y sube al jeep.

Ninguno de los dos rompe el silencio. Al contrario, lo sostenemos como una cuerda tirante que no sabemos si soltar o tensar un poco más.

Por el camino, ella revisa las notas en su cuaderno mientras yo conduzco con una mano en el volante y la otra apoyada en el cambio, mirando de vez en cuando el cielo despejado. El calor empieza a apretar.

La miro de vez en cuando, pero no consigo encontrar sus ojos. O está concentrada en sus notas, o con la mirada perdida al otro lado de la ventanilla. Daría todo lo que tengo por saber en qué está pensando.

Cuando llegamos, aparco frente al módulo de apoyo. El edificio parece más viejo a la luz de la mañana, pero el interior es alegre y luminoso. De hecho, creo que es el único lugar de la base que sigue siendo humano.

—Volveré a por ti dentro de una hora —le digo antes de que baje —. Ayer les caíste bien —comento como de pasada—, habrán hablado entre ellos y hoy lo vas a notar. Tienes mano con la gente —añado, y sonrío por primera vez.

Ella abre la puerta y antes de salir, me mira.

—Gracias —dice sin más.

—No me lo agradezcas todavía. —Luego vuelvo a mirarla con seriedad—. ¿Has sabido algo de tu informante? —pregunto antes de que se aleje.

Ella niega con la cabeza, se ajusta la mochila y camina hacia la entrada sin mirar atrás. Yo la sigo con la mirada hasta que la puerta se cierra.

Regreso rápidamente al centro de la base y me encierro en la oficina auxiliar del hangar almacén, una habitación estrecha con una ventilación mínima y un olor metálico que dejo de notar en cuanto llevo un par de minutos allí. A nadie le extraña mi presencia, soy un capitán y dan por hecho que tengo algo que hacer. Los soldados y oficiales con los que me cruzo se limitan a saludar y a seguir con los suyo.

Cierro la puerta de la oficina y giro sobre mí mismo. Estoy rodeado de carpetas, archivadores y listados que nadie revisa.

Ese es mi objetivo de hoy, revisar todo lo que nadie mira.

Voy uno por uno, despacio, sin saltarme ni una línea. Abro cada registro y compruebo cada entrada. Veo mi nombre y mi firma en muchos de ellos. Parte de mi trabajo consiste en pedir el material necesario para el mantenimiento de los aviones, así que no es extraño ver mi nombre en esos papeles. Normalmente los firmo por rutina, sin apenas leerlos, porque doy por hecho que todo está en orden. Hoy no. Hoy miro de verdad, folio a folio, con paciencia y toda mi atención.

Por desgracia, no tardo en encontrar la anomalía.

Códigos repetidos, fechas corregidas a mano, lotes que aparecen dos veces con distinto número de entrega. Materiales que figuran como descargados durante mi turno de guardia, cuando sé con absoluta certeza que esa noche no entró ni un solo camión por la puerta principal.

Son pequeñas grietas que cualquiera podría pasar por alto. Que yo pasé por alto, de hecho, porque firmé sin mirar. Confié.

Terrible error.

Pero ahora, con lo que tengo delante, ya no puedo fingir.

Y además, está ella.

Maldita periodista.

Tiene razón, hay algo podrido en esta base, y yo he estado todo este tiempo demasiado cerca del barro. De hecho, siento que la mierda me llega hasta el cuello. ¿Cómo es posible? Estoy furioso.

Cierro el último archivador con un golpe seco y me quedo sentado con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas, dejando que el calor sofocante de la sala me empape la espalda.

Cuando salgo, el aire caliente me golpea el rostro. Camino hasta el borde del hangar y me apoyo en la estructura metálica. Desde allí veo los tejados de la cantina, el patio de entrenamiento vacío, un jeep cruzando en la distancia. Todo parece en calma. Igual que siempre.

Mentira.

Ya nada es igual y no volverá a serlo nunca. Haga lo que haga, tendrá unas consecuencias desastrosas. Podría callarme, negar la evidencia, destruir las pruebas y echar a la reportera de la base. Quizá debería hacer justo eso, pero después no podría vivir con mi conciencia. Soy como soy, y es tarde para cambiar.

Respiro hondo, me paso una mano por la nuca y cierro los ojos. No estoy en condiciones de enfrentarme a la mirada escrutadora de Sloane, descubrirá que sé algo, que oculto algo, en cuanto me mire, y todavía tengo que decidir si se lo voy a contar o no. Lo que está claro es que haré algo, pero ¿qué?

Llamo por teléfono al cuerpo de conductores y pido que la recojan en el centro de veteranos y la trasladen hasta su edificio. Luego, le envío un mensaje disculpándome por no estar allí y la cito a la una para comer juntos. Ella responde con un pulgar hacia arriba.

Sloane Miller lo empezó todo, y no sé si agradecérselo o maldecirla.

Lo único que tengo claro en este momento es que yo ya estoy dentro, y si alguien va a levantar la tapa de este lodazal, quiero

estar ahí para ver cómo se revuelve el barro y quién está detrás de todo esto.

18

Sloane

Necesito reenfocar, recordarme a mí misma por qué estoy aquí, por qué llevo semanas hurgando entre las sombras, siguiendo hilos invisibles, nadando entre mentiras y buscando patrones entre la rigidez de la burocracia militar. Necesito volver a ser la periodista que llegó a Francia llena de proyectos e ilusiones, no la mujer que, contra todo pronóstico, solo puede pensar en la curva de la mandíbula de un capitán cada vez que cierra los ojos.

Y, sobre todo, necesito que el resto me vea así: profesional, firme, inquebrantable.

Por eso me paso una hora entera con la cámara al cuello, intentando recuperar a la periodista que soy. Entrevisto a dos veteranos en la zona civil de la base. Uno ha abierto una ferretería y habla de sus herramientas como si fueran viejos amigos, y otro se dedica a visitar colegios dando charlas motivacionales con una convicción y un discurso envidiables. Son historias bonitas, perfectas para el reportaje humano que estoy preparando. Entiendo que los mandamases del ejército los hayan seleccionado para hablar con la prensa. Sonrío, asiento y les formulo preguntas amables. Grabo sus respuestas y les hago fotos de plano medio. Cumplo con el guion al pie de la letra.

No voy a negar que me he sentido un poco decepcionada cuando Beaumont me ha dicho que no puede venir a buscarme, pero me animo al instante pensando en que vamos a comer juntos. Frunzo el ceño y me enfado conmigo misma. Mi estado de ánimo no puede depender de la agenda del capitán.

Cuando vuelvo al alojamiento, cierro la puerta detrás de mí y cae el telón. Me quito los zapatos y los dejo en el rincón. Fuera máscara,

soy yo de nuevo.

Descargo las fotos en el portátil y paso las imágenes una a una: las manos de un veterano sosteniendo un martillo desgastado; un retrato de grupo frente a una pared cubierta con el enorme mural que ellos mismos han pintado; la mirada tímida de un perro de servicio tumbado a los pies de su dueño, también retirado. Son imágenes que podrían conmover a cualquiera.

Mi móvil vibra sobre la mesa cuando llega un nuevo mensaje. El corazón me da un vuelco antes de leerlo. Es Stokes, reconozco la dirección de correo encriptada de mi informante. Respiro hondo antes de abrirlo.

No es un texto largo. Se trata de un enlace seguro, una contraseña temporal y una frase escueta:

«*Esto es lo que pediste. Cuídate».*

Descargo el archivo y lo abro en el portátil. Abro uno a uno los archivos comprimidos y despliego en la pantalla todas las imágenes, fotografías de páginas de libros de cuentas y extensos listados de pedidos realizados a lo largo del último año. Busco mis anotaciones anteriores, me armo con un bolígrafo y un cuaderno y empiezo a trabajar. Cotejo fechas, nombres y rutas. Una a una, las piezas comienzan a encajar a la perfección.

Veo las siglas de una empresa fantasma, pagos duplicados, lotes de material supuestamente recibido pero cuya existencia no consta en el almacén. Y entonces, entre los documentos, encuentro un albarán de recepción de equipos de comunicación, un documento oficial de hace tres meses. El nombre y la firma me dejan sin aliento.

M. Beaumont.

El aire se espesa en la habitación, como si alguien hubiera cerrado una compuerta invisible, y se me encoge el estómago.

Podría ser casualidad. Podría ser otro Beaumont. O tratarse de una firma de rutina. Pero soy periodista y sé que lo único que cuenta

son las pruebas, y estas son contundentes. No es solo su nombre. Es su rango, su cargo, su unidad operativa. Coincide todo.

Reviso el resto de los archivos. Vuelvo a encontrar su nombre en un listado de personal que validó la llegada de otro lote de equipos, uno que oficialmente nunca fue descargado en la base.

No es una prueba definitiva, pueden haber sucedido mil cosas, pero es suficiente para que algo en mí se quiebre y se disparen todas las alertas de mi cabeza.

Camino por la habitación como una fiera enjaulada. Intento convencerme de que se trata de un simple trámite, que firmó sin saber de qué se trataba, pero su repentino interés en mi trabajo hace que otra pieza del puzle encaje. No quiere ayudarme. Pretende controlarme, saber antes que nadie lo que descubro para, supongo, silenciarlo. O silenciarme.

La duda me duele más de lo que debería, y no solo como periodista. Porque si él sabía algo desde el principio, si su cercanía formaba parte del juego, entonces he sido más ingenua de lo que creía. Y en mi mundo, eso es una forma de traición.

Me siento en la cama con el portátil abierto frente a mí y miro los documentos de la pantalla como si fueran un mapa hacia un lugar al que no sé si quiero ir.

Respiro hondo e intento tranquilizarme. Luego cojo el móvil y le escribo un mensaje para cancelar la comida que habíamos planeado. Le digo que tengo mucho trabajo atrasado y que prefiero verlo a la hora de la cena. No es una mentira. Necesito tiempo para procesar toda la información y decidir si voy a preguntarle por esto mirándole directamente a los ojos.

Cuando la confirmación de lectura aparece en la pantalla y recibo un «OK, te recojo a las siete», suelto el aire despacio y vuelvo al ordenador.

Abro un nuevo documento en blanco y empiezo a escribir las fechas, cifras, rutas y nombres que he descubierto para armar una cronología precisa y metódica. En un folio aparte anoto los nombres

que aparecen junto a los envíos que mi informante me ha señalado. Me cuesta escribir M. Beaumont, pero lo hago.

Es hora de llamar a Louis, mi redactor jefe. Me responde al segundo tono. Noto su voz cansada a pesar de ser solo mediodía, y cuando exhala largamente sé que está fumando.

—¿Qué tienes para mí? —me pregunta después de agotar las fórmulas de cortesía

—Lo tengo —afirmo tajante—. Hay algo aquí, Louis. Algo grande.

Le hablo de la documentación que acaba de enviarme Stokes y de lo que he logrado cotejar, convencida de que es solo la punta del iceberg. Él guarda silencio unos segundos. Sé que sonríe al otro lado de la línea mientras apura su cigarrillo.

—Necesito que lo tengas todo perfectamente atado —me pide—. No quiero que los abogados militares nos busquen la ruina. Tienes que dar con alguien que esté dispuesto a declarar, a dar la cara, aunque sea en la sombra y con nombre falso, pero hace falta alguien con voz. Sigue —añade—, y mientras tanto, no te olvides de las entrevistas a los veteranos. Mantén la fachada. Si te cortan el acceso, no tendremos nada.

—Lo sé, lo sé. Lo tengo todo controlado, incluso he entrevistado al comandante Barnes esta mañana.

—Bien. Y ten cuidado, Sloane.

Corto la llamada y vuelvo al teclado. La lámpara de la mesa proyecta un círculo de luz sobre los papeles, como si fuera un escenario en miniatura. Sigo escribiendo, línea tras línea, hasta que el documento empieza a tener la forma de una investigación real.

Cuando por fin me detengo, me siento vacía y llena a la vez. Mi trabajo es sólido y la historia empieza a tener cuerpo. Pero mi cabeza sigue siendo un campo de batalla.

Y, en el centro de ese campo, está él.

19

Mathieu

Cuando llego a recogerla, noto de inmediato que algo ha cambiado. Está guapa, como siempre, pero hay algo distinto en la manera en que me mira. Lleva una blusa blanca metida en unos vaqueros oscuros y unas sandalias planas de finas tiras doradas. Se ha dejado el pelo suelto, natural, como si no se hubiera molestado en peinarse, pero aún así, está increíble.

Y, sin embargo, sus ojos están fríos.

Es como si hubiera echado el cerrojo por dentro.

Decido no comentarle nada, no preguntar. Tal vez solo esté cansada o haya tenido problemas en el trabajo. Si lo pienso, no sé nada de ella. O quizá esa capa de protección sea la que cualquiera aprende a usar cuando se pasa el día escuchando historias de gente rota. Yo sé de eso.

—¿Lista? —pregunto, apoyado en el marco de la puerta. Me esfuerzo para que mi voz suene neutra.

Ella asiente. Sale al pasillo, se ajusta la mochila al hombro y camina a mi lado. Ni una palabra mientras cruzamos el recinto hasta la camioneta.

El bar está fuera de la base, a unos veinte minutos por una carretera secundaria que serpentea entre árboles y casas dispersas. Se llama The Rusty Fox y es un lugar de madera pintada de un rojo que ha conocido tiempos mejores, con carteles antiguos de cerveza en las paredes y una barra larga y oscura, pulida por años de vasos arrastrados de un lado a otro y que sostiene al menos quince

cañeros de diferentes tipos de cerveza de barril. Creo que las he probado todas.

En una esquina, una banda local toca un country suave, mezclado con algo de rock sureño; las guitarras se cuelan entre las conversaciones como si la música fuera un cliente más del lugar.

Este sitio me resulta acogedor. Hay mesas redondas con pequeños manteles marrones individuales, sillas de respaldo alto y una luz cálida que hace que todos parezcan un poco más jóvenes y un poco menos cansados.

Nos sentamos en una de las pocas mesas libres y pedimos cerveza. Ella, una rubia fría; yo, una negra espesa.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta al fin, girando el vaso entre las manos. Creo que es la primera vez que habla desde que nos hemos encontrado.

—Cuando quiero recordar cómo es el mundo sin tener que acatar órdenes —respondo mientras intento dibujar media sonrisa—. Aquí nadie te dice qué tienes que hacer. Pides otra ronda, escuchas a un tipo que intenta sonar como Johnny Cash y te convences de que todo sigue en su sitio.

Ella sonríe apenas un segundo, pero no le llega a los ojos.

Entonces entran Jamie, Eli y Maddox, mis amigos de siempre, pilotos como yo. Jamie trae la sonrisa torcida de quien ya viene con varias cervezas encima.

—Ey, Beaumont —saluda, dándome una palmada en el hombro —. ¿Vienes a que te derrotemos al billar o solo a presumir de compañía?

—Paso del billar, y yo no necesito presumir de nada —respondo.

Sloane los saluda con una sonrisa y un breve cabeceo. Está claro que no se amilana ante tres tipos que no conoce de nada. Jamie la observa con la mirada afilada de quien no puede resistirse a una broma.

—No sabíamos que el capitán tenía gustos tan refinados.

—No sabes muchas cosas de mí —le devuelvo.

Los tres se ríen. Eli levanta su vaso en un brindis teatral y Maddox asiente con la cabeza.

Charlamos un rato, lo justo para que Sloane se relaje un poco. Luego, ellos se marchan a jugar al billar y nos quedamos solos de nuevo.

La música cambia a una balada folk. La voz de la cantante es tan suave que obliga a bajar el tono de las conversaciones. Sloane mira su cerveza. Sus dedos largos se enroscan alrededor del vaso como si necesitara anclarse a algo.

No aguanto más.

—¿Ocurre algo? —digo, directo y sin rodeos—. Quizá pueda ayudarte.

Ella levanta la mirada. Sus ojos parecen de hielo.

—No sé si deberías hacerlo —dice, despacio.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

No responde de inmediato. Cuando lo hace, siento como si me hubiera dado una bofetada.

—Sabes lo que estoy buscando —dice, mirándome a los ojos—, y no sé si tú estás implicado o no.

Entre nosotros se abre un silencio denso en el que no cabe ni la música, ni el ruido de los vasos golpeando en la barra, ni las risas de los clientes.

—¿No confías en mí? —le pregunto en voz baja.

Ella tarda unos segundos en responder.

—No lo sé —admite—. Quiero hacerlo, pero…

—Pero ¿qué?

—Eres militar —empieza—, trabajas en logística cuando no estás desplegado en alguna misión, tienes acceso a todo lo que pasa en esta base… y estás muy interesado en saber qué estoy haciendo en cada momento.

—No confías en mí —afirmo—, y no sé cómo puedo convencerte de lo contrario —continúo—. Si quieres, puedes seguir sola. No volverás a verme. Yo haré mi propia investigación y decidiré la mejor forma de actuar con lo que encuentre —le digo.

—No puedes… —empieza.

—No puedo, ¿qué? —La miro muy serio y levanto un poco la voz. Estoy realmente enfadado—. ¿No puedo consentir que sigas jugando conmigo, ahora confío, ahora no? ¿No puedo buscar pruebas y no compartir contigo lo que encuentro, aunque tú no haces más que ocultarme cosas? ¿No puedo pensar que sigues siendo la misma niñata malcriada que cuando tenías trece años? Pues puedo hacer todo eso, y lo haré a no ser qué tú des un paso adelante ahora mismo. Si no lo haces, me iré y no volverás a verme, lo juro.

Cuando termino de hablar, la sangre me zumba en los oídos como cuando estoy en una zona de combate. La adrenalina me recorre el cuerpo a toda velocidad, me siento despierto y alerta, a la espera. Ella me mira con los ojos brillantes y muy abiertos. Respira muy deprisa, y sé que está tratando de tomar la decisión que más le convenga.

—No te necesito —añado en voz más baja—, pero tú a mí, sí. Te estoy brindando mi ayuda y tú dudas de mí. No sé qué hacer para convencerte de que vamos en el mismo barco.

—¿Serás mi fuente? —pregunta de pronto.

—¿Tu fuente? ¿Con mi nombre? Estás loca…

—No, una fuente en la sombra. Te protegeré cueste lo que cueste, lo juro. Nadie sabrá nunca quién eres, ni siquiera mi jefe. Puedes confiar en mí.

—Yo debo confiar en ti y tú no te fías de mí, bonito intercambio…

—Lo siento —murmura tan bajo que casi no la oigo por encima de la música—. Lo siento mucho.

Suelto el aire que guardo en los pulmones.

—Yo también lo siento, pero no seré tu fuente.

Volvemos a la base en el mismo silencio que se ha mantenido durante el resto de la noche. La acompaño hasta su alojamiento y ella cierra la puerta de su habitación sin despedirse. Cuando desaparece, solo queda frío y silencio, y me temo que será así para siempre.

20

Sloane

Una noche más, no consigo dormir. Paso del enfado a la tristeza, de la euforia a la preocupación, del pensamiento racional a la locura. ¿Puedo conseguir las pruebas que necesito sin la ayuda de Beaumont? Tengo a mi informante, pero necesito acceder a los registros para cerciorarme de que lo que me dice mi fuente anónima es cierto y no un bulo que espera que me trague. No puedo ni imaginar lo que ocurriría si publico un reportaje con datos que resultan ser falsos, o que no puedo probar convenientemente. No solo perdería mi trabajo y mi reputación, sino que es muy probable que acabara arruinada y en la cárcel. Y mi padre no volvería a hablarme en su vida.

Siguiente cuestión: ¿cómo sé que puedo confiar en él? Me ha dado su palabra, pero su nombre está en los documentos que me ha enviado mi informante. Puedo cerrar los ojos y lanzarme a la piscina sin comprobar primero si hay agua, o puedo saltar y tener fe.

Paso la noche dando vueltas en la cama mientras mi mente no me concede ni un momento de descanso.

Me levanto temprano, me doy una ducha rápida y me preparo para seguir trabajando. No he sido capaz de tomar una decisión, pero al menos he recibido un mensaje del comandante Barnes en el que me dice que se ha habilitado una sala en un módulo cercano para que pueda trabajar con comodidad, una especie de sala de prensa, por lo que deduzco.

Le agradezco el gesto y salgo hacia allí sin avisar al capitán ni pedir que nadie me acompañe.

La sala de prensa es un lujo inesperado en mitad de una base como esta. Desde luego, no es un centro de comunicación, sino que más parece una oficina olvidada que nadie utiliza desde hace tiempo. Entre las paredes desnudas hay dos mesas grises con las esquinas melladas, una cafetera vieja que hace un ruido terrible cuando la pongo en marcha y la impresora más lenta e impredecible que he visto nunca. Pero para mí es perfecta. Trabajar en el dormitorio, sobre la cama, es complicado e incómodo, así que estoy encantada con el cambio.

La silla no está mal, la conexión es decente y, sobre todo, hay una puerta que puedo cerrar. Y en este momento, eso es lo más parecido a un refugio.

Muy pronto tengo el escritorio convertido en un campo de batalla: a la izquierda, la carpeta con los documentos de mi fuente, que acabo de imprimir. A la derecha, mi cuaderno lleno de flechas y anotaciones en los márgenes: fechas, nombres y números de serie. Paso de un documento a otro, cruzo datos y abro hojas de cálculo. El zumbido lejano de un generador es el único sonido constante, junto con el goteo intermitente de la cafetera.

Pierdo la noción del tiempo hasta que escucho pasos en el pasillo. Coloco el cursor sobre la ventana del inventario y la cierro con rapidez. Acto seguido, abro en su lugar la carpeta de imágenes y los veteranos ocupan la pantalla.

La puerta se abre y el comandante Barnes entra sin llamar. Lleva el uniforme impecable, la gorra bajo el brazo y una expresión que mezcla la cordialidad con la soberbia de quien se sabe al mando.

—Señorita Miller —me saluda. Su voz grave y calmada llena la sala—. ¿La interrumpo?

—En absoluto, comandante —respondo, modulando el tono para sonar tranquila mientras el corazón sigue golpeando contra mi esternón.

Giro la pantalla con las fotos del día anterior para que pueda verla: retratos de veteranos al sol, miradas que se pierden en el horizonte y sonrisas que no se reflejan en los ojos.

—Estaba seleccionando material para el artículo —le explico.

Barnes se acerca y se inclina un poco para ver la pantalla. Luego asiente con lentitud, satisfecho.

—Buen trabajo. Tiene buen ojo. Captura algo real, algo que no se puede falsificar.

—Gracias —respondo—. Y gracias también por permitirme trabajar en esta sala, es mucho más cómoda que mi dormitorio.

Me mira y sonríe un segundo. Luego se dirige de nuevo a la salida.

—Si necesita algo, pídaselo a Beaumont —dice antes de salir.

—Por supuesto. Gracias de nuevo.

Barnes asiente una vez más, me dedica una última mirada y se marcha. Espero unos segundos mientras escucho cómo sus pasos se pierden en el pasillo antes de soltar el aire que mantengo atrapado en el pecho.

Acto seguido, vuelvo a la pantalla.

Esta vez no voy al inventario general, sino a los últimos archivos que descargué, los que me envió mi informante. Empiezo a revisarlos uno por uno, con la precisión fría que me enseñaron mis profesores de investigación: leer, comparar, subrayar una y otra vez hasta dar con lo que buscas.

Y entonces, lo veo.

Hay un registro de entrega de equipos de telecomunicaciones con fecha de hace tres meses. Hasta ahí, todo normal. Pero el número de lote coincide exactamente con otro envío registrado apenas diez días después. El mismo número. Las mismas cantidades. El mismo destino. Dos entregas idénticas, facturadas y pagadas, como si el mismo material hubiera llegado dos veces a la base. Pero en los partes de recepción físicos, los que he fotografiado en el hangar de logística, esa segunda entrega no aparece. Es como si el material hubiera desaparecido durante el trayecto pero la factura sí hubiera pasado por caja.

Me inclino hacia la pantalla con el ceño fruncido. Empiezo a cruzar más datos y abro los documentos que marqué de madrugada. Y ahí está de nuevo: dos repeticiones más, con fechas separadas por apenas una semana.

En total, solo en los documentos que he recopilado encuentro tres entregas fantasma, tres pagos aprobados por más de cincuenta mil euros en material que nunca pisó esta base.

Siento un cosquilleo frío en la nuca. Esto ya no es una intuición ni una corazonada, es una prueba. Sé cómo trabajan, es un fraude meticuloso, repetido lo justo para pasar desapercibido si nadie se toma la molestia de revisarlo todo a mano.

Sonrío. Yo me he tomado la molestia, y aquí tengo la recompensa.

Abro un documento en blanco y empiezo a volcarlo todo: fechas, códigos de lote, firmas de validación y nombres de las empresas contratistas. Una cronología limpia y ordenada. Cada línea es como una aguja que se clava en el globo del fraude. Los tengo.

Mientras escribo, noto el pulso acelerado y la adrenalina me arde en el estómago. Por fin tengo algo.

Algo sólido.

Pero también sé lo que significa. Si sigo tirando de este hilo, voy a encontrar nombres. Más nombres. Y uno de ellos puede ser el de Mathieu Beaumont. Ya ha aparecido una vez, puede volver a hacerlo, confirmarse que forma parte del entramado.

Lo siento por él, pero es mi trabajo.

El ventilador de la sala da una vuelta lenta, perezosa, y proyecta sombras en el suelo. Afuera, la base sigue funcionando como un reloj. Pero aquí, en este pequeño cuarto cerrado, tengo la sensación de que acabo de abrir una puerta que ya no podré cerrar.

Y lo peor (o lo mejor) es que quiero cruzarla.

21

Mathieu

El aviso llega a media mañana, justo cuando estoy terminando de revisar un lote de informes en el módulo logístico. El comandante quiere verme en su despacho. No tenemos nada agendado, no hay ninguna misión en curso y tampoco esperamos visitas oficiales. ¿Qué se le habrá ocurrido ahora?

El sol cae a plomo mientras camino hasta el edificio administrativo, el aire es una lámina de calor que se pega a la piel y hace que todo funcione más despacio. La base entera parece suspendida en un sopor polvoriento, incluso los mecánicos agachados sobre los F-16, los soldados que cruzan las calles de sombra en sombra o el jeep que levanta una nube de polvo a su paso.

El despacho de Barnes tiene las persianas bajadas y el aire acondicionado a plena potencia. La puerta está abierta, pero aún así, toco con los nudillos en el dintel.

El teniente Valois se levanta en el acto del escritorio en el que pasa buena parte del día y me invita a pasar. A pesar del aire acondicionado, tiene la cara brillante de sudor y el cuello del uniforme está más oscuro en la parte que le toca el cuello.

—Adelante, capitán —me invita con sus ademanes suaves—. Pase.

Barnes está sentado detrás de su escritorio, con la camisa perfectamente planchada y los galones brillantes como si los hubiera pulido él mismo esta mañana, aunque no me extrañaría que lo hubiera hecho el teniente Valois. No levanta la vista de los

documentos que está revisando, pero sé que ha registrado cada movimiento que he hecho desde que crucé el umbral.

—Siéntese —ordena tajante.

Obedezco. La silla es de madera, incómoda, pensada para que las visitas no se alarguen demasiado.

—¿Cómo va su colaboración con la señorita Miller? —pregunta por fin, sin apartar la vista de los papeles.

—Normal —respondo con tono neutro—. La acompaño cuando lo solicita e intento que esté cómoda Ha hecho entrevistas y un montón de fotografías. Todo dentro de lo previsto.

Levanta la mirada despacio y sus ojos fríos, azules como el acero, se clavan en mí.

—Y usted, ¿qué ha visto?

—¿A qué se refiere, comandante?

—No me tome por ingenuo, Beaumont. —Apoya los codos sobre el escritorio y entrelaza los dedos—. Esta mañana la he visitado por sorpresa en la sala de prensa. Estoy seguro de que me ha oído llegar. En la pantalla de su ordenador solo había las fotografías que menciona, pero no ha tenido tiempo de ocultar los papeles que había sobre la mesa. Eso no eran entrevistas, Beaumont. No sé bien qué era, pero está trabajando en algo que no quiere que veamos.

Mantengo la expresión neutra, pero noto cómo se me tensan los hombros bajo la tela del uniforme.

—No ha hecho nada fuera de lo normal mientras ha estado conmigo —respondo, porque no sé qué decir.

—Pues lo está engañando. Quiero saber qué hace.

—¿Y cómo pretende que lo haga? —pregunto sin rodeos.

—Quiero que se adelante a un problema potencial. —Su voz es calmada, casi amable, y por eso suena más peligrosa—. Quiero ver lo que hay en ese ordenador. Documentos, capturas, lo que sea. Sin que lo sepa, claro.

El despacho se queda en silencio.

—¿Me está pidiendo que la espíe? —pregunto por fin.

—Le estoy pidiendo que me mantenga informado. Si lo que tiene es inocuo, mejor para todos. Pero si no lo es… será mejor saberlo antes de que publique algo que no podamos controlar.

Inspiro hondo, lo suficiente para mantener la voz firme.

—¿Debo informar a alguien más?

—No. Solo a mí. —Hace una pausa mínima, pero lo bastante larga para que me dé tiempo a digerir la orden—. Confío en que sabrá manejarlo con la discreción que ya ha demostrado en el pasado.

Asiento despacio. No porque esté de acuerdo, sino porque no tengo alternativa. Barnes no amenaza de forma directa, nunca lo hace. Te ofrece la cuerda y te deja decidir si quieres trepar o ahorcarte con ella.

—Puede retirarse, capitán.

Me pongo de pie y salgo sin decir nada más. El pasillo me recibe con un golpe de calor, como si alguien hubiera abierto un horno. Bajo las escaleras despacio y salgo a la calle. Fuera, el sol me aplasta. Me apoyo un segundo en la barandilla metálica del porche y cierro los ojos. El aire huele a combustible y al polvo caliente que expelen los motores que están probando en el hangar más cercano.

Oigo unos pasos raudos detrás de mi. Cuando me giro, el teniente Valois está casi pegado a mí.

—Capitán —me llama. Tiene la cara aún más brillante que antes.

—¿Ocurre algo, teniente?

—Oh, no, nada. Tenía que salir y he decidido aprovechar para charlar con usted un momento.

—Entonces —digo—, sí que ocurre algo.

—Bueno… —titubea—. Verá, el comandante me está volviendo loco con todo lo de esa señorita Miller, y quería preguntarle si de verdad piensa que está haciendo algo raro. No se lo diré al comandante, se lo prometo —añade en el acto.

Suspiro e intento mantener la calma. Está claro que Barnes lo ha mandado detrás de mí y que el teniente está pasándolo realmente mal.

—Valois, de verdad que no hay nada, al menos nada que yo sepa. La señorita Miller está haciendo su trabajo y yo, el mío. Eso es todo. Dígale a Barnes que puede estar tranquilo.

El teniente sonríe brevemente y se pasa el dedo por el cuello para separar la camisa de la piel.

—Gracias, capitán. Es usted muy amable.

Camino de regreso con el uniforme pegado a la piel y la mandíbula tan apretada que siento el pulso en las sienes. Podría hacer lo que me pide Barnes, podría delatar a Sloane, contárselo todo al comandante y que él se ocupe de ella. Pero mientras avanzo por el sendero que lleva a la sala de prensa, me doy cuenta de que no es eso lo que me preocupa. Lo que me preocupa es lo fácil que sería hacerlo.

Y lo difícil que sería mirarme al espejo después.

No sé qué va a pasar a partir de ahora, no sé cuánto le voy a contar ni cuánto me va a contar ella, pero una cosa tengo clara: Barnes me ha puesto en una encrucijada.

Y la única forma de salir de ella es elegir de qué lado quiero estar.

22

Sloane

Lo veo salir del despacho de Barnes desde la ventana de la sala de prensa ante la que me paro a pensar cuando necesito estirar las piernas. Tengo el portátil sobre la mesa, con el documento con su firma falsificada en la pantalla y un nudo en el estómago que me hace sentir como si alguien me hubiese apretado el diafragma con la mano.

Lo veo avanzar con el gesto tenso, los hombros cargados, la mandíbula apretada y las manos cerradas en dos puños férreos. Mathieu Beaumont no sale de una charla intrascendente y cordial. Se avecinan problemas, lo sé antes incluso de que cruce el patio en dirección a mí.

Cierro el documento con un clic rápido y abro la carpeta de imágenes una vez más. Me tiemblan un poco las manos y puedo sentir el pulso acelerado en la garganta. Sé que en cualquier momento va a entrar. Lo que no sé es qué pasará cuando lo haga, pero no espero nada bueno.

Vuelvo a la ventana y lo veo recorrer los últimos metros que lo separan de la sala de prensa. Regreso a mi silla y espero. Como había hecho Barnes hacía un rato, Mathieu entra sin llamar y ni siquiera me saluda, sino que cruza la sala en línea recta, con un andar más propio del campo de batalla que de un despacho, y se sienta frente a mí. No se acomoda en la silla, sino que se inclina hacia delante con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas. Sus ojos grises buscan los míos y me sostienen la mirada durante unos largos segundos.

Yo tampoco digo nada. El silencio se vuelve espeso, tan denso como el aire caliente que entra desde fuera y hace que me cueste

respirar.

Por fin, suspira y parece relajarse mínimamente.

—Barnes desconfía de ti —dice.

Me quedo helada, pero siento cómo se me endurecen las facciones.

—Vaya sorpresa —respondo, seca.

—Sloane… —empieza, con voz grave.

—Te he visto salir de su despacho —le corto.

—Quería verme y no puedo negarme, es mi superior —me recuerda.

—Claro —bufo—, y supongo que le has puesto al día de lo que estoy haciendo.

—Por supuesto —responde, y me quedo helada. Él espera un momento antes de seguir—. Le he hablado de las entrevistas con los veteranos y de las fotografías que estás haciendo, pero desconfía. Quiere saber qué buscas —admite a continuación—. Sospecha que no estás aquí solo para escribir sobre los veteranos. Creo que vio algo cuando vino a verte esta mañana.

Apoyo los codos en la mesa y lo miro sin pestañear.

Mathieu me sostiene la mirada. No veo ni rastro de arrogancia en sus ojos; en su lugar, detecto una especie de cansancio que le pesa en los hombros.

—Creo que estás buscando la verdad —dice a continuación—. Pero también creo que no me lo has contado todo.

Sonrío sin ganas.

—¿Y tú sí? —replico, con un filo que no intento suavizar. Luego, respiro hondo y tomo una decisión de la que espero no arrepentirme —. Tu nombre aparece en el listado de envíos irregulares —le digo por fin—. He encontrado al menos dos, capitán Beaumont, dos documentos en los que tu nombre avala la compra de otros tantos cargamentos que se pagaron religiosamente, pero que nunca llegaron.

Saco el móvil del bolsillo, abro la imagen que he guardado esta mañana y la pongo frente a él. Los documentos con su nombre, su rango y la fecha.

Lo veo parpadear, sorprendido primero, serio después.

—Yo no he firmado eso —dice en voz baja.

—Es tu nombre —insisto.

Señala una de las firmas y la fecha en la que se hizo.

—En ese momento yo estaba en Berlín —responde, firme—. Puedo demostrarlo.

Se inclina, coge el teléfono entre los dedos y amplía la imagen. Sus ojos recorren cada línea con precisión quirúrgica.

—Han falsificado mi firma —exclama tajante.

Cruzo los brazos, todavía furiosa y confundida.

—¿Por qué debería creerte?

Mathieu se pasa una mano por la nuca, respira hondo y se inclina un poco más, hasta quedar casi a mi altura.

—Porque si han usado mi nombre, me han metido en el mismo agujero en el que están los corruptos —dice despacio, eligiendo cada palabra—. Y no estoy dispuesto a que me confundan con ellos. Quiero saber quién lo ha hecho.

—¿De verdad? —pregunto, sin ceder—. Eres un militar. Juraste obediencia. Tu trabajo es proteger esta base, no exponerla.

—Te equivocas —responde en voz baja pero con fuerza—. Mi trabajo es proteger lo que esta base representa, y eso incluye sacar a la luz a quienes la están ensuciando y se están lucrando a costa de todos los franceses.

El ventilador del techo sigue girando despacio, y una mosca zumba cerca de la ventana. Todo parece suspendido en ese rectángulo de aire entre nosotros.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunto al fin.

Él asiente despacio, sin apartar los ojos de los míos.

—Sí. Puedes.

No sé si le creo del todo, pero en su mirada veo decisión y miedo. No de mí, ni siquiera de Barnes. Creo que tiene miedo a estar pisando un terreno minado sin saber dónde se producirá la siguiente explosión. Y en ese instante, por primera vez desde que crucé la verja de esta base, siento que no estoy sola.

Me devuelve el móvil y recojo el portátil y la cámara. Luego me pongo de pie y extiendo la mano, que él acepta. La siento cálida y firme entre mis dedos, y me recorre un inesperado escalofrío.

—Entonces, empecemos a comportarnos como aliados —digo.

Salgo de la sala sin mirar atrás, pero lo siento, sé que me sigue con la mirada.

23

Sloane

Confiar no es lo mismo que rendirse.

Me repito esa frase una y otra vez mientras camino de regreso a mi alojamiento, con las manos frías a pesar del calor espeso que se aferra a cada rincón de la base como si fuera petróleo.

Me la repito como un conjuro, como si pudiera convencerme de que lo que hago es una elección y no una entrega ciega. Quiero confiar, debo hacerlo porque necesito un aliado, pero sé que le resultaría muy fácil mentirme y utilizarme simplemente para controlar lo que descubro y silenciarme.

¿Lo creo capaz de hacerlo?

La respuesta es simple: Sí, ¿por qué no?

Cada paso me trae un recuerdo que al principio intento eludir, pero que termino por aceptar. La curva de su mandíbula en el claro, el roce de su mano sobre la mía, el silencio denso en la sala de prensa cuando me dijo que podía confiar en él. Cada mirada que compartimos parece haber dejado una huella que me cuesta borrar. Pero no debería importarme. No, cuando lo que tengo entre manos puede hacer que se tambaleen los cimientos del ejército francés y mandar a más de uno a la cárcel.

Los datos no mienten. Los patrones están ahí, cada vez más claros: empresas fantasma, pagos duplicados con apenas variaciones en el concepto, documentos que se repiten como si fueran fotocopias de un original. Y en medio de ese barro, su nombre, brillando como un faro que no puedo ignorar.

Pero confío.

No soy una ingenua ni lo hago movida por el recuerdo de su mano rodeando la mía. Confío porque lo necesito y porque, en el fondo, sé que puedo hacerlo, que Mathieu es de fiar. Y porque sin su conocimiento, sin sus recuerdos de guardias, inventarios y llegadas nocturnas de convoyes, sin su pase y su documentación, no conseguiré las pruebas que necesito.

Por ahora, Mathieu será mi confidente, lo que no significa que sea mi cómplice. Necesito algo más que su palabra para decidir sin fisuras que está de mi lado. Soy periodista, necesito la verdad.

Desde luego, no tengo intención de contárselo todo ni de decirle quién es mi informante. De entrada, porque ni siquiera yo lo sé, pero estoy segura de que con los datos que tengo, Mathieu podría tirar del hilo hasta dar con él. Le prometí discreción y siempre cumplo mi palabra. Si me equivoco con él, si resulta que está más metido de esto de lo que me hace creer, puede costarme algo más que una exclusiva.

Puede costarme la vida.

Es medianoche cuando llamo a su puerta. Me ha costado encontrar su alojamiento, sobre todo porque lo mencionó de pasada el día que llegué, entre otros muchos datos, y no soy muy buena leyendo un mapa, pero estoy bastante segura de que he llamado a la puerta correcta. Si me equivoco, puedo salir corriendo o inventarme una excusa en la que todavía no he pensado.

El pasillo está en silencio, apenas iluminado por los focos que señalan la salida de emergencia. Me apoyo en la pared mientras espero. Escucho pasos al otro lado, el cerrojo al descorrerse y el susurro de la puerta al abrirse.

Ahí está. Lleva una camiseta gris gastada y unos pantalones cortos de entrenamiento oscuros. El pelo le cae desordenado sobre la frente, tiene las mejillas ensombrecidas por la barba y unas suaves ojeras que dibujan unas sombras que lo hacen parecer más humano, menos inaccesible. No parece sorprendido de verme.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta directamente.

Vaya, no empezamos con buen pie. Contengo las ganas de salir pitando de allí y contesto con voz suave.

—Vengo a trabajar —respondo, y paso junto a él sin esperar una invitación para entrar.

Su habitación es bastante más amplia que la mía. Está perfectamente ordenada, no hay nada por el suelo, ni ropa sobre la silla o calzado tirado de cualquier manera. La tele que hay en la pared está apagada y la cama, perfectamente hecha. Todavía no se había acostado. Veo que sobre el pequeño escritorio que hay pegado a la pared hay un flexo encendido y carpetas, papeles y un cuaderno sobre el que ha dejado un bolígrafo. La persiana de la ventana está bajada, y la única luz que hay procede del pequeño foco y de la lámpara de la mesita de noche. El aroma de su perfume flota en la habitación, cálido y envolvente.

Tengo que centrarme.

Avanzo hasta la mesa y dejo mi mochila sobre la silla. La abro y saco mi ordenador y las copias que he imprimido en la sala de prensa. Luego lo miro.

—¿Te vas a quedar ahí como un pasmarote o nos podemos poner ya manos a la obra?

Lo veo soltar el aire y sonreír ligeramente. Luego coge la otra silla y la coloca junto a la del escritorio. Por último, estira la mano para indicarme que me siente y, cuando lo hago, él me imita.

—Tú dirás.

Miro un momento los papeles que tiene sobre la mesa. Son muy parecidos a los que yo traigo en mi portátil y en la mochila. Listados de pedidos y entregas, números de registros…

—Entiendo lo que me dijiste antes —empiezo—, y creo que eres sincero.

—Más que tú, al menos —me lanza. Acuso el golpe y me preparo para responder.

—Puedes entenderlo o no, pero yo soy periodista.

—Eso me ha quedado muy claro —masculla.

—Y tú eres un militar. De hecho, el militar encargado de vigilarme —sigo.

—De acompañarte —me corrige.

Levanto las cejas y continúo.

—Pero entiendo lo que me has dicho —repito—. Estamos en el mismo barco. —Respiro hondo y suelto lo que llevo varias horas preparando—. Confío en ti, creo de verdad que estás tan interesado como yo en conocer la verdad, y aunque nuestras motivaciones sean diferentes, el objetivo es el mismo: limpiar el ejército de corruptos.

Mathieu no aparta los ojos de mí. Respira despacio, profundamente, sentado en la silla junto a la mía, con nuestras rodillas tan cerca que se tocan. Siento el calor que emana su cuerpo y que me envuelve. Es… magnético.

Pasado unos segundos eternos, inspira y comienza a hablar con voz grave.

—¿Seguro que lo único que quieres no es utilizarme para rellenar los huecos que faltan en tu historia? —me pregunta, y esta vez soy yo la que respira hondo, porque mi primer impulso es mandarlo a la mierda, pero no lo hago.

—Tengo información que estoy segura de que tú no tienes —afirmo—, y estoy aquí para compartirla contigo.

—Cuéntame —me pide.

—Si después, tú eres igual de claro conmigo. ¿Socios? —pregunto, y extiendo mi mano. Él se ríe y la acepta. Me da un apretón firme, fuerte y cálido.

—Socios —responde—. Por dios, qué yanqui te ha quedado eso.

Y suelta una carcajada a la que no tengo más remedio que unirme.

—Nadie es perfecto —le digo sin dejar de reír.

—Tú casi lo eres —dice con los ojos de nuevo clavados en mí. Me pierdo en su universo gris sin saber exactamente qué hacer o qué

decir, hasta que él mismo me saca del lío—. Enséñame qué tienes.

Abro el portátil y le muestro el documento. Es una típica hoja de cálculo en formato logístico, fría y precisa: fechas, códigos, lotes de equipamiento de comunicación que, según los registros, llegaron en marzo del año pasado pero que, según mi informante y los documentos que me ha enviado y que abro a continuación, nunca se distribuyeron. La firma de recepción está ahí, perfectamente visible.

Veritas Global Supply.

Mathieu se inclina hacia adelante para verla mejor. Su rodilla roza la mía por debajo de la mesa y, aunque podría apartarme, no lo hago. El calor de su cuerpo llega hasta mí, mezclándose con el aire espeso de la habitación. Apoya los dedos en el borde del portátil, tan cerca de los míos que podría mover la mano medio centímetro y tocarlo. No lo hago. Pero pienso en hacerlo.

—¿Te suena el proveedor? —pregunto con un hilo de voz.

Frunce el ceño y se pasa una mano por la nuca. La camiseta se estira sobre sus hombros, dejando ver el movimiento de sus músculos.

—No directamente —dice al fin—, pero he visto ese nombre en algún albarán. Es fácil pasarlo por alto, suena igual que cualquier otro proveedor y, además, solo me dedico a la logística cuando estoy en la base y no hay misiones que preparar.

—¿Crees que pudieron falsear entregas?

Suspira, y esta vez se inclina más. Se queda tan cerca que puedo contar las motas doradas en su barba de dos días.

—Si alguien quiere mover material sin dejar rastro, darle al proveedor un nombre neutro es la forma perfecta de hacerlo. Nadie hace preguntas, todos firman… o firmamos, y la mercancía pasa sin problemas.

Cierro el portátil despacio. El clic suena demasiado fuerte en la habitación silenciosa.

Nos quedamos mirándonos, las rodillas todavía en contacto y ninguno de los dos aparta la mirada. Por fin, me pongo de pie,

despacio.

—Eso es todo lo que puedo enseñarte por ahora —digo—. Si algo de esto te suena, si algo no encaja… quiero saberlo. No quiero sorpresas, Mathieu. Juego limpio, ¿de acuerdo?

Él también se incorpora con calma. Ahora estamos a apenas un paso de distancia. Lo bastante cerca como para que tenga que levantar la cara para mirarlo a los ojos.

—Sin sorpresas —me promete con voz grave, casi en un susurro.

Camino hacia la puerta y me detengo antes de abrirla, con el pomo ya en la mano.

—Mañana seguimos —digo sin girarme.

—Mañana seguimos —responde él.

Salgo al pasillo y camino despacio de vuelta a mi habitación, con el pulso acelerado y la sensación de que el aire sigue vibrando detrás de mí.

Algo ha cambiado.

Definitivamente, ha cambiado.

Y ya no hay vuelta atrás.

24

Mathieu

Veritas Global Supply.

El nombre suena limpio, legal. Casi demasiado.

Pulcro, administrativo, anodino. El tipo de nombre diseñado para no llamar la atención, para no dejar huella ni ser recordado. Tan genérico que uno podría confundirlo con cualquiera de los cientos de proveedores que desfilan por la base cada mes. Y sin embargo, hay algo en esas tres palabras que me incomoda. Estoy seguro de haber visto antes el nombre de esa empresa. No muchas veces, pero sí las suficientes como para que ahora me retumbe en la cabeza como un eco.

Sloane se ha ido dejando tras de sí un aroma sutil que ya empieza a resultarme familiar y que creo que sería capaz de identificar entre un millar de perfumes. Me pregunto qué habría pasado si hubiera intentado besarla. Lo pensé, varias veces, de hecho, pero decidí que no era el momento. Estábamos hablando de trabajo, no tomando una cerveza en un bar o mirando las estrellas.

Se que me va a costar dormir, así que ni siquiera lo intento. Me tumbo sobre la cama y jugueteo con el móvil. Resuelvo un sudoku, leo las noticias y entro en WhatsApp para ver los mensajes que no he atendido. No puedo evitar deslizarme hasta el chat de Sloane. Su imagen de perfil es una foto suya en la cima de un monte, con el pelo rubio alborotado por el viento y una enorme sonrisa en la cara. No se le ven los ojos, ocultos por unas gafas de sol, pero sé que brillan de alegría. Está en línea. Lo pienso un instante y, por fin, me decido a escribirle.

—¿Despierta? —tecleo.

Sloane tarda un par de minutos en responder. No aparto la mirada de la pantalla. Sigue en línea.

—Sí —dice simplemente—. Es tarde —añade después.

—Lo sé, pero no puedo dormir.

—Yo tampoco —reconoce.

—¿Piensas en el informe?

—Pienso en demasiadas cosas —dice. Casi la puedo oír suspirar.

Dudo unos segundos antes de seguir escribiendo.

—¿En mí?

De nuevo, unos segundos de silencio. Los tres puntitos aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer.

—Sí —escribe por fin.

Me quedo con el teléfono en la mano y siento cómo algo se afloja en mi pecho. Decido no bromear, no ahora. Elijo ser sincero.

—Necesito que tengas cuidado, Sloane. Esto es más grande de lo que crees.

—Ya lo sé, por eso estoy aquí.

Me paso una mano por la cara mientras mi debate interno decide si debo seguir a corazón abierto o es mejor que me proteja. Debería ser listo y callar, pero no lo soy.

—No me gusta que estés sola en esto —escribo deprisa, antes de que pueda arrepentirme.

—No estoy sola. O eso creo, ¿no?

—Lo digo en serio. Si pasa algo, me lo dices de inmediato, no importa la hora.

—¿Aunque sea de madrugada?

—Sobre todo si es de madrugada.

Hay una pausa. Sloane tarda en responder esta vez.

—¿Esto es trabajo, Beaumont?, ¿o algo más?

Sonrío, cansado, y apoyo la cabeza en la pared. Puedo mentir, pero una vez más, no lo hago.

—Las dos cosas —digo. Ya no hay marcha atrás.

Otro silencio. Luego, finalmente, aparece el último mensaje.

—Buenas noches, Mathieu. Mañana seguimos.

—Llámame Mat, por favor. Buenas noches, periodista. Intenta dormir.

El despertador me sobresalta cuando apenas llevo un par de horas dormido. Entro en la ducha, me visto con rapidez y salgo a la calle. Me urge comprobar lo que Sloane puso anoche sobre la mesa. Pero no lo haré de forma oficial, no todavía. Si lo que sospecho es cierto, nadie más que yo debe ver lo que estoy a punto de descubrir.

Cruzo la base deprisa. A pesar de lo temprano que es, ya hay soldados y oficiales que se apresuran hacia sus respectivos puestos. Camino con las manos en los bolsillos y la gorra calada, fingiendo que es un día como cualquier otro. Pero por dentro, algo me ruge en el pecho.

Entro una vez más en la oficina auxiliar junto al hangar 3, ese cubículo que siempre huele a polvo. Cierro la puerta con cuidado y me siento frente al ordenador. La pantalla tarda una eternidad en encenderse, igual que las aplicaciones que necesito. Fuera se oye el sonido de las carretillas elevadoras moviéndose de un lado a otro, buscando suministros, colocando los envíos recién llegados y repartiendo los solicitados en cada uno de los departamentos.

Respiro hondo y tecleo despacio. Veritas Global Supply.

El sistema me arroja siete resultados, siete malditas entregas en los últimos dieciocho meses.

Abro la primera. Después, la segunda, y luego, la tercera. Todas están perfectamente registradas: equipos de comunicación, suministros médicos, herramientas de calibración. Los documentos aparecen en orden, con sellos digitales, firmas de recepción y las facturas archivadas. A simple vista, nadie detectaría jamás nada sospechoso.

Imprimo los albaranes, apago el ordenador y salgo al almacén. El sistema indica que todo está todavía en el hangar, lo cual de por sí ya es extraño. Los suministros en general y los médicos en particular se reparten casi de inmediato. Necesito localizar el material para demostrar que Sloane se equivoca. Sé que suena estúpido, pero en ese momento todavía me queda un resquicio de esperanza.

Recorro las estanterías y la zona de almacenaje de las cajas grandes revisando cada etiqueta. Llevo el lector de códigos en la mano, pero no llego a utilizarlo. No hay ni rastro de esas cajas. Pero si no hay registro de salida, deberían estar aquí…

Mierda.

En todas las órdenes de compra y entrega que tengo en la mano con Veritas Global Supply como proveedor hay un nombre que se repite: J. Durand. No me suena de nada. No está en la lista de contratistas civiles ni en el registro de personal temporal. Busco en los correos internos, en los listados de intendencia, en las autorizaciones de seguridad… Nada.

Cierro los ojos un segundo y apoyo la frente en la mano. La sensación es la misma que antes de un vuelo nocturno sobre un territorio en guerra, ese segundo de vacío en el que comprendes que no hay vuelta atrás. En este momento me gustaría estar en otro sitio, prefiero mil veces el calor del desierto y la incertidumbre sobre lo que pasará al minuto siguiente que estar en la base escarbando entre la mierda del ejército.

Pero sigo adelante. Reviso los documentos uno por uno hasta que llego a la tercera entrega, fechada seis meses atrás. Y ahí lo veo. ¡No me lo puedo creer!

Mi nombre aparece como segundo validador. La firma electrónica es correcta, y con ella confirmo la entrada y la distribución logística del pedido.

No es posible. Corro a la oficina, enciendo de nuevo el ordenador y maldigo hasta que consigo que el programa se ejecute. Luego, miro la pantalla y paso las páginas hasta que doy con la que tengo en la mano. Tiene que haber una explicación… Pero no, no hay error

ni explicación. Es mi firma. Bajo la vista, busco la fecha exacta y abro mi agenda en el móvil.

Se me eriza la piel.

Ese día, yo estaba en la Base Aérea 133 Nancy-Ochey, en el noreste de Francia, desplegado en una formación aérea para poner a punto los Dassault Mirage 2000D con los que volaríamos al Sahel. Tengo pruebas. Fotos, correos, incluso un registro de entrada en la base del sur.

Yo no firmé nada de esto.

Alguien lo hizo por mí.

Como me había dicho Sloane, alguien usó mi nombre en esta estafa.

Siento que la sangre me golpea en las sienes. Me paso la mano por la nuca y respiro despacio. El aire en la oficina es espeso, sofocante. Todo lo que Sloane me ha contado, todo lo que yo mismo había preferido no ver, está justo delante de mí.

Real. Documentado.

Imposible de negar.

Pero no puedo ir corriendo a denunciarlo. No sin pruebas. Sin saber quién está detrás de esa firma, lo único que tengo es un puñado de documentos que me señalan directamente a mí. No puedo comportarme como un idiota, tengo que pensar y actuar con cabeza. Esto es muy serio.

Decido borrar el historial del ordenador para no dejar ninguna huella. Luego cierro la sesión y apago la pantalla. Me levanto, pero no salgo de la oficina de inmediato. Todo esto es absurdo, pero real. Si sale a la luz antes de que tenga respuestas irrefutables, estoy jodido. Muy, muy jodido.

Por primera vez desde que llegué a esta base, siento que la guerra que tengo por delante no es contra un enemigo con uniforme y un fusil, sino contra un sistema que protege a los que callan y castiga a los que hablan.

Y yo —para bien o para mal— acabo de elegir hablar.

25

Sloane

Lo encuentro esperándome junto al módulo de prensa, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el suelo. No hay rastro de su media sonrisa ni de su ironía habitual. Ni siquiera finge indiferencia.

Solo cuando me acerco, levanta la cabeza y me tiende un folio doblado en cuatro. No me saluda, no sonríe ni cabecea.

—Léelo —dice simplemente, sin esperar a que entremos en la sala de prensa.

Lo despliego allí mismo, de pie bajo el sol que empieza a golpear con fuerza sobre la explanada.

Es un albarán de entregas similar a los que guardo a buen recaudo en la carpeta y en mi ordenador. Todo me resulta familiar. Fechas, lotes, códigos de seguimiento… Pero hay algo nuevo, algo que mi informante solo ha mencionado, pero sin aportar pruebas: todas las órdenes han sido suministradas por el mismo proveedor, Veritas Global Supply. Siete entregas en los últimos dieciocho meses.

—Ninguna aparece en los inventarios físicos que he consultado ni tiene registro de recepción en el almacén —me dice Mathieu con voz grave—. No existe trazabilidad, nadie ha firmado su llegada y, sin embargo, ahí están, selladas y validadas. Y pagadas.

Paso las hojas una a una. En la tercera, una firma me hace detenerme.

—Es… —empiezo.

—Mi nombre —me interrumpe—, pero yo no lo firmé. —Saca su teléfono, lo desbloquea y me muestra su agenda de ese mismo día

—. Estaba en la base de Nancy-Ochey. Eso está muy lejos de aquí. Tengo los registros de vuelo, correos, fotos. Puedo demostrarlo.

Lo miro fijamente en busca de grietas en su voz, en su rostro, pero no encuentro ni rastro de duda.

—Deberíamos entrar —le digo. Seguimos en el exterior del edificio, a la vista de todo el mundo, y aunque su trabajo es acompañarme, nuestra actitud en ese momento no es precisamente amigable. Mat está tenso, mantiene los puños apretados y los papeles que guarda en la mano están a punto de convertirse en un gurruño ilegible.

—Tienes razón —accede.

Entramos en la sala de prensa, tan desierta como siempre, y cierro la puerta.

—Esto confirmaría que alguien firmó por ti —susurro.

—Eso parece —responde.

—¿Tienes idea de quién ha podido ser?

Lo veo cerrar un momento los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, su gris se ha convertido en acero.

—No hay demasiada gente con acceso al programa de compra de la base.

—¿En quién estás pensando? —pregunto al instante. Quizá he parecido demasiado ansiosa.

Baja la vista un segundo antes de volver a enfrentarse a mí.

—No voy a acusar a nadie sin pruebas.

—Pues entonces, encuéntralas, Mathieu. —Siento cómo se me endurece la voz—. Porque si esto explota y tu nombre está ahí, te van a arrastrar con el resto.

Él no se inmuta, pero noto cómo se le tensan los músculos de los brazos, el pulso acelerado en la mandíbula, la rabia contenida que le sube hasta la mirada.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

El silencio que sigue es breve pero denso, como si el aire nos rodeara y se solidificara para obligarnos a quedarnos quietos. Luego, dejo el portátil sobre la mesa y lo enciendo. No tardo demasiado en encontrar la carpeta que busco, pero no se la muestro todavía.

—Mi informante me ha enviado varios documentos que demostrarían que aquí se están cometiendo varios delitos muy graves —le digo sin rodeos—: malversación, fraude, tráfico de material ilícito, conspiración…

—Eso es muy serio —me corta.

—Lo sé, y por eso no he publicado nada todavía. Aunque confío en que los documentos que tengo son reales, no dejan de ser copias, y no puedo demostrar que no han sido falsificados.

—Por eso me necesitas —añade con una sonrisa torcida—. Necesitas que te respalde.

—Así es —reconozco sin ambages—. Lo que tienes en la mano es real, ha salido de los ordenadores de la base, tú mismo has comprobado que esos envíos no existen, o al menos, nunca han llegado aquí. Habrán sido desviados vete tú a saber dónde.

—Enséñame lo que tienes. Todo —me pide. Sé que es una orden, pero no me enfado.

Selecciono los documentos y me hago a un lado. Él se inclina sobre la mesa. La luz azulada de la pantalla le dibuja sombras duras en el rostro. Le muestro una vez más las pruebas que tengo, esta vez sin guardarme nada: facturas duplicadas, transferencias sospechosas, contratos manipulados. Una red invisible, pero sólida, que había pasado desapercibida hasta ahora. Le enseño también los mensajes de mi informante anónimo. El texto es lo bastante escueto como para que no pueda reconocer el estilo del autor, o eso espero. Por nada del mundo quiero ponerlo en peligro.

Lo observo mientras lee. Mantiene el ceño fruncido y los músculos de la mandíbula tensos como cuerdas. Pero no veo sorpresa en su cara, sino una especie de furia silenciosa que me hace contener la respiración.

Por primera vez desde que empezó todo, dejo de verlo como el militar que puede delatarme y empiezo a verlo como alguien que está dispuesto a arriesgarse por descubrir la verdad. Exactamente igual que yo.

—Esto no puede salir de aquí —le advierto, cerrando el portátil con cuidado—. No hasta que sepamos en qué estamos metidos.

—No saldrá —dice sin dudar—. Lo juro.

—Lo primero que tienes que hacer es reunir pruebas que demuestren que tú no firmaste ese documento —insisto—. Con registros, con fechas, con lo que tengas.

—Es fácil —me dice—, ya te he dicho que ni siquiera estaba aquí.

—¿En cada una de las fechas?

Frunce el ceño de nuevo.

—No. En las otras dos sí estaba aquí, pero no es mi firma y nunca he oído el nombre de esa empresa, y yo soy de los que lee los documentos antes de firmarlos, eso te lo aseguro.

Cruzo los brazos y lo miro fijamente.

—¿De quién sospechas? —le pregunto de nuevo.

Hace una pausa larga y me mira con una expresión dura.

—Todavía no puedo decirlo —repite.

—¿No puedes… o no quieres?

—Ambas. No sin pruebas.

Aprieto los labios. Me frustra su respuesta, pero la entiendo. Sé lo que es tener un nombre en la punta de la lengua y no estar lista para pronunciarlo.

—Mathieu, si esto va en serio, no puedes confiar en mí a medias. Necesito saber que estás de mi lado.

Él no se mueve, pero asiente despacio.

—Lo estoy. Te lo prometo. Pero quiero estar seguro antes de hablar.

Resoplo y me giro. Apoyo las manos sobre la mesa y siento el metal frío contra la piel. Todo el peso de esta historia parece aplastarme en ese instante: la red, la mentira, el riesgo.

Y sin embargo, algo en mí se siente más ligero.

Porque ya no estoy sola.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Tengo que contárselo, ser al menos igual de sincera que él.

Dudo unos segundos, con el portátil cerrado aún bajo mis manos. Luego lo vuelvo a abrir, busco otra carpeta y la giro hacia él.

—Esto me lo envió Stokes, mi informante —digo, señalando la pantalla—. Es otro documento de entrega, más antiguo que los que tú has encontrado y que los que yo ya había visto. Mismo tipo de material y misma empresa, pero la fecha es distinta. Sin embargo, la firma… —reconozco—. Esto demuestra que la trama lleva mucho tiempo funcionando. Muchísimo, y tu nombre aparece muchas veces —añado.

Mathieu se inclina sobre el ordenador y lee con atención. Frunce el ceño cuando ve su nombre al pie del documento. Se pasa la mano por el pelo y cierra los ojos al soltar el aire que había guardado mientras leía. Aprieta los dientes y los músculos de la cara se le tensan en el borde de la barba que le oscurece las mejillas.

—Febrero del año pasado —murmura—. Yo estaba en Kandahar.

Levanta la vista hacia mí y por un segundo noto que algo se relaja en su expresión.

—Por eso no confiabas en mí —dice, más como una certeza que como una pregunta.

No respondo. No hace falta. Él asiente despacio, como si encajara una pieza en un puzle que llevaba tiempo incompleto.

—Bien. —Suspira hondo—. A partir de ahora, ya no se trata solo de tu investigación. Estamos juntos en esto.

De pronto, se levanta y se coloca delante de mí. Clava sus ojos grises en los míos y extiende las manos para coger las mías. Las siento calientes, vivas, fuertes.

—Necesito saber que confías en mí —susurra—. Dímelo, dime que confías en mí.

No dudo ni un segundo.

—Lo hago —respondo en voz baja—. Confío en ti.

Y entonces, Mat se acerca y me besa.

26

Sloane

¿Cómo es posible que un simple beso haga que el mundo desaparezca a mi alrededor? Me han besado muchas veces. Entonces, ¿cómo puede un hombre al que apenas conozco absorber todo lo que hay en mi cabeza y convertirme en un simple ser sintiente? Porque en ese momento, mientras sus labios están sobre los míos, lo único que puedo hacer es sentir. Su calor, su olor, su cuerpo casi pegado al mío, sus manos todavía sujetando las mías, su presencia completa. Siento su pulso fuerte, caliente, como si la decisión de confiar en él acabara de encender algo que ninguno de los dos puede apagar.

Después de unos segundos, Mathieu abandona mi boca, pero da un paso más y reduce la distancia entre nosotros hasta que apenas hay un suspiro de aire separándonos.

—Vamos a necesitar apoyo —dice en voz baja. Me llega su aliento cálido y tengo que contenerme para no lanzarme a por sus labios. Sus dedos se deslizan por el dorso de mi mano y trazan líneas que me ponen la piel de gallina—. Si seguimos tirando de este hilo solos, nos van a pillar antes de llegar al final.

Trago saliva. Noto el roce de su pecho contra el mío cada vez que respira.

—¿Qué tipo de apoyo? —pregunto, casi en un susurro.

—Gente de dentro —responde—. Hombres que sepan buscar y que no tengan miedo de lo que van a encontrar. Aliados —añade—. Creo que conozco algunos.

—¿Puedes confiar en ellos? —pregunto, todavía sin apartar los ojos de los suyos.

Su pulgar dibuja un semicírculo lento en mi muñeca antes de responder.

—Algunos me deben favores, y otros son amigos. —Esboza una sonrisa breve—. No sé si estarán dispuestos a ensuciarse las manos conmigo. Tendré que confiar en ellos, contarles lo que está pasando y esperar a que se sitúen del lado correcto.

Su cercanía me desarma. Antes de pensarlo, una de mis manos abandona el refugio de su palma y sube por su antebrazo. El calor de su piel electriza la mía. Él se inclina un poco más, y ahora sus labios están tan cerca que puedo sentir su aliento.

—Sloane… —susurra. No hace falta que termine la frase.

Esta vez soy yo la que elimina la distancia que nos separa. El beso es distinto al primero, más profundo, más… prometedor. Mis dedos se enredan en el borde de su camisa y tiró de él hasta que su cuerpo está completamente pegado al mío. Él me rodea por la cintura y me atrae hacia sí.

Durante un segundo, el mundo entero parece quedarse en silencio. Solo su boca contra la mía, cálida y firme, y sus manos recorriéndome la espalda hasta quedarse en la base de mi cuello, donde sus dedos se enredan en mi pelo.

Nos separamos apenas para respirar y nos miramos fijamente a los ojos.

—Quiero que sepas en lo que te estás metiendo —dice en voz baja, con la frente apoyada en la mía—. Cuando empecemos a mover esto, no habrá vuelta atrás.

—Lo sé —respondo, sin apartarme—. Y aún así, quiero hacerlo.

Su mirada se suaviza un instante. Me acaricia la mejilla con el pulgar muy despacio, como si estuviera memorizando la forma de mi rostro.

—Esta noche comenzaré a buscar aliados —continúa, bajando todavía más la voz.

—Ten cuidado —susurro—. Si alguien empieza a sospechar, o si quien esté detrás de esto se siente amenazado, puedes tener

problemas.

—Lo sé. —Su sonrisa es breve, casi desafiante—. Tú también debes tener cuidado —añade—. Estamos juntos en esto —dice una vez más.

Sus labios vuelven a los míos en un nuevo beso. Nuestras respiraciones se aceleran y las manos empiezan a explorar por su cuenta. Con un suspiro, Mat se separa de mí despacio, como si le costara hacerlo.

—Si seguimos así, nos van a pillar aquí dentro —dice, con un destello de humor en la voz.

—Que vengan —respondo, antes de reír suavemente.

Pero al final soy yo quien da un paso atrás y dejo que el aire vuelva a ocupar el espacio entre nosotros. Respiro hondo, suelto sus manos y me giro hacia la mesa. Cierro el portátil, consciente de que la línea que acabamos de cruzar no tiene marcha atrás.

Cuando salimos de la sala de prensa, el sol sigue golpeando fuerte, pero por primera vez en días, la luz parece menos pesada.

27

Mathieu

Hacía semanas que no conseguíamos reunirnos todos en el mismo lugar. Y no era porque no nos apeteciera, pero la vida en la base no es muy propicia para fomentar la amistad. Al trabajo diario había que sumar las guardias, los turnos extra y las misiones inesperadas. Por eso, cuando les propuse una noche de cervezas, nadie se negó, a pesar del cansancio y de que al día siguiente todos tendríamos que estar en pie a las cinco de la mañana.

Elegimos un bar al sur de la base, en un pueblo no demasiado grande acostumbrado a recibir soldados y con unos camareros discretos y cargados de paciencia. El bar no tenía nada de especial y, aun así, siempre me había gustado. Es un pub limpio, sin pretensiones, con la luz justa para ver lo que tienes delante sin perder el aire de refugio nocturno. La madera de las mesas muestra las cicatrices dejadas por los vasos apoyados a lo largo de los años, y el olor a carne a la plancha que flota en el aire consigue siempre despertarme el apetito. Hoy, además, apenas he comido. Demasiadas emociones, supongo.

En los altavoces suenan temas de pop internacional, canciones que todo el mundo conoce. Llegamos pronto, de modo que nadie canta en ese momento, pero sé que en un rato, cuando la clientela se haya metido unas cuantas cervezas más entre pecho y espalda, se oirán más sus voces que los discos.

El bar ofrece una carta corta, pero suficiente: croques fundentes, quiches recién horneadas, *steak-frites* con patatas doradas, baguettes súper crujientes y una tarta de manzana espectacular.

No es el tipo de bar que aparece en las guías turísticas, pero es perfecto para lo que necesitamos esa noche, un lugar donde hablar

sin que nadie nos interrumpa mientras bebemos unas cuantas jarras de cerveza.

Nos acomodamos en una mesa redonda al fondo. La ventana entreabierta ayuda al aire acondicionado a bajar la temperatura. El sol lleva todo el día calentando la fachada y el ambiente sería sofocante sin esa ayuda. Pedimos cerveza, hamburguesas dobles, alitas bien especiadas y patatas fritas. Antes de que llegara la comida ya habíamos pedido dos jarras más cada uno.

Somos seis.

Drew es el primero en llegar, como siempre, con esa energía que parece inagotable. Es rubio oscuro, de sonrisa fácil y carácter cambiante. Tiene los nudillos aún marcados por la última pelea en la que se ha metido.

Noah llega poco después, callado como siempre y jugando con una moneda que hace bailar entre los dedos como si fuera un amuleto. Nosotros sabemos que no es tan serio como quiere aparentar, pero nunca se lo hemos dicho.

Jax, el payaso del grupo, aparece con su risa de locutor de radio y el pelo aún húmedo de la ducha. Empieza a bromear en cuanto llega, antes incluso de sentarse. Su pelo pelirrojo empieza a escasear sobre la frente, y sus ojos oscuros destacan en una cara pálida cubierta de pecas.

Cam se sienta en silencio, como de costumbre, observándolo todo con esos ojos que parecen escanear la sala en busca de amenazas. Es un militar nato, de padres y abuelos militares. A veces pienso que está aquí porque no tenía más opción. No habla mucho, pero cuando lo hace, nadie se atreve a interrumpir.

Alek es norteamericano como Sloane, y aunque lleva toda la vida en Francia, todavía mantiene un acento marcado del que nos burlamos a la menor ocasión.

Denton es el último en llegar. Se le nota el porte militar incluso fuera de servicio. Eficiente, limpio, siempre correcto. Un tipo de fiar, justo lo que necesito.

La primera parte de la noche pasa entre cervezas, bromas y risas. Damos buena cuenta de la cena, que está buenísima, y nos ponemos al día de nuestras vidas. Las rondas se suceden mientras el ambiente se aligera.

Yo bebo despacio. Sonrío y asiento, consciente de que tengo que elegir el momento adecuado para hablar de lo que me ha llevado en realidad a convocar a mis amigos. Espero hasta que todos terminen de cenar, hasta que no queda ni una patata frita en la bandeja y todavía están lo bastante sobrios como para mantener una conversación. Entonces, por fin, lanzo la pregunta que me quema la lengua.

—¿Alguno ha tratado alguna vez con una empresa llamada Veritas Global Supply? —pregunto, con voz lo bastante casual para que no suene a interrogatorio.

Cam es el primero en reaccionar. Levanta una ceja, pero no dice nada.

—Veritas ¿qué? —pregunta Drew, limpiándose la boca con lo que queda de su servilleta de papel.

—Global Supply —repito, girando el vaso entre los dedos—. Me apareció en un informe de logística relacionado con comunicaciones y no sé de dónde ha salido.

Noah deja de girar su moneda mientras niega con la cabeza.

—No la he visto nunca en mis listados —responde después.

Cam se encoge de hombros.

—Ni idea —dice—. ¿A qué se dedican?

Alek hace un gesto vago, demasiado concentrado en terminar su cerveza antes de que se caliente como para unirse a la conversación.

Y entonces miro a Denton.

Está justo frente a mí y me está mirando.

No dice nada, no se mueve. Pero hay algo en su gesto que me hace arquear una ceja. La mano que sostiene su botella se tensa apenas un segundo. Está serio, preocupado.

—¿Y tú? —le pregunto, sosteniendo su mirada—. ¿Te suena?

Denton tarda un segundo más de lo normal en contestar.

—No —responde después—. Nunca he oído ese nombre.

Sonríe con un gesto breve, automático, y da un trago largo de cerveza. Después se gira hacia Jax, que ya está empezando otra de sus historias imposibles sobre una noche en Irak y un burro que nadie volvió a ver.

Pero yo no dejo de mirar a Denton.

No me hace falta oírlo repetir la negación para saber que está mintiendo. Lo delata el cuello rígido, los hombros tensos, el hecho de que no vuelva a mirar en mi dirección durante el resto de la noche.

No digo nada más, no es el momento ni el lugar, pero ya tengo lo que necesitaba.

Una reacción.

Una grieta.

El primer hilo de una madeja que no pienso soltar.

Es mi amigo. Ahora necesito convertirlo en mi aliado.

28

Sloane

Estoy revisando las fotos de los veteranos en el portátil cuando el móvil vibra sobre la mesa metálica. El sonido resuena en la sala de prensa vacía. Es un mensaje de Mat:

«¿Puedes salir? Te espero en el coche. Trae la cámara y la mochila».

Nada más. Ni un «por favor», ni un emoticono que alivie el tono y rebaje la urgencia. No me gusta que me den órdenes, pero pienso que tiene que ser algo urgente e importante, así que me muerdo el labio, recojo el equipo y apago el ordenador.

El aire de la tarde me golpea en la cara cuando salgo. El calor ha bajado un poco, pero el polvo aún se levanta en remolinos entre los hangares. Giro la vista a mi alrededor, en busca de Mat. Lo veo apoyado en un coche civil, con los brazos cruzados. Lleva su traje militar, pantalón y chaqueta azul oscuro, camisa azul clara, zapatos negros y gorra de plato del mismo color que el traje. Cuando llego, me saluda con la cabeza y abre la puerta del copiloto. Espera a que me siente, cierra la puerta y rodea el coche.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras arranca el motor.

—Ahora te lo explico —responde simplemente.

Él no pone música y yo no hago preguntas, así que el silencio se extiende entre los dos como un caldo espeso y caliente. Nos alejamos de la base, dejamos atrás los pinares y el aire se vuelve más fresco a medida que avanzamos. Media hora después, empiezo a oler el mar. Mat también ha debido de sentir la proximidad del océano, porque lo veo relajarse visiblemente. Baja los hombros,

mueve un poco el cuello y sus manos ya no aferran el volante como mazas.

—¿Me vas a contar qué pasa? —vuelvo a preguntar.

—Enseguida —dice de nuevo.

Me tiene un poco harta tanto secretismo.

Se detiene en un área de descanso desierta. Un césped ralo, mesas y banco de piedra cubierta de musgo amarillento, papeleras sin fondo y enormes malas hierbas por todos lados. ¿Qué pretende? Detiene el motor, sale del coche y coge una bolsa del maletero.

—¿Se puede saber qué pasa? —insisto, enfadada.

—Tengo que cambiarme —responde—. ¿Te importa que lo haga aquí mismo?

No espera mi respuesta. Un segundo después se está quitando la chaqueta y, acto seguido, la camisa, que desabotona mientras me mira con una sonrisa ladeada. ¡Está flirteando! No me lo puedo creer… Busca en el interior de la bolsa y saca una camisa blanca de manga corta. Se la pone rápidamente, se la abotona y se suelta los pantalones militares, que se quita despacio, supongo que para que pueda ver bien sus piernas como columnas, largas, rectas y musculosas. Se entretiene un segundo así, semidesnudo, y luego se pone un pantalón de lino beis. Sustituye los zapatos y los calcetines por unas deportivas blancas *et, voilá!*, tengo ante mí un Mat que no había visto nunca y que está muy, muy bien.

Vuelve a subir al coche y arranca de nuevo.

Pocos kilómetros después, la playa aparece de golpe, amplia y vacía, bañada por la luz dorada del atardecer. El mar está en calma, se mimetiza con el cielo de manera tan perfecta que casi no se sabe dónde acaba uno y dónde empieza el otro.

Entra en el aparcamiento de grava y bajamos en silencio. Me quito las deportivas y noto la arena aún caliente bajo los pies. Mat se deshace de las suyas y caminamos descalzos hasta un pequeño saliente rocoso que nos deja fuera de la vista desde la carretera.

—Aquí nadie nos escuchará —dice al fin.

Nos sentamos sobre una piedra plana y dejo la mochila en el suelo. La brisa nos revuelve el pelo y el olor a sal nos llena la nariz. Mat se inclina hacia mí.

—Si de verdad quieres llegar al fondo de esto —dice muy serio—, necesitamos algo más que fotos y documentos filtrados. Tenemos que entrar en el sistema de la base.

—¿Entrar? —repito, sabiendo perfectamente a qué se refiere.

—Hay un servidor de mantenimiento que se conecta al sistema central —explica, sacando un pequeño cuaderno de notas—. No tiene acceso biométrico ni doble cifrado, solo una clave de nivel dos. Si conseguimos esa clave, podremos entrar sin forzar el sistema principal y descargar los registros de compra y validación del último año.

—¿Y cuánto tiempo tendremos para hacer todo eso?

—Unos doce minutos, tal vez catorce antes de que salte el aviso de actividad anómala. —Pasa una página del cuaderno y me muestra un esquema de las conexiones—. No es mucho, pero es suficiente si sabemos qué buscar.

Lo observo con atención. No es el mismo hombre que me acompañó a entrevistar a los veteranos hace solo unos días. Ahora es preciso, calculador. Es un soldado en modo operativo.

—Dime qué necesitas de mí —respondo.

—Primero, que lleves la cámara. Si tenemos que justificar que estás en esa zona, tiene que parecer que estás haciendo tu trabajo. Segundo, que no improvises. Si pasa algo, me dejas hablar a mí.

—¿Y si nos descubren?

—Entonces, diré que fue mi decisión. Que te estaba enseñando los protocolos de la base para tu reportaje. —Me mira muy serio—. Pero si llegamos a ese punto, será mejor que estés lista para que te expulsen de aquí.

—Lo estoy —le aseguro sin pestañear.

Me devuelve una mirada larga. Sé que me está evaluando.

—También vamos a necesitar a Denton —añade—. Tiene acceso directo al sistema de mantenimiento. Si colabora, tendremos un margen limpio y podremos movernos sin dejar rastro.

—¿Y si no colabora?

—Lo convenceré —dice con una seguridad que me hace pensar que ya lo ha decidido—. Sé que sabe algo, supongo que en algún momento se habrá cruzado con una información que no ha podido cotejar y, aunque le huela a podrido, no ha querido o no ha podido seguir indagando. Quizá conmigo sí quiera.

El viento sopla más fuerte, trayendo consigo un maravilloso olor a algas y a sal. Las olas rompen a pocos metros, regulares, tranquilas. Cierro los ojos un momento y, simplemente, disfruto.

—¿Y después? —pregunto a continuación, bajando la voz.

—Después, revisaremos todo lo que descarguemos. Si hay un patrón, lo encontraremos. Y entonces sabremos quién está detrás de esto.

Nos quedamos en silencio un momento. Él, con el cuaderno aún en la mano, y yo, con la mirada fija en el horizonte. La brisa me trae el sonido de su respiración, lenta, controlada.

—Sloane —dice entonces, bajando el tono—. Confía en mí esta noche. Haz exactamente lo que te diga.

Asiento despacio. En ese momento, él se inclina un poco más hacia mí. La distancia se acorta, la tensión en el aire cambia de forma. No es solo la operación lo que está en juego.

—Confío en ti —respondo, casi en un susurro.

No sé quién se mueve primero, si él o yo, pero cuando nuestras bocas se unen, siento que todo tiene sentido. Estoy tranquila, confiada, como él me pide, y sé que todo va a salir bien. Abro la boca y recibo su lengua. Su aroma me rodea, compite con el del mar y me inunda los sentidos. Podría vivir así, sintiéndome deseada en una playa cálida, mecida por la brisa y con el sonido del mar y de las gaviotas como única banda sonora.

Cuando nos separamos, apoya la frente en la mía y me acaricia la cara con la yema de los dedos.

—Nos reuniremos las dos de la madrugada —me dice a un centímetro de mi boca—. En el hangar norte.

—Allí estaré.

Y vuelve a besarme. Sus manos me atraen hacia él y las mías buscan sus hombros, su cuello, su nuca, hasta perderse en su pelo y pegarlo a mí para que no deje de besarme.

Pero lo hace, tiene que hacerlo.

—Me quedaría aquí para siempre —suspiro, verbalizando mi deseo.

—Volveremos —me promete con un guiño después de besarme la punta de la nariz.

Regresamos al coche cogidos de la mano. Es extraño caminar así y, al mismo tiempo, tan natural como si lleváramos años haciéndolo.

El plan está cerrado. El camino, trazado. Ya no hay vuelta atrás.

29

Mathieu

De regreso a la base, aparco junto al módulo de prensa y apago el motor. Durante unos segundos permanecemos en silencio, escuchando el crepitar metálico del coche mientras se enfría.

—Gracias por ayudarme —dice Sloane en un susurro.

—No hay de qué —respondo, con las manos todavía en el volante —. Queda mucho por hacer.

La miro de reojo antes de abrir la puerta. No hay contacto físico, ni bromas para aligerar el momento. Solo un gesto breve, militar, y ella se dirige a su alojamiento mientras yo cruzo la explanada hacia el mío.

Me quito la ropa civil que llevo y vuelvo a enfundarme en el uniforme de diario. El espejo me devuelve la imagen de un capitán intachable. Nadie podría adivinar que en apenas unas horas voy a intentar colarme en el servidor central de la base, una acción claramente ilegal que podría costarme no solo la expulsión del ejército, sino incluso la cárcel.

Intento no pensar en eso y me centro en lo urgente: tengo que hablar con Denton. Salgo de mi habitación y pienso en las rutinas de mi amigo. No es complicado, no hay muchos sitios en los que esconderse en la base.

Lo localizo en el gimnasio, rematando su rutina de entrenamiento. Espero a que deje las pesas en su sitio y le hago un gesto para que me siga. Salimos por la puerta trasera. Allí el aire es más fresco y, lo más importante, apenas pasa nadie.

—Necesito tu ayuda esta noche —le digo sin rodeos.

Denton me mira en silencio, con el ceño fruncido. Luego se cruza de brazos. Su pecho, cubierto de sudor, todavía se mueve, agitado por el entrenamiento.

—¿En qué lío te has metido? —me pregunta.

—Alguien está malversando el dinero del ejército —le resumo rápidamente y en voz baja. No tengo tiempo de entrar en detalles—. Compran mercancía que nunca llega a su destino. He comprobado los albaranes —le aseguro—. Esto lleva pasando más de un año. Y lo peor es que he encontrado mi firma en algunos de esos pedidos, pero no he sido yo. Han falsificado mi firma en varios documentos de compra. Si no encontramos la prueba de que no fui yo, me arrastrarán con ellos cuando todo esto salga a la luz. Estamos hablando de un delito muy grave, Denton —continúo—, y de cientos de miles de euros que han ido a parar a los bolsillos de unos ladrones.

Frunce el ceño, pero no parece sorprendido.

—¿Y qué quieres de mí?

—Que uses tu acceso de nivel dos para abrir el servidor de mantenimiento. Necesito sacar copias de todos los registros de los últimos seis meses, como mínimo. Parece que la actividad ha sido más intensa en ese periodo.

Se queda callado un rato. El crepúsculo recorta su silueta y por un momento no puedo leer su expresión.

—Eso es demasiado, colega —dice—. Si nos pillan, estamos jodidos.

—Si no lo hacemos, puede que también. —Le sostengo la mirada —. Prefiero arriesgarme ahora que esperar a que me cuelguen por algo que no he hecho.

Denton suspira y se pasa la mano por el pelo húmedo.

—No sé, tío…

Lo paro cuando está punto de dar media vuelta y volver a entrar en el gimnasio.

—Tú lo sabías —le digo. Denton se detiene y me mira con una expresión indescifrable en la cara. No sé si está disgustado o resignado, pero sigo—. Me quedó claro el otro día en el bar, cuando os pregunté si conocíais esa empresa.

—Veritas Global Supply —termina él por mí.

—Y lo veo en tus ojos ahora —continúo, envalentonado—. ¿Qué está pasando, Denton? ¿Te han amenazado para que no hables… o estás dentro?

—¡Ni se te ocurra pensar eso! —exclama—. Yo no he hecho nada.

—¿Seguro? —insisto.

Denton se resiste unos segundos. Lo veo pelear con su conciencia, luchar hasta decidir qué hacer.

—Conozco esa empresa —admite por fin en voz muy baja—, o más bien, su nombre. Cada cierto tiempo tenemos que tramitar un pedido que supuestamente ellos se encargarán de proporcionarnos. Material sanitario, ropa, útiles de cocina… Todo lo que te puedas imaginar.

—¿Armas? —lo interrumpo.

—No, armas no —niega rotundo—. Sobre todo, suministros de todo tipo para la base.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De mucho —responde simplemente.

Lo miro un instante y me relajo un poco. No puedo olvidar que es mi amigo; uno de los mejores, de hecho.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunto después.

—Pocos días después de tramitar un pedido, me llegó un albarán de compra prácticamente idéntico. Le comenté al capitán Martin que no era posible que esos suministros se hubieran acabado y me respondió que tramitara la solicitud y me callara, que yo no estaba allí para cuestionar nada. Eso hice —reconoce—, pero desde entonces, estoy atento al nombre de Veritas Global Supply.

—¿Lo has visto muchas veces?

Denton mueve la cabeza de un lado a otro.

—No demasiadas, pero yo no tramito todas las compras —me recuerda.

—¿Y nunca viste mi firma en los albaranes?

—No, te lo juro. Te lo habría dicho.

Mi amigo se pasea de un lado a otro del callejón en el que nos hemos refugiado, se pasa la mano por el pelo y se detiene delante de mí.

—Te ayudaré —accede por fin—. ¿En qué has pensado?

Le explico el plan que he diseñado con Sloane. No le gusta que la periodista vaya a publicar un artículo al respecto, pero le hago ver que lo hará con nuestra ayuda o sin ella, y que si colaboramos, al menos podremos evitar que mi nombre aparezca implicado.

Nos damos la mano y quedamos en encontrarnos a las dos de la madrugada en la sala de servidores. Cuando se marcha, me quedo unos segundos allí, sintiendo el aire fresco en la nuca antes de dirigirme al edificio de mando.

Como esperaba, a pesar de la hora, el despacho de Barnes está iluminado. Llamo a la puerta y espero la orden para pasar. Me sorprendo cuando el teniente Valois me abre la puerta, daba por hecho que a esta horas ya se habría retirado, pero ahí está el hombre, embutido en un uniforme que se le ha quedado estrecho y con la cara brillante de sudor.

Se hace a un lado para dejarme pasar y vuelve a ocupar su sitio en el escritorio pegado a la pared. Al instante se convierte en el hombre invisible.

El comandante Barnes me recibe de pie, con el teléfono en la mano. Estoy a punto de volver a salir, pero me hace un gesto taxativo con la mano para que me quede, así que espero de pie tras una silla, en silencio, mientras él termina su conversación.

Cuando por fin cuelga, lanza el teléfono sobre la mesa y se deja caer en su sillón.

—Capitán Beaumont —dice, y señala la silla frente a él—. Siéntese. —Espera hasta que lo hago y luego pregunta—: ¿Cómo avanza su colaboración con la señorita Miller?

—Sin incidencias, mi comandante. Ha realizado varias entrevistas y está preparando material para su reportaje.

Alza la mirada y me clava los ojos, tan impenetrables como los de un tiburón.

—Me dicen que pasa mucho tiempo sola en la sala de prensa.

Me obligo a no mover un músculo.

—La sala de prensa es más cómoda que su dormitorio para trabajar. Y más fresca —añado.

Barnes me mantiene la mirada durante unos segundos que parecen más largos de lo que son. Finalmente, asiente despacio.

—Confío en usted, Beaumont. Si descubre algo que pueda ser un problema, quiero saberlo antes que nadie. El nombre y la imagen de la base no pueden quedar comprometidos.

—Entendido, mi comandante.

Me despide con un gesto escueto. Al salir, noto el sudor pegándome la camisa a la espalda. El cielo ya está oscuro y la base ha quedado envuelta en el silencio.

No me queda nada más que hacer, solo esperar. De camino a mi dormitorio, saco el móvil y escribo un mensaje rápido.

«Recuerda, a las 02:00. Prepárate».

Guardo el teléfono y sigo caminando. No pienso en dormir, ni siquiera en descansar. Mi objetivo es repasar el plan una y otra vez hasta que llegue la hora.

Esta noche, las cosas pueden salir bien…

O puede irse todo al infierno.

30

Sloane

Intento descansar un rato, pero no consigo relajarme ni un segundo. Reviso notas, fotografías y documentos una y otra vez, como si las cifras y los datos fueran a ordenarse solos y a ofrecerme la respuesta que estoy buscando. Por supuesto, no lo hacen. Nunca en mi vida he cometido un delito, ni siquiera me han puesto jamás una multa de tráfico. Soy lo que podría llamarse una ciudadana ejemplar, y ahora, sin embargo, voy a entrar en el mundo de la delincuencia por la puerta grande, colándome en una dependencia militar para hacerme con información confidencial. Sin embargo, la idea de echarme atrás no pasa ni una sola vez por mi cabeza.

A las dos menos diez de la madrugada cierro el portátil, me visto y salgo. Me he puesto unos vaqueros oscuros y una camiseta negra de manga larga lo bastante fina como para no asarme y lo bastante discreta como para confundirme con las sombras. Me cruzo la cámara al pecho y la mochila va a la espalda, con el equipo básico que me permitirá fingir que estoy trabajando si alguien nos sorprende, aunque a esas horas será bastante difícil convencer a cualquiera de que no estoy haciendo nada malo.

Mathieu me espera junto al coche. También ha cambiado de aspecto: lleva un pantalón de combate, unas botas oscuras y una camiseta caqui arremangada hasta los codos. La gorra le cubre parte de la cara, pero sus ojos están bien despiertos. Se nota que no ha dormido, igual que yo.

—¿Lista? —me pregunta sin más.

Asiento sin decir nada. No hace falta.

Hacemos el corto trayecto en silencio. La base está desierta a esas horas, a excepción de los soldados que permanecen de guardia en las garitas del perímetro, bastante lejos de donde nos encontramos. El haz de los faros corta la oscuridad en líneas limpias.

Me da un vuelco el corazón cuando una figura se materializa entre las sombras del módulo al que nos dirigimos.

—Es Denton —me tranquiliza Mat.

Está apoyado en la pared, vestido exactamente igual que Mathieu, pero avanza hacia nosotros en cuanto nos ve. Espera a que bajemos del coche y me mira largamente, sin cortarse ni un pelo. Me revisa de arriba abajo y yo aguanto incómoda el escrutinio hasta que por fin alarga la mano y me la ofrece.

—Teniente Denton Laroche —se presenta cuando acepto su mano.

—Sloane Miller—respondo sin más.

Mat y Denton se dan un fuerte apretón y veo cómo se miran durante un par de segundos.

—¿Estás seguro de esto? —le pregunta Mathieu—. ¿Estáis seguros los dos? —repite, mirándome también a mí.

—Ya no hay vuelta atrás —responde él.

Yo me limito a asentir con la cabeza.

Denton suspira, pasa su tarjeta por el lector y el piloto verde parpadea.

—Tenéis doce minutos antes de que el sistema registre actividad no programada. —Nos mira muy serio—. Y si algo sale mal, yo no estaba aquí.

—Entendido —confirma Mat.

Nuestras miradas se cruzan un instante antes de que abra la puerta.

El interior del módulo está en penumbra. Huele a metal y solo se oye el zumbido de la ventilación y el murmullo de los servidores.

Mathieu avanza primero, revisando la sala con un vistazo rápido, profesional. Después, me hace un gesto para que me acerque.

—El disco —susurra.

Abro la mochila y se lo paso. Nuestros dedos se rozan apenas un segundo, lo suficiente para que note el calor de su mano. El contacto es breve, eléctrico. Él también lo ha notado, porque se detiene un instante antes de conectar el dispositivo. No digo nada y él tampoco, pero el aire entre nosotros parece más denso de golpe.

Se sienta frente a la terminal y empieza a teclear con precisión. Me coloco junto a la puerta, de espaldas a él, fingiendo vigilar el pasillo cuando, en realidad, estoy mirando de reojo su silueta iluminada por la pantalla. La luz azulada le dibuja la mandíbula, el cuello, los músculos tensos de los brazos.

—¿Estás seguro de lo que buscas? —pregunto en voz baja—. No nos sobra el tiempo.

—Lo tengo claro —responde sin mirarme—. Entradas de proveedores, recepciones validadas, firmas digitales… Todo lo que se haya registrado en los últimos seis meses.

Reviso el reloj.

—Quedan ocho minutos —le digo.

Él asiente sin girarse. La barra de progreso avanza lentamente. Cada segundo me parece más largo que el anterior.

—Si alguien entra…

—Si alguien entra, tú eres la periodista que está documentando el procedimiento de inventario nocturno —dice, sin apartar la vista de la pantalla—. Y yo, el capitán que ha tenido la amabilidad de enseñártelo.

—¿Eso existe? —le pregunto—. Lo del inventario nocturno.

—Desde hoy, sí —me dice.

Casi sonrío, a pesar de los nervios. Estoy segura de que esa excusa no colaría ni en un millón de años.

—Cinco minutos.

La barra alcanza el ochenta por ciento. Me arde la palma de la mano de tanto apretar el móvil. Denton ha prometido llamar si sucede algo afuera. El zumbido del servidor se me mete en el pecho.

—Tres minutos —susurro.

Por fin, la barra llega al cien por cien y un pitido breve confirma que la transferencia se ha completado. Mat desconecta el disco, borra el historial de la sesión con rapidez y guarda el dispositivo en la mochila.

Salimos lo más deprisa que podemos. Denton sigue en su puesto, oculto en la sombra. Su gesto es incluso más tenso que antes.

—¿Lo tenéis? —pregunta.

Mathieu asiente.

—Bien —responde Denton—. Ahora, largaos los dos de aquí antes de que se nos acabe la suerte.

Nos alejamos en silencio. Cuando por fin subimos al coche, me doy cuenta de que he estado sujetando la mochila contra el pecho como si fuera un salvavidas.

—Lo tenemos —digo, casi en un suspiro.

Mathieu me lanza una mirada rápida y esta vez sí sonríe. Es una sonrisa mínima, pero suficiente para hacer que el pulso se me acelere.

—Sí. Ahora empieza lo difícil.

No le pregunto a qué se refiere. Lo sé perfectamente.

Entramos en su habitación y Mat cierra la puerta con suavidad. La luz tenue de la lámpara de la mesa de trabajo tiñe el espacio de un tono ámbar que parece más íntimo de lo normal. Dejo la mochila sobre la mesa, la abro y saco el disco en el que hemos grabado la información. Se lo tiendo a Mathieu, que ya ha encendido su portátil, y lo conecta para descargar todos los archivos. La copia avanza mucho más deprisa que en la sala de servidores. Cuando termina, desconecto el disco y lo vuelvo a guardar en la mochila. Luego me

quedo allí un segundo, con las manos apoyadas en la mesa, sintiendo todavía el pulso acelerado. El corazón no ha bajado el ritmo desde que salimos del módulo.

Me giro despacio hacia él. Está de pie junto a la puerta, con el uniforme desabrochado en el cuello y las mangas arremangadas. Sus ojos recorren la habitación antes de detenerse en mí. No dice nada, pero no hace falta. Lo veo en su mirada. Sus ojos brillan por el peligro y la adrenalina, por el alivio de que no nos hayan sorprendido y porque…

Porque me desea.

Doy un paso hacia él.

Él da otro hacia mí.

Puedo oler su aroma, escucho su respiración.

—Ha salido bien —murmuro para romper el silencio.

—Sí —responde en voz baja, grave—. Mejor de lo que esperaba.

No me da tiempo a decir nada más. Avanza despacio, como un felino, hasta situarse frente a mí. Su proximidad me deja sin aire.

Me roza la mejilla con el dorso de la mano apenas un segundo. Es un gesto suave, pero tiene en mí el efecto de una descarga. Mis labios se separan sin que yo lo decida.

—No puedo fingir que no quiero esto —susurra.

Y entonces, me besa.

Un beso profundo, ardiente, desesperado, como si llevara horas, días, reteniéndolo. Sus manos me sujetan por la cintura y me acercan contra su cuerpo. Le rodeo el cuello con los brazos y siento la firmeza de sus hombros, el calor de su piel bajo la tela.

La tensión acumulada se deshace de golpe. Mi espalda choca contra la pared, pero ni lo noto. Solo siento su boca en la mía, el roce de su barba contra mi piel, el ritmo acelerado de nuestras respiraciones mezclándose en un solo aliento.

Sus dedos suben por mi costado, los siento en mi cintura, sobrevuelan el pecho y se detienen en mi nuca. Me inclina

ligeramente la cabeza y el beso se vuelve más lento, más íntimo. Es como si el mundo hubiera dejado de girar y solo quedáramos nosotros dos.

Nos separamos apenas un instante para respirar. Él apoya la frente contra la mía y puedo ver mi reflejo en sus ojos grises.

—Si hacemos esto, ya no hay vuelta atrás —dice, con voz ronca.

—Quiero cruzar la línea —respondo.

Él sonríe de lado y, antes de que pueda pensar en otra cosa, vuelve a besarme. No se contiene, y yo tampoco lo hago. Mis manos suben y bajan por su espalda y las suyas me recorren con avidez. Su lengua y sus labios se convierten en una prolongación de mi lengua y mis labios.

El resto ocurre casi sin palabras. Nos movemos hasta la cama y nos reímos en un susurro que se corta con otro beso cuando tropezamos con la silla. La habitación se llena del sonido de nuestras respiraciones convertidas ya en jadeos y gemidos urgentes.

No pienso en la base, ni en los documentos, ni en el peligro que hemos corrido. Tampoco en lo que pasará a partir de ahora. Solo pienso en él. En la calidez de sus manos, en la forma en que me mira, como si yo fuera la única persona en el mundo.

Cuando finalmente me tiende sobre la cama y se inclina sobre mí, todo lo que hemos callado se convierte en movimiento, en roce, en una pasión que no entiende de reglamentos. Y, por una vez, dejo de luchar contra lo que siento.

De pronto, Mat se aparta de mí y se pone de pie. Sin aliento, lo miro mientras comienza a desnudarse sin dejar de mirarme. Casi me quedo sin respiración cuando se quita la camisa y puedo ver su poderoso pecho. Hombros rectos y fuertes, un vello suave y unos abdominales dignos de un dios griego. Luego se suelta el cinturón, el botón del pantalón y la cremallera. Se quita después las botas, y cuando se agacha para librarse de los calcetines, los músculos de los brazos y del abdomen se estiran y se contraen con una armonía perfecta. Por fin, de nuevo erguido, comienza a bajarse el pantalón.

—Si quieres arrepentirte —me dice con sus ojos grises clavados en los míos—, ahora es el momento.

¿En serio me lo pregunta?

—No voy a arrepentirme —le aseguro—. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Él sonríe de nuevo y se baja el bóxer antes de lanzarse sobre mí completamente desnudo. Tiene un cuerpo impresionante y una erección brutal.

Nos besamos de nuevo mientras Mat busca el dobladillo de mi camiseta y cuela la mano por debajo. Sentir sus dedos sobre mi piel es increíble, me siento arder. Luego coge la tela y la empuja hacia arriba hasta sacarla por mi cabeza. Levanto los brazos para deshacerme de la camiseta y la dejo caer al suelo.

Los dedos de Mat se deslizan hacia la cintura muy despacio, acariciando cada centímetro de piel que encuentra a su paso. Libera el botón del pantalón y baja la cremallera con un movimiento diestro. Luego cambia los dedos por la boca para besarme despacio el vientre y la cintura. Siento la yema de sus dedos empujar mi braguita, pasearse de un lado al otro por debajo de mi ombligo, y empiezo a gemir.

Sé que ha sonreído, lo he sentido sobre mi piel, pero él sigue con su juego. Me besa y me lame despacio mientras empuja el pantalón hacia abajo por mis caderas. Mientras la ropa cede, sigue besándome y pasando su lengua por mi cuerpo. El pantalón se desliza por mis piernas y Mat no tiene más remedio que ponerse de rodillas para quitarme las deportivas y, por fin, los pantalones.

En lugar de volver a mi boca, o a donde quiera, se queda a los pies de la cama, de rodillas, mirándome fijamente.

—Eres preciosa —dice en un susurro—. Preciosa…

Me incorporo y me coloco de rodillas frente a él, a apenas un palmo de distancia. Clavo mis ojos en los suyos y me llevo las manos a la espalda. Muy despacio, suelto el sujetador y lo deslizo por mis

brazos hasta que lo dejo caer. Luego me dispongo a librarme de la braguita, pero Mat sonríe y me detiene con un gesto.

—Yo me ocupo de esto —dice.

Le devuelvo la sonrisa y retiro mis manos.

Él pone una de las suyas en mi rostro y la otra en mi espalda. Me besa profundamente mientras, muy despacio, me tumba de nuevo sobre la cama. Un segundo después, su boca comienza a descender despacio por mi cuerpo. Su lengua juega con uno de mis pezones mientras pellizca suavemente el otro. Sigue bajando, dejando un reguero de besos y caricias por mi abdomen y mi vientre hasta llegar al pubis.

Como había prometido, se ocupa de las braguitas. Mete las manos por debajo de la tela y tira de ellas muy despacio mientras sigue besándome los muslos, las piernas, las rodillas… Poco después, las braguitas se reúnen con el resto de nuestra ropa en el suelo y Mat comienza su viaje de regreso. Se entretiene en la unión de mis muslos. Abro las piernas para que pueda acceder a mi sexo y gimo cuando lo ignora y sigue hacia arriba. Cuando está frente a mi cara, me besa suavemente mientras su mano se cuela entre mis piernas. Sus dedos comienzan a jugar con mi sexo, acarician el clítoris, me masajean y me estimulan hasta que comienzo a jadear.

—Quiero ver cómo te corres —susurra contra mis labios. Hunde dos dedos en mi interior y arqueo espalda sin poder evitarlo. El placer es indescriptible, pero necesito más, mucho más. Lo sujeto por la nuca y tiro de él para acercar su rostro a mis pechos. Lo oigo soltar una risita baja y después su lengua rodea mi pezón y juguetea con él un rato. Lo mordisquea mientras sigue follándome con los dedos cada vez más rápido—. Solo un poco más —susurra contra mi piel, con la voz ronca de deseo.

El primer latigazo de placer recorre mi espalda y me arqueo aún más. Mat abandona mi pecho y su pulgar presiona mi clítoris mientras me observa con sus profundos ojos grises. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

—¡Oh, Dios! —exclamo.

—Mírame, Sloane —me pide. Abro los ojos y el orgasmo me recorre de arriba abajo, una oleada de placer que explota dentro de mí y me hace temblar y vibrar sin control. Cuando al fin me calmo, Mat aparta su mano de mi sexo y me mira con los ojos encendidos de pasión y lujuria—. Sloane —sisea, y vuelve a asaltar mi boca.

Mi nombre en su boca, su voz grave cuando me llama, hace que el deseo, todavía latente en mí, se acreciente con cada roce de su lengua sobre la mía.

—Un momento —me dice cuando se separa de mí y se levanta de la cama. Lo veo abrir el cajón de la mesita y hurgar en su interior. Luego, saca un preservativo y se lo pone con rapidez para volver a concentrarse en mí. Me muerde los labios antes de bajar a mi cuello. Sus manos se aferran a mis pechos con tanta fuerza que roza lo doloroso, pero al mismo tiempo, el placer es inmenso. Se acomoda entre mis piernas, coloca su miembro en mi entrada y se incorpora un poco. Apoya su mano en mi cadera y, tras respirar profundamente y sin dejar de mirarme, se impulsa hacia mi interior, llenándome por completo.

Un pequeño grito se escapa de mi garganta. Mat sale despacio y vuelve a embestirme. En ese momento solo soy capaz de pensar en lo mucho que deseo correrme de nuevo.

Mat se inclina sobre mí otra vez y empieza a entrar y salir de mi interior con golpes de cadera certeros y más rápidos a cada segundo. Nuestras respiraciones se aceleran. Le acaricio la espalda, sus músculos, la piel cubierta por una fina capa de sudor, mientras recibo sus deliciosos empellones con inmenso placer. De pronto, se retira un momento, levanta una de mis piernas y la coloca sobre su hombro antes de volver a hundirse en mi interior. El cambio de postura resulta aún más placentero y soy incapaz de contenerme por más tiempo. Empiezo a gemir y levanto las caderas para favorecer su entrada. Mat, consciente de mi situación, acelera sus embestidas.

—Voy a…

No puedo terminar la frase. Empiezo a temblar cuando uno de los orgasmos más placenteros y duraderos que he sentido nunca me

recorre de pies a cabeza.

—¡Mírame! —me pide de nuevo.

Lo hago, y veo cómo su rostro se contrae. Baja mi pierna sin salir de mi interior y pone las manos a ambos lados de mis hombros para follarme aún con más ímpetu. Gruñe entre dientes sin dejar de mirarme hasta que cae sobre mí. Me acaricia la cara antes de besarme con tanta intensidad que pienso que nuestros labios podrían fundirse. Y no me habría importado.

31

Mathieu

El techo de mi habitación es bajo y está pintado de blanco mate, aunque en la penumbra parece casi gris. La lámpara de la mesilla sigue encendida, proyectando una luz suave que dibuja sombras largas en la pared y hace que todo parezca más pequeño, más íntimo.

Sloane está tumbada a mi lado, con la cabeza apoyada en la almohada y el pelo rubio suelto. La sábana le cubre la cintura, pero una pierna se le escapa y roza la mía, perezosa. Me mira y sonríe. Tiene las mejillas enrojecidas y los labios todavía húmedos por mis besos.

El silencio no es incómodo, nunca lo es con ella. Más bien parece una extensión de lo que acabamos de hacer, una tregua antes de que la realidad vuelva a caer sobre nosotros.

—No imaginaba que acabaríamos aquí —murmuro, sin dejar de mirarla.

Sloane gira la cabeza y me sonríe de nuevo, una sonrisa suave que culmina con un beso en los labios rápido, fugaz.

—Aquí, ¿en tu cama? —bromea—, ¿o aquí, en medio de un lío del que no sabemos cómo vamos a salir?

—En ambos sitios —respondo, y me sorprende lo fácil que es admitirlo.

Se ríe bajito, como si no quisiera romper el clima que nos envuelve. Me acerco un poco más y le acaricio el brazo con la punta de los dedos, disfrutando del contacto de su piel hasta su hombro. La noto estremecerse.

—¿Siempre eres así de complicado? —me pregunta de pronto, ladeando la cabeza.

—¿Complicado?

—Bueno, no me dirás que eres una persona sencilla. Un momento pareces un capitán de manual, un militar frío y preparado para el combate, y al siguiente... —deja la frase en el aire unos segundos—. Al siguiente me miras como si quisieras arrancarme la ropa.

—Porque eso es justo lo que quiero, lo que llevo queriendo hacer casi desde que llegaste —reconozco sin pizca de pudor.

—¿En serio?

—Nunca te mentiría en algo así —le aseguro.

—¿Lo ves? Eres un tipo complicado…

—Supongo que va en el paquete —le digo, sin intentar defenderme.

Ella se incorpora un poco y apoya la cabeza en mi pecho, en el hueco que queda junto a mi hombro. Siento su respiración cálida y el roce de su pelo contra mi piel.

—¿Sabes por qué vine a Francia? —pregunta de repente, sin levantar la cabeza.

—Porque querías conocer el mejor país del mundo —bromeo.

Ella me da un golpecito antes de contestar.

—Porque necesitaba irme de casa. —Se queda en silencio unos segundos, como si le pesara cada palabra—. Todo se estaba volviendo asfixiante. Mi trabajo, la ciudad, las mismas caras cada día, los mismos cafés, los mismos problemas. Y mi padre, siempre encima, decidiendo por mí, por todo el mundo, y esperando que todos obedezcamos sin rechistar ni cuestionarlo, claro. —Suspira profundamente y calla durante unos segundos antes de continuar—. Sentía que, si no cambiaba de escenario, iba a acabar ahogándome. Y justo entonces se presentó la oportunidad de pasar una temporada en Francia, trabajando en un buen periódico. La acepté sin preguntar siquiera por las condiciones y volví a aceptar cuando

me ofrecieron quedarme. Ahora ya soy medio francesa —añade con una sonrisa—, podría pedir la doble nacionalidad.

—No eres la mitad de nada —la corrijo—. Eres totalmente francesa y totalmente norteamericana. Igual que eres totalmente deliciosa, inteligente, divertida… —La beso en la cabeza y ella me abraza con fuerza un momento—. ¿Y qué has encontrado aquí? —le pregunto después.

Ella levanta la cabeza y me mira fijamente.

—Problemas —dice, y sonríe de medio lado—. Y a ti.

No respondo. No hace falta. Paso los dedos por su espalda despacio, hasta que vuelve a recostarse.

—¿Y tú? —pregunta entonces—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué te hiciste militar?

—Porque quería volar —respondo sin pensarlo—. No hay nada que me guste más que eso.

Hago una pausa y ella sonríe, apenas un gesto en sus labios.

—¿Nada?

La miro, sosteniendo su mirada. Sus ojos azules brillan con los destellos ámbar de la lamparita.

—Hasta ahora —digo al fin.

Sloane no dice nada. Solo se inclina hacia mí y me besa muy despacio, como si quisiera memorizar el momento.

Nos quedamos así un rato, hablando de cosas pequeñas: su ciudad favorita de Estados Unidos, el mejor café que ha probado en su vida, el peor reportaje que tuvo que cubrir, la entrevista más difícil… Yo le hablo de mis primeras horas de vuelo, de cómo el aire parece más limpio desde arriba, de la sensación de tocar las nubes por primera vez. Hablamos hasta que las palabras empiezan a entrecortarse y ya no importa si seguimos hablando o no.

Pronto amanecerá.

La lámpara sigue encendida, bañándolo todo en un resplandor cálido. Cuando Sloane cierra los ojos y sonríe, pienso que podría

acostumbrarme a esto. A ella. A este silencio lleno de algo que cada vez es más real.

Sloane se mueve entre mis brazos, intenta alejarse. La cojo sin dudar por la cintura y la giro hasta colocarla sobre mí. Me mira sorprendida y divertida.

—¿Dónde crees que vas? —le pregunto a un centímetro de su boca.

—A mi dormitorio —responde—, está amaneciendo…

—Tú no vas a ninguna parte —le digo.

Pego mi boca a la suya y mi lengua la invade al instante sin encontrar oposición. Le acaricio la espalda hasta llegar a su precioso culo y la obligo a acercarse a mi erección. Podría reventar en ese mismo momento, pero prefiero disfrutar de esta increíble mujer tanto como sea posible.

Ella se contonea sobre mí, mueve las caderas y empiezo a notar su humedad. Se levanta un poco y se aleja de mi cara. Empieza a descender por mi cuerpo. Oh, dios…

Deja un reguero de besos en mi pecho, me lame los pezones y me acaricia el vello que dibuja el camino desde mi ombligo hasta el pubis. La oigo gemir mientras me besa, me lame y me mordisquea, y cuando llega a mi pene, no lo duda ni un segundo. Se lo mete en la boca prácticamente entero. No puedo evitar cerrar los ojos y levantar las caderas para disfrutar de esta sensación.

Sloane me devora durante unos deliciosos minutos, hasta que con un último lametón intenso, sale de mi polla y emprende el camino de vuelta. Cuando está a la altura de mi pecho, la cojo por la cintura y la volteo para colocarla bocarriba sobre la cama. La veo sonreír, le brillan los ojos y está preciosa. Ignoro el retortijón que acaba de producirse en mi estómago y me concentro en ella. Quiero comérmela ahora mismo.

Me hundo en su boca mientras le masajeo un pecho. Le pellizco el pezón y luego bajo y lo succiono con ganas. Sloane gime y levanta el pecho para ofrecerse a mí. Me tiene a mil…

Llevo la mano hasta su entrepierna y la acaricio despacio con los dedos. Está empapada, absolutamente excitada. No puedo más, y creo que ella tampoco.

Cojo el último preservativo que queda en la mesita, me lo pongo en un segundo y me coloco entre sus piernas.

—Eres preciosa —susurro sobre sus labios mientras la penetro despacio—, preciosa, preciosa, preciosa…

Me hundo en ella y creo que he llegado al Valhalla. Me muevo despacio, dentro y fuera, en pequeños círculos, mientras la beso profundamente en la boca y disfruto de su sabor.

—Podría vivir dentro de ti —le digo mientras saboreo su cuello.

—Podrías hacerlo —responde.

Me muevo más deprisa. Sloane coloca sus piernas alrededor de mis caderas y levanta las suyas.

Somos un cuerpo moviéndose al unísono. Respiramos a la vez, gemimos, nos separamos y volvemos a unirnos como si estuviéramos perfectamente coordinados.

Lo estamos. Y es maravilloso.

Sé que estoy volando en zona de turbulencias, que esto solo va a traerme quebraderos de cabeza, pero no me importa. Me muevo cada vez más deprisa mientras su respiración se acelera, y cuando cierra los ojos y comprendo que va a correrse, le como la boca y la acompaño.

No se irá.

No puede irse.

No quiero que se vaya.

Aunque me lo juegue todo por ella.

32

Sloane

La luz se cuela en líneas oblicuas a través de la persiana metálica, proyectando sombras largas sobre el suelo y la cama. Un haz pálido atraviesa la colcha revuelta e ilumina los pliegues de las sábanas, el borde de la mesita y el marco de la ventana cubierto de polvo fino.

Me he quedado dormida después de hacer el amor. Creo que los dos nos hemos dormido.

Abro los ojos despacio. Hace calor, y me llega un olor a algo íntimo y primitivo que aún flota en el ambiente. El ventilador del techo gira con desgana, removiendo el aire cargado sin mucho éxito.

Estoy en su cama.

Desnuda.

Su brazo descansa sobre mi cintura, pesado, protector, inconsciente. Su pecho se apoya contra mi espalda, firme, cálido y sólido como una promesa que no sé si quiero aceptar. Escucho su respiración pausada, tranquila, mientras yo me empiezo a poner nerviosa. No puedo evitarlo, no sé qué me pasa, pero a cada segundo deseo con más fuerza salir de ahí.

Durante unos minutos me esfuerzo por creerme la mentira de que, fuera de esta habitación, el mundo es amable y no tengo un disco duro con información comprometedora para el ejército francés. Finjo que no me he acostado con un hombre que, hasta hace muy poco, me miraba con recelo y me vigilaba por orden de su superior.

Pero yo no soy de las que se permiten fingir mucho rato.

Me muevo con cuidado, intentando no despertarlo. Me siento al borde de la cama, saco las piernas y pongo los pies en el suelo.

Él se despierta al instante.

—¿Te vas? —pregunta con voz ronca.

Me giro para mirarlo. Sigue tumbado, pero se ha apoyado en un codo y me mira con los ojos entrecerrados, todavía adormilado. Tiene el pelo revuelto, y la sábana bajada hasta la cintura me permite ver su piel bronceada por el sol. Esa forma de estar guapo resulta insoportable, casi arrogante.

—Necesito ducharme —respondo.

—Quédate.

Una palabra sencilla, pero en su voz suena casi como una súplica.

—No es buena idea —le rebato.

—¿Y lo de anoche lo fue? —me pregunta de pronto. Creo que acaba de empezar a darse cuenta de lo que pasa por mi cabeza.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, dime qué pasa, qué piensas.

Recojo mi camiseta del suelo y me la pongo deprisa. Me siento mejor cuando dejo de estar desnuda. Suspiro y cierro los ojos un momento. No puedo mentirle, no se lo merece.

—Pienso que esto lo complica todo —reconozco por fin—. Si mi informante tiene razón, y si en lo que conseguimos anoche están las pruebas que necesito, publicaré un reportaje que pondrá a la base en la picota. Y entonces, tú…

Dejo el resto de la frase en el aire.

—Yo, ¿qué? —pregunta. Se ha sentado a mi lado, todavía cubierto por la sábana. Él también entiende que no es momento para estar desnudo.

—Tú… tendrás que elegir bando —termino por fin—. Si te expedientan y te expulsan por ayudarme, me odiarás, porque no podrás seguir siendo piloto. Por eso esto lo complica todo, porque si todo va bien para mí, acabará mal para ti y me odiarás —repito.

Clavo los ojos en el suelo para evitar su mirada de acero.

Su expresión cambia de inmediato. Se incorpora despacio, con la espalda recta y los músculos tensos bajo la sombra que proyecta la persiana.

—Yo nunca te odiaré —dice en voz baja—. Te recuerdo que la idea de asaltar los servidores ha sido mía, y yo busqué la ayuda de Denton. Te recuerdo —continúa en voz cada vez más alta—, que mi nombre aparece en los albaranes, que alguien ha falsificado mi firma y la está utilizando para robar y lucrarse. Te recuerdo…

—No puedo dejar de pensar que me ocultas algo —le interrumpo. Mat me mira con el ceño fruncido—. Creo que tienes un nombre en mente, que sabes, o al menos intuyes, quién puede estar detrás de todo esto, o como mínimo involucrado de alguna manera. Sigues sin confiar en mí. —Me doy la vuelta para mirarlo de frente—. Lo de anoche fue… —hago una pausa para tragar saliva—, ha sido increíble. Pero no cambia el hecho de que creo que no me has dicho todo lo que sabes. ¿A quién proteges? ¿A quién temes señalar?

—No estoy encubriendo a nadie.

—Entonces, dilo. —Lo veo dudar, debatirse—. Mathieu, dime en quién estás pensando…

—No es tan simple —responde al fin. Se levanta y camina hasta el escritorio, donde apoya las manos con fuerza, como si necesitara sujetarse a algo—. Si digo un nombre sin pruebas y lo publicas, puedo arruinar su carrera de manera irremediable. Y además, si acuso de manera errónea tú también te verás afectada, porque publicarás una mentira y tu credibilidad como periodista quedará en entredicho. ¿De verdad quieres eso?

—Quiero la verdad.

—A mí me da la sensación de que solo buscas una excusa para no confiar en mí.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Me quedo de pie, vestida solo con la camiseta y el corazón desbocado.

—No me provoques. No después de lo que pasó anoche —digo en voz baja.

—¿Y qué pasó anoche, Sloane? —pregunta, acercándose despacio—. ¿Fue solo para descargar la adrenalina? ¿Una forma de aliviar la tensión? ¿O fue algo más?

—No lo sé —confieso, bajando la mirada—. Pero no puedo seguir si sigues ocultándome cosas.

—¿Y tú no? —replica con dureza—. Porque yo sigo sin saber quién es tu contacto, ni por qué confías en alguien que se mueve fuera de la ley en lugar de confiar en mí. Tú también guardas secretos, Sloane. Y aun así, me exiges respuestas como si tú fueras transparente.

Respiro hondo.

—Tal vez ha sido un error.

—No lo digas…

—Lo ha sido —susurro.

Termino de vestirme en silencio. Luego cojo la mochila y camino hacia la puerta. Me detengo un segundo cuando ya tengo el pomo en la mano. Sé que me está mirando, que espera que no me vaya, que dé media vuelta y corra a sus brazos. Lo deseo, pero…

—Nos vemos esta tarde —digo sin mirarle.

Abro la puerta y salgo al pasillo. No me cruzo con nadie. A esas horas, todo el mundo está en sus puestos. Llego a la calle y el sol me golpea la cara con un destello cegador. Me detengo un instante en el umbral y me marcho.

Mientras me alejo, cada célula de mi cuerpo, cada una de las neuronas de mi cerebro me pide, me exige, que vuelva y me pierda entre sus brazos, pero no puedo, todavía no, porque quedarme significaría rendirme, y no estoy preparada para rendirme a nadie.

Quizá no lo esté nunca.

33

Mathieu

La puerta se cierra tras ella con un chasquido seco y breve que me retumba en el pecho. No me puedo creer que algo que ha empezado tan bien y que ha sido fantástico, haya terminado tan mal por una discusión que todavía no entiendo. Me quedo quieto unos segundos, de pie en mitad del dormitorio, desnudo, con la respiración todavía agitada. Tengo frío. Es como si todo el calor acumulado durante la noche se hubiese marchado con ella.

No me arrepiento de lo que ha pasado ni por un segundo, pero sé lo que significa. Me doy cuenta de que hemos cruzado esa línea invisible que separa a los aliados de los implicados, los que ya no pueden fingir que no están en el mismo lado. Esa línea que, una vez atravesada, no se puede desandar. Estamos juntos en esto, nos guste o no. Le guste a ella, o no.

Me visto despacio, intentando ordenar los pensamientos que asaltan mi cabeza sin orden ni concierto. Plancho las arrugas del pantalón con la palma de la mano, me ajusto el cinturón, anudo las botas con calma y me pongo la camisa de diario. Quiero parecer un soldado, no un hombre que acaba de arriesgar su carrera, su nombre y quién sabe si algo más por una periodista que hace apenas una semana consideraba una intrusa y que ahora quizá no quiera saber nada más de mí.

No tengo ganas de salir a la cantina, así que decido utilizar la pequeña cocina de campaña que instalé hace meses en mi dormitorio. Pongo agua a calentar hasta que el hervidor empieza a lanzar su zumbido creciente, meto una bolsita de té en la taza y vierto el agua. Mientras espero, veo en la mesa mi portátil y recuerdo los archivos que descargamos anoche. Lo enciendo y miro

la carpeta amarilla en medio del escritorio azul. Pienso que mi futuro está comprimido en esa carpeta: cientos de documentos, fríos y ordenados, que esconden la respuesta a todas las preguntas que nos han arrastrado hasta este momento.

Hago doble clic sobre el icono y voy leyendo las carpetas despacio, prestando la misma atención que si pisara un campo minado. Hay registros XML, órdenes de compra, facturas electrónicas, autorizaciones de entrada. Todo con el membrete de Veritas Global Supply y aparentemente legal e impecable.

Cojo la taza de té, me siento a la mesa, frente al ordenador y comienzo a repasar uno a uno los documentos mientras voy tomando notas en un folio en blanco. Nombres, fechas, cantidades, entregas, códigos… Es un trabajo tedioso, pero debo hacerlo. Sin embargo, no puedo evitar que mi cabeza vuele un segundo hasta Sloane. La imagino haciendo lo mismo que yo en su habitación o en la sala de prensa. Es concienzuda; si hay algo oculto en esas páginas, lo encontrará.

Apuro el té y abro el siguiente albarán. Se trata de una remesa de material médico con fecha de hace apenas tres meses atrás. El destino es una zona en conflicto en la que estuve desplegado justo en ese momento. Reconozco el pedido al instante, y noto cómo se me tensa el estómago. Aquel envío nunca llegó. Recuerdo bien las estanterías del hospital de campaña vacías, el personal médico nervioso y cabreado mientras escuchaba las vagas explicaciones sobre un error de transporte. Otro más. En aquella zona, ese no era el primer envío que no llegaba, aunque siempre se achacaba al caos de un país en guerra y nosotros nos lo creíamos.

Pero aquí está. El lote está registrado, sellado, validado y firmado.

No puedo evitar suspirar largamente cuando compruebo que no es mi nombre el que figura al pie, ni tampoco el de nadie de mi unidad. No es la primera vez que veo ese nombre, ya ha aparecido en varios documentos relacionados con Veritas Global Supply: J. Durand.

Repito el nombre en voz baja, pero no me dice nada. Sin embargo, reconozco el sello electrónico que acompaña su firma, es el identificador que se asigna a los contratistas temporales en esta base. Es gente que pasa días o semanas aquí, arreglan lo que tengan que arreglar y se van. Personas o equipos que apenas deja rastro.

Abro la base de datos de personal, pero no hay ni rastro del tal Durand. Entrar en el servidor auxiliar desde un ordenador personal no encriptado está terminantemente prohibido, pero es la única posibilidad que tengo para descubrir quién es y qué hace exactamente J. Durand. Respiro hondo y me lanzo de cabeza a la piscina. Ya pensaré algo si me piden explicaciones.

Y ahí está.

Joaquim Durand, técnico de soporte logístico. Seis contratos en los últimos doce meses. La dirección es un apartado postal. No figura ningún número de teléfono y la foto de identificación está tan pixelada que podría ser cualquiera. La última entrada registrada en la base fue dos semanas antes de la fecha del albarán. Desde entonces, nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. O como si nunca hubiera existido.

Apoyo la espalda en la silla y cierro los ojos unos segundos. Me hierve la sangre en las sienes. Veritas no es solo una empresa fantasma, es un conglomerado, una puerta giratoria que alguien ha montado con precisión quirúrgica para desviar material, quedarse con el dinero y cubrir su rastro. Y si Sloane tiene razón y seguimos tirando de este hilo, no solo vamos a encontrar facturas falsas y contratistas fantasma, vamos a toparnos con nombres, nombres de verdad. Nombres demasiado cercanos.

Le hago una foto a la pantalla con el móvil, salgo del servidor, encripto de nuevo los archivos y cierro el portátil con un golpe.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es llamar a Sloane y contarle lo que sé sobre J. Durand y la empresa pantalla, pero cambio de opinión al instante. Ha sido ella la que se ha marchado. No voy a seguirla, de ninguna manera. Jamás he ido detrás de una

mujer y no voy a empezar ahora, y menos con ella, por mucho que me guste. Además, dejando a un lado lo personal, primero necesito asegurarme de que, cuando la vuelva a mirar a los ojos, no lo haga llevando en la mano algo que pueda destruirnos a los dos.

Porque estoy cada vez más seguro de que lo que tenemos delante de las narices es más que un caso de corrupción.

Es un incendio.

Y si nos acercamos demasiado al fuego sin protección, puede que no quede nada que salvar.

34

Sloane

La copia del archivo comprimido ya está subida a la nube, a buen recaudo, encriptada y protegida con doble autenticación. Es mi red de seguridad. Si algo me pasa, alguien sabrá dónde buscar.

La base está silenciosa después de un día de mucho bullicio. He visto un largo desfile de coches y camiones por la mañana, y soldados corriendo de un lado a otro. Supongo que será algún tipo de maniobras, pero ni lo sé, ni me importa. Lo que me importa es que por fin ha vuelto la calma.

Apenas he salido de aquí en todo el día. Me di una ducha en cuanto llegué, la necesitaba para poder seguir adelante. Mi piel olía a Mathieu y no podía concentrarme con la cabeza llena de su recuerdo. Luego, trabajé sin descanso todo el día, con apenas un par de breves descansos para ir a la cantina a por algo de comida y unas botellas de agua.

Enciendo la lámpara del escritorio. La noche ya es un hecho en el exterior, y la luz amarilla crea un círculo cálido en medio de la penumbra, un pequeño refugio en el que empiezo a sentirme cómoda. Es curioso que me esté adaptando a estar en una base militar, supongo que se deberá a la capacidad de supervivencia del ser humano: adaptarse o morir. Yo no tengo ganas de morir.

Abro el FaceTime y conecto con mi amiga Rubi, que responde al segundo tono, aunque tengo que esperar a que coloque el teléfono en un lugar discreto.

—¿Dónde estás? —me pregunta mientras mira lo que hay detrás de mí.

—En mi alojamiento —susurro, bajando el tono de voz aunque no haya nadie cerca—. Rubi… tengo algo —le digo a continuación—. Algo grande.

Mi amiga y compañera centra en mí su mirada clara y abre mucho los ojos.

—¿Cómo de grande?

—He localizado una empresa fantasma que está detrás de una serie de contratos falsos, entregas que nunca llegaron y falsificación de firmas, eso para empezar. Lo más gordo es que alguien, desde dentro de esta base, está validando todas esas órdenes.

Rubi coge el teléfono y se levanta de la mesa. Veo la redacción desde la pantalla de mi móvil, a los redactores charlando y escribiendo en sus ordenadores, gente yendo y viniendo. Rubi entra en una de las salas de reuniones y cierra la puerta. Se sienta, recoloca el móvil y vuelve a ocupar toda la pantalla.

—Pues sí, es gordo —admite—. ¿Lo tienes documentado?

—Sí. Fechas, remitentes, facturas duplicadas. Y ahora ha aparecido un nombre nuevo: J. Durand. No lo he encontrado en las bases oficiales a las que tengo acceso, pero tiene sello legítimo para operar con el ejército.

—¿Quién es?

—Nadie. O eso parece. No tengo forma de corroborar su existencia, y esta mañana he discutido con la persona que sí podría hacerlo.

—Sloane Miller y su explosivo carácter yanqui —se burla. Lo malo es que no puedo rebatírselo. Mi actuación de esta mañana ha sido lamentable, no me extrañaría que Mat no volviera a hablarme, e incluso que se negara a seguir ayudándome. Soy una idiota, y no se me ocurre cómo arreglar el desastre.

Rubi me mira en silencio. Está seria, calibrando la situación.

—¿Estás en peligro? —pregunta por fin.

—No lo creo —respondo, aunque mi estómago se contrae.

—Debes tener cuidado —continúa más cerca de la cámara. Veo sus pecas, el lápiz de labios y su mohín preocupado—. Si quien se está beneficiando de todo eso descubre que estás tras su rastro, puedes tener problemas.

—Es posible —reconozco.

No insiste, pero su tono cambia. Su voz ahora es más grave.

—No te la juegues, Sloane —me dice muy seria—. Si las cosas se ponen feas, sal de ahí. Corre, coge el coche y vuelve, ¿prometido?.

Menos mal que Rubi no puede ver el enorme nudo que sus palabras han provocado en mi estómago.

—Prometido —respondo. Es lo único que puedo decir.

Nos despedimos rápidamente y apago el móvil.

Es tarde y estoy cansada. Anoche dormí muy poco y me he pasado el día pegada al ordenador. Me pongo el pijama, me lavo los dientes y apago la lámpara. El dormitorio queda sumido en una oscuridad suave. La lámpara led sigue emitiendo un suave destello y la luz de la base se cuela entre las lamas de la persiana. Me siento en la cama con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared. Necesito relajarme antes de intentar dormir. La mochila está a mi lado, en el suelo, al alcance de la mano.

Y entonces, un destello breve y rápido al otro lado de la ventana ilumina fugazmente la habitación. No es un reflejo ni los faros de un coche. Estoy segura de que es un haz de linterna que se mueve en línea recta, como si alguien estuviera apuntando hacia el interior de mi dormitorio.

El corazón me golpea el pecho. Me pongo en pie de un salto, los pies descalzos sobre el suelo frío. Apenas he dado un paso hacia un lado cuando el cristal de la ventana estalla en mil pedazos.

El ruido es seco y violento, como un disparo. La ventana explota en mil fragmentos que llueven sobre mí. Grito y me cubro la cara con los brazos. Las esquirlas me arañan la piel, se me clavan en los antebrazos, en las piernas, en los pies.

Una piedra rueda hasta detenerse frente a mí.

Temblando, me agacho y la cojo. Estoy sangrando por los brazos, pero mis dedos se mueven por inercia. La piedra está envuelta en un papel doblado, sujeto con una goma elástica. Lo deshago con torpeza y leo lo que alguien ha escrito con un rotulador negro en letras mayúsculas.

DEJA DE HUSMEAR. NO HABRÁ MÁS ADVERTENCIAS.

El miedo me recorre como un escalofrío eléctrico, subiendo por la espalda hasta la nuca. No oigo nada. Ni el zumbido del ventilador, ni el rumor lejano de la base. Solo mi propia respiración acelerada y el golpe insistente del corazón en las sienes.

El ruido de pasos llega unos segundos después. Rápidos, firmes.

—¡Señorita Miller! ¿Está bien?

No puedo responder, estoy paralizada

—¡Abra, por favor!

El segundo grito llega acompañado de un puño aporreando la puerta. Por fin, mi cuerpo se digna a obedecer y cruzo la habitación despacio, pisando cristales que crujen bajo mis pies descalzos. Cada paso es un pinchazo, pero en ese momento ni siquiera siento el dolor.

Abro la puerta con la mano temblorosa y tres soldados irrumpen de inmediato. Uno me sujeta por los brazos y me sienta en el borde de la cama mientras otro examina la ventana con una linterna, enfocando los restos de cristal. El tercero pide refuerzos por radio.

Me he guardado el papel en el bolsillo antes de que lo vean. La manta que me ponen sobre los hombros es áspera, pero el contacto me ayuda a volver a sentir el cuerpo.

—Tiene cortes en los brazos y en las piernas —dice uno, arrodillándose a mi lado—. Algunos son profundos. Vamos a llevarla a la enfermería para que la curen.

Asiento. No tengo fuerzas para discutir. Uno de los soldados me coge en brazos al comprobar que también tengo heridas en los pies.

Otro se encarga de abrirnos paso, y el tercero se queda revisando el perímetro.

El aire de la noche me golpea la cara cuando salimos. Es más frío de lo que esperaba.

Si tenía dudas, esto es la confirmación de que alguien sabe lo que estoy haciendo. Alguien me está vigilando.

Y, paradójicamente, eso significa que voy por el camino correcto.

El olor a antiséptico me anuncia que hemos llegado al módulo sanitario. Las luces fluorescentes del techo brillan con tanta intensidad que me hacen entrecerrar los ojos después de la penumbra del dormitorio. Además, desde hace unos segundos se ha desencadenado en mi cabeza un tremendo dolor que me golpea como las baquetas a un tambor.

El soldado que carga conmigo me deposita con cuidado sobre una camilla y se queda a un lado. Nora aparece enseguida. Está claro que la han despertado. Se está poniendo la bata verde oliva sobre un pantalón deportivo y una camiseta, y su pelo, siempre pulcramente recogido, está amontonado de malas maneras y sujeto con una pinza negra. Tiene una expresión preocupada, con el ceño fruncido y los labios apretados.

Se acerca a mí deprisa para mirarme de cerca y me pasa con cuidado la mano por la cara, el pelo y los brazos.

—Madre mía, Sloane… —susurra. Me quita la manta manchada de sangre de los hombros y le hace un gesto al soldado para que salga y cierre la puerta tras él. Luego, me desnuda con cuidado, se pone unos guantes y comienza a retirar con unas pinzas los cristales que siguen clavados en mi piel—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Una ventana rota —respondo.

—¿Cómo que una ventana rota? —Nora frunce el ceño y sigue a lo suyo—. ¿Ha sido un accidente o…?

No termina la frase, no hace falta.

—No lo sé —miento.

Ella me observa un segundo, como si pudiera leer la verdad en mi cara, pero no insiste y tampoco tiene ocasión de decir nada más, porque la puerta se abre y entra el enfermero de guardia.

—Empieza por el otro lado con las pinzas —le ordena.

La primera extracción es la peor. El cristal está incrustado en la carne del antebrazo y, cuando lo saca, siento el dolor como una descarga eléctrica que me sube hasta el hombro.

—Aguanta, es superficial —dice Nora con voz tranquila.

El enfermero limpia la sangre con gasas empapadas en suero. Cada contacto es un escozor nuevo, una punzada que me obliga a agarrarme al borde de la camilla.

—Sloane, respira. Si te tensas será peor —me advierte Nora.

Obedezco e inhalo despacio, dejando que el aire me llene el pecho, y lo suelto poco a poco. El dolor no se va, pero se vuelve soportable.

Cuando terminan con los brazos, pasan a las piernas. Tengo cortes en los muslos y en los empeines de los pies. Nora se arrodilla frente a mí y me mira antes de tocarme.

—Esto va a escocer más que antes. Si necesitas parar, me lo dices.

Asiento. Ella trabaja con cuidado, pero no hay forma de evitar el dolor. Cada cristal que sale deja un rastro de ardor, cada gasa empapada en antiséptico es una llamarada breve que me hace encoger los dedos de los pies.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado? —pregunta mientras coloca un apósito sobre el corte más profundo.

—No hay mucho que contar. —Hago un esfuerzo por sonar despreocupada—. Supongo que alguien se estaba divirtiendo. O quizá se ha confundido de persona, o solo ha sido un accidente —añado.

Nora alza una ceja, escéptica.

—Una broma bastante pesada, ¿no crees? Lanzar una piedra a través de una ventana en una habitación ocupada no es precisamente el pasatiempo preferido aquí dentro. —Me encojo de hombros y ella me habla ahora con un tono más suave—. Sloane… Sabes que me puedes contar lo que sea, ¿verdad?

La miro y por un instante estoy tentada de hacerlo. Pero no puedo, por ella y por mí.

—Lo sé. —Fuerzo una sonrisa—. Y lo haría si hubiera algo que contar, pero creo que ha sido una broma pesada que quizá ni siquiera estuviera destinada a mí.

Nora me observa un segundo más y luego suspira.

—Está bien. Pero prométeme que, si sucede algo raro, vendrás directamente aquí. O me llamarás. Nada de hacerte la dura.

—Prometido.

Esta noche estoy haciendo un montón de promesas que no sé si seré capaz de cumplir.

Cuando termina, me cubre las heridas con vendajes limpios y me ayuda a bajar de la camilla. El suelo está frío y un temblor me recorre entera.

—Vete a descansar —dice mientras se quita los guantes. Mira mis pies descalzos y coge unos zuecos de una estantería cercana. Coge también una manta limpia y me la pasa por los hombros—. El soldado te acompañará.

No le respondo. Solo asiento y dejo que el militar me coja por el brazo y vuelva a sentarme en la silla de ruedas. Aprieto la manta alrededor de mi cuerpo y me encojo todo lo que puedo, pero sigo temblando. La enfermería queda atrás, brillante y aséptica, y yo vuelvo a caminar bajo las sombras de la base con el papel del mensaje aún doblado en el bolsillo del pijama.

35

Mathieu

El mensaje de la capitana médica llega a las 3:24 de la madrugada. No necesito leerlo dos veces para entenderlo, pero aun así, mis ojos recorren las palabras una segunda vez, como si al hacerlo pudiera alterar su significado.

«Han traído a Sloane Miller a la enfermería. Un cristal roto. Los cortes son leves, pero parecía alterada».

Es suficiente. Para cuando mi cerebro termina de procesarlo, mi cuerpo ya está en movimiento. Me visto casi a oscuras y salgo de la habitación sin pensar, con una rabia sorda empujándome desde dentro, marcándome el paso. Estoy preocupado, por supuesto, pero también siento una mezcla peligrosa de culpa, impotencia y rabia.

El calor apenas ha aflojado a pesar de la hora y, además, ahora el viento llega cargado de humedad. La base debería estar tranquila y en silencio a esas horas, pero me cruzo con varias patrullas y algunos soldados que charlan y fuman apoyados en los muros de los barracones. El sofoco los ha desvelado a todos, supongo.

Cruzo el recinto sin fijarme en rostros ni en rangos, ignorando los saludos del personal de guardia. Cuando empujo la puerta del módulo médico, el pulso me late con fuerza en las sienes.

La veo enseguida. Un soldado empuja la silla de ruedas en la que Sloane está sentada. Le han echado una manta sobre los hombros y lleva unos zuecos sanitarios en los pies. Veo las heridas de su cara, pequeñas líneas enrojecidas, y siento que me hierve la sangre. Según me acerco, distingo sus ojeras profundas, la mandíbula tensa,

la mirada fija en un punto indeterminado, como si aún no hubiera regresado del todo del horror que habrá vivido.

Entonces, levanta la vista y me mira. Y juro que algo cambia. Cuando sus ojos se encuentran con los míos reconozco el miedo, el agotamiento y una vulnerabilidad que no le había visto antes. Me duele tanto verla así que apenas puedo respirar.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja al acercarme.

Ella me observa durante un segundo largo, como si la pregunta fuera más compleja de lo que parece.

—No lo sé —susurra por fin—. Sigo entera, eso ya es algo, y no tengo ninguna herida grave. Todos los cortes son superficiales, aunque duelen como el demonio.

Le indico al soldado que empuja la silla que yo me ocuparé desde ese momento y se retira sin cuestionar la orden. Es la magia del ejército, para bien y para mal.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto cuando nos quedamos solos.

Sloane inspira despacio y mira a ambos lados antes de hablar.

—Había alguien fuera, en la calle. —Sus manos se aferran a los bordes de la manta—. Vi el haz de una linterna moverse frente a la ventana. Fue muy rápido, un destello y luego… una piedra enorme. El cristal estalló por toda la habitación, no tuve tiempo de ponerme a cubierto.

La miro con atención, intentando decidir si es un buen momento para continuar con las preguntas. Mientras, sigo empujando la silla en dirección a la salida.

—¿Viste a alguien? —pregunto por fin. No puedo no hacerlo, y sé que ella también lo haría en mi lugar.

Niega con la cabeza, despacio.

—Solo el destello de la linterna —responde—. Pero la piedra no vino sola —añade en un susurro—. Traía un mensaje.

Saca la mano de debajo de la manta y veo por primera vez las largas heridas que los cristales han abierto en su piel. En ese

momento podría matar a alguien. Le tiemblan los dedos cuando me tiende un pequeño papel doblado. Lo cojo y lo abro con cuidado.

DEJA DE HUSMEAR. NO HABRÁ MÁS ADVERTENCIAS

Las palabras me recorren la espalda como un latigazo frío y siento cómo algo se cierra en mi pecho.

—¿Se lo has enseñado a los soldados o a la doctora? —pregunto sin levantar la vista del papel.

—No —niega con más firmeza—. Me lo guardé antes de que entraran. No sabría decirte por qué. Supongo que fue instinto.

Asiento en silencio. Seguir a mi instinto me ha mantenido con vida hasta ahora, así que sé de lo que habla.

—Hiciste bien —digo al fin.

Hemos salido a la calle y me he detenido junto al módulo médico. Durante unos segundos, no hablamos. Puedo oír las voces de quienes siguen en el interior de la enfermería, seguramente comentando lo que ha ocurrido, y soy consciente de que no puedo permitir que se quede aquí, y no solo porque su dormitorio esté cubierto de cristales, sino porque está claro que su vida corre peligro. Tarde o temprano, esto tenía que pasar. En un lugar lleno de gente y de cámaras es imposible guardar un secreto o pretender actuar sin ser visto.

—Quiero que salgas de aquí —le digo entonces—. Hoy mismo, ahora. Voy a llevarte a un hotel fuera del perímetro. Puedes seguir trabajando desde allí.

—Pero no quiero irme —protesta—. Es como si huyera.

—No es negociable —respondo para zanjar el tema.

Bajo la vista hacia ella y encuentro en sus ojos la misma determinación que tantas veces me ha sacado de quicio, pero ahora está atravesada por la fisura del dolor, la rabia y el miedo.

—Si me voy ahora, justo después de recibir una amenaza, estoy huyendo —me dice.

—No —la corrijo—, te estás poniendo a salvo para poder seguir adelante.

—Me quedo —insiste.

Esta mujer es terca como una mula…

Por fin, suspiro y vuelvo a empujar la silla de ruedas.

—De acuerdo —me rindo—. Voy a llevarte a uno de los bungalow que hay fuera del perímetro de la base. Tienen dos habitaciones, me quedaré contigo —añado a continuación.

—¿Conmigo?

—No creerás que voy a dejarte sola, ¿verdad?

—No puedo tener a un militar detrás de mí todo el día —replica.

—Lo tienes desde que llegaste, ¿recuerdas? —digo medio en broma, medio en serio.

—No es lo mismo que tenerlo dentro del alojamiento.

Detengo la silla y me sitúo delante de ella para que pueda verme bien. La miro con dureza, muy serio.

—Escúchame bien —empiezo—. Alguien ha lanzado una piedra contra tu ventana con intención de asustarte. Puede que la próxima vez no sea solo una piedra. Además, estás herida y asustada…

—No estoy asustada —me corta, indignada.

—De acuerdo, solo estás herida y un poco nerviosa. —Ignoro su bufido y sigo hablando—. No es negociable —repito—. O te alojas conmigo en el bungalow, o ahora mismo te llevo a tu casa en París, tú decides.

Sloane me mira furiosa, pero acaba aceptando la oferta.

—De acuerdo —cede—, iré al puñetero bungalow, pero no quiero tenerte todo el día pegado a mi culo.

No puedo evitar reírme. Luego me agacho y le hablo al oído.

—Si te soy sincero, no imagino un lugar mejor al que estar pegado —susurro.

Veo cómo se le eriza el vello del antebrazo. Bien.

Nos detenemos frente a su dormitorio y le pido a uno de los soldados que recoja las cosas de Sloane y las lleve al bungalow número 1. El soldado se cuadra y entra con rapidez en la habitación. Mientras, nosotros continuamos en dirección al final de la base. Podría coger un coche, desde luego, pero creo que a los dos nos vendrá bien un pequeño paseo. Además, la brisa ahora es fresca y trae el recuerdo del olor del mar.

Avanzamos en silencio un buen rato. Desde arriba no puedo verle la cara, pero siento que respira más tranquila.

—¿Puedo decirte algo? —pregunto.

Ella me mira desde abajo con el ceño fruncido.

—¿Desde cuándo pides permiso para hablar? —me devuelve—. No soy el comandante.

Sonrío ante la obviedad.

—Estoy orgulloso de ti —confieso por fin—. Muy orgulloso.

—¿De mí? —se sorprende—. ¿Por qué?

—Eres muy valiente, más que muchos de los soldados que hay aquí.

—Yo no soy valiente… —protesta, aunque veo que sonríe—. De hecho, estoy muerta de miedo, todavía me tiemblan las manos.

—No me refiero a ese tipo de valor. Llegaste aquí con un objetivo claro y te estás manteniendo firme a pesar de todos los obstáculos. Y ahora, cuando te he dicho que iba a sacarte de la base, te has revuelto como un gato. Eso no lo hace una persona cobarde —le aseguro.

—Vaya, gracias —acepta en voz baja—, aunque quizá dentro de un rato, cuando se me pase el efecto de los analgésicos y me duela todo el cuerpo, no me sienta tan valiente.

—Pero escúchame —continúo muy serio—. No voy a permitir que te sacrifiques por un titular, ¿de acuerdo? Si veo que estás en peligro, te sacaré de aquí aunque sea a rastras. Creo que estás haciendo lo correcto —añado—, pero todo tiene un límite.

—Lo entiendo —admite de nuevo seria—, y lo acepto. No más riesgos.

—Así me gusta.

Sé que me está mintiendo, pero me quedo con esta pequeña victoria y vuelvo a empujar la silla hacia la puerta de salida.

El viento le revuelve el pelo y veo un pequeño cristal enredado en la melena. Alargo una mano para cogerlo y, después, le acaricio con suavidad los mechones rubios. Ella inclina la cabeza hacia mi mano y suspira.

—He pasado mucho miedo —reconoce en un susurro.

—Yo todavía lo tengo —le digo. Y es verdad, estoy aterrorizado. La sola idea de que pudiera haberle pasado algo me deja sin respiración y me retuerce el estómago—. No voy a perderte de vista, Miller.

—Eso espero, Beaumont. Eso espero.

36

Sloane

El bungalow está al final del camino, una vez traspasada la valla que delimita la base y ligeramente apartado de las otras cinco casetas del pequeño complejo de alojamientos. Es, sin duda, el más discreto. Fuera de la base, pero construido en terreno militar. Como un quiero y no puedo, o quizá como si el ejército pretendiera que sus invitados se sintieran solos y en privado, cuando no lo estaban en absoluto.

No es grande, pero sí más acogedor de lo que esperaba. Construido en madera clara, tiene un pequeño porche delantero, dos ventanales protegidos con contraventanas y una puerta que Mathieu abre con una llave magnética que guarda en el bolsillo del pantalón.

—No es un hotel de cinco estrellas —dice mientras entramos—, pero es cómodo. Y tranquilo.

Lo agradezco. Ahora mismo, lo último que necesito es lujo. Me vale con un buen colchón y una almohada que amortigüe el dolor de cabeza que lleva un rato sacudiéndome.

El interior es sencillo y funcional. A la derecha hay un pequeño salón con un sofá gris, una mesa baja y una lámpara de pie que ilumina con una luz cálida. Frente a él, una cocina abierta, compacta pero bien equipada: encimera de acero, armarios claros y todos los electrodomésticos necesarios, incluida una cafetera. Al fondo, un pasillo corto conduce a las dos habitaciones y al único baño, situado entre ambas.

—Tú te quedas con la de la izquierda —dice Mat—. Es un poco más grande.

Asiento en silencio. Me siento cansada hasta los huesos, pero no quiero tumbarme todavía. Necesito sentir que todo esto es real, que no ha sido una pesadilla extrañamente persistente.

Mathieu deja la mochila en el suelo del salón.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, acercándose a mí. Puedo sentir el olor de su perfume, y eso basta para sentir una fuerte presión entre las piernas.

—Estoy bien, sí. Agotada —añado, —pero bien. Mañana estaré como nueva.

Me mira con el ceño fruncido, como si intentara ver más allá de mi piel.

En ese momento, alguien aporrea la puerta de entrada y no puedo evitar que se me escape un grito. Mathieu se acerca a mí y me pone una mano en el hombro.

—Tranquila —me pide.

Abre la puerta y deja pasar al soldado que ha recogido mis cosas. Lleva la mochila a la espalda y el maletín con el ordenador colgado de un hombro. Veo mis zapatillas en su mano, y una bolsa de plástico con mi ropa y mi neceser. Qué poco discreto es todo esto… Ese hombre ha metido mis bragas en la mochila, además de la caja de tampones y mi cepillo de dientes. Evito mirarlo, y él se marcha en cuanto Mat le dice que puede hacerlo.

—Tengo que salir un momento —me informa acto seguido—. El soldado Lucas se quedará en el porche hasta que yo vuelva.

—¿A dónde vas? —pregunto. Mi voz suena un punto más aguda de lo habitual.

—Voy a asegurar esto —responde— y necesito algunas cosas. No tardaré.

—¿Asegurar?

—Enseguida vuelvo, tranquila —y sale por la puerta, que cierra detrás de él.

No regresa enseguida, sino que tarda treinta largos minutos en volver a entrar. Cuando lo hace, lleva una bolsa negra en la mano.

La deja sobre la mesa del salón, la abre y coloca su contenido sobre la mesa. Veo cámaras y pequeños dispositivos que no tengo ni idea de lo que son. Además, saca dos pantallas planas de quince pulgadas que conecta con cables a una especie de caja igual de negra que todo lo demás.

—Son alarmas, cámaras y sensores —explica—. Tardaré un poco en colocarlos. —Luego levanta la cabeza, me mira y se acerca a mí —. Deberías acostarte —me dice con voz suave—. Descansa mientras yo me ocupo de todo. Estaré aquí cuando te despiertes.

Me resisto a aceptar, pero los párpados me pesan demasiado.

—¿Qué has traido? —pregunto con voz pastosa.

—Además de las cámaras, sensores de movimiento y de apertura —explica mientras se mueve con precisión—. Los colocaré alrededor de la casa, en un doble perímetro. Si alguien se acerca, lo sabremos antes de que toque la puerta.

Lo observo en silencio mientras prepara los dispositivos. Luego sale al porche, rodea el bungalow, vuelve a entrar, se agacha, coloca, ajusta y lo comprueba todo en las dos pantallas que siguen sobre la mesa. Sus movimientos son metódicos, seguros. Me doy cuenta de que, sin querer, empiezo a respirar más despacio.

Cuando termina, se limpia las manos en el pantalón y me mira.

—Ya está. Y sigues despierta.

Asiento con la cabeza.

—No me parece bien echarme a dormir mientras tú trabajas —digo.

Se apoya un momento en la encimera de la cocina y siento que la tensión vuelve a instalarse entre nosotros. Bueno, no exactamente entre nosotros por lo de esta mañana, sino entre nosotros por lo de la piedra. Es otro tipo de tensión.

—Tenemos que hablar —dice.

—Lo sé.

Me siento en el sofá y él se acomoda frente a mí, en la silla más cercana. Durante unos segundos ninguno dice nada. Afuera, todo

está tranquilo, no se oye absolutamente nada.

—Lo de esta noche no ha sido casual —empieza—. Y tampoco ha sido improvisado. No ha sido alguien que ha encontrado una piedra y la ha lanzado sin mirar.

—El papel escrito deja claro que no. Quien quiera que haya sido, sabía dónde iba, qué quería hacer y qué mensaje pretendía transmitir. Lo he recibido alto y claro.

—Hoy he seguido investigando —continúa—. Hace unos días encontré un nombre que me llamó la atención.

—¿Ese que no querías mencionar? —le lanzo. Mat acusa la pulla, pero decide ignorarla.

—Un nombre que no había oído en mi vida, por eso me llamó la atención. Llevo mucho tiempo encargándome de parte de la logística de esta base y me sorprendió no haberlo visto nunca antes. Aparece relacionado con nuestra empresa fantasma.

—Veritas Global Supply —digo.

—Así es. Me refiero a J. Durand.

El estómago se me encoge.

—Yo también lo he visto —me apresuro a decir—. Me ha aparecido varias veces hoy en los contratos que he estado revisando. Tiene credenciales civiles válidas y una firma legítima.

Mathieu asiente, serio.

—Exacto, pero no aparece en ninguna base pública. Alguien se ha tomado muchas molestias para que el tal Joaquim Durand no deje rastro. Pero alguien desde dentro está validando sus movimientos.

—¿Crees que el hecho de que hayamos estado indagando sobre Durand está relacionado con lo que ha pasado? —le planteo.

—Creo que está relacionado con lo que estás investigando —corrige—. Y eso te coloca una diana en la espalda, te guste o no.

Antes de que pueda responder, su móvil vibra sobre la mesa.

—Es Barnes —dice. Suspira antes de descolgar—. Señor —saluda a continuación.

Me quedo en silencio e intento no escuchar, aunque es difícil. Mat sigue sentado frente a mí.

—Sí, señor… Ha sido un ataque directo. Una piedra contra la ventana. No, las heridas no son de gravedad. La he instalado en el bungalow número 1, señor. Su alojamiento está inservible ahora mismo.

Hace una pausa y su mandíbula se tensa.

—Entiendo… Sí. Mañana a primera hora estaré en su despacho con un informe completo.

Otra pausa, esta vez más larga.

—Con el debido respeto, señor, sacarla ahora sería exactamente lo que quiere quien la haya atacado.

Lo miro. Barnes no debe de estar de acuerdo.

—Sí… Lo comprendo… Sí, hablaremos mañana. Buenas noches, comandante.

Cuelga y deja el móvil sobre la mesa. Durante un segundo parece más cansado de lo que lo he visto nunca.

—Quiere un informe completo —dice—. Y cree que deberías irte.

—Claro —respondo—. La solución fácil.

—Le he dicho que no es buena idea —añade enseguida—, pero la presión va a ir en aumento.

Me levanto y camino despacio hasta la ventana, sin abrirla. Miro la oscuridad exterior. Al fondo, el nuevo día empieza a teñir el cielo de morado.

—No pienso irme —digo—. No ahora.

—Lo sé —responde—. Por eso estamos aquí.

Me giro hacia él. Hay algo distinto en su mirada. Está preocupado, sí, pero también decidido a no tirar la toalla. Estamos tan cerca…

—Descansa —sigue después—. Mañana será otro día complicado.

Estoy agotada pero, curiosamente, más lúcida que nunca.

—Gracias por no tratarme como un problema que hay que eliminar —le digo mientras me pongo de pie.

Él se levanta también y se queda a un par de pasos de mí.

—No lo eres —dice—. Al contrario, eres una pieza clave. El problema es que alguien ha empezado a darse cuenta de eso y no le hace demasiada gracia.

Nos miramos en silencio durante un largo minuto. Respiramos al compás y apenas pestañeamos, pero ninguno alarga la mano para tocar al otro, para atraerlo hacia sí.

—Buenas noches, Sloane —dice al fin.

—Buenas noches, Mathieu.

Entro en mi habitación y me siento en la cama. Oigo sus pasos al otro lado del pasillo, el leve clic de una puerta, el murmullo lejano del viento.

No estoy sola.

Y, por primera vez desde que llegué a esta base, tampoco estoy indefensa.

37

Mathieu

No consigo dormir. Lo intento, pero mi cuerpo se niega a bajar la guardia incluso cuando la lógica me dice que todo está bajo control. Paso las horas sentado en la silla del pequeño salón del bungalow, con la espalda recta y los antebrazos apoyados en los muslos, mirando alternativamente las pantallas de los sensores y la puerta cerrada de las habitaciones.

Sloane duerme al otro lado, o al menos eso espero. La he oído moverse un par de veces, caminar de un lado a otro del pequeño cuarto y dar vueltas en la cama. Lo sé porque el somier de muelles se ha hecho eco de cada uno de sus movimientos inquietos. Me gustaría poder hacer algo, pero me siento un completo inútil en esos momentos. Lo único que puedo hacer es asegurarme de que no le va a volver a pasar nada malo.

La casa cruje de vez en cuando. La madera se dilata con el cambio de temperatura y el viento que llega del mar sacude suavemente las contraventanas. Cada sonido activa un reflejo automático y me convierto en un militar meticuloso: reviso las pantallas, compruebo que los dispositivos siguen funcionando y ajusto el volumen de las alertas. Todo está en orden. Además, hay un soldado de guardia en el exterior. Sé que Barnes no autorizará una vigilancia continua, ya me lo ha advertido, pero quiero que el agresor sepa que nos hemos tomado muy en serio el atentado.

A las seis de la mañana, cuando el cielo empieza a aclararse con un tono violáceo que anuncia otro día sofocante, me pongo en marcha. Llevo la misma ropa desde el día anterior y no me he duchado. Necesito asearme y cambiarme antes de presentarme ante el comandante. Abro la puerta del bungalow y salgo al porche. El

aire es más fresco que durante la noche, y la brisa llega cargada de sal y de humedad. Respiro hondo un par de veces y bajo las escaleras.

El soldado que ha hecho guardia sigue en su puesto, despierto y atento.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días, capitán —responde después de cuadrarse—. Sin novedad.

—Perfecto. Mantén la guardia hasta nueva orden —añado en voz baja. No quiero despertar a Sloane—. No se separe de la puerta, volveré en un rato. Si alguien se acerca, me llama antes de intervenir, ¿de acuerdo?

—A la orden, capitán —dice, y se cuadra de nuevo.

Cuando vuelvo a entrar, encuentro a Sloane de pie en el centro de la sala. Está descalza, tiene el pelo revuelto y lleva solo una camiseta demasiado grande que le cae por los hombros. Se rodea el cuerpo con los brazos y me mira con ojos somnolientos.

—Buenos días —dice con voz ronca—. He oído la puerta y he pensado que te ibas…

—Tengo que irme —reconozco—, pero hay un soldado de guardia. Será solo un rato —añado ante su gesto de preocupación—, Barnes quiere verme en su despacho y antes tengo que pasar por mi dormitorio para adecentarme.

No sonríe.

—¿Va a poner problemas?

—Barnes siempre pone problemas —le contesto—. Pero confío en que sea razonable. Volveré pronto y traeré el desayuno, ¿de acuerdo? Y para cualquier cosa, estoy a una llamada de teléfono.

Sé que le gustaría preguntarme más cosas, pero no quiero entrar en detalles. Todavía no. Se limita a asentir mientras me observa con esa mirada suya que parece verlo todo sin necesidad de preguntas.

Encuentro a Barnes sentado tras su mesa, impecablemente vestido y con el ceño fruncido. A pesar de la hora, apenas las siete de la mañana, parece como si llevara horas despierto, revisando informes que no le interesan y ocupándose de todo en la base. Tiene una taza de café cerca de la mano y la prensa del día perfectamente doblada sobre la mesita auxiliar.

Cuando considera que he esperado lo suficiente de pie frente a él, se acomoda en la silla, coge el café y le da un trago mientras me mira de arriba abajo. Me he puesto un uniforme de diario limpio y planchado, aunque sé que mi cara refleja las horas sin dormir.

—Beaumont —dice sin rodeos y sin saludar—. Cuénteme qué demonios pasó anoche.

Lo hago. Relato los hechos con precisión, eligiendo cada palabra con cuidado. La piedra. La ventana rota. El susto. Los cortes superficiales. La ausencia de testigos. Ningún sospechoso claro. Omito el tema de la advertencia escrita que cruzó la ventana con la piedra, y tampoco menciono que conozco el motivo por el que alguien quiere asustar a la periodista.

—¿Y su valoración? —pregunta cuando termino.

—Un borracho despistado —miento—. O alguien que no calculó bien dónde lanzaba la piedra y huyó cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

Barnes me observa unos segundos, calibrando hasta qué punto estoy diciendo la verdad. Creo que durante ese tiempo, ni siquiera pestañeo.

—Eso mismo he pensado yo —asiente al fin—. Con este calor, la gente pierde el juicio con facilidad, y el alcohol no es de ayuda. Ayer hubo una pequeña fiesta en la cantina… Y por eso no me gusta que la haya alojado en un bungalow y le haya puesto escolta. No hay que dramatizar

—He preferido pecar de prudente, señor —me defiendo—. Al fin y al cabo, es una periodista invitada de la base, no nos conviene quedar mal con ella. Además, su padre no nos perdonaría que le

sucediera algo —añado, muy consciente del efecto que recordar al general Miller causará en el ánimo de Barnes.

—Demasiada prudencia —replica a pesar de todo—. Un soldado apostado en la puerta del bungalow es exagerado. Retire la escolta —me ordena—. No quiero rumores ni que la periodista se sienta especial. De hecho, estoy convencido de que lo mejor sería que abandonara la base hoy mismo.

Respiro hondo antes de contestar. No quiero sonar brusco ni nervioso.

—Con su permiso, señor, no creo que eso sea una buena idea. Si le pedimos que se marche, escribirá un reportaje sobre lo que ha ocurrido en lugar de uno sobre los veteranos. Dirá que alguien la atacó en la base y que nosotros, en lugar de protegerla, la mandamos a su casa. Sinceramente, señor, creo que sería un tremendo error. Su padre y el mío —añado, recurriendo de nuevo al viejo truco.

Barnes se pone de pie de repente y se gira hacia la ventana. Permanece dándome la espalda durante cinco largos minutos. Lo veo apretar y relajar la mandíbula mientras piensa y toma una decisión.

—De acuerdo —dice por fin—, que se quede, pero quiero que retire la escolta.

Aprieto la mandíbula, pero no discuto. Contaba con eso. Cede, pero no del todo. Mantiene la autoridad, pero se pliega ante la posibilidad de que el general Miller no esté de acuerdo si expulsa a su hija de la base.

—Retiraré la escolta, señor.

Mientras saludo y me retiro, mi cerebro ya ha empezado a diseñar un plan B.

38

Mathieu

Cuando regreso al bungalow, el sol ya ha subido lo suficiente como para empezar a calentar el aire. Sloane está en el salón, sentada en el sofá. Se ha vestido con ropa deportiva y zapatillas. También se ha dado una ducha, porque el pequeño bungalow huele a jabón y ella tiene el pelo mojado.

Levanta la vista al verme entrar.

—Has tardado —dice, pero sonríe.

—Barnes no es amigo de las reuniones breves —le explico—. Le gusta hacer esperar a las visitas, primero en la antesala y, después, de pie en su despacho. Siempre es igual. Y luego he ido a por el desayuno —añado.

Dejo una bolsa de papel sobre la mesa y empiezo a sacar su contenido: un termo de café recién hecho, pan, algo de fruta y un par de envoltorios de la cantina con unos sándwiches sencillos pero recién hechos. Luego abro un armario de la cocina, cojo dos tazas y las dejo también sobre la mesa.

—No sabía qué te apetecería —le digo mientras me mira—, así que he traído un poco de todo.

—Eres mi héroe —murmura.

Se inclina hacia delante para coger una taza y, al hacerlo, nuestros dedos se rozan. Es un contacto mínimo, casi insignificante, pero el efecto es inmediato. Me quedo quieto. Ella también. Durante un segundo, los dos contenemos la respiración.

—¿Te ha dicho que me vaya? —pregunta al fin, sin mirarme.

—Sí.

—¿Y?

Levanta la vista y me clava sus ojos azules.

—Le he dicho que no es buena idea —respondo—. Está de acuerdo, sobre todo después de mencionar a tu padre, así que te quedas. Si quieres, claro… —añado deprisa—. Entendería que quisieras marcharte después de lo que ha pasado.

—No, no quiero irme —replica, confirmando lo que yo esperaba —. No puedo, estamos muy cerca.

—Lo suponía —asiento—. Lo que sí ha hecho es retirar la escolta. Ya he despedido al soldado que estaba en la puerta. Pero me aseguraré de que estés a salvo —le prometo.

—Lo sé. —Sonríe y se acerca a la mesa—. Me muero de hambre.

Nos sentamos frente a frente, con el café humeante entre los dos. La luz entra por el ventanal e ilumina su rostro, dejando al descubierto los pequeños cortes y los moratones incipientes.

—Tengo que llevarte a la enfermería —digo—. Nora querrá revisar las heridas.

—Estoy bien —responde.

—Lo sé —contesto—. Aun así.

Por una vez, no discute. Se limita a asentir y a seguir comiendo con apetito. Cuando termina, deja la taza sobre la mesa. Luego, apoya una mano en mi antebrazo.

—Gracias por estar a mi lado —dice en voz baja.

La miro de cerca, consciente de cada centímetro que nos separa.

—Es donde tengo que estar.

Su pulgar se mueve unos milímetros sobre mi piel. Un gesto mínimo, casi inconsciente.

—Cuidado, Beaumont —susurra—. Estás empezando a implicarte demasiado.

Sonrío, cansado.

—Eso pasó hace tiempo.

No responde. Retira la mano y se pone en pie. Luego, rodea la mesa y se acerca a mí sin decir nada, despacio, sin apartar sus ojos de los míos. Mide cada paso como si supiera exactamente hasta dónde quiere llegar y se negara a apresurarse. Cuando se detiene frente a mi silla, tengo que alzar la vista para encontrar sus ojos. Tiene los labios entreabiertos y las mejillas coloreadas.

Durante unos segundos, no ocurre nada. El silencio se extiende entre los dos, denso, expectante.

Entonces, apoya la mano sobre mi pecho y siento su contacto firme, cálido.

—No me mires así —murmura.

—Así, ¿cómo? —pregunto sin moverme.

Sus dedos se cierran un poco sobre mi camisa.

—Como si estuvieras esperando que me detenga, que me aparte.

Le mantengo la mirada.

—¿Y te vas a detener?

Niega con la cabeza. No hay duda en ese gesto. Ninguna vacilación.

La cojo entonces de la cintura y la acerco a mí. Siento el calor de su cuerpo atravesar la tela, la tensión suave de sus músculos bajo mis manos. Nos besamos despacio, sin prisa, con los labios apenas entreabiertos, respirando el uno en el otro. No hay urgencia ni esa electricidad nerviosa de la primera vez.

Me levanto sin soltarla y ahora es ella quien me coge de la mano para guiarme hacia su habitación. Cierro la puerta tras nosotros y dejamos fuera todos los problemas, el dolor y las preocupaciones.

La penumbra nos envuelve de inmediato, aunque la escasa luz que se cuela por la ventana cerrada es suficiente para dibujar nuestras siluetas. Me dejo llevar por su presencia, por el modo en que su cuerpo parece reconocer el mío sin esfuerzo.

Deslizo las manos por su cintura con lentitud, besando la piel que va quedando al descubierto mientras le subo la camiseta, saboreando cada centímetro. Ella responde quitándome la camisa

para recorrerme el pecho con los dedos, atenta, casi reverente, como si estuviera memorizando cada línea, cada marca, cada historia escrita sobre mi piel. Siento cómo se estremece cuando mis manos viajan por su espalda, abiertas, sin prisa, descendiendo hasta la curva de su cintura. Cuando libero el cierre de su sujetador, el escalofrío que cruza su cuerpo me atraviesa también a mí.

Nos tendemos en la cama y terminamos de despojarnos de la ropa sin hablar, como si cualquier palabra pudiera romper el equilibrio que hemos encontrado. No hay torpeza ni miedo, solo una confianza silenciosa, una entrega tranquila. Afuera sigue existiendo el mundo, la base, la amenaza. Dentro, solo estamos nosotros.

Nuestros cuerpos se buscan con suavidad, nos movemos juntos, acompasados, respirando al mismo tiempo, acariciándonos con una naturalidad asombrosa.

La beso en la sien, en el cuello, en la barbilla, mientras ella sostiene mi rostro entre las manos y desliza los pulgares por mis mejillas. Siento sus manos en mi espalda, atrayéndome hacia su cuerpo.

Luego inicio el viaje por su piel, deleitándome en cada estación. Lamo sus pechos despacio, rodeando la aureola con mi lengua golosa hasta que los siento duros entre mis labios. Le pellizco los pezones mientras me deslizo por su estómago hasta el ombligo, besando, lamiendo y mordisqueando cada centímetro de su cuerpo.

Soplo sobre su pubis y la oigo gemir. Está mojada, y arquea las caderas para acercarse a mi boca.

—Por favor… —gime.

—¿Qué quieres? —le pregunto. No puedo evitar sonreír. Me encanta verla suplicar. Ella, tan fuerte, tan decidida, tan autónoma, convertida en una muñeca entre mis manos. Me gusta tanto la sensación que se me pone aún más dura.

Sloane gime de nuevo y mueve las caderas hacia mí.

—No seas perverso —me dice.

Subo hasta su boca y la beso despacio y profundamente.

—No soy perverso —respondo sobre sus labios—, estoy aquí para servirte.

La siento sonreír y vuelve a gemir cuando regreso a su pecho. Luego, rehago el camino hasta su entrepierna sembrando su piel de besos, pequeños mordiscos y caricias. Sin detenerme esta vez, entierro la cara entre sus piernas y le beso el clítoris. Luego lo acaricio despacio con la punta de la lengua y jugueteo un momento antes de recorrerlo de arriba abajo despacio, cada vez más fuerte, con largos lengüetazos seguidos de la succión de mis labios y el golpeteo sutil de la punta de la lengua.

Sloane gime y se retuerce sobre la cama. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Respira entrecortadamente y deja escapar suaves ruiditos que me ponen a cien. Está relajada, abandonada a las sensaciones, feliz entre mis manos, al menos durante un rato.

Me tengo que obligar a dejar de pensar tanto. Vacío mi cabeza de otra cosa que no sea Sloane y yo y me concentro en el pequeño clítoris. Lo succiono con fuerza mientras le masajeo los pechos.

Sloane acelera el ritmo de sus jadeos hasta que arquea la espalda y alcanza el orgasmo. Gime, tiembla y contiene la respiración mientras el placer se apodera de ella. Verla así es lo más salvaje y lo más bello que he experimentado en toda mi vida, lo más sublime y sorprendente.

Por fin, suspira relajada mientras me acaricia el pelo y yo calmo su clítoris con generosos y refrescantes besos.

Cuando su respiración se hace más regular, subo de nuevo hasta su boca y la beso.

Sonríe de nuevo, y de pronto, las tornas se cambian.

Ella toma el control de los besos, adelanta la cara y hunde la lengua en mi boca mientras me empuja despacio hasta obligarme a tumbarse sobre mi espalda. Entonces, se sienta a horcajadas encima de mí y siento su clítoris inflamado y empapado sobre mi erección. Tengo que aguantarme las ganas imperiosas de metérsela en ese mismo instante. Me está volviendo loco…

Pero ella no parece tener prisa. Se mueve despacio adelante y atrás en un balanceo que hace que cierre los ojos y deje escapar un gemido grave, gutural. Sloane se inclina hacia delante y me lame el cuello, me mordisquea los pezones y me acaricia el abdomen. Siento tal tirantez entre las piernas que creo que me va a explotar la polla.

Convertida en una torturadora, se desliza hacia atrás y se acomoda entre mis piernas. Me incorporo sobre los antebrazos para mirarla. Ella clava en mí sus ojos azules y sonríe. Tiene los labios brillantes, y la melena rubia rodea su cabeza como una aureola mágica.

Me besa en el vientre y desliza la lengua hasta la ingle, provocando que dé un pequeño respingo. Después, llega hasta su objetivo, saca la lengua y me lame decidida el glande. Me echo hacia atrás y gimo de nuevo.

Rodea el pene con la lengua, lo tantea con la punta y, por fin, se lo mete en la boca. Siento cómo ahueca la garganta para acogerme entero y creo que me voy a correr en ese mismo instante. Desliza los labios hacia atrás para apartarse unos centímetros y vuelve a comérsela mientras su lengua me acaricia la verga dentro y fuera de su boca. Lo lame a lo largo, despacio, con fuerza, intensamente.

—No aguantaré mucho más si sigues jugando así conmigo —susurro.

Ella regresa poco a poco a mi boca y me besa profundamente.

—Vamos —murmura contra mis labios.

Esta única palabra es como una espoleta para mí. Siento que mi pene se endurece aún más y que todos mis músculos se tensan.

—No imaginas cuánto te deseo —susurro.

Recupero la posición dominante y la beso de nuevo antes de levantarme con rapidez. Llevo un preservativo en la cartera. Lo cojo y vuelvo a su lado. Me lo pongo con un movimiento rápido y me apodero de nuevo de sus labios. Quiero comérmela, devorar sus labios, sus pechos, su sexo. Deslizo la mano hasta su pubis y comienzo a acariciarle el clítoris con dos dedos. Mientras el pulgar se

concentra en el centro del placer, el dedo corazón empieza a juguetear con la entrada de la vagina. Sloane gime, se retuerce y jadea pidiendo más.

Y yo, por supuesto, obedezco. Me coloco sobre ella con cuidado, con el glande apuntando ya hacia mi objetivo.

Me pierdo en su boca mientras avanzo despacio en su interior. La lleno poco a poco, sintiendo cada centímetro.

Sloane gime y se contonea debajo de mí, levantando las caderas para exigir más y más, más adentro, más deprisa, más fuerte. Siento que hasta la última célula de mi piel vibra de placer. Entonces, ella me abraza las caderas con sus piernas y desliza los brazos por mi espalda.

Me tiene.

Y yo la tengo a ella. Cuando estoy completamente dentro de ella, me detengo y la miro a los ojos.

No hablamos, no hace falta. Está todo dicho y, a la vez, queda todo por decir. Tiempo al tiempo.

La beso despacio y salgo unos centímetros de su interior antes de volver a entrar poco a poco. Repito el movimiento una y otra vez lentamente mientras sus gemidos se incrementan. Entonces, cuando siento que está cerca, que su cuerpo entero se enerva en un espasmo de placer, me dejo llevar y acelero mis movimientos. Más adentro, más fuerte, más rápido.

Sloane jadea con la cara pegada a mi pecho, casi colgada de mí. Puedo sentir su respiración, el latido enloquecido de su corazón.

Un nuevo embate, y otro más. Luego, todo se desboca. Sloane echa la cabeza hacia atrás para recibir el orgasmo en toda su intensidad. La acompaño con una serie de embestidas breves y profundas que culminan en su propio placer. Me corro con los ojos fijos en los suyos hasta vaciarme por completo. Luego, le acaricio los labios con el pulgar y paso el dorso de la mano por sus mejillas.

—Estás preciosa —le digo.

Ella levanta las manos y me rodea la cara con ellas para acercarme a sus labios. Nos besamos una vez más mientras siento sus dedos entre mi pelo.

¿Acaso no es esto el paraíso?

39

Sloane

No recuerdo haberme quedado dormida, pero lo he hecho. Cuando abro los ojos, durante unos segundos no sé dónde estoy. Solo siento el calor, el peso tranquilo de su brazo rodeándome la cintura, su respiración profunda y regular contra mi nuca, el colchón cediendo bajo nuestros cuerpos todavía enlazados por el sueño. El bungalow está en silencio, aunque desde la calle me llega un estrépito de motores y voces masculinas.

No me muevo. Me siento bien, no quiero que se rompa este instante.

El pecho de Mathieu sube y baja con una cadencia serena. Su barbilla roza mi hombro desnudo, los dedos descansan aún sobre mi abdomen, como si incluso dormido se negara a soltarme. Tiene el pelo revuelto, la mandíbula relajada y, por primera vez desde que lo conozco, no parece estar en guardia.

Y también por primera vez, siento algo parecido a la paz.

Sin embargo, hay algo en Mathieu Beaumont que empieza a volverse peligroso. Algo que hace que mis defensas bajen sin que me dé cuenta, que los miedos retrocedan, que las heridas —las visibles y las otras— duelan un poco menos.

Me giro con cuidado para mirarlo.

Abre los ojos justo entonces, como si supiera que estoy despierta.

—Buenos días —murmura, con la voz grave.

—Buenos días.

—No me he dado cuenta de que me quedaba dormido…

—Yo tampoco, pero es normal. Ninguno hemos pasado una buena noche —digo, como excusa para los dos.

—No, pero la mañana sí ha sido interesante.

Sonríe y se acerca a mi cara para besarme en los labios. Luego nos miramos en silencio, como si los dos estuviéramos intentando leer los pensamientos del otro.

—¿Cómo te sientes? —pregunta al fin, con una suavidad que no le había oído antes.

Pienso la respuesta un segundo.

—Como si el mundo fuera un poco menos hostil, al menos por un rato.

Sonríe, y me parece sincero. Para mi sorpresa, eso me desarma más que cualquier gesto de la noche anterior.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Mucha.

—Veré si queda algo en la bolsa que he traído. Y si no, siempre puedo hacer café y abrir una lata de carne estofada.

—Qué despliegue de romanticismo —me quejo.

—Soy un hombre de recursos limitados.

Reímos bajito, como si el ruido pudiera romper lo que se ha construido entre estas paredes en tan poco tiempo.

Nos vestimos sin prisa. Él se pone el uniforme de diario; yo elijo unos *leggins* limpios y una sudadera holgada. El brazo me molesta al moverlo y la piel tira bajo el vendaje, pero ya no sangra. Es un dolor soportable, casi secundario. Si me esfuerzo, podría olvidarme de él.

Comemos en la mesa pequeña de la cocina: pan de molde algo seco, café tibio y unas galletas saladas que ha encontrado en la alacena. Mientras, hablamos de cosas triviales, casi absurdas. De ducharse con agua fría (a ninguno nos gusta), de la calidad del café (los dos somos unos sibaritas en este punto), del último libro que hemos leído (un ensayo político yo, una novela de espías él).

Durante unos minutos, solo somos dos personas normales compartiendo una mañana cualquiera.

Dos cuerpos que se han buscado, pero sin prisa por encontrarse.

Dos personas que no saben cómo será el día, pero que agradecen estar juntas ahora.

Mientras él friega, observo el bungalow con atención. Las paredes beige apagado, los muebles funcionales gastados por el tiempo, el suelo de madera que cruje con cada paso. El sofá bajo de tela gris, la lámpara de pie. La cocina con electrodomésticos antiguos y la radio portátil sobre la nevera.

Es un lugar sencillo. Tranquilo. Inofensivo.

Y, sin embargo, es el único sitio donde me he sentido segura en semanas.

Mi teléfono vibra sobre la mesa. Lo cojo y compruebo el mensaje. Es Nora.

—Tengo que pasar por la enfermería —suspiro.

—Te lo he dicho antes —responde—, hay que revisar esos cortes.

—No son graves.

—Lo sé —dice—. Pero hay que asegurarse de que no haya infección.

Voy a contestar cuando suena su móvil.

El tono es breve, discreto, pero el efecto es inmediato. Mathieu lo coge y se aparta hacia la sala sin dejar de mirarme. Contesta con voz firme y baja.

—Beaumont.

Pausa.

—Sí, señor… Estamos en el bungalow exterior, en el límite este… No, ella sigue descansando. Anoche le dieron algo para el dolor, necesitaba dormir.

Se gira un poco hacia mí. Sabe que escucho. Y yo sé que miente.

Miente por mí.

Por nosotros.

Por algo que aún no tiene nombre.

—No sé aún cómo organizaremos el día —continúa—. Iremos primero a la enfermería. Después… veremos cómo evoluciona.

Otra pausa, más corta.

—De acuerdo. Le informaré antes de cualquier movimiento.

Cuelga sin despedirse. Vuelve a la cocina, guarda el móvil en el bolsillo y apura el café frío de un trago.

No digo nada.

No hace falta.

Porque en su mirada hay una decisión tomada.

—Barnes quiere el reportaje para que te marches cuanto antes —dice al fin.

—¿Y tú qué quieres? —pregunto sencillamente. No es un desafío ni un comentario irónico. Por una vez, solo es una pregunta.

Me observa un instante largo.

—Que no te expongas innecesariamente —responde—. Y que, si vas a seguir investigando, no lo hagas sola.

El silencio que cae entre nosotros es distinto al de antes. Ahora es más pesado.

—¿Eso significa que vas a seguir ayudándome? —pregunto—. ¿A pesar de lo que podamos averiguar y de lo que pase después?

—Significa —dice despacio— que vamos a pensar juntos cómo seguir. Hay almacenes a los que no vas a tener acceso, son zonas restringidas. Tampoco podrás consultar la documentación relacionada con esos lugares, obviamente. Para eso me necesitarás a mí.

Ahí está. La línea invisible.

La duda que no verbalizamos.

—No creerás que me estoy aprovechando de ti para avanzar en la investigación, ¿verdad?

Mat me mira un momento y luego sonríe.

—No se me había ocurrido, pero si esta es tu forma de extorsionarme, puedes seguir haciéndolo. Seré un rehén fácil.

Le doy un golpe en el brazo y él finge sentir dolor. Sé que ni lo ha notado.

—Primero, vamos a la enfermería —continúa—. Luego nos sentaremos, revisaremos lo que tenemos entre los dos y veremos qué piezas faltan.

Asiento.

—De acuerdo.

Nos miramos un segundo más, conscientes de que ya no hay marcha atrás. No después de anoche. No después de esta mañana.

Mathieu Beaumont ya no está cumpliendo órdenes.

Y yo ya no estoy jugando sola.

Ambos sabemos el peligro que corremos.

Y, aun así, damos el paso.

40

Sloane

No espero encontrar nada nuevo esa mañana.

Después del almuerzo con Mathieu (porque habíamos desayunado cuando volvió de hablar con el comandante Barnes y antes de… Uf), cuando el sol hace rato que calienta las láminas metálicas del tejado, me instalo en la pequeña mesa junto a la ventana. El portátil abierto, la taza ya vacía, y una libreta a mi lado con las páginas dobladas y un montón de tachones y anotaciones en los márgenes. No soy la más organizada del mundo, pero me funciona.

La muñeca todavía me duele, pero puedo moverla, y los cortes que llevo en todo el cuerpo solo tiran de vez en cuando y escuecen debajo de las gasas.

Nora me ha atendido hace un rato en la enfermería. Ha revisado las heridas y ha asentido ante cada una de ellas. Todo va bien. Luego, el enfermero me ha curado y ha vuelto a vendarme unas cuantas, aunque otras las ha dejado al aire.

Me ha dado un blíster de analgésicos por si me hace falta y antes de dejarme marchar me ha obligado a prometerle que volveré al día siguiente para darme un nuevo repaso. Me ha hablado como si fuera mi madre, y lo peor es que Mathieu ha respondido por mí, como si fuera mi padre. Me han dado ganas de contestarle que hace un rato no estaba siendo tan formal, pero he conseguido morderme la lengua a tiempo.

Me cuesta concentrarme en el trabajo, pero lo hago. Los genes militares de mi padre me predisponen a la disciplina.

Reviso los correos, los informes archivados y las notas dispersas entre las líneas tachadas. Todo me devuelve la misma sensación de siempre: conjeturas, sospechas, patrones incompletos. Pistas que apuntan en una dirección, pero que aún no se dejan atrapar.

Mi teléfono pita brevemente cuando llega un mensaje.

Es Stokes. Nunca me ha enviado un mensaje, siempre utiliza el correo electrónico. Es extraño, pero hago clic con el ratón y el mensaje se abre ante mí. Creo que no respiro mientras lo leo.

Hay algo que no has visto. Necesitas esto.

Veritas no es el centro, es solo la fachada.

En el almacén sur aún guardan entregas no declaradas, algunas con marcas falsas.

Si quieres pruebas físicas, ve allí. Pero no vayas sola.

Revisa la fecha 14/09. Esa entrada no figura en los registros oficiales, pero existe.

Lo verás si sabes dónde buscar, pero ten cuidado, van detrás de ti.

¡Ah! Y no te fíes de los soldaditos.

Me quedo inmóvil.

Esto es justo lo que necesitaba, el empujón que le falta a mi investigación, algo sólido y tangible.

¿Dónde está el almacén sur? Puedo averiguarlo, se lo preguntaré a…

En ese momento, la última frase del mensaje se pinta de fosforito en mi memoria. «No te fíes de los soldaditos». ¿A quién se refiere? No puede ser… Pero si alguien me ha estado observando, tiene que saber con quién estoy.

Me repito que no puede ser, pero es tan lógico…

Mierda, mierda, mierda. ¿Qué hago?

Me debato un buen rato entre llamar a Mat y contarle lo que tengo, como se supone que hemos acordado, o ponerme a salvo lo más lejos que pueda de él.

Mierda.

De momento, necesito averiguar dónde está el almacén sur y cómo es de complicado acceder a él. Tengo una fecha concreta, no necesito deambular entre las estanterías para encontrar lo que busco.

Esto confirmaría que Veritas Global Supply no es más que una fachada, y que quién esté detrás de esta empresa fantasma se está embolsando cientos de miles de euros de dinero público.

Cuando Mathieu regresa al bungalow, se ha quitado la chaqueta y el sol le brilla en la piel. Deja las llaves sobre la encimera, cruza la estancia sin decir nada y me mira como si supiera, incluso antes de que abra la boca, que algo ha cambiado.

Cuando lo veo y lo miro a los ojos, me decido. No puedo hacer otra cosa.

—Tengo algo —digo.

Él me mira con el ceño fruncido mientras yo señalo en portátil. Espero a que se siente a mi lado y le enseño el mensaje.

Lo lee en silencio y luego vuelve a leerlo. Y una tercera vez, con el ceño fruncido.

—¿Confías en ese tal Stokes? —pregunta por fin.

—No sé quién es, no lo conozco, al menos no en persona. Lleva meses enviándome mensajes, siempre por correos encriptados, excepto hoy —respondo, y él frunce aún más el ceño.

Mathieu apoya una mano en el respaldo de mi silla.

—Sabe que estás aquí —recalca.

—Él me indicó que viniera, ¿recuerdas? Las primeras indicaciones partieron de esta fuente anónima.

—A la que le has dado más crédito que a mí —suelta de pronto.

Guau, no me lo esperaba.

Está apretando la mandíbula y mirando fijamente el mensaje.

Vale, ya lo entiendo.

—Le estás dando vueltas a algo que no tiene sentido —le digo. Él gira la cara para clavarme sus ojos de acero—. Te lo he contado, ¿no? No confío en los soldaditos —digo, entrecomillando las palabras en el aire—, pero confío en ti.

Lo veo relajarse visiblemente. Luego se acerca a una de las ventanas del bungalow, la que da a la base, y señala con el dedo.

—El almacén sur está en una zona poco frecuentada, cerca del perímetro, en la antigua área de suministros, y si no recuerdo mal, la entrada es paralela, lo que significa que está justo en el borde del vallado exterior.

—¿Podríamos entrar?

—Podríamos —admite—. Pero primero tengo que comprobar cómo está la seguridad en esa zona.

—¿Te suena la fecha? —pregunto después—. 14 de septiembre.

Niega con la cabeza.

—No, de memoria no me dice nada, pero puedo revisar los registros físicos, los libros de tránsito que aún se usan para camiones externos.

Guardo el mensaje y lo envío a mi nube privada con una contraseña de un solo uso. Luego, cierro el portátil despacio. Los dedos me tiemblan un poco, pero no es por miedo.

Hay algo inquietante en lo directo del tono del mensaje, en lo fácil que parece todo. Llevo confiando en mi informante desde que comencé la investigación y nunca me ha fallado, pero no debo olvidar que este mensaje es distinto. No ha llegado protegido, sino abierto. Hay algo extraño, pero no tengo modo de comprobarlo, así que las únicas opciones son ignorar el mensaje y seguir con lo que estoy haciendo, o tirarme de cabeza a la piscina sin comprobar si hay agua.

Salto.

—Iremos mañana —le digo—, cuando compruebes la seguridad y todo lo demás.

—¿Estás segura?

—No, pero si hay algo ahí, no podemos dejarlo pasar.

Asiente, aunque noto la tensión en su cuerpo, la forma en que se cruza de brazos, como si quisiera interponerse entre ese plan y yo.

No discutimos, sabe que no sirve de nada.

La decisión ya está tomada.

Entonces, llaman a la puerta. Dos golpes secos, pero no suenan agresivos.

Mathieu y yo nos miramos al mismo tiempo. Él se acerca a la puerta y echa un vistazo por la mirilla. Su expresión se endurece.

—Denton.

El pulso se me dispara.

Actúo sin pensar. Cojo el portátil, lo apago y lo escondo bajo la manta. Luego me siento recostada en los cojines, ajusto el vendaje de la muñeca y finjo el peso del cansancio, la somnolencia de los calmantes de la noche anterior.

Mathieu abre la puerta solo lo justo, pero puedo ver a Denton desde donde estoy. La voz de Mat cambia al instante a un tono más frío.

—¿Qué haces aquí? —pregunta a bocajarro

—Pasaba cerca —responde Denton—. Me he enterado de lo que pasó anoche y vengo a ver si necesitáis algo. Solo saludar, ya sabes.

—¿Saludar?

Denton alza una ceja. Va de civil, pero su postura es inequívocamente militar. Echa un vistazo al interior hasta que sus ojos se encuentran con los míos.

Contengo el aliento.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, mirándome.

—He estado mejor —respondo—, pero también peor, así que no me quejo. Un poco mareada… —añado.

—Le dieron algo fuerte anoche —le explica Mathieu.

Denton mantiene la mirada unos segundos más y luego da un paso atrás.

—Tranquilo, Beaumont —dice, con una amabilidad que no me tranquiliza en absoluto—. Solo quería asegurarme de que todo está en orden. Somos amigos, ¿no?

Mathieu no responde.

—Y ya sabes —añade Denton—, si necesitáis cualquier cosa, no tienes más que decírmelo. Nunca está de más tener respaldo.

—Lo tendré en cuenta.

La sonrisa de Denton no dice nada.

—Disfrutad del día.

Se va y Mat cierra la puerta.

—¿Crees que sospecha? —le pregunto cuando estamos solos.

—No lo sé —responde—. Pero si no lo hacía antes, ahora sí. Nadie se cree que lo de anoche fue una broma pesada, así que las sospechas de que estás detrás de algo van de boca en boca en la base.

Nos miramos en silencio.

—Tenemos que darnos prisa —susurro.

Mathieu asiente.

—Mañana iremos al almacén sur.

Y, ocurra lo que ocurra allí, ya no habrá vuelta atrás.

41

Mathieu

Desde el momento en que leí el mensaje, supe que algo no encajaba, aunque preferí no compartir con Sloane las dudas que me asaltaban.

Soy un militar entrenado, he participado en operaciones encubiertas, he aprendido a leer entre líneas, a interpretar las señales. Por eso estoy vivo. Y hay algo en ese mensaje que me incomoda profundamente, pero en ese momento todavía no soy capaz de decir exactamente qué, pero estoy convencido de que algo no cuadra. Espero no descubrirlo por las malas.

No es solo la información lo que me preocupa. De hecho, lo que más me inquieta es el momento exacto en que ha llegado y el tono del mensaje. Suena urgente, y nos da todos los datos para que no tengamos que hacer nada más que ir allí y buscar lo que nos dice.

Llevamos semanas navegando en una espiral de suposiciones, buscando entre las sombras una grieta que nos permitiera avanzar. Y de repente, como caída del cielo, recibimos una dirección precisa y una fecha concreta.

Me parece que todo es demasiado oportuno, demasiado pulcro y conciso para ser real.

Está claro que Sloane no comparte mi escepticismo, o al menos no de forma explícita. Me da la sensación de que está tan obcecada con llegar al meollo de la cuestión, verificar sus sospechas y conseguir nombres para su reportaje que no le importa nada más. Se limitó a cotejar la fecha con sus notas previas y a buscar coincidencias en los archivos que habíamos acumulado.

También sé leer caras, es muy importante cuando estás en una misión y no sabes si quien tienes delante es amigo o enemigo. Sloane fingía estar tranquila y concentrada, pero todo su cuerpo estaba en tensión. Leí el ligero temblor de sus dedos al escribir, el modo en que se mordía la comisura del labio cuando algo no terminaba de convencerla y cómo desviaba la mirada mientras intentaba convencerme de que no hay otra opción que seguir adelante. Está decidida a seguir esa pista, aunque por dentro sepa que puede ser una trampa.

—¿Estás segura de que ese tipo es tu informante anónimo? —pregunto por tercera vez, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. La pantalla del portátil refleja la luz pálida del bungalow.

Ella suspira, sin apartar la vista.

—Tan segura como se puede estar de alguien a quien solo conoces por mensajes encriptados.

—Eso no me tranquiliza en absoluto —digo, bajando la voz.

Entonces me mira directamente. La veo agotada, pero también con una determinación que le endurece la mandíbula y la mirada.

—Mathieu, nada de esto es tranquilizador. Nada. Pero si lo que dice es cierto, si hay una entrega sin registrar, con material marcado de forma fraudulenta, eso podría ser justo lo que necesitamos. Algo físico que no puedan alterar ni eliminar. Algo que podamos mostrar. Que podamos denunciar.

Justo lo que me temía.

La claridad con la que lo dice me golpea con fuerza. Ella no tiene entrenamiento militar ni cuenta con ninguna protección, pero está dispuesta a exponerse por encontrar la verdad.

No le contesto enseguida. Camino hasta la mesa del comedor, conecto una de las pantallas que llevé la noche anterior y busco un plano de la base. Luego me siento y paso los dedos por las líneas de los sectores, los puntos de acceso, las zonas muertas entre las cámaras. El almacén sur aparece justo al borde de una zona de

suministros cerrada desde antes del verano por unas obras de mantenimiento. Técnicamente, no hay tránsito por allí desde hace semanas.

—El perímetro oeste es el más expuesto —murmuro, más para mí que para ella—. Pero también el que tiene menos vigilancia activa. Si salimos a medianoche, bordeamos el muro de servicio y cruzamos por detrás del viejo hangar, podremos llegar en menos de diez minutos y con pocas posibilidades de que nos vean, aunque el riesgo cero no existe.

Ella se sienta a mi lado, en silencio. Le señalo el acceso secundario, una compuerta de carga que da a una especie de plataforma olvidada entre los contenedores.

—Si todo esto es una trampa, podrían estar esperándonos allí —digo finalmente—. Al menos a ti, porque no sé si quien esté detrás de esto está también al corriente de nuestra.., alianza —digo por fin.

—Lo sé —responde ella, sin apartar la vista del plano.

—Si pasa algo, si todo se complica, sal corriendo —le exijo—. No esperes, no dudes. Sales de ahí y te pones a salvo, ¿entendido?

—No pienso dejarte solo —protesta ella.

Por supuesto, es lo que esperaba. Está empezando a ser muy predecible…

Levanto la vista y me pongo aún más serio. Estoy a un paso de cabrearme de verdad. No puede ser tan cabezota cuando se está jugando la vida. Y la mía, de paso, porque si hace algo comprometido, nos compromete a los dos.

Aún así, intento hablar con calma.

—No es una opción, Sloane.

Ella señala con la barbilla la cama deshecha detrás de nosotros.

—Esto tampoco lo fue. Y aquí estamos.

No sé qué contestar. Porque tiene razón. Todo se está saliendo del guion, y lo único que me mantiene en pie es ella.

La miro unos segundos más. Quiero decirle que el miedo que siento no tiene nada que ver con los riesgos del operativo, que no me preocupa una bala, sino perderla a ella en mitad de una noche sin testigos. Pero no lo digo. En vez de eso, estiro la mano y le rozo los nudillos.

No se aparta.

—Saldremos a medianoche —repito de nuevo, más decidido que antes—. Lleva solo lo justo, nada de peso innecesario.

—De acuerdo.

—Yo llevaré solo lo esencial. Una linterna y algo de equipo táctico. Tú, basta con que lleves tu cámara.

Ella me sostiene la mirada y veo en sus ojos una mezcla compleja de miedo, esperanza y algo que me recuerda… No sé, no quiero pensarlo.

—Gracias por confiar en mí —dice en voz baja.

—No es difícil hacerlo ahora —respondí, sin pensar—. Te he visto, y eso basta.

42

Sloane

Medianoche. La hora exacta. La puntualidad normalmente me tranquiliza, pero esta vez no hace más que aumentar el nudo que tengo en el estómago. He perdido la cuenta de las vueltas que he dado alrededor del minúsculo salón del bungalow. Mat me ha prohibido salir y, por una vez, he decidido que lo más prudente es hacerle caso. No solo porque pienso que alguien puede volver a intentar hacerme daño, sino también porque, si me pilla fuera, Mathieu es capaz de enfadarse hasta el punto de renunciar al plan, y eso no puedo permitirlo. Lo primero es lo primero.

La base duerme envuelta en una oscuridad espesa. La luna se ha escondido detrás de un velo de nubes densas, dejando el cielo completamente negro. Por un momento no se oye más que el rumor del viento agitando con fuerza las ramas de los árboles, aunque pronto se une el estruendo de un trueno lejano. Se aproxima una tormenta, espero que solo en el cielo.

Mat está a punto de provocarme un infarto cuando golpea con los nudillos la puerta del bungalow.

—No has mirado quién era —me reprocha cuando abro.

¿Perdona?

—Sabía que eras tú —respondo.

—No lo sabías. Deberías ser más precavida —me dice en un tono militar que me recuerda demasiado a mi padre—, ¿o ya te has olvidado de la piedra que lanzaron a través de tu ventana? Y el mensaje, claro. Alguien sabe lo que estás haciendo, así que ten más cuidado a partir de ahora. ¿Nos vamos?

Su actitud no admite réplica. Da media vuelta y cruza el umbral a grandes zancadas. Yo cojo mi cámara, me la cuelgo al cuello, cierro la puerta y lo sigo. Cuando bajo las escaleras ya me lleva diez metros de ventaja.

Lo siento mucho, jamás en mi vida he ido detrás de nadie y no voy a empezar ahora, así que voy a mi paso y la distancia entre los dos es cada vez mayor. Entonces, gira la cabeza para ver dónde estoy y se detiene.

Sigo avanzando a mi paso.

—Te estás tomando esto como un juego —dice cuando llego frente a él.

—Para nada, pero si estás cabreado, no la pagues conmigo —protesto.

—¿En serio? No me lo puedo creer. ¿No te das cuenta de que a cada segundo que pasemos aquí fuera, más posibilidades hay de que nos localicen? ¿De que somos un blanco fácil si alguien nos espera?

No, no lo había pensado, la verdad.

—De acuerdo —acepto, aunque sin reconocer del todo mi error—, te sigo a tu paso, no te preocupes.

La grava cruje bajo nuestras botas. Cada paso era como una nota mal colocada en una sinfonía que debería pasar desapercibida.

Mathieu sigue unos metros por delante de mí, con la determinación de quien conoce el terreno como la palma de su mano. Sé que lleva un mapa en la cabeza y lo sigo sin dudar, atenta a lo que nos rodea. A unos doscientos metros de distancia, en el centro de la base, hay luces fijas y otras móviles, las farolas y los coches que van de un sitio a otro, pero allí no hay nada, ni luz, ni vehículos ni, al parecer, personas.

Mat avanza con seguridad. Sé que lleva un arma oculta bajo la chaqueta y los sentidos alerta, pero su cuerpo no parece mostrar tensión alguna. Esa calma, esa frialdad contenida, me tranquiliza. Si

él no se altera, yo puedo resistirme a la ansiedad que me estrangula el estómago.

Yo llevo lo justo, además de mi cámara colgada al cuello. He cogido una linterna pequeña, la navaja que me regaló Rubi el año pasado por mi cumpleaños y un espray de pimienta que probablemente estará caducado. Además, llevo mi grabadora en el bolsillo interior de la chaqueta, lista para comenzar a grabar en cuanto pulse un botón. Posiblemente no la necesite, porque lo ideal es que no nos encontremos con nadie, pero tenerla conmigo es una forma de recordar quién soy y lo que hago allí. Que todo esto tiene un propósito.

Cuando doblamos el camino trasero y comenzamos a bordear la vieja estructura metálica de los hangares, el almacén sur aparece frente a nosotros. Es una silueta rectangular y silenciosa, ennegrecida por la falta de luz y el abandono. Desde fuera, parece una carcasa vacía, un edificio muerto.

Mathieu se detiene y se agacha.

—Ahí está —murmura sin volverse.

No respondo. Siento el corazón martilleándome en los oídos, acompasado al pulso en mis muñecas. Me duelen los pies de tanto tensarlos en cada paso. Las heridas producidas por los cristales me escuecen y me martirizan, pero soy capaz de ignorarlas.

Nos aproximamos por el flanco izquierdo, cubriéndonos con las sombras proyectadas por un contenedor oxidado. La verja de acceso, una simple puerta de acero con rejilla, está entreabierta. Apenas unos centímetros, pero lo suficiente para pasar.

Mathieu se detiene y se inclina un poco hacia la puerta. Lo veo revisar la cerradura y palpar la bisagra. Luego me hace una seña con la mano, clara y firme: *espera*. No dice ni una palabra, no es necesario.

Por fin, me hace un gesto con dos dedos. *Adelante.*

Paso agachada por el hueco de la puerta, conteniendo la respiración.

El interior del almacén huele a polvo, a óxido viejo y a humedad. El aire es frío y pronto siento que se me eriza el vello de los brazos, aunque no sé si es por la temperatura o por los nervios. Aquello es enorme, mucho más de lo que esperaba. Hileras de estanterías de metal se extienden hacia el fondo y hacia arriba, casi hasta techo. Algunas están vacías, pero en otras veo cajas apiladas sin ningún orden visible. El suelo es de cemento rugoso, pero amortigua el sonido de nuestras suelas de goma y podemos avanzar con sigilo.

Caminamos entre las filas de estanterías. Mathieu va delante, explorando con la mirada cada rincón. Yo paso la linterna con cuidado por las cajas más cercanas. Nada. Códigos borrosos, etiquetas rotas… Ni un sello oficial, ni una marca de Veritas. Aquello tiene pintas de llevar allí mucho más de un año.

La desolación del lugar no es solo física. Es una burla.

—No hay nada —murmuro en un susurro apenas audible.

Mathieu frunce el ceño. Sus ojos escanean el entorno con creciente frustración.

—Nos han engañado —dice en voz baja, con la mandíbula apretada—. Este sitio está limpio.

Y entonces, lo oigo.

Un clic seco, claro. El inconfundible sonido de un arma deslizándose al cargar.

Suena detrás de nosotros.

Mathieu reacciona antes incluso de que yo pueda terminar de procesarlo. Me empuja al suelo con fuerza y, un segundo después, un disparo rompe el aire como un trueno dentro de una catedral. El estruendo es tan fuerte que me zumban los oídos. Caigo de lado, golpeándome el codo contra el cemento. El dolor me devuelve a la realidad.

—¡Al suelo! —grita Mathieu, ya girando sobre sí mismo y con el arma desenfundada.

Más disparos. Oigo también voces, pasos acelerados y un grito lejano.

Luego, el sonido metálico de una bala rebotando contra una estantería cerca de nosotros, demasiado cerca.

Me deslizo a ras de suelo, arrastrándome entre cajas vacías. Me estoy raspando las rodillas contra el hormigón y siento las manos sudadas y cubiertas de polvo, pero ahora mismo es lo que menos me importa. Las luces de las linternas bailan en la oscuridad, generando destellos que solo empeoran mi desorientación. Mathieu dispara hacia una esquina, y casi al instante una caja estalla a mi derecha, lanzando astillas y polvo en todas direcciones. Toso mientras el pecho me arde. El pánico sube por mi garganta, seco, ácido.

—¡Corre hacia el fondo! ¡Ahora! —me grita Mathieu sin dejar de cubrirme.

Obedezco, no hay tiempo para pensar. Corro agachada, casi a cuatro patas, pero tropiezo con un palé y me golpeo la espinilla. Escucho los pasos detrás, las órdenes ladradas entre dientes, y soy consciente de que se están moviendo por el perímetro para tratar de rodearnos.

Otra bala silba por encima de mi cabeza, y el sonido me hiela la sangre.

Llego al final del pasillo y me oculto tras una pila de cajas grandes. El corazón me golpea con tanta fuerza que temo que me delate. Siento la humedad del sudor en la espalda, el temblor en las piernas, el ardor en los pulmones.

Mathieu me alcanza segundos después. No puedo evitar sentir un enorme alivio al verlo. Está vivo. Estamos vivos, pero ¿por cuánto tiempo?

Se agacha a mi lado y revisa su cargador. Mantiene la mirada atenta a todo lo que nos rodea. Tiene el rostro cubierto de sudor y creo que la mancha oscura que distingo en su chaqueta puede ser sangre, pero no tengo tiempo de preguntárselo.

—¿Estás bien? —quiere saber.

Asiento, porque no puedo hablar.

Por primera vez, soy consciente del lío en el que me he metido y, de paso, he metido a Mathieu. Hasta ahora había creído —de forma ilusa y arrogante— que yo sola sería capaz de sacar a la luz un escándalo mayúsculo, una enorme estafa en el seno del ejército, y que seguramente ganaría un Pulitzer por mi trabajo. Solo necesitaba datos, pruebas.

Pero a lo que nos estamos enfrentando no es una red de irregularidades administrativas y envíos desviados.

Es una guerra encubierta.

Una guerra sin nombre.

Y acabábamos de cruzar su puerta.

43

Mathieu

Lo sé en el mismo segundo en que el primer disparo rompe el silencio. No es por el sonido, sino por el ángulo.

Viene de dentro. Quien esté intentando matarnos, está en el interior del almacén.

Nos estaban esperando.

Me lanzo hacia Sloane y la empujo con fuerza contra una fila de estanterías vacías mientras desenfundo el arma. Ella tropieza, pero consigue agacharse sin perder el equilibrio. Oigo su respiración entrecortada como la mía.

Cuento los ecos. Una, dos detonaciones. Luego varias seguidas. El sonido rebota entre los pilares de cemento una y otra vez, por lo que no consigo ubicar a los tiradores.

Sin embargo, el ritmo es claro, calculado. Nos están cazando, no disparan al azar.

—¡Sigue! —grito con voz ronca, señalando hacia el fondo oscuro del almacén—. ¡Busca una salida!

Por una vez, Sloane no discute. La veo avanzar agachada entre las sombras y las cajas medio vacías, hasta que su figura se desdibuja al fondo del pasillo. Cuando está lo más lejos posible, yo giro hacia la izquierda, presionando la espalda contra el metal helado de una estantería. Entonces, escucho el clic suave de otro cargador a mi derecha.

Me agacho al instante, y un disparo pasa silbando a centímetros de mi oído, tan cerca que siento el calor cortante de la fricción. Otro impacto contra una viga metálica lanza una lluvia de fragmentos.

No dudo.

Apunto a donde creo que está la amenaza y aprieto el gatillo dos veces. Sé que es casi imposible que acierte, pero mi objetivo no es acabar con los atacantes, al menos no de momento. Necesito desviar su atención para abrirme un hueco. Me muevo en diagonal, cruzando el pasillo central del almacén como si el suelo quemara, agachado, jadeando.

Veo dos figuras al fondo, poco más que unas siluetas entre las sombras. No llevan el uniforme reglamentario, aunque su forma de sostener las armas y prepararse para disparar es totalmente militar.

Uno de ellos dispara justo en ese momento.

Me lanzo al suelo y ruedo por el cemento rugoso. Siento las piedras rasparme la piel de la cadera. Apunto y disparo de nuevo. Escucho claramente un quejido y vislumbro un cuerpo que se tambalea. Sin embargo, el otro se esfuma tras una columna de acero.

—¡Sloane! —llamo. Siento la garganta áspera por el humo y el esfuerzo.

Nada.

El silencio me golpea como un puñetazo.

Corro hacia el fondo. Me arden las piernas y el sudor me pega la camiseta al cuerpo, pero no dejo de correr. La encuentro agachada detrás de un contenedor metálico, encogida, con los brazos cubriéndose la cabeza.

—¡Estoy bien! —jadea cuando me ve—. ¡Pero no hay salida!

Miro a mi alrededor. Un enorme candado cuelga del único acceso trasero, brillante bajo la linterna. Cerrado por dentro. Es una trampa perfecta, no tenemos escapatoria.

Disparo dos veces al seguro, pero no consigo abrirlo. Empiezo a desesperarme… Sloane está a mi lado, agachada, temblando. Nos hemos metido en una ratonera y están a punto de darnos caza.

Entonces siento el impacto. No recuerdo el sonido, solo el golpe seco, sordo, como si alguien me hubiera arrojado un mazo ardiendo

contra el costado izquierdo. Me doblo sobre mí mismo y el aire se me escapa de los pulmones. Al instante, siento el calor húmedo expandiéndose bajo la camisa.

Miro hacia abajo y veo la sangre.

Oscura. Densa. Y mía.

Mierda, esto no es solo un rasguño.

—¡Mathieu! —la voz de Sloane me atraviesa mientras se lanza hacia mí con los ojos desorbitados por el miedo.

—Estoy bien —jadeo, apretando los dientes—. Solo... me ha rozado.

Miento. Claro que miento.

Para mi sorpresa, Sloane no pierde el control. Se arrodilla frente a mí, se quita la chaqueta, la convierte en una bola de tela y presiona la herida con decisión. No la siento temblar. Siento cómo la tela va empapándose de la sangre caliente que abandona mi cuerpo, y el dolor, tan vivo que me nubla la vista durante un segundo.

—¿Puedes moverte? —me pregunta

—Siempre puedo moverme.

Me obligo a levantarme. Las piernas protestan, pero responden. El sudor me cae por la frente y el costado me arde como si me lo hubieran marcado al rojo vivo. Pero no es momento de colapsar.

Oigo pasos cada vez más cerca.

No nos podemos quedar allí.

La tomo del brazo y corremos en zigzag hacia el lateral, donde una ventana baja deja ver la noche exterior. Disparo al cristal y provoco un estruendo, pero ya no es el momento de andarse con cuidado. El aire se llena de astillas y polvo, pero nosotros seguimos corriendo.

—¡Pasa! —le ordeno cuando llegamos.

Sloane se cubre la cabeza con los brazos y salta a través de la ventana. Yo la sigo, intentando evitar que el costado herido golpee

el suelo al caer. Al otro lado, el aire frío de la noche me golpea la cara, pero me siento vivo. Aturdido, pero vivo.

Detrás siguen las voces y más pasos.

Corremos entre los árboles sin mirar atrás. Me sangra el costado, y cada zancada es como una cuchillada nueva. El mundo gira levemente, como si la gravedad se burlara de mí.

Nos detenemos cuando el almacén queda atrás. No puedo más. El dolor es insoportable y creo que estoy perdiendo mucha sangre-

Me dejo caer de rodillas, jadeando.

Sloane se arrodilla a mi lado, me coge el rostro entre las manos y agradezco sus dedos fríos en mi piel ardiente.

—¿Mathieu?

—Estoy… bien.

Mentira.

Pero ya da igual.

Porque lo peor no es el disparo, ni el dolor, ni el miedo que aún siento.

Lo peor es saber con certeza que nos quieren muertos.

A lo lejos, una luz se enciende en una de las torres. Luego otra, y al instante suenan las sirenas. Escucho los motores, voces… Estamos muy cerca de la entrada de la base.

—La caballería… —consigo balbucear.

Hemosa tenido suerte, parece que el eco de los disparos ha alertado a la patrulla de vigilancia.

Sloane se levanta tambaleante y corre hacia la linde del camino agitando los brazos cuando los faros nos iluminan desde el perímetro.

—¡Aquí! ¡Ayuda! ¡Aquí!

Los soldados apenas tardan unos segundos en llegar, con las armas en alto. Un grupo se dirige hacia el almacén, mientras que otros dos corren hacia nosotros.

Cuando llegan a nuestra posición, uno de los soldados se arrodilla junto a mí.

—¡Capitán Beaumont! —exclama cuando me reconoce—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién disparaba?

—No lo sé —murmuro, sintiendo que me falta el aliento—. Ha sido una emboscada.

Una ambulancia militar aparece entre los árboles pocos minutos después. Las luces giratorias me provocan un intenso mareo. Con su eficacia habitual, los sanitarios me colocan sobre la camilla y me meten en la ambulancia. Sloane no se molesta en pedir permiso, simplemente sube conmigo, se coloca a mi lado y busca mi mano debajo de la manta con la que me han tapado. Me aferro a ella como si fuera mi salvavidas y, por fin, me siento a salvo, aunque no sé por cuánto tiempo.

El dolor es ahora más opaco, como una campana que resuena en segundo plano. Sé que estoy a punto de desmayarme, pero antes de cerrar los ojos, la miro un instante.

Sloane está tensa, despeinada, con la ropa sucia de polvo y sangre. Pero entera. Firme. Sosteniéndome.

Y sé, con una claridad que duele más que la herida, que esto no ha hecho más que empezar.

44

Mathieu

Me dan el alta al amanecer, después de coserme la herida con seis puntos firmes y malditamente dolorosos. «Es superficial», me dice una enfermera que no hace más que sonreír, y añade: «Tienes suerte».

Yo no lo siento así y no le veo la gracia, de modo que no sé por qué no deja de sonreír.

Cada músculo de mi cuerpo protesta con el menor movimiento, y el recuerdo de lo ocurrido en el almacén —el sonido seco de los disparos, el calor de la sangre, la expresión de pánico en el rostro de Sloane— sigue adherido a mi piel como una capa de polvo que no puedo sacudirme.

Sloane ha pasado la noche en un sofá con pinta de ser terriblemente incómodo, pero no se ha quejado ni una sola vez. El equipo médico le hizo un chequeo completo cuando llegamos en la ambulancia, pero aparte de algún rasguño, está perfecta. Una enfermera le prestó un traje hospitalario para que pudiera cambiarse, y cuando abro los ojos la veo con esa especie de pijama azul sin forma, acurrucada en la butaca y abrazada a su chaqueta. Lleva la coleta deshecha, y el pelo rubio cae rebelde alrededor de su cabeza. Parece una diosa…

Sacudo de mi cabeza esos pensamientos tan inoportunos y me centro en lo importante. Han intentado matarnos. Nos han tendido una trampa en la que nosotros hemos caído como dos pardillos novatos y han estado a punto de acabar con nosotros, con los dos. De hecho, el doctor que me cosió la herida me dijo que la bala me había atravesado limpiamente por una zona en la que no hay órganos vitales y que estaré como nuevo en pocas semanas, pero lo

que me duele de verdad es el tremendo peligro al que he sometido a Sloane. Si la bala la hubiera alcanzado a ella, no me lo habría perdonado jamás.

Sloane se mueve en el sofá y la chaqueta cae al suelo.

—Buenos días —le digo cuando abre los ojos.

Ella sonríe brevemente y se endereza en el asiento.

—Buenos días —me devuelve—. ¿Qué tal estás?

—Vivo, que no es poco —respondo—. ¿Y tú?

La veo pasarse las manos por el cuello y mover la cabeza a un lado y a otro.

—Necesito un masaje —dice.

—Soy bueno en eso.

—Ya, claro…

—En serio —insisto—, se me da bien, te daré uno si quieres.

—Me lo pensaré —dice con una sonrisa—, pero de momento, me conformaré con un analgésico. ¿Qué drogas te han puesto?

Se levanta del sofá y se acerca a la mesita auxiliar que hay junto a mi cama. De cerca es aún más impresionante. Inspecciona los blíster vacíos y la etiqueta del gotero que todavía se desliza por mis venas.

—Guau —exclama—, vas a tope.

Me río, pero entonces el costado se contrae y me provoca una dolorosa punzada. Contraigo el gesto e intento respirar despacio.

—¡Lo siento! —exclama Sloane—, no quería…

—No es culpa tuya —la interrumpo—, sino del que me pegó el tiro.

En ese momento la enfermera sonriente regresa acompañada del doctor.

—Lo veo animado —dice el médico. Luego se acerca a la máquina a la que estoy enchufado y comprueba los datos—. Todo está bien —dictamina—. Lo vamos a mandar a casa con orden de

guardar reposo y curar esa herida a diario. Retiraremos los puntos dentro de diez días y veremos cómo evoluciona todo, ¿de acuerdo?

—Claro, doctor —acepto. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Aunque sé que no voy a poder cumplir con sus instrucciones, no es momento de decírselo.

—Le dejo aquí la documentación del alta, el informe y las instrucciones para el médico de la base. Si tiene fiebre o un dolor intolerable, vuelva.

Cuando abre la puerta para marcharse puedo ver a un Policía Militar apostado en el pasillo. Sloane sigue mi mirada y espera hasta que la enfermera termina de retirarme las vías y los cables y se marcha.

—Hay dos —me dice cuando la puerta volvió a cerrarse—, llevan ahí toda la noche.

—¿Te han dicho algo?

—Ni una palabra, aunque cuando estabas en el quirófano hablaron con una de las enfermeras y le dijeron que aquí solo podía entrar el personal médico autorizado e identificado y «la mujer que te acompaña».

Sonríe mientras entrecomilla la frase con los dedos en el aire. Me gusta cómo suena eso de que «me acompaña».

Sloane me ayuda a sentarme en la cama y, después, a levantarme muy despacio, aunque me niego a que me ponga los pantalones. Me acerca una bolsa que alguien ha traído con un uniforme limpio. Es ropa deportiva con el escudo de mi batallón. La miro con la pregunta en los ojos.

—Lo ha traído tu amigo…

—Denton —termino por ella.

—Sí, ha sido él. No le han dejado pasar, pero uno de los militares de la puerta lo ha dejado en el armario después de registrarlo.

Anoto mentalmente llamar a Denton en cuanto pueda y comienzo a vestirme. Cada movimiento me supone una punzada de dolor, pero nada comparado con lo que sentí cuando me atravesó la bala. No es

la primera vez que resulto herido, he participado en cuatro campañas en zonas inmersas en un conflicto bélico, pero el dolor es nuevo cada vez.

Cuando estoy listo, Sloane abre la puerta de la habitación. Los dos militares se sitúan de inmediato frente a nosotros y se cuadran.

—Los escoltaremos hasta el coche, señor —me informa uno de ellos.

Asiento sin hablar. Me duele demasiado. Sloane me mira y se sitúa a mi lado. Sus ojos me dicen que puedo recurrir a ella si lo necesito, pero no intenta cogerme del brazo ni insiste para que utilice una silla de ruedas. Ella también es hija de militar y conoce lo que es el orgullo y la dignidad. La admiro por eso.

El coche que nos espera frente a la puerta me lleva directamente al despacho del comandante Barnes. Sin escalas.

Sloane se dirige a la enfermería, siempre escoltada por uno de los PM, y yo me quedo solo frente a la oficina de mi superior.

La puerta está entreabierta, pero no me atrevo a cruzarla sin llamar. Lo hago con los nudillos y espero hasta que Valois me permite el paso. En teniente ocupa su puesto tras el pequeño escritorio y se concentra en lo que estaba haciendo, o lo intenta.

Encuentro a Barnes de pie junto a su escritorio, con los brazos cruzados y la mirada clavada en mí. No hay cortesía en su postura, ni siquiera una mínima preocupación por mi estado de salud. Solo silencio, y algo más que no identifico de inmediato.

¿Ira? ¿Miedo?

Lo que está claro es que está haciendo un esfuerzo enorme por controlarse.

—¿Qué demonios ocurrió anoche, capitán? —pregunta sin rodeos. Su voz está cargada de una mezcla entre decepción y autoridad.

Respiro hondo.

Me he pasado todo el camino intentando decidir qué decir y cómo decirlo. Y, sobre todo, qué callar.

Lo que tengo claro, conociendo a Barnes como lo conozco, es que no debo adornarlo demasiado.

—La señorita Miller está siguiendo una pista sobre una supuesta malversación de fondos públicos cuyo epicentro estaría en esta base —digo casi sin respirar—. Cuando me enteré de que lo de los veteranos era solo una excusa para investigar el supuesto fraude, decidí pegarme a ella. Si eso es cierto, comandante, nosotros debemos ser los primeros interesados en detener a los culpables.

La mandíbula de Barnes se tensa ostensiblemente.

—Capitán —empieza con un tono que no reconozco. Las palabras parecen salir del fondo de su garganta—. Lo que acaba de contarme es un hecho gravísimo. Y no me refiero a la fantasía que se ha montado la señorita Miller para vendérsela a su periódico, sino al hecho de que usted haya decidido secundarla y apoyarla en esa locura ilegal en lugar de cumplir con su deber e informar de inmediato a su superior, es decir, a mí.

—Señor… —empecé.

—¡Cállese! —grita Barnes—. Le pregunté específicamente qué estaba haciendo la periodista y usted me mintió en mi cara. Cuando hablamos, usted ya sabía lo que estaba ocurriendo, ¿verdad? —No espera a que conteste, sino que sigue, en voz cada vez más alta—. ¿Quién se ha creído que es, capitán? ¿Cree que su apellido le servirá de algo cuando un tribunal lo expulse del ejército? ¡Porque esto es una clara insubordinación!

Se da media vuelta y mira por la ventana durante unos largos minutos. El costado me está matando y el dolor comienza a bajarme por la pierna, pero no me muevo de mi sitio ni pierdo la posición marcial en la que llevo desde que entré en el despacho.

Por fin, suspira con fuerza y se gira de nuevo.

—Siéntese —me ordena. Por una vez, agradezco la imposición—. Y ahora, cuénteme cómo coño hemos llegado a esta situación. ¡Un tiroteo en la base! —exclama—, ¿tiene idea de la que se va a liar a partir de ahora? Así que necesito datos, capitán, y como me entere de que me oculta algo, me encargaré personalmente de que la

condena que le impongan no baje de los veinte años. ¿Desde cuándo sabe lo que trama la señorita Miller?

Respiro hondo. No va a ser fácil…

—Casi desde el principio, señor —confieso—. Detecté algunas incongruencias en su relato y la sorprendí en zonas en las que no debía estar. Tuvimos una confrontación y logré que me contara sus verdaderas intenciones. Buscaba alguien que la ayudara desde dentro.

—Y usted accedió —me corta.

—No exactamente. Inicié mi propia investigación. Si lo que dice es cierto, necesitamos controlar la situación antes de que los medios de comunicación se nos echen encima.

—¿Ha descubierto algo?

Ahora es cuando tengo que soltar la bomba.

—Me temo que sí, señor. Siguiendo la pista que tenía la señorita Miller, encontré albaranes falsos, envíos nunca recibidos, pero sí cobrados, y un desvío de fondos de varios cientos de miles de euros.

—Dios… —murmura Barnes—. ¿Por qué no me lo dijo entonces? Eso por sí solo ya es una falta grave.

—Lo sé, señor, pero en varios de esos albaranes falsos estaba mi firma. Bueno, una copia de mi firma, pero mi sello digital era válido, y eso me involucraba directamente. Necesitaba encontrar a quien estaba detrás de todo eso antes de que me detuviera o me apartara.

—Actuó incorrectamente —insiste.

—Lo sé, señor —admito. Lo último que me convenía ahora era llevarle la contraria.

—Lo de la piedra no fue un accidente ni una broma pesada… —sigue.

—No lo fue. La piedra llevaba un mensaje instándola a abandonar la investigación.

—¿Y lo de esta noche?

—La señorita Miller recibió un correo anónimo señalando una ubicación específica, un almacén supuestamente vinculado a entregas no registradas. El mensaje proviene de alguien con quien lleva varios meses en contacto y que hasta ahora siempre le ha dado información fidedigna. Tomé la decisión de acompañarla porque, como le he dicho, quiero estar informado de cuánto hay de verdad en lo que está investigando. Como ve, creo que no se equivoca.

Un músculo se contrae en la mandíbula de Barnes. Está calculando, sopesando qué hacer. Mide el alcance de mis palabras como quien evalúa el peso de una pieza sospechosa antes de desarmarla.

—Así que decidió convertirse en una especie de doble agente —dice finalmente, sin sarcasmo, pero con una dureza que no deja lugar a malentendidos.

—Decido que si hay una red ilegal moviendo suministros militares dentro de esta base, alguien tiene que acercarse lo suficiente para comprobarlo sin levantar las alarmas para poder detener a los culpables y acabar de raíz con el problema. Y prefiero que ese alguien sea yo, señor, antes de que la periodista publique la información y todo explote en nuestras narices. En ese caso —añado — no podríamos controlar los daños.

El silencio que sigue es más elocuente que cualquier reprimenda.

Barnes da media vuelta y se dirige de nuevo a la ventana. Afuera, la actividad es frenética, como cada día.

Nada de eso importa en estos momentos.

—Y ahora ¿qué? —pregunta, sin girarse—. ¿Cree que la información que han conseguido justifica el caos que han provocado?

Su tono es bajo. No acusa, pero tampoco se muestra comprensivo. Es la voz de quien ya ha tomado una decisión, pero quiere escuchar la versión completa antes de exponerla.

—Creo que alguien intentó matarnos anoche —digo con lentitud —. Y creo que eso dice más que cualquier otra cosa.

Se da la vuelta y apoya ambas manos sobre el respaldo de su silla.

—La periodista se marcha hoy mismo —me dice, mirándome directamente a los ojos—. Es una orden directa del alto mando. Ya no está autorizada a permanecer en la base. Usted, capitán, se queda, y va a colaborar con la investigación oficial como si no supiera nada más de lo que ha dicho aquí —hace una pausa—. ¿Entendido?

Asiento, clavando la vista en el suelo antes de mirarlo de nuevo.

—Entendido, señor.

No es la reacción de un hombre sorprendido por lo que acaba de escuchar.

No está perdiendo el control, solo está reajustando las piezas.

Y aunque siempre respeto al comandante Barnes, aunque hasta este momento creo que contárselo es lo correcto, algo en su mirada me inquieta.

Una sombra apenas visible. Un destello que me desconcierta.

No creo que quiera protegerme, sino tenerme cerca, controlarme, para asegurarse de que no descubro más de lo que debo.

45

Sloane

Me despierto envuelta en el olor estéril de la enfermería militar. Nora insistió en que me quedara allí, tanto por controlar una posible conmoción que estoy segura de no sufrir como por seguridad. De hecho, me metió en una habitación diminuta en cuanto llegué y ordenó a los dos soldados de la Policía Militar que no se separaran de la puerta ni para ir a mear, literalmente.

La habitación está en penumbra, aunque no es de noche. Las luces suaves del techo arrojan un resplandor cálido, y al otro lado del ventanal, la luz queda tamizada por las persianas que alguien ha cerrado. Así que no puedo evitar cerrar los ojos, relajarme y quedarme profundamente dormida. He pasado la noche en vela, apenas he dado un par de cabezadas de pocos minutos. Las enfermeras entraban en la habitación a cada rato y las paredes del hospital son de papel, así que he escuchado todas las conversaciones que se producían en el pasillo. ¡Ah! Y Mathieu ronca. No muy fuerte, más bien un ronquido suavecito, seguramente producido por la posición forzada bocarriba y la mascarilla que le pusieron cuando llegó. Pero ronca.

Con todo eso, no he podido evitar quedarme dormida en cuanto me he relajado y he cerrado los ojos.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto.

El dolor en todo el cuerpo es la primera señal de que sigo viva.

El segundo, el vendaje firme que rodea mi frente, presionando con una constancia molesta pero tranquilizadora.

Me incorporo con lentitud, sintiendo cómo los músculos protestan, resentidos. Cada movimiento arrastra el recuerdo de la

noche anterior: el crujido del cristal bajo mis manos, el estruendo seco del disparo, la sangre de Mathieu empapando su camisa. Su cuerpo desplomándose. Mi nombre en sus labios.

Respiro hondo, intentando centrarme, cuando la puerta se abre suavemente.

Nora entra con su paso ágil y preciso, enfundada en su uniforme médico, pero esta vez sin la sonrisa cálida que suele regalarme en nuestras charlas rápidas cuando nos cruzamos por la base o la visito en su consulta. Lleva una carpeta bajo el brazo y un gesto que no deja lugar a interpretaciones.

Más que una amiga, ahora es doctora ejerciendo sus funciones.

—Buenos días —dice en voz baja, acercándose a la cama—. ¿Cómo te sientes?

Me llevo una mano a la cabeza. El vendaje raspa un poco, pero no sangra.

—Bien —respondo, intentando sonreír sin éxito.

Asiente con un gesto breve. Luego abre la carpeta y la hojea con rapidez.

—La herida cicatriza sin complicaciones. Tienes el alta médica —anuncia, sin levantar la vista—. Pero también… tengo instrucciones para ti.

Mi estómago se encoge y enderezo la espalda.

—¿Instrucciones?

Nora alza la mirada y por un segundo parece dudar. Pero la decisión ya está tomada, y ella solo es el canal.

—Una escolta vendrá dentro de unos minutos para llevarte a tu alojamiento. Tienes una hora para recoger tus cosas. Después, debes abandonar la base. El traslado ha sido ordenado por el alto mando y es… inmediato.

La palabra cae como una piedra en medio de mi pecho.

—¿Quién… quién lo ordena?

—No tengo esa información —dice, sin rastro de dureza, pero también sin espacio para apelaciones—. Solo sé que es oficial. Y que no es negociable. Lo siento —añade más bajito—, no puedo hacer nada.

La miro en silencio. Durante un segundo, quiero creer que aún es mi amiga, que puedo convencerla de frenar esto, de darme más tiempo. Pero el uniforme, el gesto tenso en su mandíbula y la mirada que evita la mía… me lo dicen todo.

En ese momento, Nora no es Nora, sino una militar en el desempeño de sus funciones.

—Lo siento, Sloane —murmura—. Yo también me he enterado esta mañana.

Bajo la mirada y asiento. No vale de nada discutir.

Ellos ya han decidido.

—¿Nos veremos pronto? —le pregunto antes de que se vaya.

—No lo creo —responde. Veo la preocupación en su rostro—. Me han movilizado, dentro de un par de días volaré hasta el Sahel en misión humanitaria con un equipo adscrito a la OTAN. No tenemos fecha de regreso —añade.

Nora afloja el gesto, se acerca a mí y me abraza. Su calor me reconforta un momento, hasta que se separa, me besa en la mejilla y se marcha.

Me visto sin prisa y doblo la ropa con una lentitud absurda, como si pudiera ralentizar el tiempo o cambiar el destino. Mi ropa está arrugada sobre una silla. Me lo pongo despacio, sintiendo que cada botón que abrocho sella una etapa que, a pesar de todo, no ha terminado.

Una enfermera me entrega una bolsa con mis objetos personales, el móvil, la cartera, la cámara y la grabadora.

Me miro en el espejo del pequeño baño contiguo. Tengo ojeras, un corte en la ceja, el cabello enredado y la piel pálida. Parezco otra persona.

O tal vez ahora sí soy yo.

Suspiro y me preparo para aceptar lo inevitable.

Al salir de la habitación encuentro a los dos soldados esperándome. Están serios, inalterables. Uno de ellos, alto, rubio y con gafas oscuras a pesar de estar en el interior de un edificio, me mira de arriba abajo sin decir nada. El otro tiene la mandíbula tan rígida que parece tallada en piedra. Los dos me saludan con un gesto breve.

El trayecto hasta el bungalow es corto. No cruzamos una palabra.

Al entrar, me detengo en el umbral.

Todo sigue exactamente igual a como lo hemos dejado hace… ¿una vida?

Las tazas con restos de café sobre la encimera. La manta caída del sofá. El cuaderno de notas abierto en la mesa, con mi letra apresurada extendiéndose como raíces. El aroma tenue a la colonia de Mathieu flota en el aire.

Recoger mis cosas es casi insoportable. Siento que he fracasado estrepitosamente, un fracaso del que no sé cómo voy a recomponerme.

Las manos me tiemblan mientras cierro la mochila. Cada objeto que guardo parece un testigo mudo de lo que hemos vivido.

Nunca me han gustado las despedidas, pero esta está siendo especialmente amarga. Ni siquiera sé si veré a Mathieu antes de que me echen de la base, así que saco el cuaderno que acabo de guardar y le escribo una nota.

Me quedo de pie junto a la cama, con la nota en la mano.

No sé si dejarla. Puede que él no vuelva al bungalow y no la lea nunca.

Pero al final, la deposito con cuidado sobre la colcha estirada, justo en el centro.

«Gracias por salvarme, por creer en mí, por quedarte».

Salgo y cierro la puerta sin mirar atrás.

Subo al vehículo militar y me abrocho el cinturón de seguridad. Coloco la mochila en el asiento de al lado en medio del más completo silencio. Los soldados no dicen una palabra, solo esperan pacientes la señal para sacarme de allí.

Conducen despacio los escasos doscientos metros que nos separan del parking en el que espera mi coche. Cuando el portón de la base se cierra tras nosotros con un chirrido metálico, siento que dejo algo más que un reportaje inconcluso.

Dejo una versión de mí misma que empieza a creer en algo. En alguien.

Y no sé si alguna vez la volveré a encontrar.

Me quedo junto a mi coche mientras el jeep se aleja en medio de una nube de polvo. Me doy a la vuelta despacio, deseando que ocurra algo, que Mathieu venga corriendo, que aparezca cuando se disipe la polvareda…

Pero no ocurre nada. Cuando vuelvo a ver la verja con nitidez, sigue cerrada y solitaria.

Mathieu no está.

Bien, quizá sea mejor así.

Subo al coche y arranco el motor. Justo en ese momento, mi móvil está a punto de provocarme un infarto en medio de tanto silencio.

Es mi madre. Dudo en responder, pero hace días que no hablo con ella y sé que se preocupa, así que respondo.

—Hola, mamá —saludo.

—Hola, Sloane —contesta mi padre.

Frunzo el ceño y compruebo el teléfono que me ha llamado. En efecto, es el de mi madre.

—Papá, ¿está bien mamá? ¿Por qué me llamas con su móvil?

—Para que contestes —reconoce sin pudor—. Sé que no lo harás si ves mi nombre en la pantalla.

—¡Eso no es cierto! —miento. Me fastidia que mi padre me conozca tan bien.

—Lo es, y lo sabes, pero ya que has respondido, tenemos que hablar.

Sé lo que viene a continuación, y no tengo ganas de recibir una reprimenda del general Miller.

—Papá, no es buen momento…

—Nunca lo es, así que hablaremos ahora. Salvo que prefieras coger un avión, volver a casa y mantener esta conversación cara a cara. Desde luego, eso sería lo más inteligente por tu parte.

—No me voy a marchar —le digo.

—Lo sabía, así que hablaremos ahora.

Su tono no admite réplica. Me acomodo en el asiento y pongo el aire acondicionado a máxima potencia. No podría soportar su discurso a cuarenta grados y, de paso, el ruido del ventilador me ayudará a pensar en otra cosa durante el discurso que sé que está a punto de soltarme.

—Pedí favores para conseguir que te dejaran trabajar en la base —empieza mi padre.

—Nunca te pedí que lo hicieras —respondo de inmediato—. De hecho, te rogué que no te inmiscuyeras.

—No lo habrías conseguido sin mi intervención, así que de nada —me corta él. Es posible que tenga razón, pero aún así…—. Quería que tuvieras tu oportunidad, y un padre siempre ayuda a sus hijos.

Sí, incluso cuando estos desean pasar inadvertidos, pienso. Me muerdo la lengua y miro por la ventanilla. El camino en dirección al pueblo más cercano está desierto, igual que el aparcamiento y el sendero que conduce a la base. Mi padre sigue hablando al otro lado de la línea. Dice algo sobre responsabilidad y el nombre de la familia. Luego habla de confianza, y así sigue un buen rato.

—¿Me estás escuchando? —dice de pronto.

—Claro, papá. Cada palabra.

Lo oigo suspirar.

—Dime, ¿qué era eso que estabas investigando? —me pregunta.

—¿De verdad quieres que te lo cuente? No tiene importancia, ya nunca terminaré el reportaje. Me han echado, fin de la historia.

—Cuéntamelo —insiste.

Ahora soy yo la que suspira antes de coger aire y empezar a explicarle a mi padre cómo he llegado hasta esta situación. Le hablo de los correos anónimos, de los albaranes duplicados, de los envíos que nunca han llegado a su destino, de las firmas falsas, de la empresa fantasma y de cómo el capitán Beaumont me ayudó a avanzar en la investigación y, como recompensa, recibió un disparo en el costado.

—¿Un disparo? —me corta mi padre.

—¿No te han hablado de lo que sucedió anoche? —le pregunto, asombrada.

—Me han dicho que te sorprendieron en una zona restringida, que no era la primera vez que esto sucedía, y que los soldados lanzaron salvas de aviso para que te detuvieras, porque no sabían quién andaba ahí.

—No fue exactamente así, papá. Recibí un mensaje diciéndome con exactitud dónde podía encontrar la prueba definitiva de la malversación de fondos. Mat… El capitán Beaumont se negó a dejarme ir sola.

—Bien por él —apostilla mi padre.

—No llevábamos ni dos minutos allí dentro cuando al menos dos personas comenzaron a dispararnos. No eran salvas de aviso, papá. Querían matarnos. Nos rodearon y nos empujaron hasta el fondo del almacén, y si Mathieu no hubiera logrado romper una ventana justo a tiempo, ahora estarías celebrando mi funeral.

Mi padre se queda callado durante varios minutos. De hecho, llego a pensar que se ha cortado la comunicación.

—¿Papá? —lo llamo por fin.

—¿Dónde estás? —me pregunta.

—En el aparcamiento junto a la base, en mi coche. Estaba intentando decidir qué hacer a continuación.

—Sal de ahí —me ordena— y avísame en cuanto llegues a algún sitio. Si es a tu casa, mejor, pero te conozco, Sloane, y sé que no vas a soltar ese hueso, aunque sería lo más sensato.

—Ya sabes lo que dicen, quien a los suyos se parece…

—Espero tu llamada, ¿de acuerdo?

Y cuelga.

Yo me quedo ahí sentada, porque en realidad no tengo ni idea de qué hacer a continuación.

O quizá sí…

46

Mathieu

La base está en silencio, pero es un silencio distinto al habitual. No se respira calma, sino tensión. Es el tipo de silencio que se instala cuando todos saben que ha pasado algo, pero nadie se atreve a comentarlo en voz alta.

Como es lógico, el tiroteo ha trascendido y nadie habla de otra cosa en los corrillos que se forman en cualquier rincón discreto. Muchos me miran cuando me ven pasar, tengan o no la obligación de saludarme por mi rango, y me cuesta ignorarlos y seguir a lo mío.

Lo mío, pienso resignado. Lo mío, en realidad, no es nada, porque Barnes me ha excluido de cualquier responsabilidad hasta que se esclarezcan los hechos. Lo último que me dijo antes de que saliera de su despacho es que debo mantenerme al margen.

—Nada de preguntas, Beaumont —me ordena—, y por supuesto, nada de husmear por ahí. Voy a formar un equipo de trabajo que yo mismo encabezaré para investigar las graves acusaciones que ha vertido sobre esta base. Y mientras, hágame el favor de mantener un perfil bajo. Sin comentarios sobre el tiroteo, ¿de acuerdo? No quiero filtraciones. Desde este momento, es como si lo hubiera soñado. Deje que hablen, pero no cuente nada.

Es decir, que debo hacer como si el fuego cruzado y la sangre no hubieran existido, como si una bala no me hubiera atravesado el costado y no me doliera como un demonio cada vez que me muevo.

El bungalow está vacío cuando llego hasta él. Repaso el interior, buscando algún rastro de su presencia, pero lo único que encuentro es la pequeña nota que ha dejado sobre la cama.

«Gracias por salvarme, por creer en mí, por quedarte».

Es posible que me esté jugando mi carrera y mi futuro en el ejército, pero no puedo quedarme quieto.

No, cuando sé que ella está ahí fuera, expulsada de la base como si fuese una amenaza en lugar de una víctima. Ha arriesgado su vida por descubrir la verdad, y ahora la tratan como si los hubiera puesto en peligro a todos. Como si fuera ella quien disparó.

Regreso a mi dormitorio lo más deprisa que puedo. La herida de mi costado arde con cada respiración, pero ni el dolor físico puede compararse con lo que siento sabiendo que ella está lejos y, quizá, en peligro.

Me esfuerzo por controlar mi respiración mientras busco su número en la agenda del móvil, pero no puedo engañarme, me tiemblan las manos y siento que el corazón se me va a salir del pecho. Si le ha pasado algo… Pulso y espero. Creo que no respiro hasta que los tonos desaparecen.

—¿Mathieu?

Su voz me golpea como un puño de acero. Estoy seguro de que ha llorado, suena frágil y asustada, y me alarmo más cuando me doy cuenta de eso, porque Sloane no es de las que se asusta con facilidad

—¿Dónde estás? —le pregunto a bocajarro.

—No muy lejos, en el hotel Nevada Inn.

Nada más. No me pregunta si voy a ir, y yo no le pregunto si quiere que vaya.

No hace falta, ambos lo sabemos.

—¿Estás bien? —sigo.

Escucho cómo respira al otro lado.

—No lo sé —susurra—. Me siento como si me hubieran vaciado. Como si todo esto no hubiera servido de nada. Han estado a punto de matarnos, tú estás herido, y todo, para nada. Tenemos las manos vacías. Lo he hecho todo mal… —solloza.

—Tú has descubierto lo que nadie ha sabido nunca ver, Sloane. Eso importa más de lo que crees.

Sloane no responde, y el silencio se extiende de un lado al otro de la línea sin que ninguno de los dos tenga claro qué decir a continuación.

—¿Y tú? —pregunta entonces—. ¿Qué te ha pasado, qué ha dicho el comandante?

—Me ha ordenado que guarde silencio. Él mismo va a encabezar una investigación, pero tengo la sensación de que lo único que pretende es taparlo todo, incluido el tiroteo. Nada debe manchar la honra del ejército —añado.

Me sorprende la amargura de mi voz. Yo soy parte del ejército, no debo ni puedo olvidarlo, pero no quiero que mi nombre se vincule con una trama corrupta. Hay que extirpar las manzanas podridas, pero se han desecho de mí para que no les moleste.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto por fin.

Tengo que apretar los ojos y tragar saliva mientras espero su respuesta.

—No lo sé…

—Yo no voy a rendirme —le aseguro en voz baja.

La línea se queda de nuevo en silencio durante unos segundos más. Por fin, escucho un largo suspiro y la voz que me responde se parece por fin a la de la Sloane que yo conozco.

—Habitación 206 —dice sin más.

Cuelgo. Me pongo la chaqueta con cuidado y aprieto los dientes al notar el tirón en la herida. Cojo las llaves del coche y salgo sin mirar atrás. En estos momento no puedo pararme a pensar en qué va a pasar con mi vida, con mi carrera. Lo que me importa ahora es acabar lo que he empezado, cueste lo que cueste.

La carretera hacia el hotel se abre solitaria, sin apenas tráfico. Solo los postes del alumbrado, espaciados y amarillentos, me

acompañan durante el trayecto. El mundo parece dormido, aplastado por el calor de la tarde, pero yo estoy más despierto que nunca.

El Nevada Inn es un edificio rectangular de dos plantas, con puertas que dan directamente al exterior y una hilera de luces parpadeantes sobre los números de las habitaciones. No veo ni rastro del recepcionista, y tampoco distingo cámaras visibles. Parece el tipo de lugar al que uno va a esconderse, no a descansar.

Las escaleras crujen bajo mi peso, y siento el latido constante en la herida de mi costado. Cada paso es un recordatorio de lo que ocurrió la noche anterior, de los disparos, del caos, de ella gritando mientras yo sangro sin saber si viviré para volver a verla.

Me detengo frente a la puerta 206 y toco con cuidado. Casi al instante escucho pasos, y después, el suave clic de la cerradura.

La puerta se abre y allí está.

Viste una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Lleva el pelo suelto, revuelto, y veo el cansancio en sus ojos, que permanecen alerta a pesar de todo, hermosos. Su rostro muestra las marcas de la tristeza acumulada, pero aun así —o tal vez por eso— nunca me ha parecido más real, más viva. Más ella.

No dice nada.

Yo tampoco.

Solo nos miramos.

Después, se hace a un lado y me invita a pasar con una sonrisa.

La habitación huele a café y a ese ambientador que parecen utilizar en todos los hoteles del país. Hay una taza vacía sobre la mesa, junto a una libreta abierta y al ordenador. La colcha está desordenada y su mochila, tirada de cualquier manera a un lado de la cama.

Cuando cierra la puerta, el mundo se queda fuera.

Y con él, el peso de las órdenes, las amenazas y las armas.

Nos quedamos quietos un instante, frente a frente, respirando el mismo aire.

—Estoy aquí —le digo al fin. Mi voz suena más ronca de lo que esperaba.

Ella parpadea despacio.

—Gracias.

No necesitamos más palabras.

Solo estar allí.

Los dos.

47

Sloane

Cuando Mathieu cruza el umbral de mi habitación, siento que el tiempo se detiene. Como si el mundo —ese que ha girado demasiado deprisa en las últimas horas— se congelara durante un instante para permitirnos respirar y recordarme que, incluso después de todo, él sigue ahí.

Lo miro. Tiene los hombros caídos, la chaqueta arrugada y el gesto cansado. Todo en él habla de agotamiento, pero en absoluto me da la sensación de que se haya rendido. Al contrario…

Sus ojos —oscuros, firmes, tan intensos como la primera vez que me miró— están cargados de dolor, sí, y quizá también de miedo, pero en el brillo que desprenden sé que ha tomado la decisión de quedarse, de seguir adelante, de descubrir qué está pasando y quién ha intentado matarnos.

Cierro la puerta tras él y apoyo la espalda contra la madera, dejando que el peso de su presencia llene cada rincón de la habitación. El aire parece más denso cuando su aroma lo llena todo. Cálido, íntimo. Como si el simple hecho de tenerlo aquí hubiera cambiado la atmósfera.

Sin embargo, no es momento para el romanticismo. Estamos en problemas, corremos peligro, no sabemos quién va detrás de nosotros ni cómo salir de la ratonera en la que nos hemos metido nosotros solos.

—No deberías estar aquí —murmuro. En realidad, no es lo que siento, porque si soy sincera conmigo misma, cada poro de mi piel, cada célula de mi cuerpo, se alegra de que esté aquí.

Mathieu no responde enseguida. Se limita a mirarme con esa forma suya de observarlo todo, como si cada palabra tuviera que pasar por un filtro de la verdad antes de ser pronunciada.

—Lo sé —dice al fin, ronco de cansancio.

—Entonces, ¿por qué has venido?

No pretendo que la pregunta suene a reproche, pero necesito entender si está aquí porque se siente culpable, porque tiene miedo, porque quiere seguir adelante… o por mí.

—¿Y dónde quieres que esté? No puedo hacer otra cosa… Lo he intentado, pero sé, siento, que tengo que estar aquí. Contigo.

Sus palabras flotan entre nosotros, lentas, firmes, porque la verdad no necesita más explicación. Sin embargo, esas pocas frases me empujan a dar un paso, y luego otro, hasta estar frente a él.

Mat no se mueve, pero me mira con sus ojos grises como el acero, que brillan de deseo, y espera mi siguiente movimiento.

—¿Tienes miedo? —le pregunto casi en un susurro cuando estoy frente a él.

Sus labios se entreabren con un suspiro leve.

—Sí, pero no de lo que hay fuera.

Levanto las cejas y luego las frunzo en una pregunta.

—¿Y de qué, entonces?

Él baja la mirada un segundo, luego vuelve a alzarla y la clava en la mía con una honestidad que me desarma.

—De ti —dice sencillamente—. De todo esto —añade sin moverse —. De que se termine antes de que sepamos siquiera lo que es.

Me quedo quieta, con el corazón latiéndome en la garganta. Porque yo también tengo miedo. Porque lo entiendo demasiado bien. Porque, si lo dejo entrar ahora en mi vida, en mi corazón, quizá ya no pueda protegerme de lo que vendrá después.

Pero igual que él ha dado un paso, ahora me toca a mí.

Me acerco, me inclino hacia él y lo beso.

Es un beso lento, silencioso, de los que nacen en un lugar más profundo que el pensamiento. Mis labios se aferran a los suyos con delicadeza, pero con la firmeza de quien lleva demasiado tiempo esperando ese momento. Al mismo tiempo, su mano sube con torpeza hasta mi cintura, temblorosa, como si no supiera si tiene permiso para tocarme. Pero lo hace. Y yo me aferro a su cuello, termino el beso y apoyo la frente en su pecho para sentir su respiración mezclarse con la mía.

Nos movemos en silencio hacia la cama, tropezando con nuestras propias dudas, desnudándonos despacio, como si cada prenda que cae al suelo liberara una parte de nosotros que ha estado atrapada hasta ahora: el miedo, la rabia, la frustración.

Todo queda atrás.

Siento sus manos sobre mi cuerpo, y yo respondo guiándolo con los labios, con las yemas de los dedos, con suspiros que se escapan sin que pueda hacer nada para evitarlo.

Nos tumbamos juntos, piel con piel, sin necesidad de palabras.

Cuando lo recibo dentro de mi cuerpo, todo encaja. No se trata solo sexo. En este momento somos dos almas cansadas, rotas, buscando en la otra un espacio donde reconstruirse.

Nos movemos despacio, sin urgencia, como si quisiéramos memorizar cada gesto, cada roce, cada aliento. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, aunque sepamos que no es cierto. Nos estamos curando el uno al otro.

Él susurra mi nombre, y por toda respuesta, lo beso para que comprenda que estoy aquí, y que no voy a marcharme a ningún lado.

Avanzamos en silencio hacia el clímax, mirándonos a los ojos, rodeados de nuestros propios jadeos, desnudos y entregados. Cuando todo termina, no hay distancia entre nosotros, ninguno se mueve para buscar el refugio de las sábanas. No necesitamos palabras vacías, me basta con su respiración acompasada a la mía y sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Nos quedamos así, abrazados, desnudos, en silencio.
Vivos.
Y por primera vez desde que esta historia empezó, en paz.

48

Mathieu

Despertar con ella entre mis brazos es una de las mejores cosas que me ha pasado en mucho tiempo. La habitación está en silencio, bañada por una luz tenue que se cuela entre las rendijas de las cortinas y que proyecta sombras suaves sobre las paredes.

Sloane duerme con la cabeza apoyada en mi pecho. Su pelo rubio me cubre el cuello y llega hasta la almohada, extendido como un velo. Cierro los ojos y aspiro su aroma. Huele a cítricos.

Su respiración marca un ritmo que me tranquiliza, como si con cada exhalación me recordara que hemos sobrevivido, que seguimos aquí.

La herida en mi costado arde con cada movimiento, un escozor persistente que sube desde la venda hasta la sien, recordándome lo cerca que estuvimos de no contarlo. Pero no me quejo. El dolor es real, sí, pero también es insignificante comparado con la paz frágil que nos envuelve, con la calidez de su cuerpo y con la sensación de que por fin podemos bajar la guardia, aunque solo sea durante un rato. Porque esto no ha terminado…

Ella se mueve despacio, murmura algo que no entiendo y se estira con suavidad mientras su mano acaricia mi pecho y baja con lentitud por mi torso hasta detenerse justo donde la venda cubre la herida.

No puedo evitar que se me escape un gemido.

—¿Te duele? —susurra con la voz rasposa de quien se acaba de despertar, pero sin perder esa ternura que me desarma por inesperada. La dura Sloane, la periodista implacable que no le teme a nada, resulta que tiene su corazoncito.

Abro los ojos del todo y la miro. Tiene el rostro a escasos centímetros del mío, el cabello desordenado y los labios aún hinchados de dormir.

—Solo cuando respiro —respondo, medio en broma, medio en serio.

Me devuelve una sonrisa ladeada, íntima, solo para mí. Luego, su dedo traza el borde del vendaje con una delicadeza que me eriza la piel, como si el roce leve de su yema fuera más poderoso que cualquier analgésico.

Después, sube la mano hasta mis labios, los roza apenas, y me sostiene la mirada.

—Tú también estás herida —murmuro, sin apartar mis ojos de los suyos.

Ella frunce los labios con resignación y levanta el brazo. Me muestra la muñeca, donde aún se ve un rasguño mal cerrado. Luego se gira levemente y deja al descubierto las marcas más pálidas en el hombro, los restos visibles de una noche demasiado larga.

—Las tuyas son más interesantes —dice, encogiéndose de hombros.

Nos quedamos en silencio mientras nuestras manos empiezan a hablar por nosotros.

Me inclino hacia ella y la beso, despacio al principio, con el ansia de un náufrago después. Devoro su boca, y siento cómo ella me corresponde en el acto. Gime y se acerca aún más a mí, si es que eso es posible.

La amo despacio, sin prisas, saboreando cada gesto, cada sonido contenido, cada movimiento de su cuerpo debajo del mío. Ella se entrega sin reservas, como si supiera que es el único lugar seguro que le queda. La recorro con mis manos, con la boca, con todo mi cuerpo, y la siento mía cuando estoy dentro de ella. Sloane atrapa mi cintura con sus piernas, me rodea y me atrae a ella como las sirenas a Ulises. Pero yo no me resisto, no me tapo los oídos, oigo sus gemidos y me pierdo en ellos.

Sus dedos se enredan en mi pelo, su boca hambrienta busca la mía, y cuando nuestros cuerpos vuelven a encontrarse, siento que estar juntos es tan natural como respirar.

Después, nos quedamos abrazados, mi rostro escondido en el hueco de su cuello, respirando su olor, sintiendo su piel contra la mía. Ella juega con mi pelo, distraída, como si eso la ayuda a ordenar sus pensamientos.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta al cabo de unos minutos, en voz baja, pero sin rastro de vacilación.

Me aparto un poco para mirarla de frente. Tiene los ojos abiertos y la expresión serena, aunque distingo un rastro de cansancio en las comisuras de su boca. No sonríe.

—Ahora, vamos a planear nuestro siguiente paso —respondo.

—¿Juntos?

—No se me ocurre otra forma.

Ella gira ligeramente el cuerpo, apoya la cabeza en su mano y me observa con una mezcla de esperanza y escepticismo. Sé que quiere creerme, pero le cuesta imaginar cómo vamos a hacerlo.

—¿Qué pasa con Barnes? —me pregunta sin rodeos.

—Estoy convencido de que sabe algo —respondo.

—¿Crees que puede estar metido en todo esto? —insiste.

Yo me encojo de hombros.

—No lo sé, de verdad que no lo sé. Lo que sí puedo decirte es que aún confío en que haya alguien limpio ahí dentro. Alguien que no esté involucrado. Solo necesitamos probar que Veritas es una tapadera, rastrear el dinero, encontrar el nexo entre las entregas fantasmas y los nombres que aparecen en los documentos, los que tú encontraste.

—Y hacerlo antes de que nos localicen y nos eliminen —murmura. No hay dramatismo en sus palabras, solo la constatación de que, si nos detectan, vendrán a por nosotros.

—Exacto.

Ella suspira y se deja caer de nuevo contra mi pecho.

—Vamos a necesitar ayuda —dice al fin.

—Sí.

Sloane se acurruca un poco más. Su pierna se enreda con la mía y sus dedos se cierran levemente en mi cintura, como si temiera que pudiera desaparecer. La abrazo con fuerza para que sepa que estoy aquí, que esto es real y que estamos juntos en esto, pase lo que pase.

49

Sloane

Es curioso cómo funciona la mente humana. Hace unas pocas horas estaba sola y asustada, pensando seriamente en volver a París y, de allí, coger el primer vuelo a casa. Necesitaba sentirme segura, a salvo de complots y pistolas. Lo habría hecho, ya lo creo que lo habría hecho.

Sin embargo, ahora solo pienso en retomar la investigación. Mi cerebro bulle buscando alternativas, pistas, puertas que abrir. No sé si es por la presencia de Mathieu o, simplemente, porque soy así, pero no merece la pena pensarlo más. Lo que tengo que hacer es ponerme en marcha.

Mientras Mat está en la ducha, me siento en una silla junto a la ventana, con el portátil abierto sobre las piernas y una libreta a un lado. La página en blanco me desafía en silencio. Empiezo a escribir, primero solo unas cuantas frases sueltas, ideas que necesitamos desarrollar, pistas que no podemos dejar escapar.

Una vaharada caliente y un intenso olor a jabón preceden la aparición de Mathieu en la habitación. Solo lleva una toalla a la cintura, lo que me permite disfrutar de su increíble torso, de sus hombros anchos, de esos brazos fuertes, igual que las piernas…

Lo oigo reír por lo bajo.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta, y soy consciente de que no he disimulado ni un poco el repaso que le acabo de dar.

—La verdad es que sí —respondo, buscando ya sus ojos.

Él se acerca, se agacha a mi lado y me besa muy despacio.

Podría arrancarle la toalla de un solo movimiento, empujarlo hasta la cama y subirme encima de él. De hecho, eso es justo lo que

quiero, pero…

—Tenemos que ponernos en marcha —susurro contra sus labios —, no podemos perder el tiempo.

Mat abandona mi boca y me mira con el ceño fruncido.

—Así que, en tu opinión, hacer el amor conmigo es perder el tiempo, ¿no?

¿Hacer el amor? ¿Ha dicho hacer el amor? Lo ha dicho. Nada de «acostarnos», «tener sexo» o «echar un polvo». Ha dicho «hacer el amor». Guau.

—Yo no he dicho eso —me apresuro a contestar—, es solo que…

—Vale, lo entiendo, no te preocupes.

Rodea la cama para situarse lo más lejos posible de mí. Luego me mira con picardía y se quita la toalla.

—De acuerdo, no perdamos el tiempo —dice mientras se gira despacio, supuestamente para buscar su ropa.

Esto es demasiado para mí. Dejo el portátil y el cuaderno en el suelo y salto sobre la cama para alcanzarlo antes de que se ponga la camiseta.

—A ver, decídete —dice entre carcajadas.

—Perdamos el tiempo —susurro mientras me desnudo.

Me tiemblan las piernas cuando entro de nuevo a la ducha, esta vez seguida por Mat. Jugamos un poco con el jabón y la espuma, pero conseguimos salir, secarnos y vestirnos sin volver a caer el uno en los brazos del otro. Luego le ayudo a ponerse un nuevo apósito en las heridas. Tienen buena pinta, aunque le siguen doliendo mucho, a juzgar por los gestos que hace mientras le coloco la pomada antibiótica y la gasa.

—Son las nueve —dice cuando por fin estamos los dos preparados. Veo en sus ojos que acaba de activar al militar que es y está listo para la acción—. Tenemos que organizarnos —añade—. Lo primero, hay que desayunar en condiciones.

—Oh, sí —exclamo—, me muero de hambre.

Él sonríe y se da una palmada en la tripa.

—Podría comerme un buey —me asegura, y le creo. Ha hecho mucho ejercicio esta noche y esta mañana…

—¿Y después? —pregunto.

—Tú no puedes volver a entrar en la base —dice.

Su voz suena más firme ahora, como si el simple hecho de haber vuelto a tomar decisiones lo revistiera de la autoridad que Barnes le ha quitado.

—Eso está claro —coincido—. Pero ¿y tú? ¿Todavía puedes moverte sin levantar sospechas?

—Vivo y trabajo allí —responde—, lo lógico es que me vean en la base.

Entramos en una cafetería que hay junto al hotel y nos sentamos frente a frente en una mesa de madera oscura. La cafetería está llena de trabajadores que disfrutan de sus almuerzos mientras charlan animadamente en pequeños grupos. Los hay con uniforme, de traje y de sport. Las pocas mujeres que veo parecen viajeras de paso, como nosotros.

Pedimos café y dos desayunos completos: tostadas con mantequilla y mermelada, croissants, jamón dulce, un plato de queso y una baguette. La camarera asiente, sonríe y se aleja. Dos minutos después regresa con nuestros cafés. Al primer sorbo, ya siento que la energía vuelve a correr por mis venas.

La mesa es estrecha, pero en ese momento es nuestro centro de operaciones. Mat me mira muy serio y aparta la taza a un lado.

Empezamos.

—Necesitamos pruebas físicas —dice en voz baja y grave—. Documentos, archivos, registros de entrega, contratos firmados. Algo que no puedan negar, algo que hable por sí mismo.

—¿Tienes acceso al sistema logístico? —pregunto.

Él asiente.

—Limitado, pero puedo entrar en los listados de movimientos internos, en los inventarios y en los registros de salidas de material. Además… —Se detiene mientras la camarera nos sirve la comida y anota dos cafés más—. Además —retoma cuando se aleja—, puedo revisar la sala de archivos antiguos. A veces dejan copias en papel de contratos pasados. Son cosas que ya nadie mira. Y luego está el servidor secundario —dice, emocionado de pronto—. Si no lo han limpiado últimamente, quizá haya algo. Merece la pena comprobarlo.

—Yo me encargo de Veritas —le digo—. Buscaré los datos fiscales y comprobaré si existe una dirección física o solo el apartado postal que aparece en el membrete. Intentaré averiguar también los nombres de los responsables y cualquier vínculo con otras empresas pantalla. Si es una tapadera, tiene que haber incoherencias, algo que chirríe.

—Desde fuera —me dice muy serio—, nada de incursiones no autorizadas, ya te has jugado la vida suficientes veces.

—Desde fuera —le aseguro—. Y tengo que encontrar a Stokes —añado—, él nos envió al almacén.

Accede a regañadientes, pero sabe que tengo razón.

Nos miramos fijamente. Sus ojos están cargados de algo más que preocupación: hay determinación, pero también el miedo de quien sabe que está pisando un terreno minado.

Separarnos de nuevo, aunque solo sean unas horas, es como ofrecerle al enemigo una nueva oportunidad. Y ambos lo sabemos.

—Nada de llamadas —dice a continuación—. No hay nada más fácil de rastrear que los mensajes y los teléfonos. Nos veremos aquí esta tarde. En caso de peligro, llama a la policía, escóndete y espera, ¿de acuerdo? Nada de tonterías —insiste muy serio.

—A la orden —respondo—, siempre que eso mismo sirva para ti.

Durante un segundo nos limitamos a mirarnos por encima del borde de las tazas. Afuera, un coche pasa por la calle levantando un leve estruendo de grava. El mundo real vuelve a colarse por las grietas.

Mathieu estira el brazo y toma mi mano por encima de la mesa. Sus dedos cubren los míos con una calidez que me desarma.

—Esto puede salir mal —susurra.

—¿Más de lo que ya está saliendo? —respondo con suavidad—. Pero si no lo hacemos… si no seguimos adelante… todo lo que nos ha pasado, todo lo que hemos descubierto … no habrá servido de nada.

Él se inclina hacia mí y me besa. Es un beso breve, sin adornos, pero lleno de sentido. Como un acuerdo tácito.

Luego se levanta despacio, recoge sus cosas sin hablar y se coloca la chaqueta con un gesto automático. Se detiene frente a la puerta y me mira una última vez.

—Cuidado, Sloane —dice.

—Tú también.

Y se va.

La puerta del bar se cierra con un clic suave y siento que todos los sonidos se alejan con él, porque me rodea el silencio, a pesar de que nada a cambiado a mi alrededor.

Tengo miedo, porque sé, con una certeza que me araña por dentro, que lo que hagamos a partir de ahora puede cambiarlo todo.

Para bien.

O para siempre.

Apenas llevo dos segundos en la habitación cuando mi móvil se vuelve loco dentro del bolso. Es mi padre. Mierda. Estoy tentada de ignorar la llamada, pero sé que si no contesto es capaz de movilizar a la policía, al ejército o, lo que es peor, presentarse él mismo en el hotel.

—Papá —saludo.

—No me llamaste —responde. Su enfado es palpable a pesar de los miles de kilómetros que nos separan—. Te comprometiste en hacerlo.

—Perdona, tienes razón. He estado… ocupada —resumo—, y teniendo en cuenta la diferencia horaria no quería…

—Lo que no has tenido en cuenta es lo preocupado que estoy —me corta—. Mi hija está sola en un país extranjero, la han amenazada, tiroteada y herida, y tú solo te preocupas por la diferencia horaria.

Lo oigo respirar con fuerza al otro lado de la línea mientras intenta calmarse.

—Lo siento —le digo de corazón—. Tienes razón, no pensé en cómo te sentirías. Estaba tan centrada en el caso que…

—¿En el caso? —me corta de nuevo—. ¿Tengo que recordarte que eres una civil sin entrenamiento, autoridad ni defensa? Estás sola y expuesta —me lanza.

—No estoy sola —le rebato sin pensarlo demasiado.

—Ah, ¿no? —Mi padre es muy rápido recogiendo las pelotas que le lanzo, no deja pasar ni una.

—El capitán Beaumont…

—Olvídate de Beaumont. —Lo de cortarme cuando hablo se está convirtiendo en una costumbre insidiosa—. A mí me importas tú. Te has metido en algo muy gordo y quiero saber qué tienes. Luego, decidiré qué hacer.

—¿Tú decidirás? —protesto—. Es mi investigación, mi reportaje.

—Y tu vida —añade—. Estás en peligro, no me puedo creer que seas tan inconsciente.

—No lo soy, de verdad. Es solo que estoy tan cerca…

Mi padre suspira.

—El sabueso y el hueso —dice. Yo sonrío—. Cuéntamelo todo, Sloane —me pide—, y no te guardes nada.

50

Mathieu

Nada más cruzar el portón principal, sé que ya no pertenezco a este lugar. La base, que durante años me ha recibido como un lugar en el que me siento seguro y en cuya seguridad yo participo, que se ha convertido en una especie de hogar, me resulta ahora ajena, distante. Las paredes parecen más altas; los pasillos, más largos. El silencio es más denso. La patrulla de entrada a duras penas me devuelve el saludo, solo un asentimiento seco, casi mecánico.

Veo a Denton junto al primer control. Tiene los brazos cruzados y una expresión pétrea y poco amigable. Me detengo a su lado y espero algo, no sé, lo que sea. Un saludo, un insulto, una pregunta… Pero no hay nada de eso, solo un gesto con la cabeza, seco y directo, indicándome que lo siga.

De acuerdo, jugaremos a esto.

No me molesto en romper el hielo, no tiene sentido. Está claro que él no está aquí por cortesía ni por una cuestión personal. Está aquí porque así se lo han ordenado.

El costado me arde bajo la venda. Cada paso me recuerda el almacén, los disparos, los cristales rotos. Me obligo a mantener el ritmo. Espalda recta. Mirada al frente.

Caminamos juntos hacia el edificio central. Esta vez no va detrás de mí. Va a mi lado. Demasiado cerca. Como si quisiera recordarme que no estoy solo… pero tampoco libre.

—¿Alguna novedad? —pregunto sin mirarlo.

—La investigación está en marcha.

—¿Sobre qué exactamente?

Silencio.

Sonrío sin ganas.

—Eso pensaba.

Subimos las escaleras. Mi herida protesta, pero no me permito aflojar el paso ni que se me note en la cara. Denton llama a la puerta del comandante y entra sin esperar respuesta.

—Beaumont está aquí —anuncia. Luego se hace un lado y espera a que pase para cerrar la puerta.

Barnes está de pie junto a la ventana, con las manos a la espalda. Se gira despacio y se acerca a la mesa.

—Capitán —empieza—. Me alegra verlo tan recuperado.

—Estoy operativo, señor.

—No corra tanto —responde con suavidad—. Hay que aprender a tomarse las cosas con calma

Hace un gesto para que me siente, pero no me muevo. Decido quedarme de pie, así la charla será más breve. O eso espero.

Él tampoco insiste.

—He hablado con el alto mando —continúa—. El incidente del almacén se está tratando como una confusión operativa en zona restringida.

¿Una confusión?

Casi me río.

—Hubo fuego real, señor.

—Hubo nerviosismo —corrige—. Usted y la señorita Miller no tenían autorización para estar allí.

Ahí está el giro.

No respondo.

Barnes se acerca despacio a su escritorio y apoya las manos sobre la superficie.

—Quiero que entienda algo, Beaumont —continúa—. Esta base funciona porque mantenemos el control, la disciplina y la confianza

interna. Cuando un oficial comienza a cuestionar los procedimientos y a perseguir delitos imaginarios sin pruebas sólidas, el sistema se resiente y toda la base sufre las consecuencias.

—Yo solo quiero saber quién disparó —respondo—. Y quién ordenó que lo hiciera.

—Y yo quiero evitar un escándalo que nos perjudique a todos —replica sin elevar la voz.

Nos miramos en silencio. Luego, recupera la posición erguida, se estira los faldones de la chaqueta y levanta la barbilla.

—A partir de hoy y hasta nuevo aviso —añade—, queda reasignado a la oficina 3B. Tareas administrativas.

No puede ser…

—¿Me aparta de logística? —pregunto, incrédulo.

—No lo aparto, Beaumont. Lo estoy protegiendo, a usted y a la base, a todos los que vivimos y trabajamos aquí —dice con el ceño fruncido—. Hay demasiadas miradas puestas sobre usted, mucha suspicacia, y no quiero que las cosas se salgan de madre. Puede entenderlo o no, pero es lo que hay.

Claro. Me protege. ¡Ja!

—Y otra cosa —continúa de pronto—. He oído que ha estado en contacto con la señorita Miller después de su salida de la base.

Esta vez soy yo el que frunce el ceño.

—Es una civil herida en nuestras instalaciones. Me preocupo por su estado —respondo—. Además —añado rápidamente—, le recuerdo que su padre y el mío son amigos, el general no me perdonaría que no me ocupara de su hija después de lo sucedido.

—Por supuesto —asiente—. Pero le recomiendo prudencia. Cualquier vínculo visible con alguien que acusa a esta base de corrupción podría interpretarse como una especie de posicionamiento, y eso no estaría bien visto…

Ahí está la amenaza.

—¿Me está ordenando que rompa contacto? —pregunto.

Barnes inclina ligeramente la cabeza.

—Le estoy aconsejando que piense en su carrera. Seguro que su padre lo entenderá.

Pasa un segundo, dos, tres… Barnes no añade ni una palabra, y yo entiendo el mensaje completo.

Si sigo con Sloane, me hundirán con ella.

—¿Algo más, señor?

Barnes me observa con detenimiento, como si intentara leerme el pensamiento.

—Solo una cosa, capitán. Si descubre cualquier información relevante, cualquier cosa que pudiera afectar a la estabilidad de esta base, espero que me la comunique antes de compartirla con terceros.

Esta vez no la nombra, pero no hace falta.

Asiento despacio.

—Por supuesto, señor. Buenos días.

Saludo, me giro y salgo del despacho sin volver la vista atrás.

Denton me espera fuera.

—Te acompaño a la oficina 3B —dice.

Caminamos en silencio hasta el módulo norte. El despacho es pequeño, sin ventanas, y mi única herramienta de trabajo es un ordenador sin acceso a la red principal.

No estaría más aislado e incomunicado si me hubieran encerrado en una celda.

—¿Vas a vigilarme también? —le pregunto a Denton, que sigue en la puerta.

—Sabes que solo cumplo órdenes —responde.

—Ya.

Me siento, y Denton se queda un segundo más en el umbral.

—No eres tan tonto como pareces, Beaumont —dice por fin—. ¿Por qué te has metido en esto?

—¿Y tú? —replico—. Tú tampoco eres tonto. Entonces, ¿qué eres? Ya sabes cómo van las cosas en el ejército, si no eres amigo, eres enemigo.

Nuestros ojos se cruzan y, por primera vez, veo algo en los suyos.

Está dudando.

Se marcha sin responder y me quedo solo, más solo de lo que he estado jamás desde que me alisté.

Barnes cree que puede encerrarme en una oficina y que dejaré de pensar en lo que está pasando, que valoraré la carrera que puedo perder y volveré al redil.

Se equivoca.

Saco mi teléfono personal y busco en la agenda hasta que veo el nombre de Sloane en la pantalla.

Si sigo con ella, me destruirán. Pero si me aparto, la dejo sola.

Y por primera vez desde que empezó todo, comprendo que quizá la única manera de protegerla sea hacer exactamente lo que Barnes quiere.

Alejarme.

Aunque eso me parta por dentro.

51

Sloane

Es curioso lo que las personas, su presencia o su ausencia, provoca en las cosas. Desde que Mathieu se ha ido, la habitación del hotel me parece más pequeña, un cuarto de un motel barato y sin encanto. Paredes demasiado finas, una colcha de poliéster, una persiana que no termina de encajar y el zumbido permanente de las tuberías que recorren la fachada.

Me quedo unos segundos de pie junto a la puerta, escuchando. El silencio al otro lado es casi absoluto.

Aun así, corro el cerrojo y me aseguro de que funciona.

Tengo que concentrarme, hay muchas cosas que hacer. Mi vida depende de ello. Suele ser una frase hecha, pero por desgracia, en este caso es verdad.

Me siento frente al portátil con una sensación que no sabría definir del todo. No tengo miedo, o no la clase de temor que cualquiera reconoce. Lo que me da miedo es no ser capaz de dar con las piezas que me faltan y que, al final, todo salte por los aires y la onda expansiva acabe conmigo. Literal y figuradamente.

Respiro hondo, aparto cualquier pensamiento fatalista de mi mente y me concentro en el ordenador. Es importante encontrar a Stokes.

Abro el servidor cifrado y busco el mensaje que nos llevó hasta la ratonera. Lo releo despacio, como si no me lo supiera de memoria.

Veritas no es el centro, es solo la fachada.

En el almacén sur aún guardan entregas no declaradas, algunas con marcas falsas.

Si quieres pruebas físicas, ve allí. Pero no vayas sola.

Revisa la fecha: 14/09. Esa entrada no figura en los registros oficiales, pero existe.

Lo verás si sabes dónde buscar, pero ten cuidado, van detrás de ti.

¡Ah! Y no te fíes de los soldaditos.

El cursor parpadea bajo el texto.

No tuvimos ni cinco minutos antes de que empezaran los disparos. Nos estaban esperando.

Respiro hondo y activo el canal secundario. El sistema tarda unos segundos en establecer la conexión. Observo el pequeño icono girando en la esquina de la pantalla como si en él se decidiera mi futuro.

Cuando se queda fijo, empiezo a escribir con cuidado, sin dejar que la prisa me traicione.

¿Quién eres?

Es una pregunta muy simple, tanto que quizá Stokes no se moleste en contestar. No creo que acceda a darme su verdadero nombre a la primera de cambio, así que añado:

Nos enviaste a una trampa, estuvimos a punto de morir. ¿Por qué?

Lo envío y me quedo mirando la pantalla fijamente. Estoy convencida de que Stokes tardará en contestar, si es que lo hace, pero la notificación aparece casi al instante. Me inclino hacia la pantalla y leo con ansia.

¿Qué ocurre?

¿Cómo que qué ocurre? Se lo acabo de decir, casi nos matan. Trago saliva y tecleo a toda velocidad. Tengo miedo de que Stokes

desaparezca de la línea, no sabría cómo seguirle ni cómo volver a encontrarlo.

Hubo una emboscada. Nos estaban esperando. ¿Por qué?

Tardan unos segundos en aparecer los puntos suspensivos que anuncian que está escribiendo.

Me esfuerzo en respirar despacio. Tengo la absurda sensación de que alguien podría estar escuchando incluso el sonido de mis teclas.

Quiero ver el mensaje.

¿En serio? ¿No recuerda lo que él mismo escribió? No tenía que haber confiado en él. Aún así, copio el mensaje y lo pego debajo del suyo.

Esta vez tarda un buen rato en responder. Y cuando lo hace, siento que la sangre se me hiela en las venas.

Yo no he escrito ese mensaje.

No puede ser… ¿Cómo que no? Entonces…

Alguien lo ha interceptado y manipulado.

Siento que algo se me hunde en el estómago.

Escribo lo más rápido que puedo.

Explícate.

La respuesta tarda un poco más esta vez.

Yo no menciono el almacén sur como ubicación concreta. Hablo de una instalación secundaria en el perímetro. Tampoco incluí la fecha exacta que aparece en tu mensaje, la referencia al 14/09 no salió de mi terminal.

El mundo parece inclinarse un grado. Releo una vez más el mensaje original. Las palabras están ahí. Claras. Precisas. Almacén sur. 14/09.

—No puede ser… —repito en voz baja.

Tecleo de nuevo.

¿Estás seguro?

Completamente.

Hay una pausa más larga. Después:

Mi mensaje fue redirigido a través de un nodo intermedio antes de llegar a tu servidor.

Mis manos se quedan quietas sobre el teclado.

Sé lo que es un nodo intermedio, mi padre no para de hablar de eso, y también sé que muy pocas personas tienen acceso a ese nivel de seguridad.

¿Quieres decir que alguien interceptó tu mensaje y escribió lo que quería que yo leyera?

La pregunta es más para eliminar cualquier resquicio de duda que porque realmente piense que no ocurrió como Stokes dice.

Eso mismo.

Alto y claro. Sigo preguntando.

¿De dónde procede ese nodo?

La respuesta no llega de inmediato. El icono de escritura aparece y desaparece varias veces, como si dudara sobre cuánto decir. Cuando por fin contesta, siento un frío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado.

Red interna. Militar.

Cierro los ojos un segundo para calibrar la importancia de esas tres palabras.

¿Puedes precisar más?

Autorización media-alta. Vinculada a la red logística aérea.

Logística aérea.

Se me acaba de cerrar el estómago.

La red que gestiona inventarios. La que revisa entregas. La red que Mathieu consulta cuando intenta encontrar patrones en los albaranes duplicados.

Me obligo a pensar con claridad.

¿Pudo ser casual?

No.

La respuesta es inmediata.

El mensaje fue abierto doce minutos después de salir de mi servidor, editado y reenviado. Cuando tú lo recibes, ya ha sido modificado.

Doce minutos.

Tiempo suficiente para posicionarse, para preparar una emboscada.

Recuerdo el sonido del primer disparo. La rapidez con la que comenzaron a rodearnos. La sensación de que cada movimiento nuestro ya estaba previsto.

No fue improvisación. Nos estaban esperando.

Entonces, sabían que íbamos a estar allí.

Sabían que alguien iría. Y sabían cuándo. Te lo indicaron con claridad y tú seguiste las instrucciones.

Me levanto de la silla, camino hasta la ventana y aparto un poco la cortina, apenas unos centímetros.

El aparcamiento parece vacío, pero al fondo, junto a la carretera, hay un coche oscuro que no recuerdo haber visto antes.

Vuelvo al escritorio.

¿Pueden rastrearme a través del mismo nodo?

La respuesta tarda unos segundos que parecen minutos.

Si tuvieron acceso una vez, pueden intentarlo de nuevo. Asume que tu comunicación está siendo monitoreada.

Observo la pantalla en silencio.

La conclusión se forma sola.

El enemigo no es un francotirador escondido en la sombra. Es alguien con acceso autorizado, alguien que se sienta frente a un ordenador dentro de la base, que sonríe en reuniones. Alguien que tal vez ha estrechado mi mano.

O la de Mathieu.

El cursor parpadea una última vez.

Si estás cerca de la base, no confíes en nadie que tenga acceso a registros internos. Adiós.

Nadie.

Cierro el portátil despacio. Mi reflejo me devuelve una expresión distinta. Más fría, pero también más despierta, decidida.

Mi teléfono vibra sobre la mesa y el nombre de Mathieu ilumina la pantalla.

Lo miro unos segundos.

Porque ahora sé algo que cambia las reglas del juego, y no tengo claro cómo decírselo. O si siquiera debo contárselo.

—¿Sloane? —su voz suena firme cuando descuelgo, pero percibo la tensión debajo.

Miro hacia la ventana. El coche oscuro sigue allí.

—Tenemos un problema —digo al fin—, y esta vez sé que es más grande de lo que imaginábamos.

—¿Qué ocurre? —me pregunta. Lo noto ansioso.

—No puedo decírtelo por teléfono, no es seguro…

—De acuerdo —suspira. Lo imagino pasándose la mano por el pelo, pensando qué hacer—. No te muevas de ahí, ¿se acuerdo? No pises la calle, quédate en la habitación hasta que yo llegue.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé —reconoce—. Barnes me ha mandado a administración para evitar que pueda acceder a cualquier tipo de datos. Tengo que cumplir con la tarea antes de poder salir —se lamenta—. Pero si necesitas que vaya… —añade en el acto.

—No, no, tranquilo —me apresuro a decir—. Estoy bien, me quedaré aquí y seguiré… Leyendo —acabo. No puedo dejar de pensar que quizá me estén espiando—. Ven cuando puedas, estaré aquí.

52

Sloane

Paso horas frente al portátil, en la penumbra de la habitación del hotel, con la espalda encorvada, los ojos secos y el estómago vacío. Mi padre me ha proporcionado un acceso seguro a la red de información militar estadounidense desde la que también tengo acceso a las redes de toda Europa, aunque limitada. Suficiente para lo que necesito.

Las cortinas siguen corridas y la persiana, todo lo baja que he podido, aislándome del mundo exterior y del coche negro del aparcamiento. Ahora, el único sonido que percibo es el zumbido del ventilador del ordenador y el ocasional clic del ratón. Los papeles con anotaciones a mano se apilan en la mesilla y encima de la cama. Los cuadernos se mezclan con las notas adhesivas, las hojas arrancadas y los documentos impresos.

En la pantalla del ordenador aparecen líneas y más líneas de datos. Direcciones IP, identificadores fiscales, contratos clonados, registros comerciales duplicados bajo distintas razones sociales… Toda una telaraña cuidadosamente tejida para que parezca real, pero que se deshace al primer tirón.

Veritas Global Supply no existe. Al menos, no realmente.

Es una fachada, una carcasa hueca registrada en Delaware, como tantas otras empresas pantalla. Tiene un número fiscal, sí, y una dirección que no es más que un apartado postal en Wilmington. También tienen un número de teléfono que desvía las llamadas a un buzón digital que estoy segura de que jamás responde. Nada más. Ninguna sede, ningún empleado, ninguna huella humana.

La firma que aparece en los documentos oficiales como CEO es aún más sospechosa: Michael W. Henders. Un nombre limpio, demasiado limpio. No tiene perfiles en las redes sociales, ni artículos asociados, ni menciones previas en ninguna base de datos profesional. No existe en ningún registro médico ni educativo, ni ha votado jamás en ningún estado. Es un nombre construido, un fantasma legal.

Me duele la espalda y siento el trasero rígido, pero no me muevo. La pista es buena, lo sé. Sigo rastreando los documentos uno a uno, leyendo cada línea, comprobando cada dato.

Intento seguir el flujo del dinero, y es ahí donde aparece algo más concreto. Encuentro una transferencia bancaria oculta entre otras más pequeñas. Sale de una cuenta ligada a Veritas y termina en una entidad intermedia en Dubái, que a su vez envía el dinero a una cuenta operativa conectada a una dirección IP militar en Kandahar.

Ese es el hilo.

Lo tengo.

No se trata solo de una empresa fantasma, es mucho más que eso. Se trata de una red que se dedica a desviar y a camuflar, una vía para mover fondos sin dejar huella, usando intermediarios legales, pero que solo existen en el papel.

Hago captura de todas las pantallas y guardo copias cifradas en una carpeta sellada que bautizo con un nombre absurdo: *Recetas_de_cocina_2025.zip*.

Me quedo muy quieta mirando el ordenador con los ojos llorosos por el cansancio. Oh, dios, lo tengo. Alguien ha extendido una espesa capa de humo legal para ocultar un tremendo delito, y ese alguien se mueve desde dentro como si conociera muy bien el sistema.

Los nervios me retuercen el estómago porque sé que solo hay una cosa que puedo hacer ahora.

Publicar el reportaje. Al menos, uno preliminar con las pruebas que he logrado reunir. Que hemos logrado reunir. No puedo dejar a Mathieu fuera de la ecuación, pero tampoco puedo mencionarlo. Eso acabaría con él definitivamente.

Le envío un rápido mensaje a Rubi:

«Tengo el reportaje, pero no sé qué hacer».

Un minuto después, Rubi responde.

«¿Cómo que no sabes qué hacer? Adelante, publícalo. Eres una reina!!!».

No sé por qué, pero el entusiasmo de Rubi es contagioso y no lo pienso más. Grave error. Tecleo la respuesta a toda velocidad.

«Dile al jefe que me haga sitio en portada y que se prepare para actualizar la web dentro de un par de horas. Voy con todo».

Diez segundos después, mi teléfono vibra sobre la cama.

—¿Qué es eso de que vas con todo? —grita Rubi—, ¿de verdad lo tienes?

—Sí, al menos suficiente para una primera entrega —respondo enigmática.

—¿No vas a contármelo? —insiste mi amiga.

—No tengo tiempo, Rubi, y tampoco ganas. Necesito concentrarme en lo que voy a hacer. Me juego mucho, y el periódico también.

—¿Qué opina tu soldado de esto? —pregunta con picardía.

Mathieu…

—No lo sabe —confieso en voz baja.

—¿Cómo que no lo sabe? —exclama Rubi.

—Pues eso, que no lo sabe, que no se lo he contado porque estoy segura de que intentará impedírmelo. Además, ahora mismo

no está aquí, no puedo localizarlo y tampoco esperar a que él me llame.

Como excusa resulta bastante pobre, pero es lo que hay.

—Adelante, querida —repite Rubi—. Eres la mejor, demuéstralo. No podemos dejar que se nos adelanten, ¿no? Y dime, ¿cómo lo vas a enfocar?

—Quiero escribir lo justo para abrir fuego, pero sin quemar a nadie.

—Seguro que lo consigues.

Nos despedimos y vuelvo a sentarme ante el ordenador.

Mis dedos flotan sobre el teclado.

Me siento una traidora, no puedo hacerlo sin que él lo sepa. Cojo el móvil y le escribo un mensaje rápido.

«Voy a publicar lo que tenemos sobre Veritas. Iré con pies de plomo, tranquilo».

Pulso enviar, pongo el móvil en modo avión y empiezo a escribir.

Lo tengo tan claro que apenas tardo una hora en terminar el artículo. Me separo de la pantalla y vuelvo a leer el texto. Es conciso, frío, sin nombres propios ni acusaciones directas. Solo datos, conexiones y preguntas abiertas. Lo suficiente para despertar el interés. Pero, sobre todo, lo suficiente para obligar a quienes están detrás a pensárselo dos veces antes de silenciarnos.

Escribir lo que sé es la única protección real que me queda.

Respiro hondo y no lo pienso más. Se lo envío a mi jefe, que me responde con un pulgar hacia arriba y dos palabras: «Media hora». Treinta minutos, eso es lo que va a tardar el mundo en enterarse de qué es, o qué no es, Veritas Global Supply.

El texto incluye los datos verificables: la sede inexistente, el rastro del dinero, los contratos clonados y la vinculación con operaciones militares sin registrar. Ninguna mención a la base.

Ningún nombre de persona real. Ni siquiera una sugerencia de que alguien interno esté colaborando.

Apago el portátil con las manos temblorosas y me dejo caer sobre la cama sin deshacerla, con los pies aún en el suelo, la ropa arrugada y la frente ardiendo.

No me siento aliviada. Me siento vacía.

No porque crea haber hecho algo mal. Al contrario. He hecho lo único posible. Lo único justo.

Pero lo he hecho sola.

Y Mathieu… Mathieu no lo sabe.

No se lo he consultado. Y no porque no confíe en él, sino porque ha llegado el momento de actuar y no puedo seguir esperando a que alguien le dé permiso a la verdad.

53

Mathieu

Jamás un día se me había hecho tan largo. Ni siquiera durante los destinos más largos, las misiones más difíciles o las noches más aterradoras los minutos habían pasado tan despacio.

Cuando por fin puedo salir de la oficina en la que me han desterrado, la noche ha caído sobre la base. Barnes se había ocupado de que no me faltara tarea, encargos que podría resolver cualquier soldado con una calculadora en lugar de un capitán, pero no tengo forma de negarme. Le ha cogido el gusto a penalizarme. Lo hizo cuando ayudé a mi amigo Daniel Reed y lo ha vuelto a hacer ahora. Le encanta tener el control, saberse al mando y, sobre todo, la obediencia de las tropas.

Me siento en el coche y saco el móvil de la guantera. Lo había olvidado allí cuando llegué y no encontré el momento de salir a buscarlo.

Tengo varias llamadas perdidas de Sloane y un mensaje de texto.

«Voy a publicar lo que tenemos sobre Veritas. Iré con pies de plomo, tranquilo».

¿Cómo? Estoy a punto de llamarla cuando una notificación salta en la pantalla. La *newsletter* del periódico en el que trabaja Sloane me avisa de una nueva publicación.

El corazón empieza a latirme tan deprisa que pienso que se me va a salir del pecho, y cuando leo el titular, se me para en seco.

VERITAS GLOBAL SUPPLY: LA EMPRESA FANTASMA DETRÁS DE CONTRATOS MILITARES MILLONARIOS

Lo leo una vez. Luego otra. Y una tercera.

Por fin, clico en el enlace y accedo al resto de la noticia.

Veritas Global Supply: la empresa fantasma detrás de contratos militares millonarios

Una investigación preliminar revela irregularidades en adjudicaciones de material a una compañía sin estructura real, vinculada a operaciones en zonas de conflicto.

Por Sloane Miller

La compañía **Veritas Global Supply**, registrada legalmente en el estado de Delaware (EE.UU.), ha recibido en los últimos años **contratos por valor de varios millones de dólares** relacionados con el suministro de material logístico destinado a bases militares francesas en el extranjero.

Sin embargo, una investigación llevada a cabo por este periódico apunta a que **la empresa podría ser una tapadera operativa**, sin sede física identificable, personal activo ni historial de actividad anterior a su primer contrato. Su dirección oficial corresponde a un **apartado postal compartido por cientos de sociedades pantalla**, y su único número de contacto redirige a un buzón de voz sin identificación. A pesar de los intentos de este medio, no hemos conseguido obtener ninguna respuesta por parte de quien escuche los mensajes grabados.

La firma responsable, **cuyo supuesto CEO no aparece vinculado a ninguna otra actividad empresarial registrada ni cuenta con presencia pública verificable**, aparece relacionada con **una transferencia bancaria procedente de una IP asociada a una instalación militar activa en Oriente Medio**, según ha podido comprobar esta redacción. Las fechas coinciden con pedidos de «kits de comunicaciones satelitales» destinados a «zonas de evacuación», aunque no se ha podido confirmar la recepción real del material.

En algunos de los documentos consultados aparecen **órdenes de envío sin firma verificable** o con firmas replicadas electrónicamente, lo que podría indicar **falsificación documental o suplantación de identidad**.

Aunque por el momento **no hay acusaciones formales ni comentarios oficiales por parte de las autoridades militares**, este hallazgo inicial pone de

manifiesto **una posible red de adjudicación encubierta**, cuyo alcance podría involucrar niveles superiores de la cadena de mando y contratos aún no revisados.

Este medio continuará investigando el caso y ampliará la información a medida que se consoliden nuevas pruebas.

Cada frase está meticulosamente escrita. Cada dato, cuidadosamente colocado. Incluso las omisiones son estratégicas. No hay nombres propios, ni referencias directas a la base, ni una sola palabra que implique abiertamente a nadie conocido.

Pero para quien sepa leer entre líneas, para quienes están vigilando, es más que suficiente.

Y lo peor no es lo que dice, sino lo que significa.

Sloane lo ha publicado sin decirme nada.

Siento cómo el corazón me golpea con fuerza en el pecho, como si quisiera abrirse paso hacia fuera. Aprieto los dientes y me aferro al volante con tanta fuerza que podría arrancarlo de su sitio.

No es el artículo lo que más daño me ha hecho. Es brillante, certero, preciso, y hace tiempo que sé que el objetivo de Sloane no es otro que conseguir material para su reportaje. Lo que de verdad de duele es que lo ha hecho sin mí. Siento que estoy solo en esto. Otra vez.

Salgo de la base como un autómata. Cruzo el portón sin mirar atrás y piso el acelerador para que el rugido del motor ahogue las voces de mis propios pensamientos.

El trayecto es un borrón de semáforos, curvas y asfalto temblando bajo las ruedas. Subo las escaleras del hotel de dos en dos, con la herida punzando bajo la camiseta. Ni siquiera me detengo a respirar. Golpeo su puerta con fuerza. No me importa que sepa lo furioso que estoy.

Ella tarda apenas un segundo en abrir.

Me mira con los ojos muy abiertos y el rictus serio. Parece triste, y no lo entiendo. Ha conseguido su objetivo, tiene su reportaje, ¿por qué no está dando saltos de alegría?

—¿Has leído…? —empieza.

—¿Qué demonios has hecho? —disparo.

Su gesto se tensa y da un paso atrás para alejarse de mí, como si me tuviera miedo. Bien, eso tampoco me importa.

—Lo que tenía que hacer —responde.

—¿Sin decirme nada? ¿Así, de golpe?

—Te he llamado, pero no contestabas. Estabas en la base, no podía presentarme allí y preguntar por ti en la garita de entrada. —Se lleva la mano a la cara y luego me mira de nuevo—. Tenía la información, los datos, las pruebas… Era el momento.

—¿El momento? ¿Sabes lo que esto significa? —Mi voz se quiebra, y soy consciente del nuevo sentimiento que se está apoderando de mi cuerpo y sustituyendo a la furia: la decepción—. Me has dejado al margen, has vuelto a mentirme, a ocultarme tus intenciones. Y lo has hecho en el peor momento.

Ahora soy yo el que se pasa la mano por la cara. No me puedo creer lo que está pasando, lo que ha hecho.

—Tenía que hacerlo, no te he dejado al margen…

—¡Lo has hecho! —la interrumpo de un grito—. ¿No podías esperar unas horas, un día? ¡No! Porque tú no esperas, no aceptas consejos, no te dejas ayudar. Tú lo sabes todo y te importa una mierda lo que nos pase a los demás.

—¡No te va a pasar nada! —grita a su vez.

Se me escapa una carcajada rota.

—Todo el mundo en la base sabe que estoy contigo —le digo en voz baja—. Nos están vigilando, a los dos. No era el momento —añado con amargura—, salvo que quieras que te maten, claro. Que nos maten a los dos.

—Eso no va a pasar.

—¿Lo vas a impedir tú? —me río—. El artículo es bueno, pero no es suficiente para detener a nadie, ¿y sabes por qué? ¡Porque no tenemos ni puta idea de quién está detrás! ¿Y sabes lo que significa

esto? —La miro un largo segundo, hasta que mueve la cabeza de un lado a otro—. Pues que saben que están a tiempo de pararte, y lo van a intentar. Querrán impedir que publiques otro reportaje, uno que incluya nombres y emplazamientos. —El gesto de Sloane cambió en una fracción de segundo cuando fue consciente de lo que le estaba diciendo—. Estamos jodidos —le dije muy serio—. Nos has jodido bien.

—No sé qué otra cosa podía hacer… No podía esperar sentada a que alguien lo borrara todo, y tampoco podía callarme o fingir que esto no existe.

—No. Solo quería que confiaras en mí. Que me lo dijeras antes. Que no me dejaras fuera.

—¿Dejarte fuera? —repite, dolida—. Tenía que actuar —insiste. Respira hondo y luego suelta la bomba—. He hablado con Stokes —dice sin mirarme a los ojos—. Él no nos envió al almacén sur, alguien interceptó su mensaje y lo modificó para que nos lanzáramos de cabeza a la trampa.

—Eso no es posible… —digo, incrédulo.

—Sí lo es si cuentas con la autorización adecuada para entrar en el sistema —me corta.

La miro un largo momento. Sé lo que está pensando, y no me hace ninguna gracia.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que yo…? —le pregunto.

—¡No! —me asegura al instante—, pero no sé quién ha podido ser. Por eso decidí publicar el artículo, como una especie de… advertencia —concluye.

La miro. La veo cansada, atemorizada, quizá también desesperada, pero debajo de todo eso sigo viendo una fuerza que, aunque me duela, también admiro.

Pero no puedo evitarlo. Me siento traicionado, desplazado.

—Creía que éramos un equipo —murmuro.

Ella baja la mirada un segundo. Luego vuelve a alzarla, con firmeza.

—Yo también. Pero ahora mismo no lo parece. Sé que habrías intentado detenerme si hubiera llegado a decírtelo.

—Bueno, supongo que ahora nunca lo sabremos.

Doy un paso hacia la puerta, y luego otro.

Cuando quiero darme cuenta, he salido de la habitación y estoy bajando las escaleras en dirección a la calle, a mi coche, lejos de ella.

Ya no estoy furioso, ni siquiera estoy enfadado por el reportaje. Me duele porque lo ha hecho sin mí. Ha tomado la decisión sin contar conmigo, y en un mundo donde solo nos tenemos el uno al otro… eso lo cambia todo.

Para siempre.

54

Sloane

Cuando Mathieu se marcha, el silencio que se instala en la habitación tiene un peso casi físico. Y me asfixia. Me cuesta respirar y siento que el estómago gira sin control en mi interior. Las náuseas me invaden, pero el dolor se impone a cualquier otra sensación. Las lágrimas me queman en los ojos y me esfuerzo por contenerlas, pero qué más da. Estoy sola, y sé que seguiré así mucho tiempo, quizá para siempre.

Mathieu se ha ido.

Me he quedado mirando la puerta durante un buen rato, esperando que regresara, que fuera capaz de entender mis razones y volviera para que podamos seguir adelante, pero no lo ha hecho. Simplemente, se ha ido, y en el fondo de mi corazón sé dos cosas con toda certeza: que no va a volver, y que es posible que tenga razón.

¿Qué habría pasado si hubiera esperado un día antes de publicar el artículo? ¿Por qué me he lanzado de cabeza a la piscina sin aguardar a hablar con él, o al menos a advertirle de lo que estaba a punto de hacer? ¿Por qué no he elegido tenerlo a mi lado mientras escribía?

Básicamente, porque soy idiota, una completa estúpida sin remedio.

Y ahora es demasiado tarde.

Me quedo inmóvil en mitad de la habitación, sin saber qué hacer con esa mezcla de rabia, tristeza, dolor y vacío que me oprime el pecho.

El teléfono no deja de vibrar cada vez que entra una notificación sobre el artículo, lo que no hace más que ahondar la herida y aumentar el sentimiento de vergüenza que está comenzando a embargarme. Siento que me he equivocado, ya no estoy segura de nada, y no sé qué hacer.

Me siento en la cama sin deshacerla y me abrazo las rodillas. Al otro lado de la ventana, la ciudad sigue moviéndose como si nada hubiera ocurrido. Faros que avanzan en líneas ordenadas, luces en edificios lejanos, el murmullo apagado del tráfico…

El mundo no se ha detenido.

Solo nosotros. Solo yo.

Me obligo a levantarme. Entro en el baño y me lavo la cara con agua fría, como si pudiera borrar algo más que el cansancio. El reflejo que me devuelve el espejo tiene los ojos enrojecidos y la mandíbula apretada, tensa. Pongo agua en el hervidor y cojo la última bolsita de té de la caja de cortesía del hotel. No es que me apetezca, pero necesito hacer algo, sentir que todavía soy dueña de mis actos, de mis movimientos.

Lo dejo sobre la mesilla sin ni siquiera llevármelo a los labios.

Me siento a la mesa, abro el portátil y lo cierro un instante después. No quiero leer los comentarios sobre el reportaje, no quiero ver las reacciones ni interactuar con nadie. No quiero confirmar que ya no hay marcha atrás.

Apago la luz y me tumbo boca arriba sobre la cama sin deshacer. Me concentro en regular la respiración mientras sigo diciéndome a mí misma que lo he hecho por una razón. Una muy buena.

Una razón que no se me ocurre. ¿Por qué lo he hecho? Porque tenía que hacerlo, porque decidí que era el momento.

Una cagada que ahora no tengo modo de borrar. Simplemente, hay decisiones que no admiten dar marcha atrás.

Cierro los ojos e intento dormir, pero el sueño no llega. No sé qué hora es. De madrugada, eso seguro.

En ese momento oigo un sonido breve, metálico, no demasiado fuerte, pero está fuera de lugar. No es una cañería, ni alguien en otra habitación haciendo ruido. Tampoco son pasos, ni música. No sé lo que es, pero es lo bastante extraño como para que todo mi cuerpo se tense antes incluso de que mi mente lo procese.

Permanezco inmóvil unos segundos, escuchando.

Nada.

Me incorporo despacio. El corazón me late con fuerza, marcando un ritmo irregular en mis oídos.

En ese momento, el sonido se repite. No estoy segura de si viene del baño, de la pared que da a la habitación contigua o del armario.

Doy un paso descalza sobre la moqueta.

Y entonces lo veo.

Un hilo gris, casi imperceptible al principio, se desliza por debajo de la puerta del baño. Tan fino que podría ser una sombra, pero no lo es.

En cuestión de segundos se espesa y se expande como una mancha viva sobre el suelo, reptando hacia la cama.

El olor me alcanza antes de que sea realmente consciente de lo que está pasando. Ese humo huele raro. Me ha tocado cubrir varios incendios y sé cómo huele el fuego.

No, lo que está inundando la habitación no es humo de un incendio.

Es químico.

Oh, dios. La garganta me arde de inmediato y rompo a toser. El primer espasmo en el pecho es seco, violento.

—Es gas —me oigo decir en voz alta.

El pensamiento me atraviesa con una claridad brutal.

Corro hasta la ventana y la empujo con fuerza. Solo se abre unos centímetros, no quieren suicidios en el hotel. No me sirve, es insuficiente, inútil.

Me tumbo en el suelo junto a la ventana mientras busco una salida. El humo asciende por la cama, que ahora parece cubierta por una mullida colcha gris, y se desliza hacia la pared del fondo.

Cada vez me cuesta más respirar. Me lloran los ojos y no puedo dejar de toser, pero tengo que hacer algo.

Cojo aire pegada al suelo y contengo la respiración. Luego, me tapo la boca y la nariz con la camiseta, me agarro al alféizar de la ventana y me pongo de pie. Arrastro la silla hasta el centro de la habitación y me subo. Mi cabeza queda prácticamente dentro de la nube tóxica. Presiono el botón de seguridad del detector de incendios, que estalla en un pitido agudo que perfora el aire. El sonido se mezcla con el zumbido creciente en mis oídos mientras el humo se vuelve más espeso, más oscuro.

Intento respirar por la camiseta, pero el gas ya lo invade todo. No veo nada, la piel me escuece, y la habitación se transforma en una cámara opaca, irrespirable.

Me lanzo de la silla sobre la cama y ruedo hasta el suelo. A cuatro patas, avanzo hacia la puerta a tientas. Cada paso es más torpe que el anterior. Las piernas me pesan, me flaquean los brazos y el pecho me arde como si me hubieran encendido por dentro.

No puedo más. Me derrumbo, apoyo la cabeza en el suelo y me dejo caer.

—¡No! —grita algo dentro de mí. O quizá he sido yo, porque de pronto, la boca me arde con un sabor ácido.

No ahora. No puedo rendirme, no voy a morir hoy.

Me obligo a levantarme apoyándome en la pared y busco a tientas la manilla de la puerta. La noto caliente, o quizá es mi mano la que tiembla demasiado para notarlo con claridad. La giro con dificultad, utilizando las pocas fuerzas que me quedan.

Tengo que coger aire, el instinto me exige que respire, pero sé que si lo hago, moriré.

Mantengo la camiseta pegada a mi cara y me apoyo con todo mi peso en la manilla.

Por fin, la puerta cede.

El pasillo es un estallido de luces rojas intermitentes y voces superpuestas. Puertas que se abren, pasos apresurados, alguien gritando instrucciones que no entiendo.

—¡Aquí…! —consigo articular con un hilo de voz que apenas reconozco como mío—. Aquí…

Las palabras se pierden en un ataque de tos.

Unos brazos me rodean por la cintura antes de que vuelva a caer y me arrastran hacia el pasillo. El aire, aunque cargado, es más limpio. Siento el frío contra la piel como una salvación.

—Respira despacio —dice alguien cerca de mi oído—. Ya está. Tranquila.

Tranquila.

Quiero reír, pero no tengo aire suficiente.

Veo sombras moviéndose a mi alrededor. Después, una toalla húmeda presiona mi cara mientras alguien habla por teléfono. Otra persona empuja una puerta más abajo y veo la noche al otro lado.

Cuando levanto la vista, algo llama irremediablemente mi atención. En el techo del pasillo, entre las luces de emergencia, hay una pequeña lente roja.

No es parte de la alarma antiincendios ni ningún otro sistema de seguridad.

Es una cámara, y está grabando, observando todo lo que pasa.

Una corriente helada me recorre la espalda.

Esto no es un accidente, no se trata de una fuga fortuita de gas. Ni siquiera es un mensaje, porque quien ha hecho esto, solo tenía un objetivo: matarme.

Vuelve a faltarme el aire. El borde de mi visión se oscurece y las voces se alejan como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

No sé por qué, pero en ese momento pienso en Mathieu.

¿Le habrán avisado?

¿Seguirá enfadado?

¿Sabrá lo que está pasando?

La última sensación que me acompaña antes de que todo se vuelva negro es la certeza de que esta vez van en serio. El peligro ya no es una amenaza abstracta, ya no son tiradores disparando a bulto.

Han decidido acabar conmigo, y sé que no piensan detenerse.

55

Mathieu

La playa está desierta. Solo el murmullo constante del mar rompe la quietud de la noche. Las olas avanzan y retroceden con una cadencia hipnótica, como si el océano respirara por mí ahora que yo no puedo hacerlo.

No estoy muy seguro de cómo he llegado hasta aquí. He salido del hotel con la cabeza vacía y el corazón roto, y solo recuerdo haberme puesto al volante y seguir las líneas de la carretera. Supongo que habrá sido la costumbre o la necesidad de tranquilizarme, o las dos cosas. El mar, como el cielo, tiene el poder de calmarme. Aunque el agua es solo una lámina oscura, sé que está ahí, puedo olerlo, sentirlo en la piel cuando el viento me trae las gotas sueltas. El mar es algo seguro, cierto, al contrario que el resto de mi vida, que se tambalea como un castillo de naipes junto a una ventana.

Lo único que tengo claro es que no puedo volver a la base. No puedo encerrarme en mi habitación como un animal herido y salir por la mañana como si no hubiera pasado nada. Además, es más que probable que Barnes ordene mi detención en cuanto lea la noticia. Aunque no aparezca mi nombre ni se mencione ninguna base en concreto, el reportaje va a ser un auténtico terremoto.

Tampoco puedo regresar al hotel y enfrentarme otra vez a Sloane, no en este estado, con la cabeza hecha un lío y la electricidad nerviosa recorriéndome el cuerpo.

Necesito distancia, silencio, espacio, tiempo. Por eso estoy aquí.

Me siento en la arena húmeda, con los codos apoyados en las rodillas y la vista fija en la línea oscura del horizonte. La herida del

costado late con un dolor sordo, pero apenas la noto. Lo que de verdad me duele no está ahí.

Repaso la discusión una y otra vez. Sus palabras. Las mías. Busco el origen del desastre, quiero saber qué ha provocado que se torciera todo.

«Creía que éramos un equipo».

La frase me sabe amarga incluso ahora.

El viento trae olor a sal y a frío. Me paso la mano por la cara y cierro los ojos un momento. Intento ordenar mis pensamientos, convencerme de que aún soy capaz de controlar algo.

No lo consigo.

El tiempo se diluye. No sé cuánto rato permanezco allí, escuchando el mar, dejando que la noche me envuelva, asistiendo al desfile de imágenes que invaden mi cabeza. Soy incapaz de luchar contra ellas, me rindo al desastre que me muestran y siento que me hundo cada vez un poco más.

No quiero reconocerlo, todavía no estoy preparado para ello, pero sé que mi carrera está acabada, que desde mañana, mi nombre y el de mi familia serán sinónimo de traición. Y además, tendré que enfrentarme a todo yo solo, porque Sloane no estará, y tampoco estará mi padre, al que creo muy capaz de repudiarme.

Cuando por fin regreso al coche, la noche parece aún más silenciosa, como si el universo hubiera decidido acompañarme en el dolor y permitirme un momento de paz antes de la batalla.

Conduzco hasta la base como un autómata. Entro en mi dormitorio y me dejo caer sobre la cama sin quitarme siquiera las botas. Estoy exhausto, pero no consigo conciliar el sueño. Es como si mi mente corriera en círculos, incapaz de encontrar una salida.

Y entonces, suena el teléfono.

Me siento de golpe, pensando que quizá sea ella. El brillo de la pantalla corta la oscuridad como una cuchilla y leo el número. No lo reconozco.

A esas horas, las llamadas no traen nada bueno.

Contesto antes de que suene por segunda vez.

—Sí —digo secamente.

—¿Señor Beaumont? —pregunta un hombre al otro lado. Por detrás de su voz oigo más voces, un pequeño alboroto, y el ruido del tráfico.

—Sí. ¿Quién habla?

La respuesta llega con un tono profesional, medido.

—Soy el doctor Miles, del hospital del condado. Estoy con Sloane Miller. Ella ha pedido que lo avisemos.

El mundo se contrae en una fracción de segundo.

Me incorporo de un salto y el corazón empieza a golpearme las costillas con una violencia conocida.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un incidente en el hotel y ha inhalado gases tóxicos. La trajeron en ambulancia. Está estable, consciente, pero desorientada. Le hemos administrado oxígeno y estamos pendientes de los resultados de los análisis y de las pruebas que le hemos realizado. Su primera petición fue que lo llamáramos —insiste.

No necesito más.

El teléfono cae sobre la cama mientras me visto a oscuras. Cada movimiento es brusco, automático. La camiseta se me engancha en el hombro, las manos me tiemblan al abrochar el cinturón.

Cojo la pistola del cajón sin pensarlo y la sujeto en la parte trasera del pantalón. Lo que más temía, ha pasado. Un ataque que podía haber sido mortal, definitivo. No han esperado ni un día.

—Lo sabía, joder. Lo sabía —mascullo mientas corro hacia el coche.

Conduzco a toda velocidad. Las luces se convierten en líneas difusas y apenas soy consciente de la presencia de semáforos y de otros vehículos cuando llego a la ciudad. Solo veo su rostro. Su expresión cuando cerré la puerta. La forma en que se defendió tozuda, firme, decidida.

Y ahora, esto.

El hospital aparece como un bloque blanco bajo el cielo oscuro. Dejo el coche mal aparcado y corro hacia la entrada. Siento el corazón desbocado cuando cruzo las puertas automáticas de urgencias.

—Sloane Miller —digo en el mostrador mientras intento recuperar el aliento—. La han traído hace un rato, gases tóxicos.

La recepcionista levanta la vista y señala hacia la izquierda.

Avanzo con cuidado. Pacientes, familiares y personal sanitario ocupan buena parte de las salas y los pasillos. Reconozco al recepcionista del hotel. Al parecer, Sloane no ha sido la única afectada. Por un momento pienso que quizá ella no fuera el objetivo y en realidad se trate de un desafortunado accidente, pero sé que eso es engañarme a mí mismo. El resto habrían sido víctimas colaterales. Todas las guerras cuentan con que las haya.

La busco en los boxes separados por cortinas y las pequeñas consultas de la zona de Urgencias. Por fin, la encuentro en una de las salas del fondo.

La luz es tenue, casi azulada. Está recostada en la camilla, con una mascarilla de oxígeno cubriéndole la mitad del rostro. El cabello húmedo se le pega a la frente. Está muy pálida, demasiado.

Pero respira.

Ese detalle es suficiente para que algo dentro de mí deje de estrangularme. Avanzo hasta ella y me coloco a su lado. No soy consciente de que mi mano ha comenzado a acariciarle el brazo hasta que siento su piel fría bajo mis dedos y ella abre los ojos.

—Mathieu… —susurra cuando me ve.

Me inclino sobre ella y la beso en la frente. Luego la cojo de la mano. Está temblando, pero me aprieta con una fuerza inesperada.

—Estoy aquí —le digo en voz baja—. Ya pasó.

Sacude apenas la cabeza.

—No… —murmura—. Me atacaron con gas. No podía respirar…

—Lo sé. No hables ahora.

Le aparto un mechón del rostro con cuidado y ella vuelve a cerrar los ojos. Mantengo su mano en la mía y le acaricio los dedos con el pulgar.

Poco después, la puerta se abre y una mujer joven con uniforme policial entra con paso firme. Lleva la placa visible y una carpeta bajo el brazo. Su mirada es directa.

—¿Capitán Beaumont?

Asiento.

—Soy la oficial Kelly. Necesito hablar con usted unos minutos.

Miro a Sloane. Ella me observa por encima de la mascarilla y asiente levemente.

Salgo al pasillo detrás de la agente, que me espera con gesto serio.

—Lo que le ocurrió a la señorita Miller no fue accidental —empieza sin rodeos—. Lo estamos investigando como un intento de homicidio. Alguien introdujo un artefacto a través del sistema de ventilación de su habitación, un bote de humo con un agente irritante.

—¿Qué tipo de agente? —le pregunto.

—Todavía no puedo ser más concreta, pero no es de uso civil.

—¿Tienen el número de serie?

Ella no responde de inmediato, lo que me indica que lo tienen. Bien, eso facilitará mucho las cosas.

—Estamos revisando las cámaras, pero la señorita Miller nos ha dicho que usted podría ayudarnos a elaborar una lista de posibles sospechosos, personas con motivos para querer hacerle daño.

Motivos.

La palabra me pesa en el corazón.

Asiento despacio, con la mandíbula rígida y los músculos tensos hasta el límite.

—Pensaré en ello y la llamaré —respondo—. Una cosa más —le digo cuando veo su intención de marcharse—, ¿no piensa ponerle protección a la señorita Miller? Usted misma ha dicho que lo están tratando como tentativa de homicidio.

—Lo he hablado con mi superior —responde la oficial Kelly—, pero todavía no tenemos claro si la señorita Miller era el objetivo o simplemente ocupaba la habitación que resultó accesible para el agresor. Hay más de veinte personas heridas —añade—. Si no se hubiera activado la alarma, a buen seguro estaríamos hablando de decenas de muertos.

—Haga lo que pueda —le pido—. Mientras tanto, yo me ocupo.

Luego regreso a la habitación y cierro la puerta con cuidado. Sloane tiene los ojos cerrados, pero no duerme.

—¿Sigues aquí? —susurra.

—No me voy a ir —le aseguro.

Me siento junto a ella y sostengo su mano entre las mías mientras escucho el pitido rítmico del monitor, un sonido pequeño, constante y obstinado que marca la diferencia entre la vida y la muerte.

La miro con una claridad que ya no deja espacio para dudas.

No soy solo el capitán asignado a acompañarla, ni tampoco el hombre que discute con ella porque teme perderla.

He cruzado una línea que es imposible desandar.

La quiero.

Y si alguien cree que puede usarla para enviarme un mensaje, se equivoca.

Porque esta vez no voy a reaccionar.

Voy a anticiparme.

Y no pienso dar un paso atrás.

56

Sloane

El ardor en la garganta sigue ahí, como si con cada respiración inhalara cenizas ardientes. La fiebre ha bajado durante la madrugada, pero mi cuerpo todavía no responde del todo. Me siento hueca, débil. Y asustada, y eso es lo que menos que gusta, lo que más me enfada. Tengo miedo porque soy consciente de que podía haber muerto esta noche.

La mascarilla de oxígeno descansa sobre la mesilla, al alcance de mi mano. No me atrevo a apartarla demasiado. Aún recuerdo la sensación de ahogo, el instante en que el aire dejó de existir y estuve segura de que iba a morir en pocos minutos.

Mathieu no se mueve de mi lado.

No habla mucho, no intenta llenar el silencio con palabras que no necesitamos. Simplemente, está. Me sostiene la mano con una constancia casi obstinada, como si su piel pudiera anclarme al mundo. Cada vez que un escalofrío me recorre el cuerpo, me ajusta la manta con una delicadeza que no encaja con el uniforme que lleva puesto cada día.

No sé en qué momento me vence el sueño, pero cuando vuelvo a abrir los ojos, él sigue allí. Está inclinado sobre la silla, con la cabeza apoyada en el antebrazo. Parece dormido, pero los párpados le tiemblan levemente. No descansa de verdad, está alerta.

Y al verlo así, tan cerca, tan real… algo dentro de mí cede.

No es miedo.

Es alivio.

—¿Mathieu? —murmuro. La voz me sale ronca, áspera.

Levanta la cabeza al instante.

Sus ojos están enrojecidos, agotados, pero firmes.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—Como si alguien hubiera intentado freírme los pulmones —digo, intentando sonreír, pero mis labios se niegan a mantenerse en alto —. ¿Y tú?

—Estoy contigo —responde sin dudar—. Eso es suficiente.

Intento incorporarme, pero mi cuerpo también se muestra rebelde. Él lo nota antes de que yo diga nada. Me sostiene la espalda con una mano y con la otra aparta con cuidado el tubo de la vía para que no tire. Luego recoloca la almohada y me ayuda a apoyarme muy despacio.

Luego, se sienta más cerca y clava su mirada de acero en mis ojos.

Le tomo la mano y me aferro a ella. Lo necesito físicamente, su contacto es mi ancla, me tranquiliza y me mantiene centrada.

—¿Sigues enfadado? —le pregunto en voz baja.

Baja la mirada un segundo y veo el dolor atravesar su cara, pero no me suelta la mano. Eso es algo.

—No. Solo preocupado. Y cansado —suspira—. Cansado de que cada paso que damos nos convierta en un objetivo más visible y, por lo que se ve, fácil.

Asiento.

—Nos quieren fuera del mapa —digo en voz baja. No es fácil reconocer que alguien me quiere muerta.

—Sí —coincide él—. Y esta vez, casi lo consiguen.

El silencio se espesa entre nosotros.

Ya no es solo una investigación periodística. Eso quedó atrás cuando el gas empezó a entrar por debajo de la puerta.

—Tengo miedo —admito. No intento suavizarlo, es lo que hay.

Él tampoco disimula.

—Yo también —reconoce.

En ese momento, lo veo con otros ojos. No está intentando parecer fuerte ni protegerme con mentiras. Sus dedos aprietan los míos con una firmeza tranquila.

—Pero no pienso parar —añado. Lo digo completamente en serio. Por encima del miedo y del dolor, más allá de la angustia que siento cada vez que recuerdo el tiempo en el que me estaba envenenando con el gas, está la firme decisión de no rendirme. No lo he pensado, es una decisión que, simplemente, siento dentro de mí.

Mat me mira de frente y durante un segundo creo que va a discutir, pero no lo hace.

—Entonces, no pares —me dice muy serio—. Pero esta vez no lo hagas sola.

No suena a orden, y tampoco es una petición ni una súplica.

Me está ofreciendo un pacto.

Sostengo su mirada y siento que algo se recoloca entre nosotros. Ya no hay reproche. Ya no hay distancia. Solo una línea clara que hemos cruzado juntos.

Esto ya no va de periodismo ni de jerarquías.

Es personal.

—Necesitamos un plan —digo.

Él asiente.

—Hay que dejar de reaccionar y empezar a anticiparnos —responde.

—¿Puedes moverte dentro de la base después de… todo?

¿Por qué me cuesta mencionar el artículo? La respuesta es sencilla: porque me siento culpable.

—Con más cuidado que antes —responde—. Pero sí, aún tengo acceso a ciertas áreas, aunque me hayan relegado a administración. Y sé que hay gente que no está cómoda con lo que está pasando.

Hay algo en su tono que me llama la atención.

—¿Denton? —pregunto sin pensar.

Mathieu vacila apenas una fracción de segundo.

—No lo sé —reconoce al final—, pero si alguien desde dentro interceptó el mensaje de Stokes, eso significa que no estamos solos en esto. Ni para bien, ni para mal.

La idea se instala en mi cabeza con una claridad incómoda.

—Mi padre —digo de pronto.

Mathieu me mira.

—Si se entera de lo de anoche, vendrá —razona.

No es una suposición. Es una certeza.

—Y si viene —añado— no lo hará como padre preocupado. Lo hará como general.

El aire parece enfriarse un grado.

Mathieu no sonríe.

—Tal vez no sea mala idea.

Lo observo.

—¿Lo dices porque puede ayudarnos… o porque así me tendrá vigilada y bajo control?

—Lo digo porque esto ya no es una amenaza aislada —responde con el ceño fruncido—. Es una operación organizada y necesitamos todo el respaldo posible.

Respiro hondo. La garganta aún me arde.

Tiene razón. La próxima vez se asegurarán de no fallar.

—Entonces, no publiquemos solo otro artículo abstracto, sin datos ni nombres —digo—. Vamos con todo, provoquemos un incendio que no puedan apagar.

Mathieu se inclina ligeramente hacia mí.

—Primero tenemos que conseguir las pruebas que faltan, las definitivas, las que nadie pueda negar. Después, vamos con todo.

—Juntos.

—Juntos.

El monitor sigue marcando mi pulso con un pitido regular.

Por primera vez desde que empezó todo esto, el miedo no desaparece, pero se transforma.

La parálisis desaparece y llega el impulso, me siento más decidida y más fuerte que nunca. Y también más asustada

Y mientras siento la mano de Mathieu rodeando la mía, entiendo algo con absoluta claridad:

Han querido silenciarme, han pretendido asustarnos y separarnos.

Pero han conseguido exactamente lo contrario.

Mathieu se acerca a mí, veo su cara cada vez más cerca y me concentro en sus labios. Cierro los ojos y respiro profundamente. Todo está bien…

Justo en ese momento, la puerta de la habitación se abre de golpe y un estruendo de botas nos rodea.

—En pie, capitán Beaumont —oigo que braman.

Mathieu hace lo que le ordenan y saluda marcial. Veo la sorpresa en su rostro.

Me giro hacia la voz y…

—¿Papá?

El monitor que marca mi pulso se acelera mientras mi padre entra como si la habitación fuera un despacho bajo su mando. Traje oscuro, abrigo sobre el brazo, la espalda recta como si el *jet lag* no existiera para él. Los ojos, sin embargo, no son los del general Miller.

Son los de un padre que ha recibido una llamada en mitad de la noche.

Mathieu mantiene el saludo marcial.

—Descanse —concede mi padre.

Durante un segundo, nadie dice nada, pero la atmósfera se ha espesado de repente.

Mi padre me mira primero a mí y sus ojos recorren la mascarilla, la vía, la palidez que todavía no consigo disimular.

Luego mira a Mathieu.

—Capitán Beaumont —dice con voz contenida.

—General —responde Mathieu con la misma firmeza.

Desde luego, eso no se parece en nada a un saludo cordial.

—¿Puede dejarnos un momento? —pregunta mi padre. No lo está pidiendo, es una orden.

Mathieu vacila apenas una fracción de segundo. Me mira y yo asiento.

No quiero que se enfrenten aquí, no ahora. No pueden obligarme a tomar partido en un momento como este, y mi padre es muy capaz de plantear semejante estupidez, porque para él siempre existen los bandos.

Mathieu ignora a mi padre y se inclina hacia mí.

—Estoy a diez minutos —susurra—. Si necesitas algo, me llamas.

Asiento de nuevo mientras él se incorpora y sale sin añadir nada más.

Cuando la puerta se cierra, el silencio se vuelve pesado.

Mi padre se acerca despacio a la cama.

—¿Qué demonios está pasando, Sloane?

—Estoy trabajando —respondo, aunque sé que suena absurdo.

Su mandíbula se tensa.

—Han intentado matarte, y no fue un aviso —añade.

Lo miro y frunzo el ceño.

—¿Has hablado con alguien? —le pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Con más gente de la que crees —me confirma. Sus ojos se endurecen—. Y créeme cuando te digo que esto no termina aquí.

57

Mathieu

Contaba con que el general Miller apareciera por aquí, y supongo que enterarse de que su hija había sido objeto de dos atentados en apenas tres días es motivo suficiente como para que se decidiera a venir, pero lo que no esperaba era que utilizara un avión militar para cruzar el océano en plena noche y se presentara en el hospital sin avisar.

No se corta cuando me pide que me marche, y lo hago solo porque Sloane asiente. Le aseguro que estaré cerca y salgo de la habitación con la incómoda sensación de que la partida acaba de subir de nivel.

Cuando atravieso las puertas del hospital, el aire de la madrugada me golpea con un frío que despeja la mente mejor que cualquier café. Camino hasta el coche con paso firme, mientras mi cerebro trabaja a toda velocidad.

El general Miller está en Francia.

Ha volado personalmente para ver a su hija.

Y cuando eso trascienda, cuando alguien dentro de la base comprenda que un general con peso real en la estructura militar no solo estadounidense, sino mundial, está preguntando, presionando y exigiendo respuestas, la balanza se moverá y el sistema reaccionará. Y el mundo militar no siempre reacciona de la forma más limpia.

Arranco el motor y conduzco directo hacia la base, sin rodeos ni dudas. Cada kilómetro es una cuenta atrás silenciosa.

El guardia del portón me saluda como cualquier otro día. La normalidad resulta casi insultante. Las luces permanecen

encendidas, en los edificios bulle la actividad habitual y el zumbido de las comunicaciones internas no se ha alterado lo más mínimo.

Pase lo que pase, la maquinaria sigue funcionando, incluso aunque en las entrañas de la máquina algo esté podrido.

Aparco y me dirijo a una de las dependencias técnicas menos transitadas. Al fondo hay un pequeño cuarto en el que, contra la pared, se alinean decenas de pequeñas taquillas numeradas que recuerdan mucho a las cajas de seguridad de un banco. Abro una en la tercera fila con la llave que guardo en el llavero y saco un bulto envuelto en plástico negro y atado firmemente con cinta americana. Libero el paquete con cuidado hasta que tengo en la mano el teléfono que se me asignó para ser utilizado solo y exclusivamente en operaciones que oficialmente nunca existieron. No figura en ningún registro ni está vinculado a mi nombre.

Lo enciendo, espero hasta que se cargan las escasas aplicaciones instaladas y accedo a la agenda. Solo hay dos números, y una decisión que no admite marcha atrás.

Envío el mensaje y espero. Aunque sus teléfonos no estén conectados en este momento, les saltará un aviso en sus móviles de que alguien quiere contactar con ellos.

Diez minutos más tarde recibo los códigos acordados.

No necesitamos más.

Menos de una hora después, nos reunimos en una sala secundaria del ala de comunicaciones. Una avería oportuna mantiene las cámaras fuera de servicio por tareas de mantenimiento. Es un truco viejo, pero eficaz.

Eli llega primero, como siempre. Su presencia llena la estancia antes incluso de que cierre la puerta. No sonríe ni hace ninguna pregunta. Solo me estrecha con fuerza la mano que le ofrezco y espera.

Tyler entra después, con ese gesto suyo que parece analizar cada rincón antes de considerar segura la conversación. Me estrecha también la mano, pero no es tan cordial como Eli. Noto la tensión en

su cara, en sus dedos, incluso en la forma en la que se separa de mí y se coloca a dos metros de distancia, a la espera.

—Esto no es una charla informal —dice después con voz tensa—. ¿Qué ha pasado?

Respiro hondo y voy directa al grano. Hay mucho que contar.

Les expongo los hechos con precisión. Necesito más de media hora para ponerlos al corriente de la investigación que Sloane y yo hemos estado llevando a cabo. Les muestro copias de los documentos en el teléfono y les hablo de los cientos de miles de euros que se han perdido por el camino. Les hablo de Veritas, de los contratos clonados, las firmas replicadas, el mensaje interceptado justo antes del tiroteo y, finalmente, el ataque en el hotel.

Cuando menciono el gas, el silencio adquiere un peso distinto.

—No quieren asustaros —murmura Eli—. Quieren eliminaros.

Asiento.

—Y el general Miller está en el hospital —añado.

Ambos intercambian una mirada rápida.

—¿Aquí? —pregunta Tyler.

—Aquí.

La palabra queda suspendida entre nosotros.

—Entonces, esto acaba de dejar de ser una irregularidad interna —dice Eli—. Se ha convertido en un problema político.

Exactamente.

—Yo no lo habría definido mejor —reconozco—. Cuando el alto mando se entere de que Miller está haciendo preguntas, van a cerrar filas —continúo—. Habrá auditorías, revisiones y limpieza de archivos. Y si necesitan un responsable para tranquilizarlo y que el problema no cruce el Atlántico, no dudarán en ofrecerle uno.

Tyler me observa con detenimiento.

—Has dicho que tu nombre aparece en algunas de las autorizaciones irregulares.

Asiento, y mis amigos hacen un gesto inequívoco de preocupación. Saben que tengo una diana en la espalda, soy el chivo expiatorio perfecto y ni todo el poder de mi padre podrá impedir que me lancen a los leones.

—Quiero saber qué ha pasado, quién ha utilizado mi firma y desde qué terminal. Porque no pienso convertirme en el fusible que salte cuando empiecen a apagar incendios.

Eli da un paso al frente.

—¿Qué necesitas?

—Los inventarios reales —respondo de inmediato—. No los que figuran en el sistema —matizo—. Necesito una comparación física de los pedidos y las entregas. Fotografías, fechas, y si algo ha entrado y no ha salido por el conducto correcto, quiero verlo antes de que lo borren.

Tyler asiente lentamente.

—Yo puedo rastrear las rutas de transporte. Matrículas, desvíos nocturnos, movimientos fuera de protocolo… Pero si detectan que estoy husmeando, no será una reprimenda lo que reciba.

—Lo sé.

El silencio se instala unos segundos mientras toman conciencia del riesgo que conlleva lo que les estoy pidiendo.

—Esto no es un agujero aislado —dice finalmente Tyler—. Lo que está sucediendo desde vete a saber cuándo tiene una estructura sólida y perfectamente organizada. El ejército del aire y esta base están siendo objeto de una estaba a gran escala —añade muy serio —. Saberlo y no hacer nada nos convierte en cómplices.

—Podríamos simplemente denunciarlo ante el comandante Barnes, o ir directamente al ministro de Defensa, o a la policía… — propone Eli. Al instante, él mismo de desdice—. No serviría de nada, solo son políticos.

—Y no sabemos quién está detrás del entramado ni hasta dónde ha salpicado —añade Tyler.

—Y además, alguien está protegiendo a los delincuentes desde dentro —les recuerdo—. Es la única explicación posible a los ataques.

Eli extiende la mano en un gesto decidido, casi solemne, y se la estrecho con fuerza.

A continuación, Tyler hace lo mismo.

Sé que les estoy pidiendo mucho, pero ellos no han dudado ni un segundo.

Lo siguiente que hacemos es organizar y repartir las tareas.

—Hay algo tan urgente o más que todo lo que os he pedido hasta ahora —les digo cuando estamos acabando—, y es encontrar a ese tal Stokes, el confidente de Sloane Miller. Dice que alguien interceptó su último mensaje y lo manipuló para enviarnos a la trampa del almacén, pero solo es su palabra. Tenemos que hablar con él cara a cara.

—¿Alguna pista de su identidad? —pregunta Eli.

—No —reconozco—, pero tiene que estar cerca, en esta misma base. Los datos que da son demasiado concretos, nadie ajeno los conocería.

Ambos asienten y sé que ya están valorando diferentes acciones en su cabeza. Son especialistas en inteligencia militar, estoy seguro de que darán con Stokes.

Cuando abandono la sala, la base sigue pareciendo la misma, pero ya no lo es.

El ataque contra Sloane no ha sido un aviso improvisado, ha sido una decisión calculada.

Y ahora, el padre de Sloane está en el tablero.

Eso puede obligar a algunos a retroceder, pero también puede empujar a otros a terminar cuanto antes lo que empezaron.

Sea cual sea el caso, la operación ha comenzado.

Y esta vez, no pienso esperar a que nos ataquen de nuevo.

58

Sloane

Después de nuevas pruebas, más análisis de sangre y una radiografía, el médico me entrega el alta a media mañana. La carta de libertad llega acompañada de una larga retahíla de instrucciones médicas, advertencias sobre irritación pulmonar y la recomendación de reposo absoluto durante al menos cuarenta y ocho horas.

No prometo nada.

Mi padre se encarga de firmar los documentos antes de que yo termine de leerlos. No protesta por mi silencio ni por mi impaciencia; se limita a actuar como un general. Coordina, llama, organiza, decide, ordena… Cuando salimos del hospital, ya hay un vehículo esperándonos.

Desde luego, mi padre no está siendo nada discreto. El coche es un enorme todoterreno negro con los cristales tintados y una pequeña bandera estadounidense en la parte delantera. Dos soldados de uniforme esperan junto a la puerta. En cuanto nos ven, uno de ellos la abre y se cuadra mientras mi padre y yo subimos.

El trayecto hasta el hotel transcurre en silencio. Me apoyo contra el respaldo y observo la ciudad a través de la ventanilla. Todo parece normal. Cafeterías abiertas, gente cruzando calles, grupos de adolescentes alborotando, niños jugando en un parque…

Nadie diría que anoche alguien intentó matarme.

El coche se detiene en la entrada de un hotel del centro. Es un edificio sobrio y elegante, muy diferente del Nevada Inn, pensado para que quienes se alojan aquí no tengan que preocuparse por nada.

Me sorprendo cuando veo a mi padre dirigirse directamente a los ascensores en lugar de a la recepción.

—¿Ya te has registrado? —le pregunto.

—Ajá —responde lacónico.

—¿Cuándo?

Mi padre alza la barbilla y señala al hombre que nos espera junto al ascensor.

—Richardson —dice sin más.

Teniente Edward Richardson, mano derecha de mi padre desde que puedo recordar, un hombre eficaz y cumplidor, amigo como pocos de las normas y las leyes y que profesa un respeto casi religioso por el ejército y la cadena de mando. Nunca cuestiona una orden, jamás pregunta por qué y obedece ciegamente. Es perfecto para mi padre, y ambos lo saben.

Richardson ha reservado una suite con dos habitaciones.

Y ha traído seguridad.

Dos soldados estadounidenses perfectamente uniformados custodian el pasillo cuando el ascensor se abre en nuestra planta. Se cuadran ante sus superiores y me miran con respeto, pero sé que también me están evaluando. No soy solo la hija del general Miller. Soy la periodista que ha publicado un artículo muy incómodo para el ejército de un país aliado. Y ya se sabe que los soldados son como hermanos.

La suite es amplia, luminosa, silenciosa. Hay una sala central con ventanales que dan a la ciudad, un sofá de cuero oscuro y una mesa baja donde veo una carpeta con el logo de la compañía del general.

Mi padre cierra la puerta y gira la cerradura con un gesto automático.

—Siéntate —me ordena. Sin embargo, su voz no suena brusca. Casi parece un padre preocupado por su hija. Bueno, no voy a negar que tiene motivos para estarlo.

Me acomodo en el sofá y siento el cansancio y la tensión acumulada en cada músculo, pero la mente está demasiado

despierta para descansar.

Él se quita la chaqueta y la deja sobre el respaldo de una silla. Luego se sienta frente a mí, se inclina ligeramente hacia adelante y apoya los antebrazos en las rodillas.

Ya no parece un oficial en misión.

Parece un hombre que necesita entender lo que ha pasado.

—Quiero que me lo cuentes todo otra vez —suelta a bocajarro—. Sin omitir nada.

Respiro hondo y empiezo por el principio. Se lo cuento todo, sin esconder nada, como hice cuando hablamos por teléfono. Le hablo de los primeros anónimos, a los que apenas dimos crédito, hasta que Stokes comenzó a adjuntar pruebas documentales y datos que era prácticamente imposible inventarse. Le hablo de los contratos duplicados y de las entregas que no cuadran. Sigo con Veritas Global Supply, de la que ya tiene noticias, de su sede inexistente en Delaware y su CEO fantasma. Le explico que existen transferencias encubiertas que conectan cuentas intermedias con direcciones IP militares.

No lo simplifico, pero tampoco dramatizo.

Mi padre me escucha sin interrumpir. Solo una vez frunce el ceño, cuando menciono que la firma de Mathieu aparece en autorizaciones que él nunca firmó.

—Eso es grave —dice al fin—. No estamos hablando de un caso de corrupción administrativa, de esos hemos tenido unos cuantos tanto nosotros como los europeos. No —repite muy serio—, estamos hablando de malversación de fondos públicos, de estafa, de robo a gran escala… Y tú la has hecho estallar la bomba antes de que estuviera lista.

No me queda más remedio que darle la razón.

—No tengo nombres —reconozco.

—Y aún así, te has atrevido a publicar el artículo. —Se levanta y se acerca a la ventana. Sé que está enfadado, y tiene motivos para estarlo, pero debe comprender que es mi trabajo.

—Papá… —empiezo.

Él se gira y me mira con los ojos brillantes.

—¿Por qué no me lo contaste? —me suelta—. ¿Por qué no consultaste todo esto conmigo? —Luego camina hasta la silla y vuelve a sentarse—. ¿Sabes lo lentas que pasan las horas dentro de un avión cuando no sabes si tu hija está viva o muerta, si el gas que te han contado que ha respirado la ha abrasado por dentro y no vas a llegar a tiempo? ¿Sabes cómo nos sentimos tu madre y yo cuando nos llamaron del hospital?

No, no lo sabía. No podía ni imaginármelo. O quizá sí, a juzgar por el gesto de mi padre. Vi el dolor en su cara, la angustia, la incertidumbre, las horas sin dormir. Incluso vi el *jet lag* que antes pensaba que no le afectaba.

Asiento en silencio, y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas.

—Responde —me pide.

No puedo mentirle, no ahora.

—Porque no quería que te inmiscuyeras —confieso entre lágrimas, con la mirada fija en el suelo—. Porque sé que primero habrías intentado disuadirme, luego me lo habrías ordenado, y por último habrías movido tus hilos para que me apartaran del peligro.

Levanto la cara y veo que mi padre también está llorando. Jamás he visto llorar al general, y sus lágrima me parten literalmente el alma.

—Lo siento —susurro. Me levanto, me arrodillo ante él y lo abrazo por la cintura. Siento sus manos en mi espalda mientras me besa el pelo, como cuando era pequeña—. Lo siento mucho, de verdad.

—Te habría ayudado, sí —dice cuando por fin nos calmamos—, pero no alejándote del caso, sino facilitándote acceso a mis contactos. Es un caso muy grave —continúa—, pero sé que eres la mejor, y que nadie más podría investigar y escribir un reportaje a la altura. Habría estado contigo, te lo aseguro. Lo estoy ahora —afirma muy serio.

Luego se reclina ligeramente en el asiento y piensa.

—Dime, ¿qué sabes con certeza? —pregunta a continuación—. No quiero hipótesis ni intuiciones. Te pregunto qué sabes con seguridad, con pruebas irrefutables que lo avalen.

Me siento de nuevo en el sofá y enumero mientras mi cabeza funciona a toda velocidad.

—Sé que Veritas es una tapadera —empiezo sin sombra de duda en mi voz—, y también, que hay material que se factura y no aparece en su destino. Sé que las rutas de transporte no siempre coinciden con los registros —continúo—, tengo documentos que lo certifican. Y sé que el mensaje que nos llevó al almacén donde nos dispararon e hirieron al capitán Beaumont fue interceptado y modificado desde dentro.

Su expresión cambia ante esa última frase.

—Explícate —me pido.

—Stokes, el confidente anónimo, me ha jurado que no nos envió allí. Alguien accedió al sistema logístico, alteró el contenido y nos empujó a una trampa.

Mi padre se queda en silencio unos segundos.

—Eso requiere acceso de alto nivel —dice finalmente—. Es imposible que un soldado raso o un oficial de rango bajo o medio lo haga.

—Lo sé.

Lo veo dudar, hasta que aprieta la mandíbula y me mira de frente.

—¿Confías en tu fuente? —me pregunta.

Es una cuestión complicada.

—Confío en que existe —respondo—. Y en que quiso ayudarnos.

—¿Pero confías en él? —insiste.

No respondo de inmediato, porque la respuesta no es simple.

—Quiero hacerlo. Supongo que él también se está jugando mucho al enviarme esos mensajes, y lleva meses haciéndolo.

Mi padre asiente con lentitud, como si tomara nota mental de cada palabra.

—Lo que describes no es un desvío menor de fondos —dice al cabo—. Es una red perfectamente organizada. Y si esa red toca adjudicaciones internacionales, hay más actores implicados de los que imaginas.

Se inclina hacia la mesa, abre la carpeta que lleva allí desde que llegamos y desliza un documento hacia mí.

—He hecho algunas llamadas esta mañana, mientras iba del aeropuerto al hospital, y Richardson se ha encargado después.

Reconozco el formato oficial de los documentos clasificados antes incluso de leer el encabezado. Es un extracto de validación de contratos.

Hay nombres.

Algunos los conozco.

Otros no.

—La adjudicación inicial de Veritas fue aprobada en un comité mixto —continúa—. Logística, operaciones exteriores y supervisión presupuestaria.

—¿Y?

—Y uno de los firmantes es un general que debe su ascenso a una recomendación directa del comandante de tu base.

Mi estómago se contrae.

—Barnes.

Mi padre no confirma ni niega.

—Creo que las líneas de dependencia son claras. Y si decides seguir adelante, no estarás enfrentándote solo a un oficial corrupto, sino a una cadena completa.

La magnitud me golpea con más fuerza que el gas de la noche anterior.

—¿Vas a intervenir? —pregunto.

Él me observa con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Voy a asegurarme de que nadie vuelva a intentar asfixiarte en una habitación de hotel. Y voy a mover ciertos hilos para que la próxima auditoría no la controlen los mismos que deben ser auditados.

—Eso es una estrategia perfecta —reconozco.

Mi padre sonríe.

—Lo sé, gracias.

El silencio se instala entre nosotros durante unos segundos.

Luego, inevitablemente, llega la pregunta.

—¿Qué hay del capitán Beaumont? —suelta con un tono que intenta sonar casual pero que es el mismo que utilizaba cuando me interrogaba en la adolescencia.

—¿Qué pasa con él? —pregunto, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

Mi padre entrelaza las manos.

—Está implicado. Su nombre aparece en varios documentos. Está bajo sospecha potencial. Y aun así, ha pasado la noche en el hospital, sin moverse de tu lado.

No es una acusación, es un dato. Le faltan muchos, pero no se los voy a dar, por supuesto.

—Así es —admito. Es evidente, sería estúpido por mi parte negar lo que ha visto con sus propios ojos.

—¿Confías en él?

La pregunta es directa.

No admite rodeos.

Sostengo su mirada.

—Sí —respondo sin titubear—. Absolutamente, sin fisuras —añado para que no quede ninguna duda.

Mi padre estudia mi rostro con la misma atención con la que revisaría un informe crítico.

—Confianza y afecto no siempre son lo mismo —dice finalmente.

—Lo sé.

Sigue un silencio denso.

—¿Y cuál es, confianza o afecto? —pregunta.

No puedo evitar que una pequeña sonrisa se dibuje en mi boca, cansada pero sincera.

—Ambos.

Mi padre exhala lentamente. No protesta ni suelta uno de sus habituales comentarios irónicos.

Solo asiente, como si esa respuesta confirmara algo que ya sospechaba.

—Entonces, asegúrate de que no sea utilizado contra ti —dice.

No añade nada más, pero en sus palabras hay una advertencia clara: Si alguien quiere destruirte, lo hará a través de lo que más te importa.

Y ahora mismo, eso tiene nombre.

Mathieu.

59

Mathieu

El teléfono vibra cuando estoy revisando por tercera vez el mismo informe sin leer realmente una sola línea. Me duele el costado, la cabeza y la espalda, pero no puedo detenerme. La pila de documentos parece no disminuir, a pesar de que llevo más de tres horas sentado a esa mesa.

He vuelto a la oficina 3B. Tengo que guardar las apariencias, no levantar sospechas, pero en lugar de enfrascarme con el papeleo burocrático que me corresponde, me he traído los documentos que necesito revisar. El efecto es el mismo, un capitán relegado a soldado y haciendo el trabajo de una secretaria. Nadie va a venir a comprobar qué estoy haciendo en realidad.

El teniente Valois, el asistente del comandante Barnes, se ha pasado hace un rato «a saludar», una excusa que ni él mismo se cree, a juzgar por su cara de circunstancias.

—El comandante me manda a ver si todo está bien —me dice mientras revisa la oficina de arriba abajo. Es evidente que este espacio dista mucho de ser el adecuado para un capitán, pero es lo que hay y no pienso quejarme.

—Todo bien, teniente —respondo—. Intento concentrarme en dar salida a los expedientes que tengo sobre la mesa.

—Respecto a eso —añade azorado—, me temo que hay más de camino. Un ayudante los traerá en un rato.

Sonrío brevemente. No voy a darle el gusto a Barnes de que me vea cabreado. Sé que es lo que busca, pero no estoy dispuesto a contentarlo.

—Me ocuparé de ellos en cuanto pueda. Si quiere, puede señalarme con un código de color la urgencia de cada expediente. Si no, los tramitaré por orden de entrada.

Seco y marcial, como debe ser.

En ese momento, el teléfono comienza a vibrar sobre la mesa y la pantalla se ilumina anunciando el nombre de quien llama: Sloane.

Le doy la vuelta rápidamente, pero sé que el teniente lo ha visto.

Valois cabecea rápidamente y se marcha por donde ha venido, supongo que a contarle a Barnes lo que ha visto.

Acto seguido, cojo el móvil y contesto.

—¿Estás bien? —le pregunto a bocajarro

—Sí —responde—. Necesito que vengas al hotel —me dice a continuación—. El Concorde —añade—. Ahora.

No me da más explicaciones, pero no hace falta.

—Voy para allá —respondo, porque es lo único que puedo decir.

El hotel no tiene nada que ver con el Nevada Inn. Es discreto, pero no barato. Veo seguridad en el acceso y, cuando se abren las puertas del ascensor en el último piso, los dos soldados apostados junto a una de las puertas me dedican una mirada hostil. Le doy mentalmente la gracias al general por la seguridad y avanzo hacia ellos.

Cuando me identifico, uno me escanea con la mirada antes de llamar a la puerta.

La abre el general Miller en persona.

No sonríe, pero al menos no destila odio.

—General —saludo mientras me cuadro.

—Capitán —me responde—. Ha cambiado mucho desde la última vez que le vi —me dice con los ojos clavados en los míos—. Me alegro de que haya seguido la senda de su padre. ¿Cómo está, por cierto?

—Bien, señor —digo sin más.

Por fin, se hace a un lado y me permite entrar.

La suite es amplia, con una mesa central convertida en improvisado centro de operaciones. Sobre ella hay documentos impresos, un portátil abierto y otro hombre al que no conozco.

No va de uniforme, pero la postura lo delata.

—Teniente Marcus Hale —presenta el general—. Experto en ciberseguridad y de mi absoluta confianza.

Hale asiente sin formalidades y sigue a lo suyo.

Sloane está de pie junto a la mesa, más pálida que de costumbre, pero firme.

Nuestros ojos se encuentran apenas un segundo.

No hablamos, no es el momento ni el lugar. La saludo con la cabeza y ella me dedica una breve sonrisa. El resto me lo dicen sus ojos. Es todo lo que necesito, al menos de momento.

El general toma la palabra.

—Mi hija me ha puesto al día de lo que han descubierto —dice—, pero quiero escucharlo de nuevo. Quiero su versión —añade, taladrándome con la mirada—, con todos los detalles, así que siéntese y empiece.

Trago saliva, me siento en la silla que me indica y empiezo a hablar. No omito ningún detalle, pongo sobre la mesa todo lo que sé y todo lo que ha pasado mientras el general me clava su mirada de hielo y Hale teclea a toda velocidad. De vez en cuando levanto la vista y miro un instante a Sloane. Su rostro sereno me tranquiliza y me anima a continuar.

He traido conmigo un pendrive en el que he recopilado toda la información que he podido conseguir. Al final, estar aislado en la oficina 3B ha resultado ser una suerte. Lo dejo sobre la mesa y Hale tarda un microsegundo en alargar la mano y hacerse con él. Lo conecta a su ordenador, espera un momento y acerca la cara a la pantalla. Frunce el ceño mientras va abriendo carpetas y documentos. Sé lo que está viendo, es lo mismo que Sloane y yo

vimos hace días. Ahora solo hace falta que él sea capaz de ir más allá.

Cuando termino de hablar, el rápido tecleo del teniente se impone al silencio. El general gira sobre sí mismo y se dirige a la pequeña nevera que hay al fondo. Saca una botella de agua y se la ofrece a su hija.

—El médico ha insistido en que tomes muchos líquidos para asegurarnos de que los riñones funcionan bien —le dice.

Sloane sonríe, coge la botella y le da un largo trago bajo la atenta mirada de su padre. Luego el general se acerca a ella y la besa en la mejilla. Sloane cierra los ojos y sonríe ante la muestra de cariño. Me siento incómodo y afortunado a partes iguales, pero acabo sonriendo, igual que ellos.

Por fin, el teniente Hale detiene su actividad en el ordenador y lo gira hacia el general, que se sienta y lee lo que el experto le muestra en la pantalla.

—He verificado la integridad de los archivos que ha traído el capitán —dice Hale con autoridad—. No hay rastro de manipulación externa, lo que significa que las transferencias son reales y las cuentas de destino, existen.

La pantalla muestra una serie de movimientos bancarios. Lo que hasta ahora solo eran números, ahora viene acompañado de una clara identificación. Leo los nombres de una constructora en Dubái y una sociedad en Panamá. Las transferencias son periódicas y ninguna cantidad es inferior a los veinte mil dólares. No podemos ver el total, pero la suma no es complicada.

—Necesitamos saber a quién pertenecen esas cuentas —pide el general Miller.

—Estoy en ello, señor. No es fácil colarse en estos servidores.

¿En serio se está colando?

—Señor, con el debido respeto… —empiezo.

—Sé lo que va a decir —me corta Miller— y tiene razón, pero es lo que hay. Vamos adelante con todo, y eso significa que si tenemos

que utilizar la puerta de atrás para saber quién ha intentado matar a mi hija, y a usted, no lo olvide, la utilizaremos.

—Pero no tendremos cobertura legal —protesto de nuevo.

—La buscaremos después —me asegura el general—. Cuando sepamos detrás de quién vamos, nos preocuparemos de buscar las pruebas legales que acaben con él.

No me hace ninguna gracia, pero no me queda más remedio que aceptar. De hecho, estoy seguro de que al general le habría dado igual que hubiera seguido protestando, seguiría pescando sin licencia del mismo modo.

Después de lo que me parece una eternidad, Hale se echa hacia atrás y abandona el teclado. Todos lo miramos expectantes.

—No he conseguido el nombre del titular de la cuenta —dice. El general suelta un bufido decepcionado—. Está protegido bajo capas de códigos, tardaría días en franquear las barreras, pero seguiré insistiendo. Sin embargo —añade con una sonrisa bastante pretenciosa—, tengo parte del listado de movimientos bancarios. No son los más recientes, porque las medidas de seguridad se implementaron hace unos meses, pero he tenido acceso a movimientos de hace medio año.

—Nos sirve —aplaude el general.

Hale amplía su sonrisa y le da la vuelta al portátil.

El silencio en la habitación se vuelve casi físico mientras nuestras miradas recorrer las líneas cifradas hasta llegar a cuatro descodificadas.

El nombre que aparece al final de una de las líneas me hiela la sangre.

Philippe A. Barnes. El comandante.

—Esto lo vincula directamente —dice el coronel sin elevar la voz.

Hale despliega otra pestaña.

—Hay más —anuncia.

Un pequeño recuadro ocupa el centro de la pantalla. Son los detalles del movimiento bancario a nombre de Barnes.

Importe: veinte mil euros.

Concepto: honorarios de consultoría.

Procedencia: Veritas Global Supply.

Firma autorizada: Mathieu Beaumont.

Siento el golpe antes incluso de procesarlo.

—Yo no… —empiezo—. No puede ser mi firma, nunca he autorizado ese pago —niego tajante.

Hale me mira.

—No es tu firma —me dice muy serio. Luego amplía el documento—. Es una copia digital replicada desde un terminal interno. Puedo rastrear desde qué estación se emitió.

Mi pulso se acelera.

—Hágalo —le pido—. Por favor —añado al instante, consciente de la urgencia de mi voz.

Hale tarda una fracción de segundo en responder.

—Desde el despacho del comandante Barnes —dice por fin.

El aire se espesa, nadie se mueve en la suite.

—Si esto sale a la luz —dice por fin el general—, no será un simple escándalo administrativo. Será un proceso penal militar. Y político —añade.

—Y si no sale —interviene Sloane—, seguirán operando, quedarán impunes y seguirán enriqueciéndose a costa de los fondos públicos.

—Hay que pensar en las consecuencias —insiste Miller.

Sloane da un paso decidido hacia su padre.

—No vas a taparlo —le dice muy seria—, y tampoco voy a consentir que lo arregléis de puertas para adentro. Han intentado matarme dos veces para que esto no salga la luz, y si les permites lavar en casa los trapos sucios, habrán ganado. ¿Qué crees que le

harán a Barnes? —Respondió ella misma antes de dar opción a su padre a intervenir—. Lo meterán un par de años en una cómoda cárcel militar, de donde saldrá con menos galones, pero con trabajo, un sueldo y la pensión intacta. ¿Eso quieres? —le increpa—, ¿eso vale mi vida y la de Mathieu?

—Te estás equivocando… —empieza el general.

En ese momento, el teniente Hale levanta una mano y la conversación se interrumpe.

—Hay algo más —anuncia—. Como me pidió el general, he estado analizando el mensaje interceptado que los envió al almacén y, en efecto, fue modificado desde el mismo rango de acceso antes de que llegara a la bandeja de correo de la señorita Miller.

Mi mirada se endurece.

—Entonces, Stokes decía la verdad.

—Afirmativo —responde Hale—. Fue una trampa, aunque no tengo forma de llegar a la dirección que interceptó y modificó el mensaje. Al menos —añade—, no sin mi equipo.

El general se levanta despacio y camina hacia el ventanal.

—Tenemos que blindar el caso —dice—. Si no lo hacemos, les estaremos dando la oportunidad de destruir las pruebas y convertir esto en una guerra de versiones.

—No si actuamos rápido —responde Sloane—. Tenemos que dejarles sin capacidad de reacción. Una acción por sorpresa, cerramos el círculo y acabamos con ello antes de que sepan de dónde les viene el golpe.

El general sonrió, visiblemente orgulloso de su hija.

—Es una pena que te negaras a seguir la carrera militar —le dice —, tienes una mente brillante.

Estoy totalmente de acuerdo.

—Con un general en la familia es suficiente —sonríe Sloane—, y ya sabes que yo tengo muy mal obedecer, no sirvo para la vida castrense.

—Eso es verdad —se ríe su padre—, habrías pasado más tiempo arrestada que sobre el terreno.

—Habrían acabado echándome, papá, y hoy sería la oveja negra de la familia. Acéptalo, es mejor así.

El general se acerca a ella y la encierra entre sus brazos. Sloane apoya la cabeza en el hombro de su padre y me mira con una sonrisa en la cara.

Le devuelvo la sonrisa y luego me acerco a la mesa. Observo la transferencia y la firma falsa. La línea entre Veritas y Barnes es absolutamente recta, todo encaja.

—Sloane tiene razón —digo después—. Si lo denunciamos internamente, lo enterrarán, y si lo publicamos sin respaldo, dirán que es manipulación, nos acusarán de hacer públicos documentos clasificados, incluso dirán que los hemos falsificados, y entonces seremos nosotros los arrestados.

El general se gira hacia mí.

—Entonces, necesitamos pruebas técnicas irrefutables y controlar la presión pública y política cuando esto se sepa.

Hale cierra el portátil con suavidad.

—Necesito cuarenta y ocho horas para clonar los registros completos antes de que alguien detecte la intrusión.

—Hazlo —dice Miller—. Barnes no puede haber organizado todo esto él solo. Necesitamos saber quién está con él.

Sloane se acerca a mí y se sienta a mi lado. Siento su mano fría sobre la mía y la cubro con la otra para transmitirle un poco de calor.

—No volveré a dejarte a un lado —me promete.

Asiento y aprieto su mano entre las mías.

No es el momento de los reproches, sino de las alianzas.

—Estamos juntos en esto —respondo, mirándola fijamente a los ojos.

El general nos observa. No sonríe, pero tampoco protesta ni hace nada por acabar con el instante. Por fin, le devuelvo la mirada y me

pongo de pie.

—Gracias —digo simplemente.

El general asiente en silencio.

—Tráiganme las pruebas —ordena mientras se dirige a una de las habitaciones—. Somos un equipo, nadie dará un paso hasta que todos estemos listos, ¿entendido?

—Entendido —respondemos casi al unísono.

Ya no somos dos personas improvisando para destapar una red corrupta. Ahora somos un equipo y tenemos pruebas.

60

Sloane

El silencio de la suite solo dura hasta que enciendo el portátil. La pantalla se ilumina y, con ella, el ruido del mundo.

Hay cientos de notificaciones acumuladas. El icono del correo parpadea como una alarma silenciosa, las redes sociales arden, y el panel interno del periódico muestra cifras que no había visto en meses. El artículo sobre Veritas ha superado todas las previsiones. Miles de compartidos. Decenas de menciones en otros medios. Comentarios que se multiplican por minuto.

Respiro hondo antes de abrir el primer correo.

Algunos son mensajes de apoyo de veteranos agradeciendo que alguien se atreva a hacer preguntas y de lectores anónimos que hablan de contratos inflados y suministros que nunca llegaron. Un exoficial afirma haber visto «movimientos raros» en otra base años atrás y me invita a investigarlos. Hay quien cita nombres y lugares que me son completamente desconocidos, excepto dos correos, que hablan específicamente de la base Atlantique 27 y a su comandante al mando. Sin embargo, los mensajes destilan odio y rencor y no aportan ninguna prueba ni dato fiable, por lo que decido ignorarlos.

Otros no son tan amables.

Me llaman irresponsable y sensacionalista. Me acusan de poner en riesgo la seguridad nacional, y uno incluso sugiere que debería «volver a mi país y dejar de entrometerme en asuntos que no entiendo».

Cierro ese mensaje sin terminar de leerlo.

El teléfono vibra sobre la mesa. Es Louis, mi redactor jefe.

Contesto al segundo tono.

—Dime que estás bien —es lo primero que suelta, sin saludo previo.

Sonrío, aunque no puede verme.

—Estoy bien.

—Me han contado lo del hotel —se explica. Claro. Las noticias vuelan incluso más rápido que las notificaciones—. De hecho, lo hemos publicado sin saber que tú estabas allí. Podrías haber escrito un fantástico artículo en primera persona.

—Casi muero, Louis —replico con voz cansada—, igual que otras veinte personas. No estoy para reportajes en primera persona, al menos de momento.

—Lo entiendo, claro. No te preocupes —dice por fin—. ¿Qué pasó?

—Un accidente —respondo con naturalidad—. Un problema en el sistema de ventilación y una conducción defectuosa. Mala suerte que estuviera allí.

Hay un silencio al otro lado. Louis no es un ingenuo.

—¿Seguro? —pregunta. Casi puedo verlo con la ceja levantada para remarcar la interrogación.

—Segurísimo —insisto—. Si hubiera sido algo más, en ese caso sí habrías tenido una exclusiva al respecto. O comprando flores para mi funeral —añado.

Eso consigue arrancarle una risa breve.

—No bromees con eso.

Se pone serio al instante.

—El ejército ha pedido una reunión formal con la dirección. No han hablado de denuncia, pero han utilizado palabras como «difamación» y «documentación clasificada».

—No me sorprende —le digo—. De hecho, lo esperaba. ¿Habéis respondido? —quiero saber.

—Bueno, el comité editorial ha insinuado que nos hemos adelantado —responde con calma—, pero el departamento legal ya

está revisando todo el material y son optimistas. Si intentan demandarte, iremos hasta el final. Tienes cobertura total, Sloane. No vas a quedarte sola en esto.

Apoyo la espalda en la silla.

No sabía cuánto necesitaba escuchar eso hasta ahora.

—Gracias.

—No me las des todavía. Esto va a ponerse feo si publicas nombres.

Ahí está. El siguiente paso.

—Los publicaré —digo sin dudar—. Pero solo cuando tenga pruebas irrefutables —matizo al instante.

—Eso espero. Porque cuando lo hagas, no habrá marcha atrás.

—Lo sé.

Louis guarda silencio unos segundos.

—Estoy orgulloso de ti —dice finalmente—. Pero sé inteligente. No eres una mártir, eres periodista. La diferencia es importante.

Cuelgo con esa frase resonando en mi cabeza.

No soy una mártir.

No quiero serlo.

Solo quiero que esto termine.

El portátil me avisa de que tengo una videollamada entrante.

Rubi y su sonrisa radiante aparecen en pantalla en cuanto pulso el icono verde.

—¡Estás viva! —exclama nada más verme.

—Qué entusiasmo —respondo.

—No te rías. Me he enterado de lo del gas. ¿Qué demonios está pasando?

—Nada —repito—. Un accidente. Las instalaciones son antiguas y hay mala ventilación, una combinación que pudo ser mortal..

Rubi me observa en silencio durante un par de segundos.

Me conoce demasiado.

—Claro —dice finalmente—. Y yo soy la reina de Inglaterra.

Sonrío.

—De verdad. Estoy bien.

Suspira, resignada.

—Vale. No voy a presionarte. Pero esto es grande, Sloane. Muy grande. El artículo está explotando en redes. Nos llueven las solicitudes de medios de todo el mundo que quieren entrevistarte y todo el mundo pregunta si habrá segunda parte.

—La habrá.

—¿Con nombres?

La pregunta flota entre nosotras.

—Con nombres —confirmo.

Rubi se inclina hacia la cámara.

—Entonces, prepárate. Esto va a ser muy gordo…

No hace falta que me lo diga, ya lo está siendo ahora.

Después de colgar, apago el portátil y me quedo mirando el reflejo oscuro de la pantalla.

Podría detenerme aquí.

El artículo ya ha hecho daño, ha abierto la grieta y habrá una investigación interna en el ejército. Podría decir que he cumplido con mi deber y volver a casa.

Pero entonces recuerdo el sonido metálico en el baño del hotel. El humo avanzando bajo la puerta. El ardor en los pulmones. La certeza de que no fue un accidente.

Y recuerdo algo más.

La mirada de Mathieu cuando vio su firma falsificada.

Esto ya no es solo un reportaje, es una línea que alguien cruzó creyendo que no habría consecuencias.

Vuelvo a abrir el portátil y empiezo a organizar los mensajes por categorías. Anoto las fechas que mencionan en algunos de ellos y

comparo ubicaciones. En definitiva, busco patrones.

Quién sabe si entre toda la morralla se esconde una pieza de oro.

Y lo que tengo claro es que, cuando publique el siguiente reportaje, no hablaré de empresas fantasma ni de irregularidades administrativas.

Hablaré de personas con nombres y apellidos.

Me quedaré de pie en la puerta de la base y los señalaré con el dedo.

61

Mathieu

Salgo del Hotel Concorde con una sensación extraña. No es miedo. Es la conciencia de que ahora sabemos demasiado como para fingir ignorancia y demasiado poco como para actuar sin riesgo.

La noche cae sobre la base cuando cruzo el control de acceso. El soldado de guardia me devuelve el saludo sin mirarme a los ojos. Las noticias vuelan más rápido que los aviones, y aunque nadie ha dicho nada oficialmente, la tensión se palpa en los pasillos.

Me dirijo directamente al ala técnica, al módulo secundario donde acordé reunirme con Eli y Tyler. Llego tarde, pero no podía dejar plantado al general Miller. Ni a Sloane, claro.

El lugar huele a plástico y a metal. Al fondo, una luz fluorescente parpadea con un zumbido casi hipnótico.

Eli está de pie junto a una mesa plegable cubierta de planos impresos. Tyler permanece sentado frente a un portátil abierto, con la espalda recta y los dedos suspendidos sobre el teclado como si estuviera a punto de desactivar una bomba.

Ambos levantan la vista cuando entro.

—Tienes cara de haber encontrado algo grande —dice Eli sin preámbulos.

—Lo hemos hecho —respondo.

Tyler gira la pantalla hacia mí.

—Nosotros también.

Me acerco al portátil. En la pantalla hay una tabla comparativa de entradas y salidas logísticas de los últimos dieciocho meses. Tyler ha resaltado en amarillo varias fechas.

—Los envíos asociados a Veritas llegan al registro como recibidos —explica con calma—, pero físicamente no entran por ningún punto controlado, lo hemos comprobado.

Eli golpea suavemente el plano con un dedo.

—Porque no entran como todos los demás. Llegan por la puerta de atrás, por decirlo de algún modo, y vuelven a salir casi al instante.

Despliega otro documento y leo el epígrafe REGISTROS DE VEHÍCULOS INTERNOS en el encabezado.

—Hay un patrón —continúa—. Cada vez que se valida un envío de Veritas, aparece un vehículo de mantenimiento autorizado que circula fuera de horario. Siempre el mismo tipo de furgón, y siempre con un pase especial.

—¿Quién firma ese pase? —pregunto.

Tyler amplía la imagen y sonríe.

—Autorización del despacho del comandante.

Mi mandíbula se tensa.

—¿Has visto su firma?

—No —responde Tyler con frialdad—. Pero se ha generado desde allí, de eso no hay duda.

Eli se cruza de brazos.

—Y hay más. El conductor asignado a esos vehículos cambia constantemente. Demasiado. Es casi como si alguien no quisiera dejar un patrón humano reconocible.

Siento cómo las piezas empiezan a encajar con una precisión inquietante.

—¿Han revisado cámaras?

—Algunas grabaciones ya no existen —dice Tyler—. Se borraron dentro del margen legal de almacenamiento, pero justo las de las fechas clave.

Eso no es casualidad.

Entonces, apoyo las manos en la mesa y suelto la bomba.

—Tenemos transferencias bancarias a nombre de Philippe Barnes.

Eli silba entre dientes.

—¿Directas?

—Directas.

Tyler no parece impresionado.

—Entonces, es muy probable que esté convencido de que cuenta con la cobertura necesaria como para que no lo pillen.

—Supongo que se cree intocable —comento—. O puede que solo sea la cortina de humo perfecta.

Eli me mira.

—¿Crees que no es él?

No respondo inmediatamente.

—No, creo de verdad que Barnes está implicado, pero también creo que si yo quisiera organizar algo así, no lo haría cobrando en mi cuenta personal, con mi nombre a dos clics de distancia.

Tyler asiente apenas.

—Estoy de acuerdo.

Se hace un silencio breve, cargado de electricidad.

—Necesitamos saber quién tiene acceso real a todo —continúo—. Terminal del despacho, autorizaciones logísticas, registro de vehículos, mensajería interna…

Tyler no tarda en responder.

—El comandante Barnes, su asistente directo y el personal técnico autorizado por ambos.

—No puede ser Valois —niego convencido—. Le falta…

—¿Valor? ¿Inteligencia? ¿Ambición? ¿Picardía? —propone Eli.

—Un poco de todo, supongo —reconozco—. Nos queda el personal técnico. Necesitamos nombres.

Eli recoge los planos y los guarda con rapidez.

—Sea quien sea, sabe moverse dentro del sistema. No hay nada improvisado.

Mi teléfono vibra en el bolsillo.

Los tres lo miramos casi al mismo tiempo.

No es Sloane, como esperaba.

Es Denton.

«Tenemos que hablar. Ahora no es seguro aquí».

El corazón me golpea con fuerza renovada.

Levanto la vista hacia Eli y Tyler.

—Creo que alguien más ha empezado a atar cabos.

—¿Quién? —pregunta Eli.

—Denton.

Tyler cierra el portátil de inmediato.

—Eso puede ser muy bueno… o muy malo.

Miro de nuevo el mensaje. No hay ubicación ni más explicaciones, pero sus palabras destilan urgencia, y Denton no es hombre de dramatismos.

—Voy a verlo —decido.

Eli da un paso adelante.

—No vayas solo —me pide.

Lo pienso apenas un segundo.

—Si esto es lo que creo que es, no querrá testigos.

La base está demasiado silenciosa cuando salgo del módulo técnico. Las farolas proyectan sombras largas sobre el asfalto y el viento arrastra un polvo fino contra los hangares.

No puedo sacar a Denton de mi cabeza. Si ha descubierto algo, significa que ya no somos los únicos moviendo piezas. Y cuando demasiada gente empieza a mirar en la misma dirección, alguien siempre decide apagar la luz. O acabar con los mirones.

Mi teléfono vibra de nuevo con otro mensaje de Denton.

«Ven al viejo hangar de mantenimiento. Solo».

Me detengo un segundo antes de reanudar la marcha. El viejo hangar es el lugar más aislado y desprotegido de la base. Sin embargo, decido ir, porque si Denton sabe algo que aún no sabemos… Podría ser la pieza que falta.

O la trampa definitiva.

62

Mathieu

El viejo hangar de mantenimiento está en la zona antigua, cerca del perímetro que da hacia los pinares. Es un edificio bajo de chapa gris, con la pintura descascarillada por el salitre. Las luces exteriores parpadean con esa intermitencia enfermiza que tienen las instalaciones que nadie revisa.

Dentro todo está a oscuras.

—¿Denton? —llamo.

Mi voz resuena más de lo que esperaba, pero no obtengo respuesta.

Avanzo unos pasos atento a cualquier movimiento, pero nada se mueve.

Saco el móvil y activo la linterna.

Nada.

Solo cajas, estanterías vacías, mucha basura y un vehículo cubierto por una lona.

Entonces lo veo.

En el suelo, cerca de la salida trasera, hay algo que no encaja con el gris del cemento.

Una mancha oscura.

Me agacho y la toco.

No hay duda, es sangre, y todavía está fresca.

El corazón empieza a golpearme en la garganta.

Salgo del hangar por la puerta trasera, siguiendo el rastro apenas visible que se pierde hacia el camino de servicio que bordea la base,

una franja de grava que se adentra entre los pinos antes de conectar con la carretera secundaria.

El viento trae olor a mar y resina, y durante unos minutos lo único que oigo es el crujido de las rama de los pinos y la verja metálica que se tambalea en algunos puntos.

Hasta que de pronto distingo un sonido, apenas un roce, que reconozco al instante y provoca en mi mente imágenes de las zonas de guerra en las que he combatido.

Alguien se está arrastrando muy cerca de ahí.

—¡Denton! —grito, sin importarme quién pueda oírme.

Entonces lo veo.

Está a unos veinte metros, apoyado contra el tronco torcido de un pino, medio inclinado sobre la grava. Tiene la pierna derecha estirada de forma antinatural y se presiona el costado con su mano derecha.

La sangre le empapa el uniforme.

Por un segundo, el mundo se detiene. Cuando reacciono, corro hacia él.

—Joder… —se me escapa al arrodillarme a su lado.

Tiene la piel macilenta y los labios secos. Mantiene los ojos abiertos, pero dudo que me vea. Hasta que consigue enfocar, me mira y me reconoce.

Intenta incorporarse, pero apenas consigue mover el hombro.

—Vete… —murmura—. Te matará.

Le presiono la herida con las dos manos. Siento la sangre caliente, pero no consigo que se detenga.

—¿Quién ha sido? —le exijo, inclinándome hacia su rostro. Su respiración es un silbido irregular—. ¿Quién? —insisto—. ¡Denton, mírame!

Sus dedos se cierran sobre mi muñeca con una fuerza sorprendente para alguien que se está desangrando.

—Fui yo… —susurra.

El tiempo se rompe.

—¿Qué?

—El mensaje… yo lo redirigí… —cierra los ojos un instante—. Me presionaron… sabían lo de mis deudas…

Siento que algo me golpea por dentro.

—¿Cuánto tiempo hace que me vigilas? —pregunto con la voz rota.

—Desde que empezaste… a hacer preguntas…

Me mira como si esperara que lo golpee, pero no voy a hacerlo, no puedo.

—Pero no sabía… —añade, tosiendo sangre—. No sabía que iban a disparar… pensé que solo querían asustarla…

El viento levanta polvo alrededor de nosotros.

—Cuando dije que me retiraba… —continúa con esfuerzo— que no seguía informando… Me han seguido hasta aquí —dice mientras intenta tragar saliva—. No quieren que hable… Pero no puedo permitir que os maten, no por mi culpa…

La presión de mis manos no basta. La sangre sigue escapando entre mis dedos.

Saco el teléfono y llamo a emergencias de la base. Mi voz sale fría, automática, entrenada, a pesar de que mi corazón y mi cerebro están a punto de explotar.

Lo miro y ya no veo a mi amigo, ahora solo veo al hombre que me vigilaba, que informaba sobre mis movimientos, sobre Sloane. Y que ahora tiembla frente a mí.

—Lo siento —dice.

No hay dramatismo en su voz, pero sí culpa.

Me inclino sobre él y le hablo al oído.

—No hables —le ordeno—. No vas a morirte hoy.

Se le escapa una risa mínima, casi infantil.

—No confíes…

Sus ojos se apagan por un segundo.

—No es… —empieza.

Y se queda sin aire.

—¡Denton! —le doy una palmada en la mejilla—. ¡Mírame!

A lo lejos, por fin, escucho las sirenas.

Luego veo las luces azules entre los pinos.

Cuando los sanitarios llegan, me apartan con firmeza y se concentran en intentar estabilizarlo allí mismo. Luego lo cargan en la camilla y le cubren en rostro con una máscara de oxígeno.

La sangre sigue manchando la grava.

Lo suben a la ambulancia, y antes de que cierren las puertas, sus ojos se abren un segundo más. Sé que me busca. Me acerco a él y le aprieto la mano para que sepa dónde estoy.

Cuando me mira, no veo culpa en sus ojos. Veo miedo.

Las puertas se cierran, la ambulancia arranca y yo me quedo solo en el camino de servicio, con las manos y la ropa cubiertas de sangre y el eco de sus palabras golpeándome el cráneo.

¿En quién no debo confiar?

Alguien dentro de esta base acaba de intentar ejecutar a uno de los suyos para silenciarlo.

Levanto la vista hacia los edificios iluminados de Atlantique 27.

Durante años he creído entender lo que significa la lealtad, pero esta noche el concepto ha cambiado por completo.

La lealtad no es obedecer órdenes, sino decidir por quién estás dispuesto a perderlo todo. Y si alguien cree que puede tocar a los míos y seguir respirando tranquilo…

Se equivoca.

Porque ya no estoy jugando a descubrir la verdad.

Estoy dispuesto a arrancarla.

63

Sloane

La base nunca me ha parecido tan silenciosa. Entrar acompañada de mi padre es como atravesar una línea invisible. Mathieu nos espera junto al control de entrada. Nos ha llamado para contarnos lo sucedido con Denton y mi padre ha decidido que no podemos esperar más. Mathieu se ha cambiado de ropa y no hay ni rastro de la sangre de su compañero, pero puedo ver en su rostro los estragos de la traición.

Cuando cruzamos la barrera, los soldados nos miran sin disimular. Están tensos, especialmente alerta. Algo se respira en el aire, como si la base entera presintiera que hoy no es un día normal.

—He telefoneado al general Beaumont —le dice mi padre a Matheu, que se estremece un segundo—. Le he contado todo lo que sabemos y le pedido que esté alerta. No le ha hecho ninguna gracia enterarse por mí —añade sin mirarlo—, ni a mí tampoco ser el primero en decírselo. Di por sentado que estaba al tanto, si no de todo, sí al menos de parte, pero no es así.

Mat no responde. ¿Qué puede decir? Estiro la mano unos centímetros y rozo la suya. Solo quiero que sepa que estoy aquí incondicionalmente. Lo veo sonreír una fracción de segundo, aunque no se gira para mirarme.

Caminamos a buen paso por la vía central de la base. No hemos anunciado nuestra visita, mi padre ha decidido que es mejor así y yo estoy de acuerdo. Si Barnes está detrás de todo esto, no podemos darle la oportunidad de huir o, lo que sería incluso peor, de destruir las pruebas que hemos venido a buscar.

El despacho del comandante está iluminado con una luz fría y estable. Cuando entramos, él ya está de pie detrás de su escritorio. Está tenso y tiene la frente cubierta de sudor. Vaya, parece que tiene miedo… En mi fuero interno no puedo dejar de alegrarme. Yo he pasado mucho miedo desde que llegué a la base, ya es hora de que esa sensación tan desagradable cambie de bando.

—General Miller —saluda con formalidad impecable—. Capitán Beaumont —continúa—, señorita Miller. No los esperaba, ¿qué puedo hacer por usted, general? Espero que la señorita Miller no se haya quejado de nuestro trato… Siéntense, por favor —nos invita, extendiendo la mano hacia las dos sillas que hay al otro lado de su escritorio. Está claro que Mathieu tendría que quedarse de pie.

Su mirada se detiene en mí un segundo más de lo necesario.

Mi padre no se sienta y yo tampoco.

—Comandante —empieza mi padre con esa voz que solo usa cuando no deja espacio para réplica—, supongo que habrá leído el reportaje que ha publicado mi hija.

—Bueno, sí —responde Barnes, genuinamente sorprendido—, y tengo que decir que ha levantado ampollas en la base. No nos esperábamos esa… deslealtad —añade por fin con los ojos clavados en mí. Yo no pestañeo—. Por suerte, tuvo la… decencia de no añadir nombres, pero tengo que advertirle de que eso no va a quedar así. No se puede acusar sin pruebas, señorita —concluye con los labios fruncidos y un dedo extendido hacia mí.

Mi padre da un paso adelante y Barnes centra su atención en él. Imposible no hacerlo, mi padre mide casi dos metros y se mantiene fuerte y en forma a pesar de su edad. Su aspecto es imponente, desde luego, y Barnes tiene que levantar la cabeza para mirarlo.

—Por desgracia —empieza— mi hija no ha escrito ni una palabra que no sea cierta, y ha estado a punto de pagar con su vida la osadía de contar la verdad.

—Con todos mis respetos, general, no sé a qué se refiere.

Mi padre da otro pequeño paso, hasta que solo la mesa lo separa de Barnes, que está sudando copiosamente.

—Déjelo, comandante. Tenemos pruebas de transferencias bancarias vinculadas a Veritas Global Supply, la empresa fantasma que mi hija cita en su artículo. Esos traspasos de dinero están firmadas digitalmente desde su despacho. También tenemos constancia de la manipulación de comunicaciones internas. Y tenemos un oficial gravemente herido que ha confesado antes de ser trasladado al hospital. El teniente Denton Laroche está dispuesto a declarar, comandante. Se acabó.

Un silencio pesado cae sobre la habitación.

Barnes no se inmuta.

—¿Y han venido a detenerme? —pregunta con una calma que me eriza la piel.

Mathieu da un paso adelante, pero mi padre levanta ligeramente la mano para que se detenga.

—Hemos venido a escuchar qué tiene que decir.

Por primera vez, Barnes apoya las manos sobre el escritorio y se inclina un poco hacia delante.

—Creen que esto es simple —dice entre dientes—. Que yo soy el cerebro. Que firmo, cobro y ordeno matar periodistas. —Su mirada vuelve a mí y un escalofrío me recorre la espalda—. No tienen ni idea de cómo funciona esto —masculla con voz ronca.

El aire se vuelve más denso.

—Ilústrenos —responde mi padre con una frialdad que me sorprende.

Barnes suelta una risa breve.

—¿De verdad creen que alguien que mueve millones de euros utiliza su propio despacho para organizarlo todo? —Niega con la cabeza—. Yo solo soy una pieza más del engranaje —reconoce—, pero no estoy al mando.

Mi corazón late con fuerza. No sé si miente o si está a punto de decir algo importante.

—Si me garantizan un trato —continúa—, hablaré. Les diré lo que sé, les daré nombres. Pero no aquí. No delante de cualquiera —añade, mirando directamente a Mathieu.

—¿Un trato? —repite mi padre.

Y es en ese segundo cuando todo salta por los aires.

Barnes se mueve con una rapidez que no esperábamos. El arma aparece en su mano casi antes de que mi cerebro lo procese. Luego, me agarra con fuerza por el brazo y me arrastra hacia atrás. Lo siguiente que siento es su cuerpo en mi espalda y el cañón de la pistola pegado a mi sien.

El frío del metal me paraliza.

—Que salgan —ordena—. Todos. Ahora.

Mathieu se tensa. Lo siento. Lo veo. Cierra los puños, aprieta la mandíbula y flexiona las rodillas, listo para saltar.

—Suelta a mi hija —dice mi padre con voz grave.

Barnes retrocede conmigo hacia la puerta sin dejar de apuntarme.

—No entienden nada —susurra cerca de mi oído—. Yo no soy el problema. Solo soy el intermediario. Si caigo yo, caerán otros. Y no todos aceptarán negociar. —Su respiración es irregular mientras me arrastra hacia fuera—. Podemos hacer un trato —insiste—. Les cuento lo que sé y después me dejarán marchar. Desapareceré —dice—. Y ustedes obtienen la información que están buscando. Les garantizo que es jugosa —añade con la sonrisa de un comerciante perverso—. Pero necesito garantías.

Por un segundo absurdo, pienso que puede funcionar. Que esto puede terminar sin más sangre.

Entonces veo el reflejo, un destello breve en el cristal del ventanal lateral.

El disparo atraviesa el aire con un sonido seco y brutal.

El cuerpo de Barnes se sacude detrás de mí. El arma pierde presión contra mi cabeza y algo caliente me salpica.

Su agarre se afloja y cae como un títere al que han cortado los hilos

Su cabeza, o lo que queda de ella, impacta contra el suelo con un golpe hueco.

La sangre empieza a extenderse bajo él como una sombra oscura.

No grito.

No puedo.

Mathieu está junto a mí antes de que me dé cuenta. Me rodea con los brazos, me aparta del cuerpo, me habla, pero no puedo oírlo. Siento su pecho contra mi espalda, su respiración acelerada, sus manos mientras me empuja hacia el suelo.

—Estoy aquí —me susurra cuando me tumbo—. Estoy aquí.

El despacho estalla en voces, pasos, órdenes.

Mi padre no se mueve.

Está de pie, mirando el cadáver del comandante Barnes con el rostro inexpresivo.

—Han disparado desde dentro —murmura.

Yo no aparto la vista de la sangre en el suelo.

Barnes quería hablar.

Y alguien ha decidido que no lo haga jamás.

64

Mathieu

No espero órdenes.

En cuanto escucho el disparo, corro hacia Sloane, la sujeto mientras Barnes cae y la pongo a salvo obligándola a echarse en el suelo. Cuando estoy seguro de que ninguna bala la puede alcanzar donde está, corro hacia el ventanal, me pego a la pared y observo el cadáver de Barnes. Identifico el ángulo desde el que han disparado en menos de un segundo.

—Edificio administrativo, ala superior ¡Conmigo! —grito.

Eli y Tyler ya están en el pasillo. Han oído lo mismo que yo, no hace falta explicar nada.

El caos se apodera de la base. Las sirenas aúllan y hay soldados corriendo de un lado a otro, sin saber bien hacia dónde. En ese momento, no hay nadie al mando.

Subimos las escaleras del edificio administrativo de dos en dos.

Mientras corro con el arma en la mano, pienso que esto no ha sido un acto improvisado.

La puerta del ala superior está abierta.

Entramos, y un disparo rebota contra la pared a mi derecha.

—¡A cubierto! —grito mientras nos lanzamos al suelo.

—¿Cuántos crees que son? —pregunta Tyler.

—Uno —afirmo con total seguridad—. Un tirador y un arma. Está solo —repito—, pero su posición le da ventaja, así que nada de confiarse.

Avanzamos cubriendo todos los ángulos. El pasillo termina en una sala de observación que da directamente al despacho del

comandante.

La puerta está entreabierta.

Respiro y entro.

No esperaba encontrar a quien nos aguarda con la pistola preparada.

—¿Valois? —murmuro en voz baja.

De pie junto al ventanal está el asistente del comandante Barnes. Desde luego, su postura no recuerda nada al hombre blando y pusilánime que conozco.

—Hijo de puta… —masculla Eli.

Valois parece tranquilo.

Demasiado tranquilo.

—Capitán —dice. Su voz, firme y segura, tampoco parece suya. No hay ni rastro de ese balbuceo tan característico, ni suena aflautada. Es la voz de un militar con mando,

—Tire el arma —ordeno.

La luz de los focos de la base lo ilumina como si estuviera bajo el sol y lo veo sonreír.

—Barnes iba a hablar —dice sin más—. No podía permitirlo.

Eli se desplaza a mi izquierda mientras Tyler se mueve con cuidado para cubrir la retaguardia.

—¿Trabajabas para él? —le pregunto.

Valois suelta una carcajada breve.

—Para él, no. Con él. A veces.

Se gira despacio.

—Tire el arma, teniente —insisto—. No tiene escapatoria posible, la base está cerrada y están rodeando el edificio.

Como toda respuesta, Valois apunta y dispara con perversa puntería. La bala pasa rozándome y tengo que tirarme de nuevo al suelo.

—Saldré, capitán —me dice—, no lo dude. Soy como los gatos, siempre caigo de pie.

—Pero no creo que tenga siete vidas, ¿verdad? En cuanto lo tengan a tiro, lo acribillarán —respondo—. Ríndase y vivirá —le ofrezco a continuación.

—Olvídelo, Beaumont. No necesito su caridad, saldré de esta.

—El dinero no puede comprarlo todo —le digo.

A mi lado, Tyler y Eli se mueven con sumo cuidado mientras yo intento mantener enfocado al teniente en mí.

—Se equivoca de nuevo, capitán. Por supuesto que el dinero puede comprarlo todo, y se lo demostraré muy pronto.

—¿Cómo se ha metido en esto? —le pregunto—. Le tenía por un hombre cabal, leal al ejército y a su país.

—¿En serio cree que esto va de lealtades? —se ríe—. El sistema está podrido. El dinero desaparece cada año en contratos inútiles, en errores, en manos de incompetentes que no saben qué hacer con los millones que manejan. Nadie lo echa de menos, simplemente se pierde por las rendijas. —Baja el arma un centímetro—. Al menos —continúa— yo lo he dirigido hacia algo útil.

—¿Útil? —repito.

—Hacia las manos correctas —responde—. Las mías.

Eli aprieta los dientes.

—En esta base soy el hombre invisible —continúa Valois—. Nadie se fijaba en mí, y aunque soy teniente, mi voz tenía menos valor que la del soldado de la entrada. Siempre el asistente, el que organiza, el que prepara, el que corrige los errores de otros. ¿Saben quién mueve realmente una base? No es el comandante, ni un general. El verdadero mando de una base es que tiene acceso a todo. —Señala su pecho—. Yo.

Se mueve ligeramente mientras yo me desplazo lateralmente. Un paso. Otro. Necesito encontrar un buen ángulo.

—No puede hablar de corrupción —insiste Valois—. Yo más bien lo definiría como una redistribución inteligente de los recursos.

Levanta el arma y apunta de nuevo hacia mí.

El disparo de Eli impacta en la pared, pero Valois se despista, se gira y baja un segundo el arma.

No necesito más.

Disparo medio segundo después y le doy en el hombro.

La pistola del teniente cae al suelo y Valois se desploma contra el marco del ventanal, gritando de dolor.

Me acerco con el arma firmemente asida.

—Se acabó —le digo. Cojo su pistola y me la guardo—. Se acabó —repito.

Respira con dificultad mientras la camisa se tiñe de rojo.

—No entiendes nada, Beaumont —murmura—. Esto no se detiene conmigo.

—Tal vez —respondo—. Pero hoy sí. Las batallas se libran de una en una. Tú has perdido esta.

Eli lo inmoviliza mientras Tyler llama a emergencias. Valois grita de dolor cuando Eli le obliga a echar el brazo hacia atrás.

Abajo, el caos sigue reinando en la base.

Miro por el ventanal hacia el despacho donde estaba con Barnes hace solo unos minutos y pienso en Sloane.

En la sangre en su rostro.

En lo cerca que ha estado de morir otra vez.

Valois tose.

—Nunca habrían echado de menos el dinero —susurra.

Lo miro y comprendo.

—No iba de dinero, ¿verdad? Iba de poder, y hoy lo has perdido.

Valois gime y me mira con un odio feroz.

Las sirenas se acercan, y por primera vez desde que empezó todo, sé que hemos acabado con algo, que por fin hemos sido capaces de arrancar la manzana podrida.

Sé que probablemente el sistema apenas lo notará, pero me tranquiliza pensar que el ejército, mi casa, está un poco más limpia.

Y pienso estar atento para que nadie intente esconder nada debajo de la alfombra.

Epílogo

Sloane

Llueve en París.

Desde el balcón de mi apartamento se ve una franja gris del Sena entre los tejados. Las luces de la ciudad se reflejan en el agua como si alguien hubiera derramado oro líquido sobre la superficie. Es una noche tranquila. Demasiado tranquila, después de todo lo que ha pasado.

Apoyo los antebrazos en la barandilla y dejo que el aire frío me despeje la cabeza.

A mi espalda, la puerta del balcón se abre.

No necesito girarme para saber que es él.

Mathieu se acerca despacio. Hoy no lleva uniforme. De hecho, en este momento apenas lleva ropa. Ninguno de los dos estamos demasiado vestidos. Mat se ha puesto los bóxer para salir al balcón, y yo llevo una camiseta y mis braguitas.

Se coloca detrás de mí, pega su cuerpo al mío y me rodea con sus brazos. Yo echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en su pecho. Podría vivir así, arrumada entre sus brazos, absorbiendo su calor.

La herida del costado se está curando bien. La cicatriz será visible, pero no parece molestarle.

—París te sienta bien —dice después de besarme en el pelo.

—No sé si es París o la sensación de seguir viva.

Él suelta una pequeña risa.

—Eso ayuda, desde luego.

Nos quedamos en silencio unos segundos, observando el río.

Ha pasado un mes.

Valois sigue bajo custodia militar. Su defensa habla de «motivaciones ideológicas», de «desviación ética del sistema» y de «malversación con fines correctivos». Nadie utiliza la palabra robo sin rodeos, pero las pruebas son irrefutables.

Denton sobrevivió y prestó declaración. Confirmó la manipulación del mensaje, la presión y las amenazas. Su testimonio fue la pieza que cerró el círculo.

Barnes fue enterrado sin honores ni ceremonia pública, pero tampoco hubo titulares. El ejército se cerró en banda y despidió al comandante en silencio, pero esforzándose al máximo para preservar su bien nombre, convencidos quizá de que mancillar a Barnes les salpicaría todavía más de barro. Porque esos días, Defensa estaba metido en un tremendo lodazal.

Veritas Global Supply dejó de existir en cuestión de días.

Y mi artículo —el definitivo, con nombres y pruebas— provocó una tormenta política que todavía no ha terminado.

—Louis está eufórico —le digo—. Dice que hacía años que el periódico no publicaba algo con tanto impacto. Rubi quiere que escriba un libro.

—¿Y tú? —pregunta él.

Lo miro.

—Estoy cansada.

Es la primera vez que lo admito en voz alta.

Mathieu asiente.

—Han abierto una investigación externa sobre la base —añado en voz baja—. Mi padre ha sido llamado a declarar ante la comisión. —Me giro hacia él y lo miro fijamente—. ¿Y tú? —pregunto a mi vez.

Mathieu se apoya en la barandilla y contempla la ciudad.

—Me han ofrecido un traslado. Lejos de Atlantique 27. Dicen que por mi seguridad, pero sé que es para apartarme del ruido mediático.

Estudio su gesto, pero no soy capaz de adivinar qué piensa.

—¿Vas a aceptarlo? —susurro.

Me mira entonces, de frente.

—No lo sé.

La respuesta es honesta, y eso me gusta.

—Valois ha confesado —continúa—. No hay un cerebro superior oculto, como él insinuaba. Era más simple y más triste: ambición, resentimiento y oportunidad. Barnes era cómplice, pero Valois era quien ejecutaba y desviaba el dinero y la mercancía. El sistema permitió que lo hicieran. En eso, Valois tenía razón, hay enormes agujeros por los que se cuela el dinero sin que nadie se dé cuenta o, lo que es peor, haga algo para evitarlo.

Asiento.

Se hace un silencio distinto, más íntimo.

Mathieu me observa con una intensidad que ya no me asusta.

—Casi te pierdo —dice sin dramatismo.

—Casi te pierdo yo también.

No aparto la mirada.

—No quiero volver a discutir contigo —me dice muy serio—. Tienes que confiar en mí, tenemos que confiar el uno en el otro, es fundamental para mí. Tengo que saber que siempre eres honesta, que siempre dices la verdad, que no me ocultas nada. Yo prometo hacer lo mismo, Sloane, tendrás la llave de mi vida, de mi corazón, de todo mi ser si quieres.

El recuerdo de aquella discusión en el hotel, de las palabras duras, de su decepción, me atraviesa un segundo. Pero ya no duele igual. He aprendido la lección.

—No puedo prometer que no volveré a actuar impulsivamente —le digo—. Forma parte de quien soy, pero prometo no volver a mentirte ni a ocultarte nada.

—Y yo no puedo prometer que no intentaré protegerte aunque no lo necesites —responde.

Sonrío levemente.

—Entonces, tendremos que aprender a decirnos siempre la verdad. Aunque duela —susurro.

—Sobre todo, cuando duela.

Se acerca un paso más.

Su mano encuentra la mía y la entrelaza. Sus dedos son cálidos, firmes, reales.

—Nada de decisiones en solitario —me pide.

—Nada de silencio —respondo.

—Nada de medias verdades.

—Siempre la verdad —susurro.

Sus ojos cambian cuando pronuncio esas palabras, como si entendiera que no es solo un frase hecha. Es una elección, una decisión firme y duradera.

Se inclina hacia mí y me besa.

Su boca es cálida, lenta, segura. Sabe exactamente dónde detenerse y dónde insistir. Mi cuerpo responde sin pensar, acercándose, encajando contra el suyo como si ya conociera la forma.

Sus manos descienden por mi espalda despacio, explorando con la delicadeza de quien ha aprendido a no dar nada por sentado, y mucho menos la vida.

Cuando nos separamos un segundo para respirar, apoyo la frente en su pecho.

—¿Te vas a quedar? —pregunto.

No hablo solo de esta noche.

Mathieu acaricia mi cabello.

—Solo si tú quieres.

Levanto la mirada.

—No importa lo que yo quiera, te pregunto si quieres tú. Es tu decisión.

Sonríe y sus ojos grises brillan como la plata.

—Quiero —dice al fin—, pero no va a ser fácil.

Asiento despacio. Lo sé. Los dos lo sabemos.

Hay demasiadas cosas entre nosotros. Decisiones que no podemos deshacer, palabras imposibles de borrar.

Pero también hay algo más fuerte que todo eso.

Entramos en el apartamento sin soltarnos.

La ciudad sigue viva al otro lado del cristal, indiferente a nosotros, a lo que hemos roto y a lo que estamos intentando reconstruir.

Mathieu me rodea la cintura y me atrae hacia él.

El beso es distinto esta vez. Más lento, más consciente. Como si ambos supiéramos que no estamos empezando de cero, sino desde lo que queda.

Y eso, de alguna forma, lo hace más real.

Apoyo la frente en la suya y cierro los ojos.

El mundo sigue siendo grande y peligroso, pero ya no estoy sola para enfrentarme a él.

Y mientras sus manos recorren mi cuerpo, mientras mi piel reconoce la suya sin reservas, entiendo que el verdadero final no fue el disparo en la base ni el juicio contra Valois.

El verdadero final es este, nuestra decisión de no separarnos, de mirarnos de frente y de decir la verdad, incluso cuando nos destroce.

Y por primera vez desde que todo empezó, no es la ausencia de miedo lo que siento.

Es la decisión de quedarme. Aunque duela, aunque no sea fácil.

Y esta vez, es suficiente.

Fin

Si esta historia te ha emocionado…
Espera a descubrir el siguiente libro de la saga:



Tu opinión importa:

Si te ha gustado la novela, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña en Amazon.

Tu opinión ayuda a otros lectores a descubrir la historia… y a mí, como autora independiente, me permite seguir escribiendo.

Puedes hacerlo aquí : Escribir mi opinión

Mil gracias,

Emily Lockwood.

¡Gracias por leer mis libros!

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo:

Puedes encontrarme en:

Amazon

Twitter

Facebook

Instagram

Email: e.lockwoodspain@gmail.com.